Paula Bruno, Alexandra Pita y Marina Alvarado

Embajadoras culturales

Mujeres latinoamericanas y vida diplomática, 1860-1960

prohistoria ediciones

INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFÍA E HISTORIA OEA

EJEMPLAR PARA RESEÑAS Y DE CIRCULACIÓN RESTRINGIDA
SIN PERMISO PARA COMPARTIR PÚBLICAMENTE

Embajadoras culturales
Mujeres latinoamericanas y vida diplomática, 1860-1960

COMITÉ EDITORIAL

Dr. Carlos Antonio Aguirre Rojas, Universidad Nacional Autónoma de México, México

Dra. Sonia Álvarez, Universidad Nacional de Salta, Argentina

Dra. Susana Bandieri, Universidad Nacional del Comahue - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Dr. Darío G. Barriera, Universidad Nacional de Rosario - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Dr. Ricardo Cicerchia, Universidad de Buenos Aires - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Dra. María Silvia Di Liscia, Universidad Nacional de La Pampa - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Dr. Nicolás Dip, Universidad Nacional de La Plata, Argentina - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Dra. María Luisa Femenías, Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Dra. Sandra Fernández, Universidad Nacional de Rosario - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Dr. François Godicheau, Universidad de Toulouse - Francia

Dra. Miriam S. Moriconi, Universidad Nacional de Rosario, Argentina

Dra. Carolina A. Piazzi, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Dra. Irina Podgorny, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Lic. M. Paula Polimene, Universidad Nacional de Rosario, Argentina

Dr. Darío Pulfer, Universidad Nacional de General Sarmiento, Argentina

Dra. Ana María Rigotti, Universidad Nacional de Rosario - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Lic. Gloria Rodríguez, Universidad Nacional de Rosario, Argentina

Dra. Laura G. Rodríguez, Universidad Nacional de La Plata - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Dr. José Javier Ruiz Ibáñez, Universidad de Murcia - Red Columnaria, España

Dr. Germán F. Soprano, Universidad Nacional de La Plata - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Dra. Daniela Zaikoski Biscay, Universidad Nacional de La Pampa - Sociedad Argentina de Sociología Jurídica, Argentina

Embajadoras culturales
Mujeres latinoamericanas y vida diplomática, 1860-1960

Paula Bruno, Alexandra Pita y Marina Alvarado

prohistoria ediciones

Rosario, 2021

INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFÍA E HISTORIA OEA

Bruno, Paula
Embajadoras culturales. Mujeres latinoamericanas y vida diplomática, 1860-1960 / Paula Bruno ; Alexandra Pita ; Marina Alvarado. - 1a ed. - Rosario : Prohistoria Ediciones ; México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 2021.
168 p. ; 23 x 16 cm. - (Historia & Cultura / Darío G. Barriera ; 22)

ISBN 978-987-809-015-3

1. Historia. 2. Diplomacia. 3. Historia de la Cultura. I. Pita, Alexandra. II. Alvarado, Marina. III. Título.
CDD 305.409

Maquetación de interiores: Lorena Blanco
Maquetación de tapa: Estudio XXII
Imagen de tapa: "Mundo al revés" (2007), óleo sobre mapa H 142 x 218 cm., de Gabriela Spector. Gentileza de la artista. www.gabrielaspector.com

Este libro fue parcialmente financiado con fondos del Proyecto: "Entre la cultura y la diplomacia: intelectuales en América Latina entre las Independencias y la creación de la Organización de los Estados Americanos, 1810-1948", dirigido por Paula Bruno y otorgado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Organismo Especializado de la Organización de Estados Americanos (OEA), en el marco de los Proyectos Panamericanos de Asistencia Técnica 2020.
Las contribuciones aquí reunidas fueron evaluadas y su publicación ha sido recomendada por especialistas del área.

© Instituto Panamericano de Geografía e Historia
Ex arzobispado 29, Colonia Observatorio, C.P. 11860, Ciudad de México, México
© Paula Bruno, Alexandra Pita y Marina Alvarado
© de esta edición: prohistoria ediciones
Email: admin@prohistoria.com.ar
www.prohistoria.com.ar

TODOS LOS DERECHOS REGISTRADOS
HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11723

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, incluido su diseño tipográfico y de portada, en cualquier formato y por cualquier medio, mecánico o electrónico, sin expresa autorización del editor.
Este libro se terminó de imprimir en Talleres Gráficos FERVIL SRL, Rosario, Argentina,
en el mes de febrero de 2022.

Impreso en la Argentina

ÍNDICE

ESTUDIO PRELIMINAR
Mujeres y vida diplomática: propuestas y claves de lectura
Paula Bruno 9

Bibliografía 16

PRIMERA PARTE
Eduarda Mansilla, Guillermina Oliveira Cézar y Ángela Oliveira Cézar.
Entre ámbitos diplomáticos y circuitos transnacionales
Paula Bruno 27

Introducción 27
Eduarda Mansilla. De "secretaria de legación de una República de nada" a dama y escritora diplomática 29
Guillermina Oliveira Cézar. De dama diplomática a promotora de la acción social 49
Ángela Oliveira Cézar. De "respetabilísima matrona" a candidata al Premio Nobel de la Paz 67
Consideraciones finales 81
Archivos consultados 88
Bibliografía 88

SEGUNDA PARTE
Carmen Bascuñán, Emilia Herrera y Amanda Labarca. Entre vínculos familiares, mediaciones y responsabilidades internacionales
Marina Alvarado 97

Introducción 97
Carmen Bascuñán Valledor. De modelo de Monvoisin a *ghost writer* 98

Emilia Herrera y Martínez. De hija de Chile a "madre de los argentinos" 108
Amanda Labarca. De profesora universitaria a embajadora educativa y funcionaria 116
Consideraciones finales 122
Archivos consultados 124
Bibliografía 124

TERCERA PARTE
Gabriela Mistral, Palma Guillén y Concha Romero. Entre amistades, redes intelectuales y organismos de cooperación
Alexandra Pita 129

Introducción 129
Concha Romero. Una mediadora cultural en Nueva York 130
Gabriela Mistral. Una servidora chilena en México 134
Mistral y Guillén. Entre los organismos internacionales europeos y el servicio exterior 136
Mistral, Ocampo y Romero. Entre la amistad y los organismos internacionales 143
Mistral y Romero. Mujeres de la diplomacia cultural interamericana .. 147
Gabriela Mistral y México. Amistades intelectuales y diplomacia 149
Mistral, Guillén y Romero en el "desierto internacional" 152
Consideraciones finales 156
Archivos consultados 159
Bibliografía 159

LAS AUTORAS 165

ESTUDIO PRELIMINAR

Mujeres y vida diplomática: propuestas y claves de lectura

Paula Bruno

En 1938 se publicó en Londres un libro escrito por Hilda Martindale titulado *Women Servants of the State, 1870-1938. A History of Women in the Civil Service*. En el mismo, la autora señalaba: "La historia de la diplomacia y de las familias reales demostró que a las mujeres no les falta habilidad en los asuntos diplomáticos. Ciertamente, muchas de las damas reales de Gran Bretaña han demostrado un espíritu decidido en los viajes y una comprensión acabada de las relaciones exteriores" (Martindale, 1938: 189).[1] Basándose en esta premisa, dedicó un capítulo completo destinado a dar cuenta de las nuevas oportunidades que se abrían para servir al Estado en su despliegue exterior, es decir, en los servicios diplomáticos y consulares. Reseñaba, además, una serie de antecedentes que demostraban que las aptitudes de las mujeres para la diplomacia eran numerosas y notables y que era cuestión de tiempo que ganaran más protagonismo en estos ámbitos.

Sesenta años después, en 1999, un breve libro oficial del Foreign and Commonwealth Office de Gran Bretaña propuso un esquema de etapas para pensar a las mujeres en la diplomacia en el largo plazo. Además de proveer una cronología posible, se ofrece allí una enumeración de los siguientes perfiles: mujeres necesarias, esposas diplomáticas, mujeres diplomáticas, amas de llave y mucamas, anfitrionas y animadoras sociales, taquígrafas y asistentes personales, empleadas temporarias y funcionarias ejecutivas.

El éxito editorial de libros como *Daughters of Britannia. The Lives and Times of Diplomatic Wives* (1999 y sucesivas reediciones), de Katie Hickman, la extendida atención que recibió *Amanti e regine. Il potere delle donne* (con varias ediciones en español, italiano y francés en la década de 2000), de Benedetta Craveri, el título polémico propuesto por Andrée Dore-Audiber en su libro, *Propos irrévérencieux d'une épouse d'ambassadeur* (2002), y las memorias de Huguette Pérol tituladas *Femme d'ambassadeur* (2002), son algunas expresiones del interés generado, desde finales de

1 La traducción es de la autora del Estudio preliminar.

la década de 1990, por las trayectorias de mujeres que circularon en distintos circuitos diplomáticos a lo largo de la historia.

Entre el diagnóstico optimista de Martindale, la enumeración un tanto general propuesta por un organismo oficial, y los sucesos editoriales de los libros mencionados, se dibujan varios roles de mujeres ejercidos en la vida diplomática. La bibliografía académica disponible dedicada a ellas, varía en intensidad de acuerdo a las cronologías y a las geografías que se recorten. A partir de una revisión sistemática de estos aportes, presento aquí algunos aquí algunos núcleos de interés que ofrecen claves de lectura para abordar este libro.

En primer lugar, algunas consideraciones sobre las producciones que se encuadran en la "nueva historia diplomática" (Schweizer y Schumann, 2008). Esta tendencia, que muestra sus frutos desde inicios de la década del 2000, tiene como meta primordial revisar y trascender las historias estrictamente institucionales de los espacios propiciados por el servicio exterior. En el largo plazo, los temas relacionados con la proyección exterior de las naciones, el surgimiento de ministerios y la profesionalización del ejercicio diplomático forjaron las historias estatales, atentas a las definiciones territoriales, los momentos de tensión bélica y los acuerdos que garantizaron el despliegue de las naciones en el ámbito internacional. La nueva historia diplomática apunta, en cambio, a incorporar nuevos temas y a pensar de manera dinámica, por ejemplo, las relaciones entre globalización y avance de la profesionalización de los servicios exteriores, los vínculos culturales de ida y vuelta en los que los agentes de la diplomacia fueron clave, el rol de los viajeros en la construcción de imágenes sobre los países que tuvieron luego impacto en las decisiones sobre envío de misiones y comisiones oficiales, la edificación de imaginarios imperiales generada desde ámbitos de circulación diplomática, entre tantos otros temas (Stephanson, 1998). De esta manera, han surgido nuevos interrogantes de investigación que permitieron revitalizar los estudios de los espacios diplomáticos y de los actores que los transitaron.

En algunos aportes, se ha puesto de relieve la noción de "experiencias diplomáticas", que hace foco en las vivencias y en las formas de actuar de diferentes agentes de las tramas internacionales. Este tipo de aproximación puso en el centro de la escena a figuras que, durante décadas, estuvieron ausentes de los libros sobre diplomacia estatal. Pero también, propició nuevas preguntas sobre actores que se estudiaban desde perspectivas que no atendían a los aspectos performativos de los mismos, como la construcción de una forma particular de comunicación, una gestualidad apropiada y una apariencia adaptada a los entornos diplomáticos (Sabbatini y Volpini, 2011, Andretta *et al.*, 2020). Ilustran estos abordajes libros que focalizaron la atención en los siglos XV a XVII, como *Doctors, ambassadors, secretaries. Humanism and professions in Renaissance Italy* (Biow, 2002) y la compilación titulada *Politics and Diplomacy in Early Modern Italy. The Structure of Diplomatic Practice, 1450-1800* (Frigo, 2000). Estos volúmenes se propusieron estudiar, por un lado, las tareas estatales de los enviados diplomáticos y, a la vez, las vivencias concretas de figuras que circulaban por cortes europeas, realizaban misiones en el Vaticano y se encargaban de negociar asuntos gu-

beramentales. Por otro lado, atendieron a las oportunidades y posibilidades que estas tareas abrían para quienes las encarnaban, a los márgenes de autonomía de los enviados diplomáticos, y a distintos niveles de *self-fashioning* (individual, colectivo, estatal) que se proyectaba desde los ámbitos internacionales (Sowerby y Craigwood, 2019).

Otra línea de interés promovida por la denominada nueva historia diplomática, se vincula con la productividad incipiente de lo que algunos autores proponen llamar "nueva historia cultural de la diplomacia", que ha incorporado estudios de género, de memoria y de otredad en las indagaciones sobre ámbitos del servicio exterior. Estas propuestas han sido criticadas por poner el énfasis en la agencia, la contingencia y los azares de las relaciones internacionales (Reynolds, 2006). Sin embargo, desde la publicación, en 1986, del libro *International Cultural Relations*, de J. M. Mitchell, el estudio de los aspectos culturales de las relaciones entre países se ha consolidado en distintos campos académicos.

Un segundo conjunto de aportes que ofrece claves de lectura para abordar este libro, se relaciona con propuestas que han puesto foco en los roles de las mujeres en la vida diplomática. La producción en este campo es heterogénea y se puede organizar en, por lo menos, cinco áreas. La primera aborda perfiles de mujeres europeas inscriptas en la cultura diplomática cortesana. En esta dirección, se han analizado los roles y las acciones de las mismas en lo concerniente a las alianzas matrimoniales, los salones aristocráticos, la circulación internacional de princesas, las visitas para solucionar problemas territoriales, entre otros aspectos. En estas contribuciones se destacaron algunas figuras como las "novias diplomáticas" o "novias diplomáticas", que dejaron de ser abordadas en los términos rígidos propuestos por los estudios sobre "mercados matrimoniales", y comenzaron a ser pensadas en tanto articuladoras de relaciones y negociaciones. De este modo, se han estudiado los márgenes de acción que las mujeres desplegaron en las relaciones en las cortes y se han problematizado las superposiciones y tensiones entre ambiciones personales, intereses familiares y expectativas estatales. Así, se ha investigado a figuras que, en escenarios transnacionales, ingresaron a la arena diplomática deviniendo introductoras de novedades en sus tierras de origen y emisarias clave en coyunturas de impacto para la toma de decisiones geopolíticas (Downie, 1999; Sluga y James, 2016). En línea con estos aportes, otros estudios focalizados en la vida en las cortes han hecho hincapié sobre las mujeres al señalar que allí encontraban espacios para influenciar a otros y hacer circular información de interés político. Se cuentan entre ellas viudas, acompañantes ocasionales, emisarias, viajeras, y observadoras camufladas que operaban casi como espías (Broomhall, 2018; Craveri, 2005a y 2005b, y 2006; Daybell y Svante, 2017; Matheson-Pollok, Paul y Fletcher, 2018).

En consonancia con los aportes reseñados, se publicaron estudios que, centrados en el período comprendido entre los siglos XV y XVIII y abocados a reinos europeos, han atendido a perfiles como el de "esposas de embajadores" (o, simplemente, "embajadoras") destacando que no todas las mujeres de las familias nobiliarias eran consideradas para ejercer este rol, pues el mismo estaba supeditado al reconocimiento de ciertas

habilidades y modales. Estas "embajadoras", integradas en los circuitos diplomáticos, conformaron tramas de sociabilidad femenina que podían tener impacto en la toma de decisiones diplomáticas (Allen, 2019; Comsa, 2016; Hanotin, 2013; Lauzon, 2014).

En una segunda área de aportes sobre mujeres y vida diplomática europea, merecen un lugar particular los estudios que han atendido a un perfil conocido, el de las *salonières*, pero con preguntas renovadas y más atentas a sus acciones. Entre las contribuciones disponibles, se recortan con nitidez algunos nombres propios sobre otros, como Germaine de Stäel, Dorothea Lieven y Marie de Vichy-Chamrond (conocidas como Madame de Stäel, Madame Lieven y Madame du Duffand). Entre los temas más recorridos, se ha puesto atención en las posibilidades que estas mujeres tuvieron en las tramas diplomáticas al contar con títulos, conexiones familiares y cercanía con hombres que tomaban decisiones políticas, en las experiencias en espacios de debate y, en algunos casos, en la chance de ser parte de esferas de discusión pública que trascendían los salones, como los congresos internacionales en los que se trataban problemas territoriales y se tomaban decisiones sobre los tiempos de la guerra y la paz (Anderson, 2006; Cromwell, 2007; Craveri, 2006; Guenther, 2012; Kale, 2002, 2004 y 2006; Sánchez Mejía, 2015; Sluga y James, 2016).

Una tercera línea de producción se concentra en el período que se extiende entre el siglo XIX y las décadas iniciales del siglo XX, e interconecta escenarios europeos con americanos. Los estudios disponibles comparten el diagnóstico de considerar la Primera Guerra Mundial como parteaguas en todo lo concerniente a la diplomacia y la organización de los servicios exteriores de las naciones. Para este tramo temporal, varios autores apuntan a poner en diálogo figuras cercanas a los salones aristocráticos de sociabilidad diplomática con nuevos perfiles, consolidados al calor de la afirmación de los Estados nacionales y de la profesionalización de los funcionarios gubernamentales. En este contexto, los diplomáticos de carrera y los *practitioners* comenzaron a desplegar nuevos saberes como expertos. Mientras que la cultura diplomática cortesana se ligaba a tiempos, gestos y jergas aristocráticas, en las figuras diplomáticas delineadas en el siglo XIX comenzaron a imperar valores, comportamientos y "modos burgueses" (Casado Sánchez y Moreno Seco, 2014). En este marco, se abrieron nuevos roles cumplidos por las mujeres en la esfera pública y y también se multiplicaron los espacios de los servicios exteriores (Sluga y James, 2016). Entre los perfiles que se han sugerido para estudiar trayectorias femeninas en este contexto destaca el de "damas –o señoras– diplomáticas", propuesto para abordar a algunas mujeres norteamericanas de las décadas iniciales del siglo XX definidas como "casi profesionales", en tanto esposas de agentes del servicio exterior, dado que respondían a ciertas actitudes, conocían los protocolos y no improvisaban sus roles de anfitrionas y organizadoras de cenas y fiestas. A su vez, entablaban relaciones con otras mujeres de diplomáticos y eran mediadoras de relaciones entre funcionarios de distintas geografías (Mori, 2015; Wood, 2005).

Estas consideraciones siguen, en parte, una línea propuesta en décadas anteriores, que se refería a la figura de la "esposa del embajador" o "esposa del diplomático" (Hochschild, 1969; Perkins, 1954). En varios de estos estudios, se ha hecho referencia a cuestiones ligadas con la apariencia de las mujeres, la belleza y el encanto como he-

rramientas, los modales como parte de la comunicación y temas afines (Wood, 2007). Estas mismas consideraciones tienen ecos en las la nociones de "compañera –o consorte– diplomática" y "*partner* oficial", propuestas con el objetivo de dar cuenta de acompañantes diplomáticas concebidas como actores transversales a la hora de tejer relaciones, e incluso como agentes de *soft power*. En algunos análisis se ha propuesto estudiar desde una perspectiva personal, social y política las relaciones internacionales a la luz de las trayectorias de esas esposas, pero también de secretarias y secretarios, y de otros actores que colaboraban en la consolidación de redes y negociaciones por medio de relaciones de amistad y afecto (Domett, 2005; Wood, 2015). En estudios sobre el siglo XX, se encuentra también la expresión "embajadoras no oficiales", para hacer referencia al rol que las mujeres ocuparon durante años y que, desde la perspectiva de algunos especialistas, las convertía en agentes de la "diplomacia cultural no estatal", en tanto forjadoras de interrelaciones y trasmisoras de valores culturales de sus países en tierras lejanas (Biltekin, 2020).

Un cuarto grupo de contribuciones ha centrado plenamente la atención en los procesos posteriores a la Primera Guerra Mundial. Fue entonces cuando los oficios diplomáticos se multiplicaron y el rol de las mujeres en las reparticiones de los servicios exteriores nacionales y en los organismos internacionales propiciaron oportunidades para que algunas de ellas, con nombre propio, ganaran un lugar, y también se abrieron espacios de orden profesional que fueron ocupados por aquellas que contaban con ciertos saberes ligados a las burocracias: traductoras, contadoras, estenógrafas y otro tipo de puestos de oficina, ganaron presencia a lo largo del siglo.

Por un lado, han llamado la atención las figuras clave del circuito panamericano (Berger, 2015; Cándida Smith, 2017), de las agencias de cooperación internacional (Goodman, 2012; Pita González, 2014), y de los departamentos de Estado de los servicios exteriores de varios países, como Australia (Stephenson, 2019), Canadá (Bashevtin, 2009), Estados Unidos (Calkin, 1978; Jeffreys-Jones, 1997; Nash, 2002; Wood, 2015), México (Ramírez Flores, 2006), Francia (Thuillier, 1989), Gran Bretaña (McCarthy, 2009, 2014 y 2015) y Holanda (Dierikx, 2020). Por otro, algunos estudios han centrado la mirada en movimientos, agrupaciones o corrientes transnacionales de pensamiento y acción en las que los roles de las mujeres fueron relevantes, como el pacifismo y las antibeligerancias, las luchas por los derechos civiles y políticos, las acciones en movimientos feministas y otras asociaciones surgidas desde la sociedad civil que tuvieron luego un impacto en reivindicaciones políticas y humanitarias (Alonso, 1992; Blasco Lisa y Magallón Portolés, 2020; Gottlieb y Jhonson, 2020; Iriye, 2002; McKenzie, 2011; Papachristou, 1990; Patterson, 2008; Rupp, 1994; Rupp, 1996). Asimismo, algunos aportes recientes abordan el estudio de ocupaciones de oficina desplegadas por mujeres en espacios ligados a los circuitos de la diplomacia (Jhonson, 2020).

Un último conjunto de literatura que se ha ocupado de mujeres en la diplomacia proviene del área disciplinar de las Relaciones Internacionales, y focaliza la atención en las mujeres que ocuparon espacios ya profesionalizados durante la segunda mitad del siglo XX y comienzos del XXI. Algunas compilaciones dan cuenta de estas perspectivas, centradas en casos nacionales, como Francia (Denéchère, 2003) o Brasil

(Soares Balestero, 2017), y otras presentan panoramas más generales (Bayes, 2012; Alexander, Bolzendahl, Jalalzai, 2018; Sibley, 2012). En varios de estos trabajos se analizan los imaginarios y las legislaciones sobre igualdad de género y se atiende a un análisis de las mujeres que desarrollan su actividad en áreas tradicionalmente masculinas (Foot, 1990; Gaspard 2000 y 2002; May, 1994).

Transversalmente, varios de estos aportes plantean marcos teóricos y sugieren abordajes metodológicos. En este sentido, pueden consignarse, al menos, cuatro tendencias. La primera, sobre todo utilizada en los estudios históricos, propone atender a la "agencia de las mujeres" *–women's agency–* o a la "agencia femenina" *–female agency–* (Sluga y James, 2016; James, 2020) y analizar las trayectorias de mujeres en tanto sujetos activos dentro de la diplomacia por haber sido mediadoras en asuntos estatales, forjadoras de relaciones y activas negociadoras políticas. En los últimos años, en consonancia con la cuestión de la agencia, en varios trabajos se ha comenzado a problematizar de manera más sistemática la perspectiva de género (Cassidy, 2018). La segunda tendencia ofrece sugerencias para estudiar, de manera dinámica, las esferas de las experiencias de las mujeres y los hombres de la diplomacia sin caer en la tentación de proponer cortes tajantes entre esfera íntima o privada, doméstica, personal, publica, estatal (Dean, 2012; Loriol, 2016; McEnaney, 2021). La tercera, en diálogo con la anterior, pone el foco en las experiencias y las prácticas de agentes de la diplomacia, entre ellos las mujeres, y postula pensar en los márgenes de autonomía, las superposiciones entre dimensiones estatales y vivenciales, la posibilidad de diseñar agendas personales en contextos ritualizados y protocolizados, y el análisis de modales, jergas, gestos y formas de comunicación (Andretta *et al*., 2020; Biow, 2002; Frigo, 2020; Towns y Niklasson, 2020; Towns, 2020). La cuarta, proveniente del área de las Relaciones Internacionales, hace referencia al "giro de género en diplomacia" *–gender turn in diplomacy–* y presenta nuevas agendas de investigación atentas a las dinámicas de exclusión e inclusión de las mujeres en los ámbitos diplomáticos, incorporando la Teoría feminista y combinándola con el Análisis de Política Exterior *–Foreign Policy Analysis–* (Aggestam, 2019; Aggestam y Town, 2019; Aggestam y True, 2020).

En algunas latitudes, sobre todo europeas y norteamericanas, se puede hablar de un campo de estudios en despliegue sostenido en las últimas dos décadas, visible, a su vez, en proyectos de investigación, coloquios internacionales y volúmenes monográficos y colectivos. En América Latina, en cambio, los estudios sobre mujeres y vida diplomática constituyen un campo todavía incipiente, con aportes sugerentes que seguramente merecerán desarrollo en los próximos años. Se cuenta en la actualidad con algunas contribuciones sobre ciertos países. Para el caso de Brasil, por ejemplo, existen estudios sobre los itinerarios de figuras relevantes para abordar la historia de las mujeres en la corte real, dentro del Ministerio de Relaciones Exteriores, Itamaraty, y para comparar trayectorias entre mujeres de la diplomacia de Portugal y Brasil (De Souza Farias, 2017 y 2019). Sobre el contexto mexicano, varias contribuciones se han detenido en Edith O'Shaughnessy, esposa de un encargado de negocios norteamericano. Esta figura ha llamado la atención por dos motivos centrales: el matrimonio estuvo en México durante el tramo inicial de la Revolución Mexicana, y O'Shaughnessy escribió un libro

de memorias sobre los acontecimientos titulado *A Diplomat's Wife in Mexico* (1916) (Wood, 2004; Pita González y Ayala Flores, 2015). A su vez, la estancia mexicana de Alexandra Kollontai ha sido motivo de interés (Ortiz Peralta, 2017). Sobre mujeres nacidas en territorio mexicano, se ha atendido a la trayectoria de Palma Guillén (Huck, 1999; Pompa Alcalá, 2019). Para el caso de Chile, es sobre todo la figura de Gabriela Mistral la que ha llamado la atención en tanto representante de su país ante distintos puestos y organismos internacionales (Caballé, 1993; Horan, 2009a y 2009b; Wilkins, 2015). Otros estudios, si bien no se enfocan estrictamente en las mujeres y la vida diplomática, dan cuenta de perfiles de mujeres que en otras geografías se han abordado a partir de esas coordenadas interpretativas. Es el caso de aportes sobre las *salonières* americanas (Batticuore, 2005; Chambers, 2005), o las figuras dinásticas que tuvieron injerencia en las crisis monárquicas y en el entramado de las revoluciones de ruptura del lazo colonial (Ternavasio, 2015).

Este libro es una invitación a desplegar el campo de estudios sobre mujeres latinoamericanas y vida diplomática. En cada una de las partes se estudian trayectorias y experiencias que permiten cubrir un arco temporal de largo plazo que va desde 1860 hasta 1960. En la primera parte, analizo los itinerarios diplomáticos de tres mujeres argentinas: Eduarda Mansilla (1834-1892), Guillermina Oliveira Cézar (1870-1936) y Ángela Oliveira Cézar (1860-1940). En la segunda parte, Mariana Alvarado da cuenta de los recorridos de tres chilenas: Carmen Bascuñán Valledor (1833-1911), Emilia Herrera y Martínez (1824-1916) y Amanda Labarca (1886-1975). En la tercera parte, Alexandra Pita estudia a una chilena: Gabriela Mistral (1889-1957), y a dos mexicanas: Palma Guillén Sánchez (1898-1975) y Concha Romero (1900-1987).

A la luz de las investigaciones concretadas para realizar este libro, propongo la noción de "embajadoras culturales" para dar cuenta del rol que estas mujeres ejercieron en tanto "hijas" de sus países en otros territorios: oficiaron como articuladoras de relaciones y lazos de afinidad en el mundo diplomático; fueron percibidas como figuras con potencial para mediar en la esfera política; generaron imágenes, información y novedades que circularon en distintos escenarios a escala transnacional. A la vez, en otras latitudes se las consideró mujeres públicas y representantes de intereses y valores de sus naciones. A lo largo del libro, se pueden encontrar referencias de época que dan cuenta de estas características, por ejemplo: Guillermina Oliveira Cézar fue caracterizada como una "ilustre embajadora", Emilia Herrera fue comparada con un "hombre de Estado" latinoamericano, y Gabriela Mistral fue reconocida como "embajadora intelectual".

En cada una de las partes de este libro se proponen perspectivas de análisis y sugerencias que responden al interés general de explorar las posibilidades y oportunidades que estas mujeres tuvieron en distintos contextos, pero también de relevar los costos y los límites que los espacios de la diplomacia y los circuitos internacionales supusieron, en algunas circunstancias, para ellas. En cada tramo, a su vez, se podrán encontrar propuestas y énfasis interpretativos distintos que pretenden incentivar nuevas reflexiones e indagaciones en un área de estudios en despliegue.

Agradezco a Darío Barriera por la confianza en este proyecto y por darle lugar en la Colección Historia & Cultura, y al equipo de Prohistoria Ediciones por acompañar el proceso. La Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, organismo especializado de la Organización de los Estados Americanos, dio apoyo financiero a un tramo de las investigaciones en las que se basa este volumen y a la publicación. Gracias también al equipo de la entidad, en particular a Nadxely Andrews y Guadalupe Romero. Por último, mis gracias a Luz Azcona y Gabriela Spector, que dieron sostén a este proyecto con máxima amabilidad.

Bibliografía

AGGESTAM, Karin, *et al.*
(2019) "Theorising Feminist Foreign Policy *International* Relations, vol. 33, n.º 1, Mar., pp. 23-39.

AGGESTAM, Karin y TOWN, Ann
(2019) "The gender turn in diplomacy: a new research agenda", en *International Feminist Journal of Politics*, vol. 21, n.º 1, pp. 9-28.

AGGESTAM, Karin y TRUE, Jacqui
(2020) "Gendering Foreign Policy: A Comparative Framework for Analysis", en *Foreign Policy Analysis*, vol. 16, issue 2, Apr., pp. 143-162.

ALEXANDER, Amy; BOLZENDAHL, Catherine y JALALZAI, Farida –editoras–
(2018) *Measuring Women's Political Empowerment across the Globe*, Springer Publishing, Nueva York.

ALLEN, Gemma
(2019) "The rise of the ambassadress: English ambassadorial wives and early modern diplomatic culture", en *The Historical Journal*, vol. 62, n.º 3, pp. 617-638.

ALONSO, Harriet Hyman
(1992) *Peace as a women's issue: the U.S. movement for world peace and women's rights since 1820*, Syracuse University Press, Nueva York.

ANDERSON, Donovan
(2006) "Franco-German Conversations: Rahel Levin and Sophie von Grotthuß in Dialogue with Germaine de Staël", en *German Studies Review*, vol. 29, n.º 3, Oct., pp. 559-577.

ANDRETTA, Stefano; BÉLY, Lucien; KOLLER, Alexander y POUMARÈDE, Géraud
(2020) *Esperienza e diplomazia: saperi, pratiche culturali e azione diplomatica nell'Età moderna (secc. XV-XVIII)*, Viella, Roma.

BASHEVKIN, Sylvia –editora–
(2009) *Opening Doors Wider: Women's Political Engagement in Canada*, UBC Press, Vancouver.

BATTICUORE, Graciela
(2005) *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*, Edhasa, Buenos Aires.

BAYES, Jane –editora–
(2012) *Gender and Politics: The State of the Discipline*, Verlag Barbara Budrich, Opladen.

BERGER, Dina
(2015) "Raising Pan Americans: Early Women Activists of Hemispheric Cooperation, 1916-1944", en *Journal of Women's History*, vol. 27, n.º 1, pp. 38-61.

BILTEKIN, Nevra
(2020) "Unofficial ambassadors: Swedish women in the United States and the -king of non-state cultural diplomacy", en *International Journal of Cultural Policy*, vol. 26, n.º 7, pp. 959-972.

BIOW, Douglas
(2002) *Doctors, ambassadors, secretaries: humanism and professions in Renaissance*, University of Chicago Press, Chicago.

BLASCO LISA, Sandra y MAGALLÓN PORTOLÉS, Carmen –editoras–
(2020) *Feministas por la paz: la liga internacional de mujeres por la paz y la libertad (WILPF) en América latina y España*, Icaria editorial, Barcelona.

BROOMHALL, Susan
(2018) *Women and Power at the French Court, 1483-1563,* Amsterdam University Press, Amsterdam.

CABALLÉ, Ana
(1993) "Gabriela Mistral en Madrid", en *Anales de literatura hispanoamericana*, n.º 22, pp. 231-245.

CALKIN, Homer
(1978) *Women in the Department of State: Their Role in American Foreign Affairs,* Department of State, Washington DC.

CASADO SANCHEZ, María Ángeles y MORENO SECO, Mónica
(2014) "María Cristina de Borbón y María Cristina de Habsburgo: dos regentes entre los modos aristocráticos y los burgueses", en *Historia y Política*, n.º 31, pp. 113-138.

CASSIDY, Jennifer –editora–
(2018) *Gender and diplomacy*, Routledge, Londres.

CÁNDIDA SMITH, Richard
(2017) *Improvised continent: Pan-Americanism and cultural exchange*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.

CHAMBERS, Shara
(2005) "Cartas y salones: mujeres que leen y escriben la nación en la Sudamérica del siglo diecinueve", en *Araucaria: Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*, vol. 7, n.º 13, pp. 77-106.

COMSA, María Teodora *et al.*
(2016) "The French Enlightenment Network", e *Journal of Modern History*, vol. 88, n.º 3, Sept., pp. 495-534.

CRAVERI, Benedetta
(2005a) *Madame du Deffand y su mundo*, Siruela, Madrid.
(2005b) *L'âge de la conversation*, Gallimard, París.
(2006) *Amantes y reinas: el poder de las mujeres*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

CROMWELL, Judith
(2007) *Dorothea Lieven: a Russian princess in London and Paris, 1785-1857*, McFarland & Co., Jefferson.

DAYBELL, James
(2011) "Gender, Politics and Diplomacy: Women, News and Intelligence Networks in Elizabethan England", en ADAMS, Robyn y COX, Rosanna –editores–, *Diplomacy and early modern culture*, Palgrave Macmillan, Nueva York.

DAYBELL, James y SVANTE, Norrhem –editores–
(2017) *Gender and political culture in early modern Europe, 1400-1800*, Routledge, Londres.

DEAN, Robert
(2012) "The Personal and the Political: Gender and Sexuality in Diplomatic History", en *Diplomatic History*, vol. 36, n.º 4, Sept., pp. 763-767.

DENÉCHÈRE, Yves
(2003) "La place et le rôle des femmes dans la politique étrangère de la France c - temporaine", en *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, vol. 78, n.º 2, pp. 89-98.

DE SOUZA FARIAS, Rogério
(2017) "Do You Wish Her to Marry? Brazilian Women and Professional Diplomacy, 1918-1938", en *Diplomacy & Statecraft*, vol. 28, n.º 1, pp. 39-56.
(2019) "Os elos perdidos: a atuação feminina na diplomacia Luso-Brasileira, 1780-1822", en *Ex aequo*, n.º 40, Dic., pp. 15-30.

DIERIKX, Marc
(2020) "The Slow Ascent of Women in Dutch Diplomacy: The Case of Maria Witteveen", en *Diplomatica*, vol. 2, n.º 1, Jan., pp. 145-153.

DOMETT, Tania
(2005) "Soft power in global politics? Diplomatic partners as transversal actors", en *Australian Journal of Political Science*, vol. 40, n.º 2, pp. 289-306.

DORE-AUDIBERT, Andrée
(2002) *Propos irrévérencieux d'une épouse d'ambassadeur*, Karthala, París.

DOWNIE, Fiona
(1999) "La voie quelle menace tenir": Annabella Stewart, Scotland, and the European Marriage Market, 1444-56", en *The Scottish Historical Review*, vol. 78, pp. 170-191.

FOOT, Rosemary
(1990) "Where Are the Women? The Gender Dimension in the Study of International Relations", en *Diplomatic History*, vol. 14, n.º 4, pp. 615-622.

FRIGO, Daniela –editora–
(2000) *Politics and Diplomacy in Early Modern Italy. The Structure of Diplomatic Practice 1450-1800*, Cambridge University Press, Cambridge.

GASPARD, Françoise
(2000) "Les femmes dans les relations internationals", en *Politique étrangère*, n.º 3-4, pp. 730-741.
(2002) "Les 'droits de la femme': construction d'un enjeu en relations internationales", en *Revue internationale et stratégique*, vol. 47, n.º 3, pp. 46-52.

GOODMAN, Joyce
(2012) "Women and international intellectual co-operation", en *Paedagógica Histórica*, vol. 48, n.º 3, pp. 357-368.

GOTTLIEB, Julie y JOHNSON, Gaynor
(2020) "Gendering Peace in Europe", en *Diplomacy & Statecraft*, vol. 31, n.º 4, pp. 601-608.

GREAT BRITAIN FOREIGN AND COMMONWEALTH OFFICE
(1999) *Women in diplomacy: the FCO, 1782-1999*, L & R Department, Historical Branch, Serie History notes, Londres.

GUENTHER, Beatrice
(2012) "Trading on Cultural Capital: Madame de Staël's Politics of Literature", en *Nineteenth-Century French Studies*, vol. 40, n.º 3-4, pp. 203-221.

HANOTIN, Guillaume
(2013) "Femmes et négociations diplomatiques entre France et Espagne au xviiie siècle", en *Genre & Histoire*, n.º 12-13.

HICKMAN Katie
(1999) *Daughters of Britannia. The Lives and Times of Diplomatic Wives, W. Morrow*, Nueva York.

HOCHSCHILD, Arlie
(1969) "The Role of the Ambassador's Wife: An Exploratory Study", en *Journal of Marriage and Family*, vol. 31, n.º 1, Feb., pp. 73-87.

HORAN, Elizabeth
(2009a) "Cónsul Gabriela Mistral in Portugal, 1935-1937: Un policía en la esquina y dos o tres espías adentro del hotel", en *Historia*, n.º 42, vol. II, pp. 401-434.
(2009b) "Una mixtura de calvario y arcadia: la cónsul Gabriela Mistral en Portugal, 1935-1937", en *Anales de Literatura Chilena*, año 10, n.º 11, pp. 13-43.

HUCK, James D.
(1999) "Palma Guillén: México's female ambassador and the international image of mexico's post-revolucionary gender policy", en *MACLAS: Latin American Essays*, n.º 13, pp. 159-171.

HUCKER, Daniel
(2020) "Allowed to Serve, Not to Speak? The Role of Women in International Peace Activism, 1880-1920", en *Diplomacy & Statecraft*, vol. 31, n.º 4, pp. 609-629.

IRIYE, Akira
(2002) *Global Community: The Role of International Organizations in the Making of the Contemporary World*, University of California Press, California.

JAMES, Carolyn
(2020) "The Diplomacy of Clara Gonzaga, countess of Montpensier-Bourbon: Gendered perspectives of family duty, honour and female agency", en *Renaissance Studies*, vol. 35, n.º 3, pp. 486-502.

JEFFREYS-JONES , Rhodri
(1997) *Changing Differences: Women and the Shaping of American Foreign Policy, 1917-1994*, Rutgers University Press, Brunswick.

JOHNSON, Gaynor
(2020) "Women Clerks and Typists in the British Foreign Office, 1920-1960: A P - sopographic Study", en *Diplomacy & Statecraft*, vol. 31, n.º 4, pp. 771-787.

KALE, Steven
(2002) "Women, Salons, and the State in the Aftermath of the French Revolution", en *Journal of Women's History*, vol. 13, n.º 4, pp. 54-80.
(2006a) *French salons: high society and political sociability from the Old Regime to the Revolution of 1848*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.
(2006b) "Women, Salons and Sociability as Constitutional Problems in the Political Writings of Madame de Staël", en *Historical Reflections*, vol. 32, n.º 2, pp. 309-338.

LAUZON, Matthew
(2014) "'In the Name of the Princesses of France': Marie Petit and the 1706 French Diplomatic Mission to Safavid Iran", en *Journal of World History*, vol. 25, n.º 2/3, pp. 341-371.

LORIOL, Marc
(2016) "Le travail diplomatique et l'intime", en *Socio,* n.º 7, pp. 45-64.

MARTINDALE, Hilda
(1938) *Women Servants of the State, 1870-1938. A History of Women in the Civil Service*, George Allen & Unwin, Londres.

MATHESON-POLLOK, Helen; PAUL, Joanne y FLETCHER, Catherine –editores–
(2018) *Queenship and Counsel in Early Modern Europe*, Palgrave Macmillan, Basingstoke.

MAY, Elaine Tyler
(1994) "Commentary: Ideology and Foreign Policy: Culture and Gender in Diplomatic History", en *Diplomatic History*, vol. 18, n.º 1, pp. 71-78.

MCCARTHY, Helen
(2009) "Petticoat diplomacy: the admission of women to the British Foreign Service, 1919-1946", en *Twentieth Century British History*, vol. 20, n.º 3, pp. 285-321.
(2014) "Women, Marriage and Work in the British Diplomatic Service", en *Women's History Review*, vol. 23, n.º 6, pp. 853-873.
(2015) *Women of the world: the rise of the female diplomat*, Bloomsbury, Londres.

MCENANEY, Laura
(2021) "Personal, Political, and International: A reflection on Diplomacy and Methodology", en *Diplomatic History*, vol. 36, n.º 4, pp. 769-772.

MCKENZIE, Beatrice
(2011) "The Power of International Positioning: The National Woman's Party, International Law and Diplomacy, 1928-34", en *Gender & History*, vol. 23, n.º 1, Apr., pp. 130-146.

MITCHELL, J. M.
(1986) *International cultural relations*, Allen & Unwin, Londres.

MORI, Jennifer
(2015) "How Women Make Diplomacy: The British Embassy in Paris, 1815-1841", en *Journal of Women's History*, vol. 27, n.º 4, pp. 137-159.

NASH, Philip
(2002) "A Woman's Touch in Foreign Affairs? The Career of Ambassador France E. Willis", en *Diplomacy & Statecraft*, vol. 13, n.º 2, pp. 1-20.

ORTIZ PERALTA, Rina
(2017) "La embajadora roja: Alexandra Kollontai y México", en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, n.º 148, pp. 13-38.

O'SHAUGHNESSY, Edith Coues
(1916) *A Diplomat's Wife in Mexico*, Harper & Bros, London.

PAPACHRISTOU, Judith
(1990) "American Women and Foreign Policy, 1898-1905: Exploring G Diplomatic History", en *Diplomatic History*, vol. 14, n.º 4, pp. 493-509.

PATTERSON, David
(2008) *The Search for Negotiated Peace: Women's Activism and Citizen Diplomacy in World War I*, Routledge, Londres.

PERKINS, Bradford
(1954) "A Diplomat's Wife in Philadelphia: Letters of Henrietta Liston, 1796-1800", en *The William and Mary Quarterly*, vol. 11, n.º 4, pp. 592-632.

PÉROL, Huguette
(2002) *Femme d'ambassadeur*, Guibert, París.

PITA GONZÁLEZ, Alexandra
(2014) *Educar para la paz: México y la Cooperación Intelectual Internacional*, Universidad de Colima, México DF.

PITA GONZÁLEZ, Alexandra y AYALA FLORES, Hubonor
(2015) "Miradas tangenciales del México huertista", en *Tzintzun: Revista de Estudios Históricos*, n.º 62, pp. 149-182.

POMPA ALCALÁ, Georgina
(2019) "La labor diplomática de Palma Guillén en Colombia y en Dinamarca (1935-1938)", en *Diacronía*, n.º 21, abril, pp. 147-161.

RAMÍREZ FLORES, Nora
(2006) "La Mujer en la Diplomacia Mexicana", en *Anuario Mexicano de Derecho Internacional*, n.º 6, pp. 759-784.

REYNOLDS, David
(2006) "Debate Forum. International History, the Cultural Turn and the Diplo - tic Twitch", en *Cultural and Social History,* iii, pp. 75-91.

RUPP, Leila
(1994) "Constructing Internationalism: The Case of Transnational Women's Organizations, 1888-1945", en *The American Historical Review*, vol. 99, n.º 5, pp. 1571-1600.
(1996) "Challenging Imperialism in International Women's Organizations, 1888-1945", en *NWSA Journal*, vol. 8, n.º 1, pp. 8-27.

SABBATINI, Renzo y VOLPINI, Paola –editores–
(2011) *Sulla diplomazia in età moderna: politica, economia, religione*, Franco Angeli, Milán.

SANCHEZ MEJÍA, María Luisa
(2015) "Madame de Staël y la Constitución del año III: el nacimiento del republicanismo liberal", en *Historia constitucional: Revista Electrónica de Historia Constitucional*, n.º 16, pp. 47-66.

SCHWEIZER Karl y SCHUMANN Matt
(2008) "The Revitalization of Diplomatic History: Renewed Reflections", en *Diplomacy and Statecraft*, xix, pp. 149-186.

SIBLEY, Katherine
(2012) "Introduction: Gender and Sexuality in American Foreign Relations", en *Diplomatic History*, vol. 36, n.º 4, pp. 695-698.

SLUGA, Glenda
(2014) "Women at the Congress of Viena", en *L'Homme: Journal of Feminist History,* vol. 2, Jan.

SLUGA, Glenda y JAMES, Carolyn –editoras–
(2016) *Women, diplomacy and international politics since 1500*, Routledge, Londres.

SOARES BALESTERO, Gabriela
(2017) "Mulheres na diplomacia brasileira: breves contribuições teóricas", en *Revista na Faculdade de Direito da Universidade Federal de Uberlândia*, vol. 45, n.º 2, pp.104-134.

SOWERBY, Tracey y CRAIGWOOD, Joanna –editoras–
(2019) *Cultures of diplomacy and literary writing in the early modern world*, Oxford University Press, Oxford.

STEPHANSON, Anders
(1998) "Commentary: Diplomatic History in the Expanded Field *Diplomatic History*, vol. *22*, n.º 4, pp. 595-603.

STEPHENSON, Elise
(2019) "Domestic challenges and international leadership: a case study of women in Australian international affairs", en *Australian Journal of International Affairs*, vol. 73, n.º 3, pp. 234-253.

TERNAVASIO Marcela
(2015) *Candidata a la corona: la infanta Carlota Joaquina en el laberinto de las revoluciones hispanoamericanas*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires.

THUILLIER, Guy
(1989) *Les femmes dans l'administration depuis 1900*, Presses Universitaires de France, París.

TOWNS, Ann
(2020) "'Diplomacy Is a Feminine Art': Feminised Figurations of the Diplomat", en *Review of International Studies*, vol. 46, n.º 5, pp. 573-593.

TOWNS, Ann y NIKLASSON, Birgitta
(2017) "Gender, International Status, and Ambassador Appointments", en *Foreign Policy Analysis*, vol. 13, Issue 3, pp. 521-540.

WILKINS, Douglas Barry
(2015) "Gabriela con valija diplomática: La génesis de la vida consular de Gabriela Mistral", en *Contextos*, n.º 33, pp. 113-123.

WOOD, Molly
(2004) "A Diplomat's Wife in Mexico: Creating Professional Political, and National Identities in the Early Twentieth Century", en *Frontiers: A Journal of Women Studies*, vol. 25, n.º 3, pp. 104-133.
(2005) "Diplomatic Wives: The Politics of Domesticity and the 'Social Game' in the U.S. Foreign Service, 1905-1941", en *Journal of Women's History*, vol. 17, n.º 2, pp. 142-165.
(2007) "'Commanding Beauty' and 'Gentle Charm': American Women and Gender in the Early Twentieth-Century Foreign Service", en *Diplomatic History*, vol. 31, n.º 3, pp. 505-530.
(2015) "Wives, Clerks, and 'Lady Diplomats': The Gendered Politics of Diplomacy and Representation in the U.S. Foreign Service, 1900-1940", en *European journal of American studies*, vol. 10, n.º 1.

PRIMERA PARTE

Eduarda Mansilla, Guillermina Oliveira Cézar y Ángela Oliveira Cézar
Entre ámbitos diplomáticos y circuitos transnacionales

Paula Bruno

Introducción

A partir de la segunda mitad del siglo XIX y hasta comienzos del siglo XX, los ritmos de la consolidación de las reparticiones estatales de las naciones de América Latina generaron nuevas oportunidades de acceso a cargos y funciones para los hombres de ciertas familias y posiciones. Entre ellas, las del servicio exterior propiciaron que figuras latinoamericanas transitaran por circuitos y espacios de la diplomacia que contaban con niveles de formalización y protocolos consolidados, algunos de los cuales se habían forjado durante siglos (Delgado Llanos y Sánchez Andrés, 2012). Comisionados especiales, encargados de negocios, ministros plenipotenciarios, secretarios de legaciones, cónsules y agregados, fueron algunos de los puestos que los hombres de las nuevas repúblicas comenzaron a ejercer (Bruno, 2018; Cagiao Vila y Elías-Cano, 2018; Suárez Argüello y Sánchez Andrés, 2017).

Simultáneamente, también algunas mujeres nacidas en la América de habla hispana tuvieron la posibilidad de ocupar distintos roles como consortes, madres, hijas, anfitrionas y acompañantes en los ámbitos diplomáticos. A la vez, se desempeñaban como traductoras ocasionales, asistentes administrativas no remuneradas, intermediarias y negociadoras. Algunos de estos papeles respondían a perfiles consolidados en países europeos, como el de *salonière*, que articulaba la cultura de la conversación y el intercambio de ideas en ámbitos de sociabilidad literarios y políticos, y que tuvo en figuras como Madame du Deffand y Madame de Staël a algunas de sus representantes más notorias (Anderson, 2006; Craveri, 2005a y 2005b; Kale, 2006); o el de dama diplomática, que encontró en Madame de Metternich su arquetipo. Estos perfiles respondían a rasgos definidos: se trataba de mujeres de la aristocracia que, en tanto esposas, compañeras o allegadas a figuras públicas masculinas, estuvieron presentes en misiones diplomáticas y entramados de sociabilidad de cortes europeas. Existían otros roles, como el de cortesana, dama de compañía y consorte ocasional, que se movían, a su vez, en las tramas diplomáticas y cumplían funciones como confidentes, media-

doras y emisarias (Craveri, 2015). Para algunas mujeres latinoamericanas, los ámbitos en los que se desplegaban sus pares del Viejo Mundo no eran desconocidos: podían ser animadoras de tertulias, esposas de figuras públicas y allegadas con influencia antes los hombres del poder en sus tierras natales (Batticuore, 2005; Chambers, 2005). Recorrer geografías que las alejaban de sus lugares de nacimiento, de por sí, les brindaba la oportunidad de circular por escenarios muy diferentes a los conocidos por sus contemporáneas y devenir, de este modo, figuras cosmopolitas y articuladoras de ideas, usos y hábitos de geografías muy diferentes entre sí que conformaban el "mundo ampliado" y transnacional de la diplomacia (Mösslang y Riotte, 2008).

Entrado el siglo XX, y sobre todo en el contexto posterior a la Primera Guerra Mundial, la diplomacia, como rama transnacional de la administración de los Estados nacionales, comenzó a superponerse con los ámbitos resultantes del surgimiento de organismos internacionales. En paralelo, se perfilaron actores inscriptos en causas que trascendían las fronteras y bregaban por reivindicaciones generales, como el pacifismo y la antibeligerancia, o la ampliación de derechos civiles y políticos (Mckenzie, 2011). En este marco de ampliación de ámbitos que se superponían y retroalimentaban, las mujeres ocuparon cargos en organismos y otros ámbitos laborales, y continuaron con su accionar en organizaciones de asistencia social y beneficencia (Sánchez, 2019). También encabezaron movimientos y fueron articuladoras entre asociaciones surgidas desde la sociedad civil y distintos niveles de administraciones estatales y supranacionales (Goodman, 2012; Patterson, 2008). Las mujeres nacidas en América Latina, una vez más, encarnaron estos roles y participaron de un entramado de relaciones que las unía a pares de otras geografías con causas afines (Lavrin, 2005). Se involucraron, a su modo, en una sociedad civil transnacional con demandas compartidas e iniciativas comunes que adoptaban modulaciones particulares en cada espacio geográfico (Batliwala y Brown, 2006).

En esta parte del libro se exploran los itinerarios de Eduarda Mansilla (1834-1892), Guillermina Oliveira Cézar (1870-1936) y Ángela Oliveira Cézar (1860-1940), nacidas en territorio rioplatense.[1] Se analizan sus experiencias y derroteros, y se centra la atención en distintos intersticios de la vida diplomática (Andretta *et al*., 2020; Sabbatini y Volpini, 2011). Estas tres mujeres ejercieron, con aristas particulares e improntas personales, varios de los roles mencionados, válidos en otras latitudes, pero también los resignificaron mientras ofrecían reflexiones sobre el mundo diplomático y sus prácticas.

1 El apellido de las hermanas Oliveira Cézar aparece escrito de formas diferentes en las fuentes disponibles. En algunas ocasiones se lee "de Oliveira Cézar" en otras, se escribe sin "de". También se encuentra con y sin tilde el segundo apellido. Como se verá, de por sí, las menciones de estas mujeres generaron variadas referencias. Para evitar confusiones sobre el "de" como parte del apellido compuesto familiar y el correspondiente a marca matrimonial, he optado por unificar el criterio de mención sin en "de" a la hora de hacer referencia a sus nombres completos.

Eduarda Mansilla. De "secretaria de legación de una República de nada" a dama y escritora diplomática

En una semblanza publicada luego del fallecimiento de Eduarda Mansilla, Ricardo Monner Sans señalaba: "casada con un distinguido diplomático, el talento de Eduarda brilló en las principales cortes europeas, y así, mientras el Dr. Manuel R. García, su esposo, demostraba que en esta tierra nacen y crecen cumplidos caballeros, ella patentizaba que a orillas del Plata ven la luz damas de reconocido talento".[2]

Esta referencia encuadraba a Mansilla en una faceta específica de su trayectoria: la vida diplomática, que desplegó por más de veinticinco años. Para adentrarse en la misma, el dato central a considerar es su matrimonio con el jurista Manuel Rafael García Aguirre, en 1855 (Derbiz, 2017). Los nombramientos de su marido en destinos diplomáticos se sucedieron en las siguientes misiones: en 1860 fue comisionado para estudiar el sistema federal de los Estados Unidos, y en 1863 fue nombrado secretario de legación de cuatro países: Inglaterra, Francia, Italia y España. Posteriormente, en 1868, reemplazó a Domingo Faustino Sarmiento como ministro plenipotenciario en Estados Unidos. Más tarde fue comisionado para coordinar la construcción de embarcaciones para la marina de guerra en Inglaterra, y durante varios años su residencia fue oscilante entre Inglaterra y Francia. En 1884 fue designado ministro plenipotenciario en Austro-Hungría. Falleció en 1887 en Viena, mientras ocupaba este cargo. Cada uno de estos destinos signó la vida de Mansilla: cambios de residencia, mudanzas, temporadas veraniegas, divisiones de la familia, nacimiento de sus hijos en otros países, pérdida de pertenencias en los sucesivos traslados, fueron solamente algunos de los eventos que permiten analizar su trayectoria entre 1860 y 1892, el año de su fallecimiento.

El destino inicial de esta vida diplomática comenzó en Estados Unidos. El matrimonio García-Mansilla se dirigió al país del Norte a raíz de una comisión que recibió Manuel García. Un periódico de Buenos Aires destacaba que su responsabilidad era: "hacer un estudio de la Jurisprudencia Federal y escribir un libro sobre ella y las aplicaciones que de aquel gran resorte puedan hacerse en esta joven República, cuya legislación difiere tanto de la de la Unión". En la misma noticia se anunciaba que la comisión haría trasladar "al Dr. D. Manuel R. García y su familia".[3] Las impresiones de esta experiencia fueron recogidas en volumen y se publicaron dos décadas más tarde, en 1882, bajo el título: *Recuerdos de viaje*. Esta obra ha ganado un lugar privilegiado en los estudios sobre literatura y memorias de viajes. Como otros libros de esta década, las impresiones allí vertidas han sido estudiadas en tanto travesías (Alloati, 2014; Torre, 1995; Miseres, 2017; Szurmuk, 2001; Scatena Franco, 2008; Viñas, 1998). Aquí propongo, en cambio, revisar esos recuerdos como un archivo para adentrarse en los interiores de la vida diplomática y ver cómo fueron percibidos por Mansilla, en tanto habitante de los mismos.

Una vez en Estados Unidos, y mientras Manuel García se encargaba de estudiar la organización jurídica norteamericana, Mansilla tuvo la oportunidad de conocer las

2 *La Ilustración Sud-Americana*, 16/01/1893.

3 *La Tribuna*, 14/02/1861; reproducido en Mansilla (2015: 238).

dinámicas de un país que obsesionaba a varios de sus contemporáneos (Bruno, 2013). Además de mostrar sus preferencia por las naciones europeas, y reflexionar sobre la vida social, política y cultural del país, en las páginas de sus recuerdos es posible rastrear a una testigo de primera mano que ofrece retratos de figuras que convivían en los circuitos diplomáticos. Diletantes distinguidos, patriotas abnegados, encargados de negocios, secretarios de diferentes categorías, hombres que se percibían como representantes de sus países sin contar con credenciales, cónsules que realizaban trabajo administrativo para dos naciones, comisionados especiales que no eran reconocidos como tales, figuras con títulos nobiliarios de difícil constatación, y damas diplomáticas –una expresión de época que a Mansilla le gustaba utilizar– circulan por sus páginas de manera pintoresca.

La primera puerta que conduce a los interiores de la vida diplomática que Eduarda Mansilla habitó está atravesada por una anécdota: un secretario de legación le revela que desespera porque su novia, una joven norteamericana, no se muestra satisfecha con los regalos que le hace llegar (Mansilla, 1882: 40).[4] El tono íntimo de esa confesión da cuenta de que entre las figuras de la diplomacia reinaba un ambiente familiar y amical, en el que era posible que un secretario le hablara a la esposa de un comisionado de igual a igual y le pidiera consejo.

Si este episodio da indicios sobre la cercanía entre representantes en el exterior, otros permiten analizar ciertas características que acompasaban el mundo diplomático: las asimetrías entre diferentes cargos, las dinámicas de sociabilidad, la espectacularización que propiciaban las acciones, gestos, consumos y preferencias de los diplomáticos, entre otros asuntos. Durante la primera estadía de Mansilla en Estados Unidos, los escenarios que encuadraron las descripciones de estos rasgos fueron la Casa Blanca, la Legación de Brasil, y algunos salones artísticos y literarios.

Una de sus visitas a la Casa Blanca suele referirse para señalar que conoció a Abraham Lincoln y reflexionó sobre algunas dinámicas de la política norteamericana. Mansilla narra estos sucesos quitándoles importancia: "en los Estados Unidos, el día primero del año, el Presidente se debe a todos. Desde que dan las nueve de la mañana, recibe a sus ministros (*Cabinet*) en traje de ceremonia, frac negro y corbata blanca. En seguida llega la Corte Suprema, el segundo Poder y luego el Cuerpo Diplomático, de gran uniforme, encabezado por su Decano". Señala que, a esta ceremonia, además "asisten las damas diplomáticas en traje de paseo, y el ceremonial consiste puramente en el casi silencioso *shake hands*" (Mansilla, 1882: 82).

La ceremonia es descripta con el ritmo de la repetición y el protocolo. Del mismo modo la cubrían los cronistas de diarios de la época.[5] En esta ocasión, según ella misma recuerda, fue introducida como "Señora García, de Sud América". En ese contex-

4 Cuando en los paréntesis de referencias de textos se encuentra el apellido Mansilla se trata de escritos de autoría de Eduarda. En las portadas de sus libros suele figurar su nombre como Eduarda Mansilla de García, pero para distinguir con claridad las citas de su pluma de otras de su hijo (García Mansilla), he optado por usar solamente el apellido paterno. En la lista bibliográfica, ver Mansilla de García, Eduarda.

5 Véase, por ejemplo: *The Evening Star*, 02/01/1865.

to específico, de liturgias estatales y escenificaciones del poder, ella era reconocida como una "esposa de". Este bautismo marcaría una tendencia sostenida a lo largo de su vida diplomática. Otros eventos similares a la hora de referirse a procesos y personajes latinoamericanos, por su parte, le permitieron reflexionar sobre la falta de interés de los norteamericanos respecto del resto del continente en la década de 1860. Al respecto, subrayó: "Intolerantes y orgullosos, como severos puritanos, los hijos de la Unión no creen sino en sí mismos, y ni siquiera dan fe, ni hacen judicial, al progreso real de nuestras Repúblicas. Nosotros les llamamos, con cierta candidez, *hermanos del Norte*, y ellos, hasta ignoran nuestra existencia política y social. Bien entendido, no me refiero en esto a la cancillería de Washington" (Mansilla, 1882: 60).

Este tipo de consideraciones se basaban en las referencias despectivas que escuchaba sobre su tierra natal y en el tono displicente que se utilizaba para hablar de algunos los habitantes de América del Sur. Ambos aspectos atravesaron su primera experiencia norteamericana. Comenta, por ejemplo, que en un banquete de la Legación de Brasil fue presentada como "simple Secretaria de Legación de una República de nada". Ella explica que fue así "como el Plenipotenciario brasilero, me llamó un día, delante de un chismoso colega, que se apresuró naturalmente a repetirme la expresión". En Buenos Aires, Mansilla era conocida como una mujer de carácter; sin embargo, ante este epíteto tan poco halagüeño no se defendió: "era yo joven entonces; confieso que me reí de buena gana, y, lo que es peor, no me enmendé" (Mansilla, 1882: 93). Ser esposa de un comisionado y portar su apellido no la igualaba, como percibió rápidamente, al tipo de dama que encarnaban las esposas de funcionarios reconocidos de los servicios exteriores de otros países.

Ella no era, por entonces, una dama diplomática. Debía sentirse honrada si, cuando la acompañaba la fortuna, la presentaban como una "extranjera distinguida". Haber comprendido esto le evitó tener que dar explicaciones sobre las responsabilidades de su marido: "visité en la Casa Blanca, sin más título que el de extranjera distinguida, pues en ese momento aún no había llegado a los Estados Unidos el Jefe de Legación, de la cual era mi marido Secretario. Confieso que tuve pereza de hacer explicar su carácter de comisionado especial para estudiar los Tribunales de Justicia" (Mansilla, 1882: 81). Acertadamente, Mansilla comprendía que su esposo no ostentaba uno de los cargos que dentro de las jerarquías del cuerpo diplomático ameritaban respeto y garantizaban privilegios. Dado que no existía una legación argentina en el país del Norte, describir a un responsable en misión allí resultaba algo confuso. Un periódico de Brasil hacía notar esta dificultad con la siguiente descripción: "el gobierno argentino envía a Estados Unidos, para estudiar la organización de los tribunales federales, al Dr. Manuel García, dándole el carácter de secretario de una legación que allí pretende establecer".[6]

De este modo, caracterizada como una empleada imaginaria y de segundo rango en un momento en el que, además, ese cargo solamente podía ser ocupado por hombres, y descripto su terruño como una "República de nada", a Mansilla, la posición

6 *Correio Mercantil, e Instructivo, Politico, Universal*, 24/02/1861. Esta y todas las traducciones de esta parte del libro fueron realizadas por la autora.

que tenía su esposo no le otorgaba un estatus. Por entonces, un comisionado oficial no contaba con credenciales equiparables a las de un ministro plenipotenciario, pero mucho menos lo acercaba a la figura de "diplomático imperial", categoría que ostentaba el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de su Majestad y el Imperio de Brasil, como se mencionaba en la prensa de la época, Miguel Maria Lisboa, Barón de Japurá. Él y su esposa, Maria Izabel Pinto Andrade de Lisboa, Baronesa de Japurá, conocida como Madame Lisboa, eran llamados en el entorno diplomático de Washington "sus Altezas" (Mansilla, 1882: 91 y 93).

Madame Lisboa sí era una dama diplomática. Sus redes de parentesco la posicionaban como tal, el título de baronesa la respaldaba. Podía ostentar entre sus amistades íntimas a Madame de Metternich y, más tarde, a la Emperatriz Teresa Cristina de Borbón. Se destacaba por varios atributos, según señalaba la propia Mansilla: "era en esa época una de las estrellas del cielo diplomático; brillaba por su belleza un tanto *sur le retour,* su elegancia incontestable, su amabilidad algo ceremoniosa y ese no sé qué tan atractivo de las brasileras, cuando son bonitas, mezcla de indolencia en las actitudes y vivacidad en la mirada" (Mansilla, 1882: 92).

Los atributos de esta dama otorgaban amplia reputación a la sociabilidad desarrollada en la legación brasileña. En los interiores de sus salones tenían lugar conciertos, conversaciones, banquetes y otros eventos que estaban ritmados por prácticas aristocráticas. Condes, duques y marqueses emparentados con familias dinásticas europeas se encontraban a gusto en esos salones. Mansilla señalaba que "el *high life* se daba allí cita" y revela un espacio de convivencia de figuras: "conjuntamente con nosotros, llegaron a los Estados Unidos los Príncipes de Orleans, Luis Felipe, Conde de París, y su hermano Roberto, Duque de Chartres, que venían como voluntarios a tomar servicio en el ejército del Norte. Esos Príncipes, ambos muy jóvenes, hijos del malogrado Duque de Orleans, nietos del Rey Luis Felipe, y el mayor heredero del trono de Francia, habían sido educados en el destierro por su madre, la Duquesa de Orleans, Condesa Elena de Mecklemburgo" (Mansilla, 1882: 91).

En la legación de Brasil coincidían representantes de distintas latitudes, cargos y procedencias. Sin embargo, en este ambiente los comisionados o representantes de las nuevas naciones americanas no siempre encajaban, parecía marchar a otro ritmo: sus vestimentas y sus residencias eran distintas a las de los delegados europeos dado que el presupuesto con el que contaban era estrecho. Así lo constataba la experiencia de los García-Mansilla. Mientras que la vida cotidiana en la legación imperial de Brasil en Washington estaba pautada con protocolos, contaba con presupuesto considerable y se desarrollaba en un edificio descripto como mansión, ellos vivían en una pequeña residencia en Washington que habían conseguido por medio de favores. Sobre este tema, dice Mansilla: "gracias a la cooperación eficaz de un amigo diplomático, tuvimos la suerte de hallar la cosa más rara que a la sazón podía encontrarse en aquella ciudad, atestada de *politicians* y militares. Tuve la suerte de alquilar una casita" (Mansilla, 1882: 77).

Los amigos diplomáticos explicaban, en ocasiones, las dinámicas de la estadía norteamericana del matrimonio. Varios de ellos ostentaban lo que Mansilla denomina-

ba "fueros diplomáticos", que les permitían contar con privilegios a la hora de acceder a ciertas habitaciones de hoteles, banquetes y espectáculos (Mansilla, 1882: 162). A diferencia de los representantes de otras naciones europeas y de Brasil, esta familia viajaba con credenciales que, ante el mundo más formalizado de la diplomacia, eran desconocidas, o bien tenían solamente peso en situaciones muy concretas, como las de tener cierto trato a la hora de hacer un viaje en tren. Ella así lo notaba: "gracias al pasaporte diplomático, la ceremonia del reconocimiento del equipaje, no tuvo lugar" (Mansilla, 1882: 20). Estas ventajas menores no compensaban la realidad de estar en un país para el que "Sud América", referida en términos difusos, no eran más que un territorio incógnito y con formas de representación exterior precarias o potenciales.

Debe considerarse que en estas décadas aún no estaba organizado el servicio exterior de la actual Argentina (Solveira, 1997). El país no contaba con un cuerpo diplomático constituido, por lo que no había un jefe de legación que representara a la nación en los Estados Unidos. Ante la inexistencia de representación formal, tampoco se contaba con nada equiparable a edificios destinados a los comisionados en el exterior o presupuestos obtenidos para fijar morada. Estos hechos explican por qué, si se leen con atención las páginas de *Recuerdos de viaje*, abundan las descripciones de cambios de residencia y estadías en hoteles.

La suerte de los García-Mansilla en Estados Unidos da cuenta de la existencia de circuitos diplomáticos con grados diferentes de organización y formalización. En ocasiones, sobre todo en las veladas de la legación de Brasil, dos estilos de ejercer la diplomacia podían superponerse. Con sus rasgos de esplendor y presupuesto imperial, ese espacio oficiaba como ámbito de convivencia de príncipes y condes provenientes de familias europeas y figuras menos descollantes de países latinoamericanos. Las lógicas de la sociabilidad aristocrática se solapaban allí con las más horizontales de los latinoamericanos en reuniones "muy animadas y un tanto artísticas" en las que "se bailaba, se charlaba, se cantaba y se tocaba" (Mansilla, 1882: 92). Las mismas fueron para Mansilla un refugio y le permitieron escapar de la monotonía de Washington, ciudad que consideraba como un espacio periférico en el orden geopolítico de la década de 1860. Al respecto señala: "la Capital de la Unión, era en ese tiempo considerada por los diplomáticos, una especie de destierro; y, a decir verdad, no les faltaba razón […] los agentes europeos, y aún los americanos, no se abordan nunca en la Pensilvania (el nombre de avenida se suprime), el paseo obligatorio de los desterrados, sin exclamar: ¡Cuándo dejaremos esta horrible ciudad!" (Mansilla, 1882: 96).

Entre dos mundos solapados, pero no confundidos, uno ritmado por dinámicas aristocráticas y hábitos europeos, y otro un tanto menos articulado que daba cuenta de los procesos de formación de los servicios exteriores de los estados nacionales de América Latina, Mansilla concretó su primera experiencia diplomática. En estos años aprendió qué peso tenían las relaciones de parentesco y amistad lejos de la tierra natal, valoró la importancia de contar con fueros diplomáticos, y observó de cerca las actitudes de las damas de la diplomacia. Puede que haya evaluado también las brechas entre un tipo de esposa y otro. Atenta a estas dinámicas, se integró en los espacios propiciados en las tertulias que le abrieron sus puertas, convivió con "diplomáticos

de todas las categorías" (Mansilla, 1882: 94) y logró moverse con notable soltura entre los circuitos que habitaban representantes del viejo continente, considerados por ella como figuras con "cierta tendencia marcada a la pomposidad un tanto frívola" (Mansilla, 1882: 91), y jóvenes representantes norteamericanos y latinoamericanos que desafiaban los protocolos europeos, como el secretario que le había confesado sus pesadumbres amorosas.

Esta primera experiencia le permitió también relevar lo que le parecía desagradable del mundo diplomático. Por ejemplo, fue consciente del grado de exposición pública y el constante escrutinio al que estaban sometidos los representantes de servicios exteriores. Señalaba al respecto que le parecía que la prensa revelaba "cosas atroces" sobre el cuerpo diplomático: "ese *Corp*, sin embargo, que es para los americanos el prototipo de la elegancia y del buen tono, servía con frecuencia de blanco a tiros desapiadado". Se mostraba indignada ante las "críticas acerbas sobre la mezquindad de la manera de vivir de uno u otro representante de naciones de primer orden, entrando en detalles penosísimos, no solo para la víctima, sino hasta para sus colegas favorecidos". Notaba que las "cuestiones diplomático-sociales" podían dar lugar a chismes, difamar a familias y a países, truncar trayectorias, y convertir en superficiales las acciones de representantes oficiales (Mansilla, 1882: 116 y 117). Estas observaciones muestran su lucidez a la hora de interpretar las dinámicas de la prensa de la época: los eventos ligados a la diplomacia eran cubiertos con detalles en el espacio destinado a la crónica social. En ocasiones, se superponían con consideraciones sobre hábitos de moda, lujo y ostentación; y, en otras, se subrayaban las falencias de ciertos actores frente a las normas de sociabilidad y protocolares, lo que habilitaba reflexiones generales sobre las naciones de las que provenían.

Mansilla parece haber tomado también nota, en un plano más personal, respecto de cuáles eran sus diferenciales para moverse con soltura en los ámbitos de la diplomacia. Puede que no se sintiese cómoda vistiendo los ropajes de una representante de una república de nada, y que haya notado las diferencias entre Madame Lisboa y ella, pero también es cierto que se encargó de marcar que la estancia norteamericana potenció su *savoir faire* diplomático. Sus habilidades sociales, cuidadosamente señaladas en las crónicas, le permitían lucirse en las tertulias al conversar sobre la vida literaria y artística, la temporada teatral y la moda francesa. Era una sudamericana, desde ya, pero podía hacer del manejo de idiomas, de su cultura letrada y de sus conocimientos sobre el viejo mundo su carta de presentación. Al menos en Estados Unidos, y en pleno contexto de la Guerra de Secesión, la vida en las pampas no parecía suscitar el interés suficiente como para destacar en salones y conversaciones. Fue para ella más efectivo hablar de París, un lugar que conocía por los libros y por las experiencias de un viaje anterior, y que se convertiría en su próximo destino diplomático (Mansilla, 1882: 126).

Luego de la experiencia norteamericana, en 1863, Manuel García fue nombrado secretario de legación afincado en París, pero con representación en cuatro territorios: Italia, España, Francia e Inglaterra. La designación, realizada por Bartolomé Mitre, no estaba acompañada de un incremento notable de ingresos para los García-Mansilla. Se-

ñala Daniel, hijo del matrimonio: "como el cuerpo diplomático en el exterior se pagaba en oro y el erario no estaba muy abundante en recursos, sobre todo en Relaciones Exteriores, que durante años ha sido la Cenicienta del presupuesto general, para ahorrar gastos, se confiaban varios cargos a un ministro" (García Mansilla, 1950: 45). El salario no era considerablemente superior, pero el nuevo destino de Manuel García contaba con un atractivo extra: secundar al ministro plenipotenciario Mariano Balcarce, casado con Mercedes de San Martín y Escalada, hija de José de San Martín. El matrimonio Balcarce-San Martín contaba con reputación, dado el encuadre familiar del que provenía.

El hecho de que Manuel García estuviera acreditado en cuatro destinos generó en esos años sucesivos viajes para presentar credenciales y realizar visitas protocolares. Fue en estas circunstancias en las que frecuentó la corte de Isabel II de Borbón, junto con Balcarce, para ratificar en Madrid el Tratado de Reconocimiento, Paz y Amistad con el reino de España, cuya versión inicial había sido firmada en 1859 (Sanchís Muñoz, 2010: 123 y 125). Esta misión fue ampliamente celebrada y reconocida en los circuitos diplomáticos. También viajaron a Italia y se detuvieron algunos días en Florencia, donde conocieron a figuras nobiliarias, artistas, banqueros y otras personalidades. En estos eventos, "la joven pareja, que era brillante y hablaba de corrido en italiano", ganó simpatías y amistades. Y Mansilla, por primera vez, fue reconocida como dama diplomática cuando una marquesa le regaló "una hermosa cabeza de Niño Jesús pintada por Carlo Dolci". Ese regalo, que quizás no tenía mayor importancia para quien lo obsequiaba, significó para ella un gesto de reconocimiento, su hijo destaca sobre este episodio que esa pieza fue siempre conservada por la familia y que su madre se ocupó de darle un lugar en su testamento (García Mansilla, 1950: 48).

Iniciados en los rituales de la diplomacia europea y reconocidos por figuras con títulos nobiliarios inexistentes en las pampas, pasar tiempo en los salones diplomáticos y aristocráticos devino norma en la vida de los García-Mansilla. La corte de Napoleón III era un espacio propicio para aceitar esa inclusión. Los festejos espectaculares allí eran usuales: banquetes para agasajar a monarcas extranjeros, bailes de disfraces y máscaras, celebraciones de distintas epopeyas o efemérides, y otros eventos, se sucedían sin interrupción (Des Cars, 2008). Los ritmos cortesanos mostraban, amplificando los ecos de los recuerdos de la legación de Brasil en Estados Unidos, las distancias entre usos europeos y americanos. Entre pompa y ceremonial, dos anécdotas contadas por el hijo del matrimonio, narradas previamente por sus padres, muestran esas brechas. La primera tiene como protagonista a Santiago Arcos, hijo de una familia chilena allegada a los Mansilla. Y cuenta cómo logró ingresar sin invitación en un baile organizado para celebrar la visita de los soberanos de Rusia y Austria a París por el simple hecho de vestir un frac, hablar francés y mostrar buenos modales en la puerta de entrada. La segunda describe una escena de diálogos de introducción entre diplomáticos en la que, a la hora de saludar al representante argentino, Balcarce, ante la ausencia de referencias de parentesco nobiliarias para encuadrar a un presidente de una nación americana, se le preguntó en tono jocoso cómo estaba el "*cousin* Mitre" (García Mansilla, 1950: 57 y 58).

Así y todo, pese a las diferencias entre geografías y la falta de algunos encuadres, las relaciones de amistad y parentesco ritmaron también la suerte de los circuitos que se abrían potencialmente para los García-Mansilla. La relación con la familia Arcos, por ejemplo, fue una carta de presentación para estrechar lazos con la emperatriz, Eugenia de Montijo, quien, a la vez, había conocido al padre de Mansilla en tiempos anteriores. Esa cercanía propició una escena que se conoce por la narración del mencionado descendiente: "Cuando mi madre fue presentada a Eugenia Montijo por el introductor de embajadores –quien casualmente había desempeñado el cargo de secretario de legación de Francia en tiempos de Rozas, las señoras del Cuerpo Diplomático recientemente incorporadas, con el fin de saludar a la soberana, avanzaban hacia Eugenia en dos filas paralelas. La hija, entonces soltera, del ministro Balcarce, Pepita, pasó primero, y el introductor anunció en esta forma: La señorita Balcarce. Hija del ministro de la Confederación Argentina. Tocóle seguidamente el turno a mi madre, per Mr. Feulliet des Conches, al nombrarla, agregó: Es hija del general Mansilla. La emperatriz, sonriendo, le tomó entonces ambas manos y le dijo: ¡Eduardita! Por favor, escriba a su padre usted, para decirle que desde que se ha marchado, no nos divertimos en las Tullerías" (García Mansilla, 1950: 63).

Más allá de la veracidad de esta anécdota, la escena pone en acto varias de las dinámicas de la vida diplomática. En primer lugar, queda en evidencia el peso de los lazos personales que, en este caso, borraron coyunturalmente las distancias entre un universo de referencias europeo y otro americano. En segundo lugar, muestra cómo ser la nieta de José de San Martín (Pepita era Josefina, la hija de Mariano Balcarce y Mercedes San Martín), podía ser intrascendente o incluso un dato omitido en el contexto de la introducción a una figura de la nobleza española en la corte de Francia. Revela, además, el rol de ciertas articuladores diplomáticos, como Félix-Sébastien Feuillet de Conches, que a lo largo de su carrera podían estar en Buenos Aires en un momento de sus vidas, y en la corte de Napoleón III a los pocos años. Por su parte, deja en evidencia el peso de las relaciones que un militar americano como Lucio Norberto Mansilla, podía entablar con miembros de las cortes europeas, incluso en tiempos en los que el servicio exterior de la actual Argentina no contaba con una organización sistemática. Por último, es interesante destacar que esa figura militar, ahora recordada con aprecio en la corte francesa, había comandado la Batalla de la Vuelta de Obligado, que enfrentó a las tropas que respondían a Juan Manuel de Rosas a una armada anglo-francesa.

Entre lazos personales, referencias cruzadas y reconocimiento, las condiciones parecían darse para que la corte de Napoleón III estuviera abierta a los García-Mansilla; su hijo destaca que "después de aquello, el matrimonio recibía invitaciones para todas las fiestas íntimas del palacio". Sin embargo, el ritmo de la corte le resultaba a Manuel García pernicioso. Caracterizado como "hombre austero y discreto, aun cuando fuese sonriente y de genio afable", no deseaba para "su joven esposa un medio tan descocadamente frívolo como lo era el de la corte […] Mi padre no autorizó a su mujer para frecuentar a menudo tales fiestas, cuyo lujo desenfrenado y ritmo de vida habitual le parecía excesivo y peligroso" (García Mansilla, 1950: 63 y 64).

Pese a los reparos del marido, la proximidad con la corte de Napoleón III nutrió a Mansilla de historias, anécdotas y amistades. Pero también le dejó tiempo para escribir y frecuentar escritores consolidados. No todos estos intercambios se dieron en bueno tono. Su hijo narra que "cierta vez, durante un baile en las Tullerías, Alexandre Dumas fue presentado a mi madre, que hablaba y escribía francés con rara perfección". La conversación con el escritor no avanzó por los caminos que las normas de sociabilidad imponían. Luego de "un brillante floreteo intelectual", Mansilla lo increpó señalando su enojo por cómo describía a la población de Buenos Aires en su libro *Montevideo ou Une nouvelle Troye*, publicado en la década de 1850: "me describe usted a mí como una salvaje que trepa a los árboles con el pelo suelto profiriendo gritos desaforados, a modo de india brava" (García Mansilla, 1950: 64). Eduarda enfrentó la autoridad de un literato consagrado que había caracterizado a su tío, Juan Manuel de Rosas, como un sanguinario tirano (Dumas, 1850), que respondió ante la arenga de una manera que sí se correspondía con las dinámicas sociales aceptables: bajó el tono y le señaló que la historia era solamente un marco para desarrollar las ficciones.

Este encuentro con Dumas muestra la proximidad de las sociabilidades de corte, las diplomáticas y las literarias de un ambiente parisino caracterizado en la época como *chic*. Las apariencias y la belleza acompasaban los días y las noches de esa ciudad en la que Mansilla podía manejarse con soltura y distinguirse en salones y tertulias. Así la describía un cronista, J. Pérez-Roldán, en un medio de prensa francés: "Música, pintora, habla y escribe cinco o seis idiomas con la misma perfección que el francés, la señora de García, hija de la República Argentina, es uno de los tipos más notables de hermosas mujeres provenientes del Nuevo Mundo, que despliegan su inteligencia fuera de serie y vuelcan las maravillosas habilidades que la naturaleza les regaló en algo más que la encantadora conversación y el baile".[7]

Con estos atributos, y al ritmo de esa vida entramada entre la corte y los interiores diplomáticos, en la legación, las mansiones y las villas de veraneo, Mansilla se dedicó a escribir sobre su terruño. Fue en estos años parisinos cuando publicó *La vie dans les Pampes*. Varios episodios rodean la publicación de esta novela. En primer lugar, la misma se dio a conocer en 1868 en tres números de *L'Artiste. Revue du XIXe Siécle,* al mando de Arsène Houssaye;[8] posteriormente se editó en formato libro en 1869 con una carta introductoria de Édouard Laboulaye.[9] Luego de la publicación del libro, ciertas puertas comenzaron a abrirse para la autora. La novela, por ejemplo, fue comentada en una revista literaria norteamericana, y en la reseña se señalaba su obra como un hito de la literatura sudamericana: "El Presidente Sarmiento, de la Re-

7 *Le Memorial Diplomatique*, 12/03/1870.

8 "La vie dans les Pampes", en *L'Artiste. Revue du XIXe Siécle*, XXXVII anné, septembre, 1868: 320-363; "La vie dans les Pampes II", en en *L'Artiste. Revue du XIXe Siécle*, XXXVIII anné, novembre, 1868: 148-199; "La vie dan les Pampes III" en *L'Artiste. Revue du XIXe Siécle*, XXXVIII anné, decembre, 1868: 324-335.

9 De García, Mme. Eduarda M. (1869), *Pablo, ou la vie dans les Pampas*, E. Lachaud Libraire-Éditeur, París.

pública Argentina, ha sido hasta ahora el único autor cuyos trabajos han llegado hasta nosotros desde las orillas del Plata; pero ahora tiene una compañera, en la persona de Madame Eduarda de García, sobrina del dictador Rosas. Esta dama, quien actualmente reside en París, donde su marido es secretario de la Legación Argentina, ha escrito una novela de vida y amor en las pampas, que será publicada próximamente. Ha sido elogiada por adelantado por críticos que han visto el manuscrito, y, de hecho, algunos pasajes que han trascendidos, son notablemente frescos y pintorescos".[10]

La obra recibió atención en París y se la describió como prominentemente femenina: "Es un texto llano y sin pretensiones, sencillamente esbozado, y sin embargo efectivo, de la vida en estos inmensos espacios solitarios de América del Sur, llamados pampas, que produce en el lector una impresión bastante peculiar, como resultado de la gran diferencia en los modales y el carácter de tan diversas razas que componen sus poblaciones, con los caracteres y costumbres del continente europeo […] los sentimientos y pasiones que, podrían parecer exageraciones extremas, son, sin embargo, muy realistas. Si este estudio no estuviera firmado con por una autora, por el aroma y la gracia que exhala, la frescura, y la audacia de ciertos cuadros, uno fácilmente adivinaría que es la obra de una mujer distinguida por su mente y su corazón".[11]

Además de las reseñas, su hijo indica que fue invitada por "el secretario del entonces príncipe Federico Carlos de Prusia, el futuro emperador Guillermo I, gran protector de las letras" que le ofrecía instalarse en Berlín y "una posición" (García Mansilla, 1950: 67). Ella, a su vez, le había hecho llegar un ejemplar de su libro a Víctor Hugo, junto con un retrato –aquí reproducido– y una presentación. La carta de la autora hablaba de su atrevimiento a la hora de escribir en la "lengua de Víctor Hugo". La respuesta del escritor fue breve, pero positiva, le señalaba que su obra lo había cautivado (Alvarado-Larroucade, 2014).

Estas pistas, que conducen a los nombres de Alexandre Dumas, Arsène Houssaye, Édouard Laboulaye, Víctor Hugo y Jacobo Bermúdez de Castro –a quien dedicó la novela– sugieren una cercanía con hombres de letras. Puede que estos contactos muestren que Mansilla tuvo intenciones de formar parte del ambiente intelectual parisino. Con una operación inversa a la puesta en acto en Estados Unidos durante su primera estadía –desplegar sus conocimientos europeos en los ámbitos de conversación–, en *Pablo, ou la vie dans les Pampas*, mostraba a los franceses cómo se vivía en su país natal de una manera desgarrada y sin eludir las dinámicas violentas que allí se desplegaban, los desencuentros entre pobladores originarios y familias afincadas en ciertas tierras, y la precariedad de la presencia estatal en amplias extensiones. Un tanto paradójicamente, aunque con otros acentos, sus descripciones no distaban tanto de las que Dumas había ofrecido para describir Buenos Aires en tiempos de Rosas.

Puede que las puertas de la república transnacional de las letras comenzaran a abrirse: las invitaciones llegaban, su obra era leída por literatos y se reseñaba en distintas

10 *Putnam's Magazine. Original papers of Literature, Sience, Art ann National Interests*, vol. 3, january-june, 1869, p. 368.

11 *Le Memorial Diplomatique*, 12/03/1870.

latitudes. Quizás también, la experiencia parisina la llevó a encontrar su identidad autoral. En sus producciones anteriores, publicadas en folletín en diarios argentinos, había firmado con el seudónimo "Daniel". Es su obra escrita en París su nombre propio comenzó a despuntar con modulaciones: firmó como E. M. de García en la primera entrega de la novela en la revista, como Eduarda M. de García en la segunda y en la tercera, y como Madame Eduarda M. de García en la edición en formato libro. Sin embargo, Mansilla tuvo que declinar invitaciones y no pudo permanecer demasiado tiempo en París luego de la publicación de la novela. Había llegado un nuevo destino diplomático para su marido, ahora como ministro plenipotenciario de Argentina en Estados Unidos.

Eduarda Mansilla

Fuente: Retrato enviado a Víctor Hugo, disponible en Fonds Victor Hugo. III, CARNETS. 1er juin 1869-15 août 1870, Gallica: https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/btv1b53038293q

Durante esta experiencia europea Mansilla tuvo la posibilidad de circular por distintas ciudades para presentar credenciales. Los rituales de reciprocidad manifestados en obsequios e invitaciones, y la cercanía con la corte, la posicionaron en los entramados de la vida diplomática. En esta etapa, los García-Mansilla fueron reconocidos como un matrimonio de ese mundo y ella respondía, sin fisuras, al rol de *partner*. A la vez, parecía despuntar su trayectoria como escritora sudamericana reconocida en otras tierras, pero el nuevo destino de su esposo la alejó de París y la condujo, una vez más, a Washington.

Para su marido, el nombramiento representaba un ascenso en la jerarquía diplomática. Había sido designado para ocupar el puesto que dejaba Domingo Faustino Sarmiento. Ella, por su parte, ya no era una secretaria de una república de nada, regresaba a la ciudad como una dama diplomática. Contaba ahora con las habilidades y las credenciales para insertarse en los circuitos pertinentes. Al llegar a Washington, los García-Mansilla ya no se afincaron en una modesta casita, se instalaron en una residencia sita en la I Street que contaba con amplios salones para reunión e instalaciones para tener servicio doméstico permanente. Al residir en esa ubicación, probablemente, la ciudad no le resultara tan horrible a Mansilla como la primera vez.

Desde su llegada, los periódicos cubrieron cada uno de los bailes, fiestas infantiles y eventos que ella organizó en los salones de la legación, se narraban también los viajes para concurrir a las temporadas teatrales y se describían sus estadías en Nueva York. Su *regular weekly reception* era un acontecimiento al que se le daba seguimiento en algunos medios de prensa.[12] Según su hijo, ella concurría a las reuniones de la Casa Blanca y se hacía enviar desde París vestidos, sombreros y abrigos dos veces al año. La residencia de la familia García-Mansilla, a su vez, era un centro de constante circulación de personas: "recibían mucho y los diarios locales siempre atrevidos en extremo e indiscretos magnificaban las descripciones de almuerzos, comidas y saraos en la legación argentina. Entonces las fiestas de las misiones diplomáticas eran libres, es decir, abiertas al público, siempre que, de antemano, los periódicos no hubiesen advertido que estas fueran exclusivamente reservadas para los colegas *For the Corps*" (García Mansilla, 1950: 90).

Ella misma dio cuenta de estos entramados de sociabilidad en varias crónicas periodísticas. Señalaba, por ejemplo, que en París había conocido en salones a "diplomáticos, artistas, viajeros distinguidos, ricos banqueros, y hombres de estado de todas las nacionalidades y colores políticos", y parecía dispuesta a ser la anfitriona más distinguida de Washington al propiciar esos encuentros.[13] En estas reuniones, su elegancia no pasaba desapercibida. Como ella misma había advertido en la década de 1860, la prensa norteamericana seguía los asuntos de las familias diplomáticas de cerca. A su marido se lo conocía en estos circuitos como *the handsome minister*, y ella era descripta recurrentemente por su apariencia y por sus vestimentas. Imponía tendencias y era incluso

12 Por ejemplo, *The Evening Star*, 01/02/1870.

13 *La Ilustración Argentina. Publicación literaria y artística*, 20/08/1882, reproducido en Mansilla (2015: 45).

acechada por los *reporters*: una tarde, subió a su habitación a cambiarse en medio de una recepción y fue sorprendida por una periodista que se había escondido en un cuarto de baño: "como había oído comentar hasta el cansancio la elegancia y la belleza de Mrs. García, mujer del ministro argentino, quería cerciorarse de *visu* si los ampulosos calificativos correspondían o no a la estricta verdad" (García Mansilla, 1950: 91).

En ocasiones, en secciones como "How the ladies were dressed", u otras afines, que publicaban algunos diarios, luego de hacer referencia a recepciones en la Casa Blanca, "Madame García" era descripta como una dama refinada, que combinaba de manera excepcional sus accesorios con sus vestidos.[14] El impacto generado en Estados Unidos tuvo ecos en París, su anterior ciudad de residencia, y una publicación no dudó en sumarla a la lista de "The Diplomatic Belles of Washington", describiéndola en estos términos: "Madame García es una de las mujeres nacidas para reinar en la sociedad. Ella tiene el poder de cautivar, en un grado raramente observado, a aquellos que frecuentan la esfera de su influencia. No es solo su apariencia la que se apodera de ti, aunque la misma es notable; sino que su brillante conversación, sus cultivados modales, y su forma seductora de decirte las cosas más agradables posibles, hacen que, en quince minutos de conversación, te conviertas en uno de sus más fervientes admiradores. Es sorprendentemente apuesta, tiene una figura de mando, aunque no es más alta que el promedio de mujeres, tiene ojos negros muy expresivos y bellos dientes […] Es una mujer intelectual con vocación literaria, y ha publicado una novela y, creo, otros libros. Como vocalista ella ocupa un lugar destacado en los círculos musicales de aficionados".[15]

Su nombre trascendía por su apariencia, por su perfil de literata y, en ocasiones, por algunas muestras de carácter que eran disruptivas en el marco de los pautados protocolos diplomáticos. Este fue el caso, por ejemplo, de dos altercados que tuvieron lugar en una misma reunión en 1870 en la residencia del secretario de Estado Hamilton Fish. Las crónicas señalan que mantuvo un intercambio de palabras subidas de tono con una escritora norteamericana a la que le había encomendado la traducción al inglés de *Pablo o la vida en las Pampas*. Luego de una conversación nada cordial, Mansilla dejó saber a los concurrentes que no estaba dispuesta a pagar por el trabajo porque había hecho una traducción que le quitaba méritos literarios a su libro.[16] En esa misma reunión, ante la presencia del hijo de Francisco Solano López, que había viajado a Estados Unidos para entrevistarse con el presiente Ulysses S. Grant y miembros del gabinete,[17] se produjo un encuentro incómodo entre Mansilla y el visitante. Bajo el título "Young López and the Garcias",[18] se narraba que ella se había sentido ofendida por la cálida bienvenida que personalidades políticas norteamericana le daban a

14 Véase, por ejemplo, *The Evening Star*, 28/01/1870.

15 *The American Register for Paris and the continent*, 25/05/1872.

16 *The New York Herald*, 21/01/1870.

17 *The National Republican*, 12/01/1870.

18 *The New York Herald*, 21/01/1870.

quien consideraba el hijo de un tirano. El matrimonio Fish se encargó de aclarar que López era un invitado y, ante esta respuesta, ella abandonó la casa de manera intempestiva. Esta situación generó rumores en el momento en que ocurrió, al calor de los sucesos de la Guerra de la Triple Alianza, y cinco años después, cuando los periódicos anunciaron el fallecimiento de Emiliano López, todavía se recordaba el altercado. Un articulista cerraba un obituario a López destacando la actitud implacable de Mansilla y concluía: "the affair made much talk in Washington at the time".[19]

La anécdota que hace referencia a la intención de traducir el libro al inglés, lleva a pensar en los derroteros de la obra escrita y publicada en París. Mansilla vivía ahora como dama diplomática en Estados Unidos y no se cuenta con indicios contundentes que permitan inferir que estaba conectada con figuras del ambiente literario norteamericano, más allá del mencionado altercado por la traducción. El destino de la circulación de *Pablo o la vida en las Pampas* parecía no estar en el país del Norte sino en la tierra natal de su autora. En 1870 fue publicado en folletín en el periódico *La Tribuna* de Buenos Aires, con traducción de su hermano, Lucio V. Mansilla. Puede que en Washington no fuera su perfil de escritora el que le diera rápidamente fama, pero su libro parisino, pensado y escrito en interiores diplomáticos lejanos a Argentina, circulaba ahora en su ciudad natal. El mismo año, un periódico de Nueva York reseñó brevemente la novela y transcribió la esquela que le había enviado Víctor Hugo. En este comentario, además de ser mencionada como "esposa del Dr. García, Ministro de la Confederación Argentina", se hacía referencia a su obra y se señalaba que combinaba su talento como autora y como diplomática. Se inauguraba así una forma de resumir su perfil: "diplomatic authoress".[20]

Afincados en Washington, los García-Mansilla recibieron información sobre una nueva misión oficial que condicionaría las dinámicas de la familia. El gobierno argentino comisionaba a Manuel García para trasladarse a Inglaterra e inspeccionar y coordinar los trabajos de construcción de unas embarcaciones de guerra. Sarmiento le confiaba esta responsabilidad en un contexto de tensión por la definición limítrofe en Chile. Este encargo interrumpió la estadía norteamericana de la familia, que regresó a Europa en 1873.

Mansilla se afincó en París con sus hijos, mientras que su marido realizaba sucesivos viajes entre Inglaterra y Francia. Su residencia fue cambiando de manera continua: "alquilamos sucesivamente buenos departamentos amueblados en distintos barrios de la capital. Primero en el boulevard Malesherbes, después en rue Chauvau-Lagarde, y finalmente en la rue de Morny, hoy Pierre I de Serbie" (García Mansilla, 1950: 125). Esta enumeración de repetidas mudanzas revela una dinámica bastante usual para el servicio exterior: el personal solía cambiar de domicilio e intentaba ajustarse al presupuesto disponible. Durante esta estadía europea, en 1875, su hija Eda –Eduarda– García Mansilla, contrajo matrimonio con el barón Charles Marrier de Lagatinerie.

19 *The National Republican*, 23/09/1875.

20 *The New York Herald,* 13/03/1870.

Esta unión matrimonial mostraba la cercanía entre los circuitos diplomáticos americanos y algunos espacios nobiliarios europeos que los García-Mansilla se habían ocupado de transitar. Lograr reunir la dote para Eda significó para la familia un gran esfuerzo (Derbiz, 2009), pero una vez casada, pasó a ser una baronesa y a simbolizar, de alguna manera, la vida entre dos mundos que sus padres sostenían. Para mediados de la década de 1870, se puede constatar que las relaciones tejidas por la familia a lo largo de años en los circuitos europeos habían dado sus frutos. Así lo demuestran los vínculos que eslabonaron la trayectoria familiar: Eugenia de Montijo había conocido al padre de Mansilla, Lucio Norberto, y lo recordaba como un militar americano animado; ella había sido cercana a los embajadores imperiales de Brasil a comienzos de la década de 1860 en Washington, y décadas más tarde visitó a Pedro II en Boulogne-Sur-Seine en su retiro; Isabel II, que Manuel García había conocido en Madrid al presentar credenciales, fue frecuentada por los García-Mansilla una vez destronada y afincada en Francia. Junto a estas figuras, el matrimonio había trabado relaciones con duques, barones y condes de distintas regiones de Italia y Francia, como Felipe de Orleans, conde de Chambod, que Mansilla había conocido en la legación de Brasil de Washington en 1860 y con el que mantenía correspondencia todavía en la década de 1880.[21] Cada uno de estos hitos mostraba una vida social intensa que la pareja había articulado por medio de invitaciones a tertulias, recepciones, intercambio de atenciones y otros protocolos. Así sintetiza estas dinámicas Daniel García Mansilla: "mis padres recibían muy a menudo, especialmente a personas de la sociedad francesa a quienes habían conocido en sus primeros viajes, personalidades de toda índole y así como la brillante colonia hispanoparlante, que también desarrollaba muchas actividades […] En aquellos tiempos […] el ritmo de la vida se deslizaba lento y monótono: conversaban mucho, todavía con esmero y chispa; se entretenían con juegos de sociedad, organizando a menudo coros de damas y caballeros, sobre todo para fiestas de beneficencia" (García de Mansilla, 1950: 128).

La elegancia de la pareja, los modales, el manejo de idiomas, las tertulias que animaban, fueron elementos que les habían permitido eludir los epítetos que recibían entonces algunos sudamericanos, como *rastaquoeres*. A diferencia de aquellos que ostentaban su nueva riqueza y su falta de modales, los miembros de la familia se manejaban en ámbitos europeos y norteamericanos con igual pericia. El casamiento de Eda con un barón, por su parte, mostraba las posibilidades que propiciaban estas habilidades sociales adquiridas y cultivadas durante años de misiones diplomáticas. Luego de esta alianza matrimonial, Mansilla se instaló con el nuevo matrimonio en su residencia de Amiens. Más tarde se mudaron, por designación militar a su yerno, a Vannes.[22] Ella era ahora la suegra de un barón con cargos militares relevantes, que fue también una figura de la aviación.[23]

21 *La República*, 01/05/1884, reproducido en Mansilla (2015: 641 y 642).

22 Puede verse *Annuaire des châteaux et des départements* (1926), Publications La Far, París, p. 524.

23 Para referencias sobre el perfil del barón puede verse, por ejemplo: *Le Journal*, 05/11/1908.

Años más tarde, Mansilla se instaló en Buenos Aires entre, aproximadamente, 1878/9 y 1884. En este tramo de su vida, su salón porteño, según señalaban los cronistas, reunía a "artistas, escritores, viajeros" y ella desplegaba usos y costumbres que lo equiparaban a los ámbitos de reunión europeos.[24] Durante esta estadía relativamente prolongada en su ciudad natal, reflexionó extensamente sobre la vida diplomática y sus dinámicas. Entre otras producciones, publicó su libro *Recuerdos de viaje* (1882), que narra su primera estadía norteamericana. A su vez, publicó dos obras ambientadas en entramados muy similares a los que había conocido a lo largo de su vida: una novela breve titulada *Un amor* (1885), y una obra teatral, *La marquesa de Altamira* (1881). Por último, escribió varios textos para revistas y periódicos sobre sus experiencias en el exterior. Distintas reflexiones pueden encontrase en estos escritos.

En *Recuerdos de viaje*, como se ha ya referido, dio conocimiento público a los vaivenes y reflexiones sobre su primera experiencia como esposa de un comisionado del servicio exterior. En sus páginas no reinan las imposturas o las historias edulcoradas. Otros son, en cambio, los acentos para dar cuenta de los interiores diplomáticos que se ven en sus obras de ficción. Allí se describen como ámbitos en los que el glamour y la vida lujosa marchan a la par que los intereses espurios y perniciosos. En *Un amor*, por ejemplo, se encuentran retratos ficcionales de ministros plenipotenciarios de Estados Unidos, banqueros americanos, hombres de comercio y familias que vivían en ese espacio de yuxtaposición entre la corte y otros ámbitos de sociabilidad que el París del Segundo Imperio propició. Bailes en mansiones de representantes de Rusia, funciones en la ópera, caminatas por el Bois de Boulogne, días de recepción en hoteles lujosos, duelos entre condes y secretarios de legaciones, juegos de ajedrez entre marquesas y banqueros, acompasan el ritmo de la novela. Estos entramados sostienen la historia de un desventurado romance entre la hija de un banquero cubano y dos gemelos, el ministro plenipotenciario norteamericano y su hermano. En la breve novela, los excesos y el boato se narran con detalles: los escenarios donde se producen los encuentros de los personajes transmiten "la atmósfera pesada de los salones" y están repletos de "plantas exóticas" y "flores bellísimas que en grandes jarrones lucían vivos colores y exhalaban deliciosa fragancia". Se trata de interiores en los que impera la ostentación, la moda y las apariencias (Mansilla, 1885: 12 y 17). Ese glamour y esas vanidades presentan el lado oscuro y pernicioso de la vida diplomática, que generaba rupturas familiares, tensiones, desamores y otras situaciones desagradables.

Tópicos similares están presentes en la obra teatral *La Marquesa de Altamira*. Si bien no se encuentran allí referencias explícitas a diplomáticos, sí se ven en acción los conflictos de una familia nobiliaria española que, venida a menos en términos económicos, deposita sus esperanzas de redención en la fortuna hecha en Argentina por un miembro del mismo linaje que ha sido rechazado por su entorno y ha decidido viajar a América. Los destinos cruzados de esta familia entre Madrid y Buenos Aires, los artilugios puestos en juego por las mujeres con títulos, los enfrentamientos entre

24 *El Nacional*, 28/04/1882, reproducido en Mansilla (2015: 467 y 468).

figuras nobiliarias de distinto rango y, sobre todo, el peso de las alianzas matrimoniales para mantener estatus y apariencias, ritman esta obra teatral. Quizás el hecho de que Mansilla conociera de primera mano los espacios de la vida cortesana de París, en la que convivían distintas familias europeas, le ofreció la posibilidad de ser testigo de primera mano de este tipo de entretelones e intrigas.

Lejos de las ficciones, en las contribuciones de prensa no fueron el glamour, el lujo y las dinámicas de alta sociedad los elementos que primaron a la hora de evaluar los espacios diplomáticos. En primer lugar, sus experiencias en otras geografías le permitieron ver en qué medida las mujeres argentinas no formaban aún parte de los círculos de influencia política, y destacaba: "hace tiempo que hemos estado protestando contra las costumbres políticas tan hombrunas de nuestro pueblo, que excluyen a las mujeres de tomar parte en actos públicos, tales como asistir a los debates del Congreso o a los banquetes diplomáticos y oficiales o a los grandes discursos".[25] Los usos de su pueblo parecían estar alejados de los hábitos que había observado en otras latitudes y que ella misma recreaba en su salón. Pese a sus esfuerzos y a su constante labor como escritora, también en Buenos Aires, como en los periódicos de otras latitudes, era caracterizada como una esposa diplomática. En medios de prensa argentinos pueden encontrarse anuncios como el siguiente: "la Sra. Eduarda M. de García, esposa de nuestro Plenipotenciario en Inglaterra, da hoy una comida al Sr. Ministro de Portugal y su esposa. Asistirán, además, el Ministro de R. Exteriores, el Ministro de España, el Dr. Sáenz Rosas, el Coronel Czetz y Capitán García Mansilla".[26] Este rol de esposa, subrayado en los medios locales y extranjeros,[27] muestra hasta qué punto las características de las consortes diplomáticas como acompañantes signaban sus trayectorias, incluso en sus propios países.

En segundo lugar, se encargó de reflexionar sobre las características peculiares de la vida fuera del país, acompasada por los ritmos del servicio exterior. Los interiores de la diplomacia fueron evaluados por Mansilla como espacios de pertenencia: "la legación del país a que uno pertenece, es para el viajero, la patria en el extranjero, es el asilo seguro en los momentos de hastío, y no los tiene poco el que viaja, que como dice Mme. Staël: 'viajar es un triste placer'".[28] En esta reflexión, sirviéndose de una referencia textual de una escritora cosmopolita de referencia, aparece la noción de viaje asociado al servicio exterior –como en el título de su libro–, y se vincula esa experiencia con dejos de tristeza y cansancio. Esas sensaciones, sin embargo, no son las predominantes. Desde su perspectiva, aparecen compensadas por los rasgos positivos que vivenciaban quienes servían al país en el extranjero: "la Legación es un centro donde se reúnen, donde se acogen lejos de su *home* los hijos del mismo suelo; es la fuente donde acuden los que ansían por noticias íntimas ciertas, directas que llegan

25 *El Nacional*, 02/04/1880, reproducido en Mansilla (2015: 363).

26 *El Nacional*, 22/10/1883, reproducido en Mansilla (2015: 638).

27 Puede verse *La América*, 28/12/1882.

28 *El Nacional*, 26/05/1880, reproducido en Mansilla (2015: 375).

de esa patria, tanto más querida, cuanto más lejana".[29] Consideradas ámbitos para informarse sobre las novedades del suelo natal, para inscribir a los hijos nacidos en el exterior, para concurrir a los banquetes que se realizaban en ocasión de las efemérides nacionales, las legaciones podían ser también espacios de conciliación de intereses y de fraternidad: "La Legación es el punto de reunión obligatorio de aquellos que divididos en el propio suelo por discordias, por rencillas, por mal entendidos políticos, siempre transitorios, se unen, se estrechan y a veces hasta se aman profundamente en el extranjero […] La Legación es la casa paterna de los que llegan a tierra extraña con frecuencia solos […] Allí se habla la propia lengua, allí se anima la misma patria, se sienten las mismas amarguras, se recuerdan las mismas glorias".[30]

En estos pasajes, los interiores diplomáticos, descriptos como islotes de patria fuera de la patria, son percibidos como lugares en los que la pertenencia identitaria se reafirma, más allá de las tensiones coyunturales, y donde, además, reina el buen clima. Describiendo la legación de París a cargo de Mariano Balcarce, por ejemplo, en la que su marido se había desempeñado como secretario, afirma Mansilla: "cómo no sentirse puramente argentino en aquel centro en donde todo es afabilidad, cultura y buen tono".[31] Ese clima de conciliación de intereses parecía muy valorado por Mansilla, proveniente de una familia que, en ocasiones, era interpelada o enjuiciada social y políticamente por el papel de su antecesor, Juan Manuel de Rosas, en los destinos políticos argentinos.

Respecto de las mujeres que habitaban estos interiores, Mansilla reflexionó también sobre otra dama diplomática argentina, Mercedes San Martín. Descendiente del "Libertador", y con una vida como representante argentina desplegada en el exterior, es considerada por Mansilla como: "una mujer amable y distinguida, que poseía como nadie el talento de poner a su aire, desde luego, a cuántos tenían la dicha de penetrar en aquel recinto […] era por su cultura y distinción una notabilidad. Su trato de una *lady* inglesa suavizado por la cortesía francesa, reunía ese no sé qué sud-americano que se siente y no se explica". De ese "no sé qué" sudamericano, rasgo que también caracterizaba, desde su perspectiva, a Madame Lisboa, era también portadora, a juzgar por los testimonios de época, ella misma.

Como balance de estos textos, puede señalarse que los escritos de la primera mitad de la década de 1880 ofrecen varios indicios sobre las oportunidades, las dinámicas y los entretelones de la vida diplomática. También hay observaciones sobre las posibilidades de acción para las mujeres afincadas en los destinos temporales del servicio exterior. Menos presentes están, en cambio, las reflexiones sobre qué implicaba para ciertas familias argentinas vivir por décadas fuera de su tierra, depender de los presupuestos oficiales y de sus oscilaciones, afrontar periplos y travesías, cambios de residencia y pérdidas de pertenencias.

Es también interesante apuntar que en los textos de Mansilla no se encuentran, por ejemplo, y a tono con las convenciones de época, referencias a las experiencias

29 *El Nacional*, 26/05/1880, reproducido en Mansilla (2015: 375).

30 *El Nacional*, 26/05/1880, reproducido en Mansilla (2015: 375).

31 *El Nacional*, 26/05/1880, reproducido en Mansilla (2015: 376).

de maternidad y crianza que atravesó en los destinos oficiales de su marido. Los mismos implicaron nacimientos en otros países, divisiones sucesivas de la familia –por conveniencia económica, o por decisiones sobre la educación de los descendientes–, y otras particularidades que las familias afincadas en Argentina no experimentaban. Fue su hijo Daniel, en sus recuerdos, el que apuntó algunas notas amargas sobre esas vicisitudes, entre las que se destaca la siguiente: "los hijos de diplomáticos nacemos entre dos baúles y tres valijas, donde podemos y como Dios manda […] Vi la luz en la Ciudad de la Luz, el 12 de octubre de 1866, y fui inscripto en seguida en el libro de actas de nuestra legación en calidad de ciudadano argentino, hijo de diplomático en funciones, y de acuerdo a la ficción establecida por el Derecho Internacional" (García Mansilla, 1950: 60). Menos idealizadas que las observaciones sobre las legaciones ofrecidas por su madre, desde la perspectiva de este hijo del matrimonio García-Mansilla, la vida diplomática se asimilaba a la de un destierro. Años después, Lucio V. Mansilla se encargaría de cristalizar estas consideraciones cuando publicó columnas bajo el título "Diarios de un expatriado", donde un destino diplomático se asociaba a las sensaciones de alejamiento, distancia y castigo (Bruno, 2022).

En 1884, un nuevo viaje al exterior llevó a Mansilla a Europa. Ese año regresó a Londres, donde su marido cumplía funciones oficiales, pero había sido designado a la corte imperial de Viena, como representante argentino frente a Austria-Hungría. Allí se dirigió parte del entorno familiar, pero no ella. Se abría así un nuevo ciclo que convertía a los García-Mansilla en una familia de la diplomacia, dada la trayectoria que comenzaban a desplegar sus hijos. Al poco tiempo de su regreso al viejo continente, y durante una temporada en la que ella y su hijo Daniel estaban en Florencia, este recibió la comunicación para sumarse al cuerpo diplomático, a instancias de una petición de su madre. Destacaba al respecto: "el doctor Juárez Celman, recién designado presidente, tuvo a bien nombrarme oficial de la legación […], o sea, agregado civil de nuestra misión diplomática ante el Quirinal, cuyo titular era el doctor Del Viso: fue Roma, pues, mi primer puesto" (García Mansilla, 1950: 179). Poco después de este nombramiento, el mismo Daniel fue transferido a Berlín, y a pocos meses de estas designaciones, Manuel García falleció en Viena en 1887. Luego del deceso de su marido, Eduarda Mansilla permaneció un tiempo en Viena, y, posteriormente, regresó a Buenos Aires. Allí falleció en 1892.

El ingreso al mundo de la diplomacia, de por sí transnacionalizado, la convirtió en una mujer considerada cosmopolita, culta y preparada para desempeñarse en distintos circuitos. En una nota en la que, en realidad, se realizaba un perfil de su padre, se lee: "la hija, Eduarda, es tal vez la mujer que con más provecho cultiva la literatura de la América latina. Casada desde muy joven con el Dr. García, actual ministro plenipotenciario en Londres, ha viajado con provecho por toda Europa y por los Estados Unidos, y tanto en sus escritos como en sus conversaciones hace cumplida justicia al viejo mundo, sin el criterio mezquino y estrecho de los americanos de pura sangre".[32]

Destinos diplomáticos, marcas de escritura y miras amplias eran, para este cronista, tres características centrales para trazar la semblanza de Mansilla. Junto con estos

32 *El Guadalete. Periódico político y literario*, 24/05/1883.

datos, su matrimonio signó una de las facetas de su vida que desplegó durante décadas y que condicionó parte las caracterizaciones realizadas por sus contemporáneos.

A partir del viaje y la misión inicial a Estados Unidos, el matrimonio García-Mansilla comenzó su largo periplo vital de traslados y estadías en ciudades americanas y europeas. En los *Recuerdos de viaje* de Mansilla, publicados en 1882, se lee en la portada "Volumen I", aunque no se continuaron publicando esas remembranzas. Puede que Mansilla, en tanto "escritora diplomática", como la bautizaron al comentar su novela en París, tuviera una gran cantidad de páginas escritas en esos escenarios que conformaron, quizás, como ella misma caracterizó en la década de 1860, "una especie de destierro".

Con tono optimista, Clorinda Matto se refirió a Mansilla, luego de su fallecimiento, con las siguientes palabras: "la fantástica Eduarda, hermana de un general, madre de un marino distinguido, no vivirá en la posteridad por ellos, sino por sus obras" (Matto de Turner, 1902: 253). A juzgar por las ediciones recientes de sus piezas de ficción y artículos periodísticos, puede sostenerse que esta sentencia se ha cumplido en el largo plazo.[33]

Sin embargo, durante las décadas en las que esos textos hoy recuperados fueron pensados y escritos, su nombre estaba recurrentemente atravesado por otras referencias que la enmarcaban familiar y socialmente. Hasta que comenzó su vida diplomática, era reconocida como hija de Agustina Ortiz de Rosas y de Lucio Norberto Mansilla, sobrina de Juan Manuel de Rosas, hermana de Lucio V. Mansilla y esposa de Manuel Rafael García Aguirre. Desde la estadía norteamericana de 1860, fue caracterizada como la esposa de un jurista con responsabilidades estatales, la secretaria de una legación inexistente, una extranjera distinguida, la Señora de García de Sud-América, Madame García y la *partner* del ministro. En el momento de la publicación de su novela en francés, escrita al ritmo de los tiempos diplomáticos, su identidad como autora se acercó a su nombre de bautismo, dejó de ser "Daniel", pero también dejó de ser "Eduardita", como gustaban llamarla sus allegados. Comenzó a ser una autora sudamericana, una escritora diplomática y una mujer que se dedicaba a las letras. Junto con estas caracterizaciones, que parecían darle una entidad asociada a su obra y a sus experiencias, resurgieron los epítetos familiares y las connotaciones políticas, como "sobrina del dictador". En el tramo final de su trayectoria en el mundo del servicio exterior, pasó a ser conocida como suegra del Barón Charles de Lagatinerie, y madre de Daniel y Eduardo García Mansilla. Ante esta constante de su vida, una inquietud se impone: ¿qué habrá despertado mayor hastío en Eduarda Mansilla, la ritualidad protocolar y las movilidades diplomáticas, o los epítetos y las semblanzas que desdibujaban su nombre propio?

33 En la actualidad, y gracias al trabajo de especialistas, su rol como escritora de novelas, ficciones, obras teatrales y contribuciones periodísticas se ha revisado de manera sistemática (Batticuore, 2005; Guidotti, 2017; Lojo, 2007; Molina, 2013; Néspolo, 2013). Asimismo, un equipo de especialistas encabezado por María Rosa Lojo, se encarga de compilar, realizar estudios críticos y publicar sus obras completas por la editorial Corregidor de Buenos Aires.

Guillermina Oliveira Cézar. De dama diplomática a promotora de la acción social

En la semblanza inaugural de una sección de "galería de damas argentinas", publicada en 1919, se destacaba: "de todos es conocida la actuación que tiene universalmente en la diplomacia una mujer culta y sabemos cuán importante fue la de la señora Wilde junto a su esposo".[34] Esta descripción no parecía estar predestinada a Guillermina Oliveira Cézar cuando contrajo matrimonio, a los 15 años, con Eduardo Wilde. Pero este casamiento marcó durante décadas los ritmos de su vida. Provenía de una familia de alta sociedad, era joven, y Wilde era entonces ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública del primer mandato presidencial de Julio A. Roca, de quien era un amigo cercano.

En el contexto de los debates generados por las reformas laicas en Argentina, el flamante esposo era una figura pública controvertida que generaba lealtades y recelos. Su aspecto físico y sus hábitos sociales eran constantemente escrutados en la prensa: recibía críticas por su apariencia, su estilo en las intervenciones públicas era considerado polémico, y su desenfado no siempre generaba simpatías. Su supuesto andar afeminado fue remarcado reincidentemente. Un cronista, por ejemplo, señalaba: "si el Dr. Wilde no fuese tan *caderudo*, sería un hombre elegante, pero le sobra este apéndice femenino que él eleva a una potencia ridícula caminando como en estado interesante".[35] Era entonces un médico reputado, un hombre de Estado y el adalid de las reformas que recortaban los márgenes de injerencia de la Iglesia Católica en la vida de los ciudadanos nacidos en Argentina (Bruno, 2011). Por estos motivos, contaba con una atención pública extendida y su nombre resonaba en salones y redacciones.

Con estos antecedentes, cuando se casó con Oliveira Cézar, proveniente de una familia católica, fue difícil para ellos encontrar un párroco que quisiera oficiar la ceremonia de casamiento. Finalmente, la misma tuvo lugar en la Parroquia de Montserrat.[36] El presidente Roca fue uno de los padrinos de esta boda. Luego del matrimonio, la cercanía y los hábitos de Roca, Wilde y Oliveira Cézar se convirtieron en materia de cotilleo.[37] Por estos rumores, y porque Wilde fue una vez más ministro, esta vez del Interior, en la siguiente presidencia, la de Juárez Celman, la vida del matrimonio estuvo desde sus comienzos sometida a la observación pública. Pese a ello, mientras transcurrieron los primeros años de esta unión, encontrar referencias a Guillermina no es una tarea sencilla. Su presencia era mencionada, sin mayores detalles, por los reporteros que cubrían noticias sociales o veladas en el Teatro Colón, y se le atribuían conductas infantiles, no dignas de una dama.

---

34 "Siluetas aristocráticas", en *Plus Ultra*, año IV, n.º 39, Buenos Aires, julio de 1919.

35 *El Diario*, 19/08/1884.

36 Puede verse un duplicado del acta matrimonial en Archivo General del Poder Judicial de la Nación, Registro de Juicios Universales, Juzgado de Primera Instancia en lo Civil, Juicio Sucesorio de Eduardo Wilde, n.º 3260, 1914.

37 Aunque las sugerencias sobre esta relación eran corrientes entre los contemporáneos y están veladas en diversas fuentes, fue Félix Luna quien lo explicitó de manera más contundente (Luna, 1989: 328-329 y 339).

Fue en la década de 1890, cuando recorrió varios países de Europa, Asia y el continente americano, junto con Wilde, cuando ambos empezaron a llamar la atención por otros motivos. Alejados físicamente de los escándalos locales, sus travesías generaron interés en los círculos de sociabilidad porteña. Varios de los testimonios de estos viajes fueron recogidos por Wilde en su libro *Por mares y por tierra*, publicado en 1899, en Buenos Aires. La presencia de Oliveira Cézar en este libro, en tanto consorte, está subrayada desde el primer párrafo de las crónicas: "Salimos por segunda vez de Buenos Aires …] –¿Quiénes salieron?, preguntará el lector– […] Nosotros somos: un servidor de usted, la señora Guillermina, alias esposa de un servidor de usted y Bautista, hombre provecto a quien llaman El Intendente" (Wilde, 1899: 3).

Ese "nosotros", que marca la compañía de Oliveira Cézar y de un asistente de Wilde, puso en el centro de la escena los andares de esa esposa en las travesías que encararon. Entre visitas a catedrales y templos budistas, descripciones de museos, jardines, librerías, teatros, bazares y juicios un tanto estereotipados a la hora de comparar China y Japón con Inglaterra y Francia, las referencias a las acciones de la acompañante devienen un elemento destacable en las descripciones de su esposo. En esas crónicas pueden rastrearse los interiores de la vida diplomática y política frecuentados por el matrimonio. Circulación constante por residencias de cónsules y jefes de legación, introductores de embajadores de las cortes y otras figuras cercanas a los ámbitos de decisión surcan las páginas del grueso volumen. En esos espacios se ofrecían recepciones, bailes, cenas y banquetes, y hay numerosas consideraciones acerca de lo que denomino "familias diplomáticas". Los viajes revelan, por un lado, el entramado gestionado por cónsules de orígenes diversos que compartían un destino. Por otro, en particular en algunas ciudades italianas, se observa la continuidad entre salones diplomáticos y aristocráticos, ya visible en el itinerario de los García-Mansilla. Así describe sus días Wilde en una de estas estadías: "nuestra vida en Roma ha sido un tanto agitada con visitas, comidas, recibos y excursiones diversas […] Hemos encontrado aquí a Pinto y señora, ministro de Chile; a Moreno y Carvo, ministros en Italia y Alemania; el último en misión espacial ante el Papa; al marqués Medici, a E. Auzon de Buenos Aires, y etcétera. Todos nos han colmado de agasajos. Moreno nos ha presentado a todos los ministros diplomáticos, secretarios y mujeres de la cofradía, en casas del ministro de Brasil señor Oliveira Regis, quien nos invitó a una de sus recepciones" (Wilde, 1899: 244 y 245).

En los primeros segmentos del viaje, Wilde se confesaba desconcertado con algunas situaciones del mundo diplomático; se sorprendía, en cambio, por la mimesis de su esposa con estos entramados. Ella parecía saber siempre qué se debía hacer. Incluso en parajes lejanos de Asia, comprendía rápidamente las normas de reciprocidad y los modales, y era siempre agasajada con regalos sofisticados. La facilidad de integración de Oliveira Cézar condujo a su esposo a prestar mayor atención a las mujeres que frecuentaba. De este modo, hijas, esposas y empleadas del personal doméstico ganaron espacio en sus descripciones. Detectó que entre ellas existían vínculos y complicidades en las que su compañera se manejaba cómodamente, y que eran paralelas a otros

circuitos netamente masculinos. Señalaba, por ejemplo: "Guillermina y su amiga tomaron en Barcelona los días por su cuenta y hablando incansablemente sobre vestidos y sombreros, recorrieron las calles y las plazas" (Wilde, 1899: 18).

Luego de observar varias instancias de sociabilidad, Wilde concluyó que las mujeres de la diplomacia estaban tomando la delantera en los salones y las recepciones, y que dependía de sus actitudes que estas reuniones fueran exitosas. Refiriéndose a una descendiente de Eduardo Calvari, Cónsul General de la República Argentina en Barcelona, destacaba que tenía un futuro promisorio por ser "una muchacha llena de méritos, bastante instruida; ha hecho muchas lecturas; toda muy bien el piano y el arpa; es además buena cocinera y canta con gusto" (Wilde, 1899: 26). Esta y otras observaciones dan cuenta del peso que las hijas educadas, las esposas cosmopolitas y las viudas con experiencia de mundo tenían en el buen funcionamiento de las tertulias, las salas de juego y conversación, lo banquetes, los teatros y otros espacios de convivencia. Así lo mostraban no solo las mujeres de familias sudamericanas, sino también y, sobre todo, figuras de la nobleza europea. En una crónica de estadía en Inglaterra, por ejemplo, Wilde observa: "las recepciones oficiales en Londres tienen el mismo carácter colosal de las demás cosas. Asistimos a la del ministerio de Relaciones Exteriores, donde recibía la marquesa de Salisbury, pues por una ficción muy en boga ahora en todas partes, las señoras son las dueñas de casa y las que invitan a sus reuniones" (Wilde, 1899: 146).

Al concretar estos viajes, Wilde no había ocupado todavía cargos diplomáticos. Por lo tanto, el mundo que observaba era nuevo. Oliveira Cézar había hecho un breve viaje anterior por geografías no argentinas, pero lejos del extrañamiento, las experiencias que vivenció la muestran constantemente complacida. Generaba magnetismo entre esposas de nobles, hijas de cónsules y niñas de distintas nacionalidades que quedaban fascinadas con su presencia en todos los ámbitos. Sabía cómo vestirse y cómo conversar en los salones, hablaba varios idiomas, cantaba y tocaba instrumentos. Establecía afinidades con las descendientes de los diplomáticos, con sus profesores de música y con los forasteros que encontraba en trenes. Parecía tener un *savoir faire* específico en cada lugar que visitaban. En Francia le indicaba a Wilde a qué conciertos debían concurrir. En Japón, captó las normas de reciprocidad al instante y, al entablar vínculos con un señor que ofrecía su casa y guías en paseos a los viajeros, le sugirió a su esposo entregarle un presente y lo invitó a desprenderse de una manta que lo acompañaba hacía veinte años para mostrar respeto y ofrecerla como don. En China comprendió con rapidez que no se debía sentar en las mesas de hombres y que el silencio era una pieza clave de las normas de sociabilidad entre mujeres.

En cada una de las travesías los Wilde-Oliveira Cézar ganaron conocimientos sobre otras tierras, pero también relaciones duraderas. Wilde daba cuenta, al comentar una velada en Hong Kong, que sus contactos con ese mundo se incrementaban. Señala, por ejemplo, que fueron invitados a una velada en la Legación de Francia, y que se sorprendieron por más de un motivo: "el Ministro Mr. Armand daba un gran baile de disfraz; todos los residentes extranjeros de cierta distinción estaban allí; había tam-

bién algunas damas y caballeros japoneses […] No he visto jamás baile más animado […] Nadie se aburrió y eso es mucho decir; por nuestra parte conocíamos a todas las señoras de las legaciones, a los ministros y secretarios y a casi todos los residentes extranjeros" (Wilde, 1899: 500). Da cuenta también de cómo aprendieron a circular y vincularse en esa "buena sociedad extranjera compuesta de comerciantes, empleados, cónsules y militares" (Wilde, 1899: 272). En Estados Unidos –pasaron por San Francisco, Chicago y Nueva York–, el matrimonio fue invitado a distintos cenáculos y eventos realizados en legaciones.[38] En estas ocasiones, el perfil de Wilde se destacaba como el de un profesor de la Universidad de Buenos Aires que realizaba un estudio de los sistemas de educación en diferentes países, y se hacía notar la compañía de su esposa, una dama elegante.[39]

Las travesías encaradas por el matrimonio en la década de 1890 respondían a los rasgos del *Grand Tour* que funcionaba en la vida diplomática como un rito iniciático. Se trataba de una experiencia de transición para abandonar una actitud provinciana y devenir cosmopolita. En este tránsito, se entrelazaba el conocimiento de otras geografías, el aprendizaje o la puesta en práctica de idiomas, y el despliegue de habilidades sociales. Aunque este rito, en general, era atravesado por hombres, algunas mujeres de familias aristocráticas europeas también se veían beneficiadas por estas vivencias (Mori, 2013: 151-166). En el caso de esta pareja, estos viajes fueron el paso inicial para habitar los circuitos de la diplomacia y la vida pública transnacional. Parecían estar preparados para afrontar una designación oficial y representar al Estado argentino en el exterior.

La designación para tal fin se concretó en 1899. Llegaba así la oportunidad de poner en acción todo lo aprendido en los viajes. Wilde fue nombrado ministro plenipotenciario argentino en Estados Unidos y México. Un cargo que, después de Manuel García, habían ocupado, entre otros, Vicente Quesada, Estanislao Zeballos y Martín García Mérou. Oliveira Cézar llegó a Washington en condiciones muy diferentes de las de Eduarda Mansilla en la década de 1860. Su marido contaba ya con una larga trayectoria en tierras argentinas. Una nota que introducía al ministro en sociedad resumía su perfil en tres rasgos: médico, hombre de Estado y literato. Así lo presentó la prensa en el momento mismo en que se anunció su confirmación en el cargo,[40] y se descontaba el éxito de su misión.[41] De este modo, cuando el matrimonio llegó al país del Norte y se instaló en el Arlington Hotel no existían dudas sobre quiénes habían arribado.[42]

Rápidamente, las reseñas sobre el pasado del ministro dieron paso a las descripciones sobre su esposa, predominaban consideraciones de este tipo: "el Dr. Wilde está acompañado por su mujer, una dama hermosa de *Spanish type*. Ella se maneja muy bien en varias lenguas y es una destacada música" (Pepper, 1900: 152). Considerada

38 *The Sun*, 02/07/1897.

39 *The Evening Star*, 07/06/1897.

40 *The Evening Times*, 13/11/1899.

41 *The New-York Tribune*, 13/05/1900.

42 *The Evening Star*, 03/05/1900.

una dama diplomática y descripta como bella, simpática y elegante, "la esposa del Dr. Wilde" o "la esposa del ministro argentino" comenzó a recibir atención ampliada.[43] La misma tuvo repercusiones inmediatas en Buenos Aires. En la revista *Caras y Caretas*, bajo el título "La mujer argentina juzgada por los yanquis", se parafraseaba un periódico norteamericano para dar cuenta de la atención que recibía "la más linda mujer sudamericana", y se concluía: "nosotros nos damos cuenta fácilmente de la impresión que habrá causado en los periodistas yankis nuestra inteligente compatriota: tiene dotes propias que la imponen cualquiera que sea el país donde se halle […] No es la primera vez que los periódicos de los Estados Unidos se ocupan del representante argentino y de su elegante y distinguida compañera; pero nunca en una forma tan efusiva".[44]

Durante el período de representación en Estados Unidos, Wilde desplegó también funciones ante las autoridades de México. La visita protocolar que realizó el matrimonio al país y la estadía de poco más de un mes en el Hotel Sanz, bastaron para que la pareja deviniera centro de atención también en esas tierras. Cuando presentó sus credenciales ante Porfirio Díaz, el evento fue ampliamente cubierto. Junto con el ministro se presentaron los secretarios de legación, Antonio del Viso y Filiberto Oliveira Cézar.[45] Aunque en esta ceremonia protocolar no se encuentran referencias a las esposas, a los pocos días, Oliveira Cézar ya era retratada como la anfitriona de las tertulias más animadas de la ciudad.[46] Un periódico destacaba que en su residencia del mencionado hotel se había realizado una recepción en un salón "apropiadamente adornado". Las referencias al buen gusto, al cuarteto artístico que engalanó la velada, a la presencia de "distinguidas damas", esposas de los hombres públicos presentes, abundaban. El mismo convite fue reportado en otro diario, que resaltaba el "esmero de la señora Guillermina Olivera Cézar (sic) en la preparación de los salones: espejos, guirnaldas de flores, focos de luz incandescentes, bosquecillos, adornos florales, una gruta artificial, un pequeño saloncito de 'estilo japonés'", eran parte de la escenografía de ese recibimiento diplomático que generó tantas repercusiones.[47]

En la estadía mexicana, el matrimonio Wilde-Oliveira Cézar y los dos secretarios de legación (uno de ellos era el mencionado Filiberto, hermano de Guillermina) causaron excelente impresión: se subrayaba que todos hablaban perfectamente en inglés cuando los entrevistaban e interpelaban en ese idioma, que desbordaban simpatía y que eran sumamente elegantes a la hora de lucir sus vestimentas.[48] Casi al final de esta estancia, un periódico destinado a la comunidad angloparlante de México se refería a un grupo selecto de figuras hispanoamericanas retratadas en una foto cuyo epígrafe

43 *The New-York Tribune*, 13/05/1900.

44 *Caras y Caretas*, 19/01/1901.

45 *The Two Republics*, 15/09/1900.

46 *El Universal de México*, 05/10/1900.

47 *La Voz de México*, 05/10/1900.

48 *The Mexican Herald*, 10/09/1900.

era "A fashionable group". En la misma se encuentran Eduardo y Guillermina y son descriptos como "that popular couple".[49]

En algunas notas de prensa, además del gusto exquisito y el carisma del matrimonio, se pone de relieve en conjunto al "señor ministro, su esposa y hermano".[50] Se inauguraba en esta primera designación un hábito que se sostuvo en el tiempo: la presencia de los hermanos de Guillermina –Filiberto y luego Luis– como secretarios en algunos destinos de Wilde. Esta costumbre, la resonancia de los emprendimientos de Ángela –hermana mayor de Guillermina–, y el impacto que la popular pareja generaba transformó al matrimonio Wilde-Oliveira Cézar en parte de una familia diplomática reputada en los circuitos transnacionales.

En particular, Guillermina Oliveira Cézar ganó fama durante esta misión diplomática en a Estados Unidos y México, por ser la cara visible del primer viaje de instrucción de la Fragata Sarmiento por algunos puertos del mundo. Se destacó como anfitriona y fue la embajadora del evento (Arguindegui, 1972). En Buenos Aires, la revista *Caras y Caretas* le dio cobertura a la bendición de la bandera realizada en el puerto de Newport News con estas palabras: "la señora Guillermina Oliveira Cézar de Wilde, esposa de nuestro ministro, fue nombrada madrina de aquel acto, al que concurrieron por invitación especial todo el cuerpo diplomático, personajes políticos e infinidad de distinguidas señoras que desde Washington se trasladaron a aquel paraje para presenciar la ceremonia".[51]

Además de ser la madrina de la ceremonia de llegada de la fragata, y de posar para las fotografías de rigor en la embarcación con el comandante Onofre Betbeder, se ocupó de que se repartieran medallas conmemorativas, de los detalles de recibimiento de los diplomáticos y de atender a las señoras distinguidas. Devino, de este modo, una articuladora entre los argentinos que visitaban los destinos diplomáticos y las personalidades locales. En mayo de 1901, con una reputación diplomática ganada, Wilde y Oliveira Cézar dejaron Washington.[52] Sin embargo, la gestión del ministro, en lo que respecta a las cuestiones administrativas de la legación, no tuvo un saldo positivo. Desempeñó el cargo entre dos misiones de Martín García Mérou, que se había ocupado de sistematizar las tareas de la legación, organizar los archivos, y generar información sobre Argentina con el objetivo de enviarla a eventos internacionales y atraer a potenciales inversores y emigrantes. Wilde no continuó con estas tareas, tampoco emprendió otras iniciativas (Bruno, 2018). Pero el recuerdo que el matrimonio dejó en Norteamérica fue indeleble. Oliveira Cézar sería recordada muchos años después por su elegancia y su simpatía.[53] En esta primera experiencia diplomática, claramente, ella se destacó en tanto *partner* diplomática. En Buenos Aires se seguían con atención sus

49 *The Mexican Herald*, 21/10/1900.

50 *El Universal de México*, 05/10/1900.

51 *Caras y Caretas*, 29/09/1900.

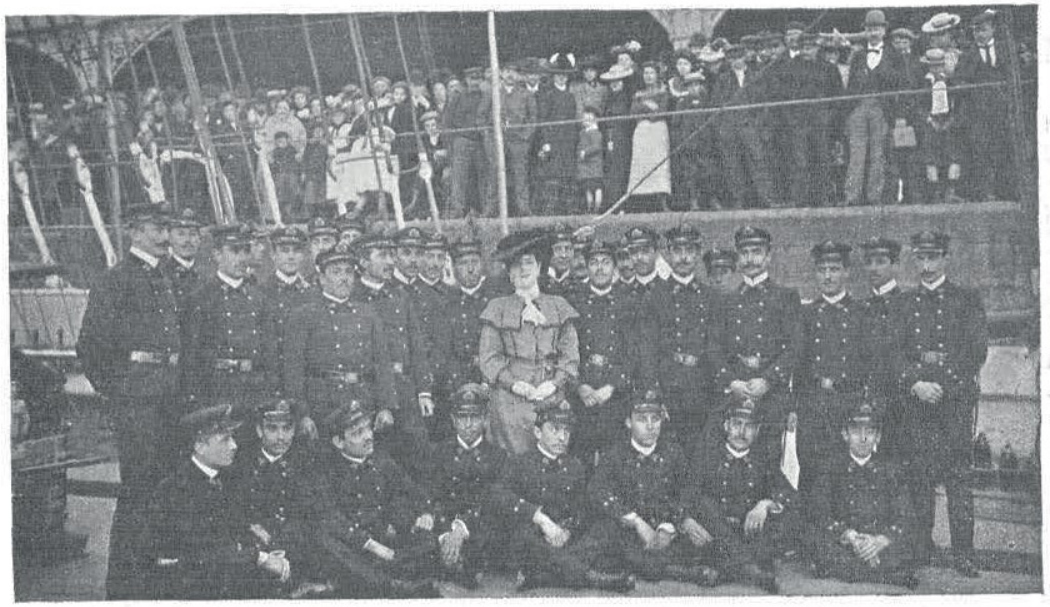
52 *The Times*, 31/03/1901.

53 En la década de 1920, un periódico de Washington recordaba su breve estadía como esposa del ministro: *The Washington Herald*, 09/08/1920.

movimientos y en Washington había ganado la simpatía de los *reporters* que, como bien notara Mansilla en las décadas anteriores, podían ser implacables. La prensa norteamericana había tratado a la pareja con buen tono y respeto, algo que no tenían garantizado en su propio país.

El destino diplomático del matrimonio, luego del suceso norteamericano, había generado expectativas: circulaban rumores que señalaban que serían trasladados a París, pero esto no se concretó. Despejadas las dudas, con el nombramiento de Carlos Calvo en la capital francesa, Wilde fue designado como ministro plenipotenciario ante Bélgica y Holanda.[54] Se trataba de una legación con sede en Bruselas creada el mismo año del nombramiento y, desde un comienzo, había generado controversias. En Buenos Aires circulaban rumores sobre la apertura de la misma por cortesía con Wilde, y a la vez se subrayaba que no era necesario contar con esta representación. Mientras él ocupaba este cargo, de hecho, se generó una extensa polémica en las cámaras de Senadores y Diputados sobre la utilidad de ciertas legaciones exteriores (Bruno, 2022). El ministro, por su parte, no se sentía del todo a gusto en su nuevo destino. En carta a Pascual Costa, su concuñado, señalaba: "aquí nos llenan de agasajo y nos buscan tanto como en Washington. Estamos contentos por ese lado. Pero las dificultades de rigurosos inviernos, sin poder ausentarnos, so pena de abandonar el territorio de la Legación nos incomoda un poco. Hay también algo de nostalgia".[55]

Guillermina Oliveira Cézar



LA SEÑORA DEL MINISTRO WILDE Y LOS GUARDIAMARINAS DE LA «SARMIENTO»

Fuente: *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 08/11/1902

54 *Petit bleu du matin*, 25/10/1902.

55 Carta de Eduardo Wilde a Pascual Costa, Bruselas, 30/03/1902. Reproducida en Peers (1976: 33-35.

Pese a este dejo de añoranza, el primer año de servicio en Bruselas fue intenso para el matrimonio. Por un lado, se concretó una nueva visita de la Fragata Sarmiento en viaje de instrucción. Esta vez llegó al puerto de Amberes, los aspirantes y el protagonismo de la anfitriona quedó cristalizado en la imagen que se puede ver en este libro.[56] Wilde y Oliveira Cézar organizaron para la ocasión una recepción en honor a los oficiales y sus aspirantes.[57] La cercanía de la fecha del atraco con el fallecimiento de la reina María Enriqueta volvió más sobrios los festejos preparados. Pero el ministro argentino propuso que la embarcación argentina realizara una guardia de honor para homenajear a la soberana y este gesto tuvo gran repercusión.[58] A su vez, en las ceremonias y la recepción celebradas en la fragata, el matrimonio tuvo una presencia protagónica. En Buenos Aires se cubrieron estos episodios y se elogió la elegancia de la anfitriona. Quedaba claro, en palabras de un contemporáneo, que su rol era fundamental. Así lo comentaba una crónica: "después de brindar por el presidente de la república, el señor Uriburu felicitó al ministro por el tacto y discreción con que representa a la Argentina en Bélgica, y al hablar de sus condiciones de diplomático manifestó que la señora de Wilde es un poderoso elemento para tener éxito de su esposo, no solo por la amabilidad con que se gana la confianza de cuantos la conocen".[59]

La familiaridad que Oliveira Cézar generaba coincide, como rasgo de personalidad, con la que Wilde describía en sus crónicas de viaje de la década de 1890. Atrás habían quedado los años en que se le achacaban conductas infantiles. Su *savoir faire* diplomático y social era una y otra vez confirmado. En Bruselas se vinculó de manera estrecha con la princesa Clementina y su dama de compañía, la condesa de Lannnoy. En una temporada en Ostende, se las retrató a las tres caminando por las playas en situación de conversación y complicidad. Un cronista habló del episodio y de otros que se dieron en simultáneo: "la aristocrática playa balnearia ha sido este año muy visitada por los argentinos residentes en Europa, destacándose en la pequeña colonia Wilde y su distinguida esposa, cuyos departamentos del Royal Palace han sido continuo punto de reunión".[60]

Puede que Guillermina, retratada como una mujer a gusto con estas situaciones, tuviera pretensiones de rodearse de figuras de la nobleza durante los años de Bruselas. En carta a Pascual Costa, Wilde señalaba: "tan luego como se reponga Ga la llevaré a Holanda a presentarla con la Reina y su corte y después ella (Ga O. no Ga Reina) le escribirá contándole sus observaciones".[61] En Buenos Aires, la sociabilidad que rodeaba a Oliveira Cézar, su contacto con mujeres de la nobleza y su despliegue como dama diplomática generaba, a la vez, halagos y suspicacias. Se sugería que su tierra natal no

56 *La Reforme. Organe de la democratie liberal*, 29/09/1902; *L'Indépendance Belge*, 22/09/1902.

57 *L'Indépendance Belge*, 28/09/1902.

58 *L'Indépendance Belge*, 24/09/1902.

59 *Caras y Caretas*, 8/11/1902.

60 *Caras y Caretas*, 13/09/1902.

61 Carta de Eduardo Wilde a Pascual Costa, Bruselas, 30/03/1902, reproducida en Peers (1976: 33).

era suficiente para sus ambiciones y se recordaba de manera maliciosa la cercanía del matrimonio con el nuevamente presidente Julio A. Roca.

En ocasión de la visita del vicepresidente de la República Argentina, Norberto Quirno Costa, a Bélgica en 1902, con el objetivo de propiciar el comercio, varios banquetes y reuniones diplomáticas fueron ofrecidos por los Wilde-Oliveira. En estos eventos convivían armónicamente figuras nobiliarias y diplomáticos de distintas latitudes.[62] El mismo año el matrimonio se destacó como anfitrión en los festejos de las efemérides de mayo en la legación.[63] Así, el primer año de servicios en Bruselas parecía ser promisorio para el matrimonio, y cargado de reconocimientos que llegaban desde su patria y del entorno de la ciudad de destino. Sin embargo, en cartas personales Wilde señalaba que el humor de su compañera no era el mejor y que sus gritos a los cocheros y al personal doméstico lo hacían temblar.[64] En ocasiones comentaba a sus allegados que su esposa intentaba viajar frecuentemente a la capital francesa por diversos motivos que sintetizaba con la expresión: "las tonteras que todas las mujeres hacen en París".[65] Esos distanciamientos, los rumores constantes sobre la supuesta relación entre Guillermina y Roca, y las intenciones del ministro argentino de ser trasladado a Francia, generaron un seguimiento en la prensa porteña que Ángela Oliveira Cézar se encargaba de informar a Wilde: "Ud. y G y el general son la conversación de todas las clases sociales".[66]

Ante esto, y pese a los paseos con mujeres de la nobleza, las recepciones animadas y las poses sonrientes en las fotografías, el humor de esta dama diplomática, que se lucía como anfitriona, comenzaba a deteriorarse. En correspondencia personal a su hermana escribió: "No he contestado a tus cartas estos últimos días porque he estado un poco enferma –hace 19 días que llueve en Bruselas– eso no es para componer los nervios [...] Eduardo, que el pobre solo recibe de allí cosas desagradables y odiosas, a tal punto que creo que no volverá más a Buenos Aires –ni yo naturalmente–. Aquí todo igual, la vida muy normal y muy triste. Provincia pura. En esta época no hay teatros ni gente, nos acostamos a las 9 de la noche. Y al parque no se puede ir por la lluvia. Voy a misa todos los días, y te aseguro, sin *blague*, que es el único rato sereno y de paz que tengo en el día, pues como hacemos una vida solitaria, todas las conversaciones y temas se agrían a fuerza de no salir del *tete-a-tete*".[67]

Esta pesadumbre vital y las tensiones matrimoniales, amplificadas por la sensación de asilamiento, no se perciben en las fotografías ni en el ritmo de exposición pública. En las cartas intercambiadas por familiares, sin embargo, se señalan de manera recu-

62 *L'Indépendance Belge*, 05/1/1902 y 20/12/1902.

63 *L'Indépendance Belge*, 25/05/1902.

64 Carta de Eduardo Wilde a Pascual Costa, 31/12/1902, reproducida en Peers (1976: 42).

65 Carta de Eduardo Wilde a Ángela Oliveira Cézar, 20/01/1903, reproducida en Peers (1976: 44).

66 Carta de Ángela Oliveira Cézar a Eduardo Wilde, sin referencias de ciudad y fecha, reproducida en Peers (1976: 53).

67 Guillermina Oliveira Cézar a Ángela Oliveira Cézar, 10/1903, reproducida en Peers (1976: 72).

rrente resfríos y otras dolencias, siempre atribuidas a los duros inviernos de Bruselas, y Oliveira Cézar dice encontrarse mejor en lugares distantes a la ciudad. Este último dato se constata en los periódicos. La prensa de Bélgica cubría sus estancias en París, que no coincidían temporalmente con las de su esposo,[68] las temporadas en Biatrriz[69] y algunos viajes a Niza, que se atribuían a problemas de salud de su hermano Filiberto.[70] Mientras tanto, en secciones de distintos diarios tituladas "Crónicas mundanas", "Pequeñas noticias" o "El día a día", se hacía referencia, aunque de manera menos elocuente que en Washington, a la simpatía y la elegancia de "la encantadora esposa del ministro"[71] o a la "mujer del simpático ministro".[72] Eso era lo que los cronistas resaltaban una y otra vez, acentuando algunas ocasiones particulares como, por ejemplo, una nueva recepción de la Fragata Sarmiento en 1904.[73]

A partir de 1905, cuando la legación pasó a domiciliarse en Chaussee de Charleroi, el matrimonio llamó más la atención y comenzaron a destacarse los eventos que organizaban.[74] Un año después, cuando se sumó a la misión un nuevo secretario, Luis de Oliveira Cézar,[75] hermano de Guillermina, ganaron cobertura las tardes de juegos de bridge, las grandes fiestas y las cenas íntimas con condes, barones y ministros europeos y americanos.[76] Estos eventos se intensificaron en 1907, año en el que finalizó el servicio de Wilde en Bruselas.[77]

La intensa vida social de estos años muestra a Oliveira Cézar en el rol de anfitriona y embajadora, tanto a la hora de recibir a representantes argentinos como en la interacción con las mujeres de la nobleza belga. Las fuentes a las que se puede acceder dan cuenta de un desdoblamiento, quizás constitutivo, que experimentaba como dama diplomática. Las mujeres del servicio exterior estaban, por un lado, compelidas a sostener las apariencias y se mostraban a gusto en el marco de las sociabilidades de la esfera pública. Esta es la faceta que los diarios y las revistas de las tierras natales y de los destinos informaban. Es más difícil, en cambio, conocer el otro frente de despliegue de estas vidas. Como en el caso de Eduarda Mansilla, existen pocos indicios para saber cómo atravesaban las experiencias de orden doméstico y cotidiano, las mudanzas sucesivas, los viajes, y los imperativos de belleza y elegancia. Estas exigencias requerían, seguramente, de niveles altos de adaptación a los protocolos diplomáticos específicos –eran muy diferentes en Estados Unidos, las naciones de América Latina y las cortes

68 *L'Indépendance Belge*, 30/10/1902 y 19/02/1906.

69 *L'Indépendance Belge*, 04/08/1907.

70 *L'Indépendance Belge*, 12/04/1905.

71 *Journal de Bruxelles*, 09/01/1903.

72 Por ejemplo: *L'Indépendance Belge*, 19-02-1906; *La Meuse*, 27/04/1906, 06/02/1907.

73 *L'Etoile Belge*, 26/08/1904; *La Reforme. Organe de la democratie liberal*, 26/08/1904.

74 *L'Indépendance Belge*, 25/02/1905 y 16/01/1907.

75 *L'Indépendance Belge*, 03/09/1906 y 26/12/1906.

76 *L'Indépendance Belge*, 30/04/1907, 21/03/1907, y 13/01/1907.

77 *Avenir Du Luxembourg*, 08/06/1907.

europeas–, a las normas sociales de cada destino y al manejo de idiomas. En su correspondencia personal, Oliveira Cézar se permitía esbozar los costos de estas dinámicas.

La nueva designación de Wilde fue como ministro plenipotenciario ante España –las responsabilidades incluían a Portugal–, para reemplazar a Roque Sáenz Peña. Se abría así una nueva etapa de la trayectoria de la pareja diplomática que, una vez más, no pasaba desapercibida al llegar a un destino. Desde un primer momento, Oliveira Cezar llamó la atención de los periódicos, retratada como "una dama argentina, elegante y bella, que pronto frecuentará los salones madrileños",[78] tal como había sucedido en Washington y, con menores énfasis en Bruselas, devino una presencia continua en los periódicos mencionada como "señora de Wilde", "bellísima señora de Wilde", "hermosa señora de Wilde" y "elegantísima señora de Wilde".

Las fiestas realizadas en la residencia de los Wilde-Oliveira Cézar ganaron fama extendida, sobre todo a partir de la mudanza de la comitiva a la Calle Zurbano número 5. Wilde se refería a esta locación con las siguientes expresiones: "la casa que ocupa la Legación es un palacio, un Chateau de lujo: es la mejor casa de Legación que existe en Madrid, salvo la Embajada de Inglaterra. Tenemos un salón de baile inmenso, solo inferior, en su extensión y decorado, a los salones del Palacio Real. Todos los argentinos que vienen son agasajados y obsequiados en casa de su Ministro".[79] Pese a contar con estas comodidades, en ocasiones Guillermina viajaba a París, Bruselas, Ardennes "y las demás partes del mundo, huyendo del calor y del vacío de Madrid", según su marido. Esas excursiones, su belleza, la ubicuidad de sus modales, su feminidad, eran tema frecuente de la prensa y las revistas. En una ciudad que era sede de corte, los saraos organizados en el mencionado edificio de Zurbano tenían fama propia y eran mencionados por sus toques de distinción.[80] Oliveira Cézar, por su parte, había ganado renombre en un entorno habituado a seguir de cerca la sociabilidad aristocrática (Casado Sánchez y Moreno Sueco, 2014; González Cuevas, 2018). Su figura y sus habilidades sociales se equiparaban con las de princesas y mujeres de la nobleza, como la condesa de la Moriera, la princesa de Metternich, la marquesa de Casa-Torres, la princesa Pío de Saboya o la marquesa de Santa María de Silvela.[81] Un cronista la describía como "gala y prez de los salones aristocráticos, de las fiestas diplomáticas, de todo aquello que brilla con fulgor propio".[82] En un artículo titulado "Las damas diplomáticas extranjeras residentes en la corte" se destacaba: "las Repúblicas suramericanas tienen brillantísima representación en la corte. Parece que han designado con toda intención a las damas más bellas para enviarlas a la madre patria […] Tan sumamente amable como elegante, la señora de Wilde posee en grado ex-

78 *La Época*, 1849, 01/8/1907.

79 Carta de Eduardo Wilde a Ángela Olveira Cézar, 04/07/12/1908, reproducida en Peers (1976: 94).

80 *El Liberal*, 23/3/1909.

81 *El Imparcial*, 04/05/1909.

82 *La Mañana*, 11/2/1910. Crónica firmada por Luis Morote.

tremo esa ideal seducción femenina que cautiva desde el primer instante y que sabe conservar, contribuyendo no poco a ello su fino ingenio".[83]

La opinión era unánime, el matrimonio diplomático se lucía y Oliveira Cézar, como se señalaba en los años de Bruselas, aportaba a esta dupla popular componentes de distinción. Amado Nervo recordó de esta forma las dinámicas que se entablaban entre los dos: "[sobre Wilde] en las cortes se hicieron proverbiales sus salidas llenas de desenfado y de gracia. Tenía el don admirable de decirlo todo sin molestar a nadie. No sé qué había en su persona […] las damas (lo) rodeaban siempre en los salones […] Junto a la juventud elegante, sonreidora, de la señora Wilde, el aticismo oportuno del doctor era otra juventud perenne, cristalina, atrayente, en rededor suyo, como un refugio contra el esnobismo de los salones –donde se dicen o deben decirse trivialidades por minuto mientras se preparan las mesas de bridge– formábase un islote de pensamiento, de ingenio, de cordialidad espiritual" (Nervo, 1921: 114).

Mientras las miradas externas describían con tonos elogiosos al matrimonio y ponían de relieve el rol clave de Oliveira Cézar, en 1908 ella le escribió a Roca: "aquí vivimos sin pena ni gloria; tanto que no se sabe el tiempo que pasa. Eduardo está muy joven y vivo, yo menos que él, pero muy conforme con la vida que la gran ciencia como Ud. sabe".[84] Estas sensaciones, entre ambivalentes y amargas, sin embargo, no eclipsaron su fama como anfitriona. En un viaje a Buenos Aires en 1909, de hecho, se celebraron banquetes en su honor para reconocer su rol de articuladora de relaciones entre España y Argentina. Como en el caso de Eduarda Mansilla, se hacía referencia a ella como esposa diplomática. Debajo de una foto, se lee el siguiente epígrafe: "durante el banquete ofrecido por el ministro de relaciones exteriores, doctor de la Plaza, a la esposa del ministro argentino den Madrid, señora Guillermina O.C. de Wilde".[85]

Esta reputación consolidada en el mundo diplomático transnacional llegó a su punto cúlmine en 1910. En febrero, un cronista destacaba: "los ministros de la Argentina, el señor y la señora de Wilde, son muy conocidos y muy estimados en la alta sociedad de Madrid. Representan a su país con tan acabada y perfecta representación, que en su casa se suele reunir […] lo mejor que contiene la capital de España en el mundo de la política, de la literatura, del arte, de la prensa, de la intelectualidad".[86] Ese año, esta notoriedad quedó cristalizada positivamente cuando el matrimonio ofició de anfitrión de una velada en honor de la Infanta Isabel en el contexto de la celebración del Centenario de la Revolución de 1810. Este evento tuvo un éxito total: Wilde recibió, para lucir en la fiesta, las insignias de la gran cruz de Isabel la Católica, otorgadas por el rey y el festejo, fue sobrio y elegante, a la altura de las expectativas.[87] En un periódico se describía de este modo: "fue una fiesta agradable y espléndida, a manera de

83 *La Ilustración española y americana*, 15/04/1909.

84 Museo Roca, Instituto de Investigaciones Históricas, Registro 1060, MR-ME762, 001.657 O/, Carta de Guillermina Oliveira Cézar a Julio A. Roca, Madrid, 17/06, sin indicación de año.

85 *Caras y Caretas*, 17/07/1909.

86 *La Mañana*, 11/02/1910.

87 *La Época*, 24/04/1910.

digno prólogo de las que en honor de la augusta dama, representante de España en las fiestas del centenario, se han de celebrar".[88] En más de una ocasión se destacó que este agasajo fue el que propició la visita de la Infanta a Buenos Aires y que se acordaron acciones concretas ligadas a la representación diplomática española en Buenos Aires. Refiriéndose a Oliveira Cézar, años después, se apuntaba: "ella fue la inspiradora del viaje de la Infanta Isabel a la República Argentina, y en su casa hizo por primera vez el Rey Alfonso XIII, la promesa de convertir en embajada la legación de España en nuestra tierra".[89] En suma, una vez realizada esta celebración la popularidad del matrimonio diplomático quedó cristalizada y se lo consideró artífice del acercamiento entre España y Argentina en el clima del Centenario (Moreno Luzón, 2010).[90] Durante los meses siguientes, se cubrió con expectación el viaje de la Infanta a Buenos Aires,[91] y en mayo de 1910, en ocasión de la efeméride patria, los halagos que Wilde y Oliveira Cézar recibieron fueron grandilocuentes.[92] Las mismas reacciones se generaron a la hora de cubrir una recepción realizada a Roque Sáenz Peña en julio.[93]

El afecto ganado por el matrimonio de parte de la sociedad madrileña quedó en evidencia ese mismo año. Cuando falleció en la ciudad uno de los hermanos de Guillermina que los había acompañado en destinos diplomáticos, Filiberto Oliveira Cézar, recibieron numerosas muestras de respeto.[94] A esta altura, Oliveira Cézar ya era caracterizada como una gran anfitriona que recibía los miércoles, y a la que frecuentaban distintas figuras de los ámbitos aristocráticos, artísticos y literarios.[95] Mientras sus recepciones causaban interés, la salud de Wilde comenzó a deteriorarse y, paulatinamente, ella dejó de recibir en su salón. Solamente se cubrían algunas de sus vistas a reuniones animadas por distintas anfitrionas.[96] Pese a este paréntesis en la agitada vida del edificio de la Calle Zurbano, cada vez que se realizaba un té-bridge o una recepción, la "ministra argentina", como se la denominaba en ocasiones,[97] recibía atención en las secciones tituladas "crónicas mundanas" o "el gran mundo".[98]

Eduardo Wilde falleció en Bruselas en 1913. En Madrid se celebró un funeral y la familia Oliveira Cézar recibió numerosas salutaciones, condolencias y muestras de luto.[99] Poco tiempo después, Guillermina recibió en "sus habitaciones del Hotel

88 *La Época*, 24/04/1910.

89 "Siluetas aristocráticas", en *Plus Ultra,* año IV, n.º 39, Buenos Aires, julio de 1919.

90 *La Correspondencia de España*, 25/04/1910.

91 *La Correspondencia de España*, 21/05/1910.

92 *El Día de Madrid*, 27/05/1910.

93 *La Época*, 01/07/1910; *El Heraldo de Madrid*, 02/07/1910.

94 *La Correspondencia de España*, 03/12/1910.

95 *La Moda Elegante*, 22/12/1912.

96 *La Moda Elegante*, 22/06/1913.

97 *La Correspondencia de España*, 08/09/1910 y 19/02/1912.

98 *La Correspondencia de España*, 16/6/1912 y 11/02/1912.

99 *La Época*, 29/09/1913.

Ritz" a distintas damas diplomáticas y de la nobleza e interesadas en mostrar sus respetos.[100] Mientras tanto, se especulaba sobre dónde sentaría residencia ahora que era viuda. En primer lugar, se aseguraba que iría a instalarse en París.[101] Pero finalmente regresó a Buenos Aires. Allí mantuvo una activa vida social y, a semejanza de Eduarda Mansilla, recreó en su tierra los hábitos adquiridos y aprendidos en otras latitudes. Un cronista destacaba: "entre las últimas fiestas figura una brillante recepción en el palacio que en la capital argentina ocupa la distinguida señora Guillermina Oliveira Cézar, viuda de Wilde, tan conocida de la sociedad de Madrid […] En los salones de la señora Wilde, enriquecidos por las interesantes obras de arte, se reunió toda la sociedad porteña".[102]

Sin embargo, no fueron estas las dinámicas que acompañaron el resto de su vida. El fallecimiento de su marido, que había hecho que dejara de ser ahora una esposa diplomática, quizás le ofreció una oportunidad: la de pensarse más allá de las legaciones y los salones. A juzgar por sus decisiones posteriores, decidió desempeñarse en otras esferas de la vida pública que compartían con los circuitos diplomáticos un rasgo: la proyección transnacional. En pleno despliegue de la Primera Guerra Mundial, Oliveira Cézar regresó a Europa. Un periódico madrileño señalaba: "la señora Wilde ha permanecido tres años en la Argentina, cumpliendo la voluntad de su esposo en la fundación de instituciones de cultura y premios universitarios […] El amor de esta dama a la tierra española, donde mereció favorable acogida, la vuelve nuevamente hacia nosotros, pero su estancia será breve: pues solo permanecerá hospedada en el Hotel Ritz lo que resta del mes actual".[103]

Si bien en estas descripciones no aparecen grandes señales de ruptura respecto de cómo Oliveira Cézar era descripta en la prensa de España, paulatinamente su intervención en la esfera de la acción social –denominación de época que ella misma utilizaba para sintetizar una serie de compromisos– comenzó a ganar espacio en los medios. Recogió sus recuerdos sobre esta etapa de su vida en un libro titulado *Lecturas familiares y acción social* (1935). Se trata de una compilación de los únicos textos de su autoría que se conocen, que se editó sin referencias editoriales y en la que, además, luego de ser conocida por décadas como la esposa de Wilde, decidió identificarse, casi fantasmagóricamente, como G.O.C de W. En estos relatos ofrece una explicación de cómo se definieron sus nuevos intereses: "pasaron muchos años de viajes, de diplomacia, de vida mundana, y en 1914, hace ya 20 años, me ocupé por primera vez activamente de la Cruz Roja Argentina" (G.O.C de W., 1935: 55).

En el contexto de la Primera Guerra Mundial se interesó por las acciones de la entidad. Desde entonces, su vida se signó en parte por ese compromiso (Di Liscia y Álvarez, 2019). Para 1919 los medios de prensa porteños se encargaban de hablar de

100 *El Imparcial*, 03/11/1913.

101 *El Heraldo Militar*, 04/22/1914.

102 *La Época*, 20/10/1917.

103 *La Época*, 12/05/1916.

"la señora Wilde" como de "una fuerza social de gran importancia", porque la acababan de nombrar presidenta del Comité de Señoras de la Cruz Roja Argentina. El nombramiento era explicado en los siguientes términos: "es la demostración del prestigio de que goza la distinguida dama en su país. Nadie como ella podrá dar impulso a esta obra grandiosa".[104] Un año después, en 1920, se publicó en *Caras y Caretas* una nota titulada "La Cruz Roja Argentina: sus nuevas orientaciones para tiempos de paz", en la que se anunciaba que la asociación se haría cargo en el país de "las precarias realizaciones de la beneficencia oficial". La revista encomiaba la labor del comité de damas de la entidad y apuntaba que la responsable de estos logros era Oliveira Cézar: "como todas las creaciones, esta tiene su luminosa energía en la persona de la señora presidenta del comité, bello y florido espíritu de mujer".[105] De manera persistente, incluso a siete años del fallecimiento de Wilde se indicaba, a su vez, que dado que había sido "esposa de un gran higienista", este le había transmitido su compromiso y sus conocimientos.[106] Su dedicación a la Cruz Roja tuvo repercusiones rápidamente en España, una tierra en la que se la recordaba con afecto.[107]

Este giro en su trayectoria, además de significar un abandono de lo que denominó "vida mundana", fue impulsado por una conclusión contundente: "el grado de civilización de un país se mide por la condición que en él tienen sus mujeres" (G.O.C de W., 1935: 25). Esta reflexión la llevó a interesarse en los perfiles de las que denominó "mujeres útiles". En su libro ofreció una serie de semblanzas sobre Avril de St. Croix, la Marquesa de Aberdeen y Temair (nacida Isabel Maria Marjoribanks y también conocida como Lady Abeerden), Hélène Vacaresco (a quién describe como "la primera de nuestro sexo en formar parte de la Sociedad de las Naciones"), Van Praet de Sala, la marquesa de Montebello (caracterizada como "presidenta de la Cruz Roja en su sección femenina"), la condesa Carton de Wiart, Emilia Pardo Bazán, Marie Curie, la duquesa de Victoria y la marquesa del Valde Iglesias. Esta variopinta selección daba cuenta de diferentes experiencias que, a lo largo de su vida diplomática, se habían sucedido en geografías distantes, pero también de relaciones tejidas en momentos muy diferentes de su trayectoria como dama diplomática (G.O.C de W., 1935: 29). Articuló así una serie de referencias cruzadas entre experiencias en el servicio exterior, viajes realizados luego del fallecimiento de Wilde, e interés por personas o emprendimientos ligados a la acción social: "En tiempo de paz durante mi estadía en Holanda, tuve el privilegio de trabajar bajo la dirección del príncipe consorte, durante todo el tiempo que mi marido estuvo en La Haya como ministro argentino, y de igual modo tuve la satisfacción de ayudar en cuanta forma me fue posible a la Reina de España para la creación del magnífico hospital de la Cruz Roja […] En Italia estudié con la Condesa Targiannni" (G.O.C de W., 1935: 56).

---

104 "Siluetas aristocráticas", en *Plus Ultra,* año IV, n.º 39, Buenos Aires, julio de 1919.

105 *Caras y Caretas*, 30/08/1919.

106 *Caras y Caretas*, 07/08/1920.

107 *La Correspondencia de España*, 01/07/1920.

Estos vínculos la condujeron a moverse en circuitos que consideró de interés, como algunos de los Congresos Internacionales de Mujeres. A su vez, estos espacios la conectaron con otras figuras. Como resultado de estos encuentros, impulsó la iniciativa de creación de un Consejos Nacionales de Mujeres de Sud América, un proyecto con dimensión regional que finalmente no se concretó. A la par, en su libro se presentan perfiles de mujeres consideradas útiles y se dibuja otro entramado de contactos y relaciones que eslabonan sus años diplomáticos sostenidos por visitas a pontífices y altos cargos de la Iglesia Católica, como León XIII, Pío X, Benedicto XV, Pío XI y varios cardenales de renombre. Entre dos circuitos, entonces, el de las "mujeres útiles" y el de las figuras eclesiásticas, Oliveira Cézar explica cómo surgen sus inquietudes por la esfera de acción social. De este modo, las referencias al catolicismo y la beneficencia, a la encíclica *Rerum Novarum* y la desigualdad social, las atrocidades de la Primera Guerra Mundial y el conocimiento directo de mujeres comprometidas con la vida pública oficiaron como telón de fondo para una nueva etapa de su vida, la única sobre la que consideró escribir.

En estos años, además de comprometerse con las acciones de la Cruz Roja, participó activamente de Sociedad de Beneficencia. Entre ambas instituciones tejió su accionar y, según su propio relato, descubrió una vocación que la llevó a intentar convertirse en una mujer útil. Con este objetivo, en uno de sus recurrentes viajes a Europa decidió informarse y sistematizar esa información: "al volver de Europa trayendo por docenas estatutos y reglamentos, planos y estudios de todas las Instituciones que pudieran ayudarnos, se estableció definitivamente las bases de la Confederación de Beneficencia" (G.O.C de W., 1935: 12). Estas acciones se entramaban en sus recuerdos con una actuación que consideró modesta, pero que eligió apuntar, durante la Primera Guerra Mundial: "Durante la guerra hice un viaje, a pesar de los submarinos, y llegué hasta La Pannem donde tenía su cuartel general los Reyes de Bélgica. Con permiso especial visité los hospitales y ayudé lo que pude a la Cruz Roja belga, así como a la francesa. Terminada la guerra, el general Pau me impuso la medalla de socorro a los heridos militares y la Cruz Roja belga me hizo nombrar miembro honorario de la institución" (G.O.C de W., 1935: 55).

Estos compromisos cambiaron el rumbo de su vida. Así lo nota el autor de una semblanza en la que es caracterizada como *charity worker*: "tras la muerte de su marido en 1913, la Sra. de Wilde se entregó devotamente a los trabajos de caridad y benevolencia: ella es miembro de la Sociedad de Beneficencia de Buenos Aires y preside la sección de mujeres de la Cruz Roja Argentina" (Parker, 1967: 63 y 64.). Junto con estos frentes, Oliveira Cézar desarrolló también una serie de actividades ligadas a articular los vínculos entre mujeres de la comunidad española en Argentina y distintas iniciativas realizadas en Madrid. Entre ellas, se destaca su papel en la recolección de fondos para la erección del monumento de Emilia Pardo Bazán en Madrid.[108] Descripta en su libro como una figura tensionada entre la vida mundana y el talento intelectual

108 *El Heraldo de Madrid*, 14/09/1922.

(G.O.C de W., 1935: 31), envió un discurso para la inauguración del monumento en junio de 1926. Un periódico madrileño, una vez que la introducía como "la señora viuda de Wilde, cuyo marido representó mucho tiempo a su país en España", trascribió parte de esa carta-discurso en la que señalaba que sentía orgullo por las "españolas y mujeres de alma y raza latina […] Esas mujeres que no saben de 'snobismo', que no pretenden honores ni esperan agradecimiento". Cerraba su intervención señalando: "la mujer, y la mujer cristiana en la Argentina que admira a doña Emilia por su obra literaria es la verdadera fuerza de unión entre España y nosotros".[109] Se presentaba, así, como una articuladora entre las tierras americanas y las españolas y como un puente entre las mujeres de ambos mundos.

Un año después, en 1927, presentó al ministro de Instrucción Pública, Antonio Sagarna, un Informe sobre acción social, y propuso varios proyectos de centralización y coordinación de personas e instituciones que se ocuparan de caridad, beneficencia y acción social. El ministro la comisionó para recopilar información en algunos países europeos y elevar un informe. Llegaba así una comisión para Oliveira Cézar avalada por dos ministerios argentinos, el de Instrucción Pública y el de Relaciones Exteriores. En sus recuerdos ella se encargó de señalar que aceptó el nombramiento *ad honorem*. Para cumplir sus funciones, se le remitió una credencial de misión especial para que presentara ante las autoridades de distintos países. Este viaje la condujo a una gira europea que, en los periódicos madrileños, se veía como una continuidad de su vida como dama diplomática. Se destacaba, por ejemplo, en una sección titulada "Los lunes del Ritz", que en ocasión de la inauguración de la temporada de primavera descollaba la presencia de "la señora Guillermina de Oliveira Cézar de Wilde y sus sobrinas".[110] En la crónica se comentaba que compartía mesa con embajadores, secretarios de legaciones, agregados militares y otras figuras de distintas geografías europeas. Unos años después, se hacía referencia a comidas que organizaba en París.[111] A su regreso a Argentina, elevó un informe en que se leen detalles sobre distintas entidades europeas abocadas al bienestar social. Su vida pública se cerró con esta responsabilidad, en tanto comisionada oficial del Estado argentino.

Un año antes de su fallecimiento, en 1936, había escrito: "hay una idea filosófica que se presta para mí, siempre a reflexión, esta es que no hay ningún acto en la vida que no esté encadenado con muchísimos otros y ninguna idea que no tenga continuidad a través de la vida. Las consecuencias de estos actos e ideas, buenas o malas, van repercutiendo en otras de su mismo género en el porvenir" (G.O.C de W., 1935: 5). Quizás esa misión especial, un nombramiento que legaba para ella, por sus intereses y acciones, y no para su marido, confirmó su forma de pensar los ritmos de la vida y las consecuencias de cada decisión.

109 *El Imparcial*, 24/06/1926.

110 *La Época*, 19/04/1927

111 *La Nación*, 18/08/1931

Guillermina –Guima para sus allegados, y mencionada en ocasiones como Ga en el marco de la correspondencia familiar– inició su trayectoria pública como *partner* de un hombre de fin de siglo que tuvo un papel protagónico en la política nacional argentina. Su vida diplomática comenzó al mismo tiempo que la de Wilde y a lo largo de poco más de una década, ambos cosecharon experiencias y cultivaron relaciones. Ella, en particular, fue tejiendo lazos con mujeres de la nobleza y los ámbitos culturales. A la hora de hacer balances sobre su trayectoria señaló que, luego de la muerte de su marido, había decidido pasar de una vida mundana, desplegada en ambientes que consideró, en retrospectiva, atravesados por el esnobismo, al compromiso con la acción social.

Los rumores y las especulaciones que atravesaron su vida en Argentina fueron apenas apaciguados cuando se encontraba en otras geografías. La prensa internacional, en cambio, construyó para ella otros encuadres, ligados a los circuitos de la diplomacia y las relaciones culturales entre Argentina y otras latitudes. Sus expresiones públicas, los paseos, y las fiestas que organizaba, las amistades que trababa, fueron recurrentemente comentados y cubiertos por los medios de las ciudades en la que residió y en revistas que tenían secciones de crónicas sociales y referencias a la moda. Una y otra vez, su performance llamaba la atención y se convirtió, en sintonía con la experiencia que había tenido Eduarda Mansilla, en una articuladora entre Argentina y el exterior. Como sintetizó un cronista, se trataba de una "ilustre embajadora" que encarnaba la "representación de todo un pueblo que está en el zenit de todas las condiciones selectas de la raza y de la civilización".[112]

Su marido la presentó, desde el G*rand Tour* iniciático que ambos experimentaron, como nacida para circular en el mundo diplomático, por definición internacional y desterritorializado. Años después, refiriéndose al mismo viaje, ella reveló un perfil que distaba del de Wilde. Ligaba esas mismas circunstancias a una búsqueda espiritual y apuntaba: "viajaba yo por Oriente, con mi marido, y habíamos llegado a Cantón, que es una de las ciudades típicas de China [...] comencé a tener un terror pánico […] como toda mujer católica al tener miedo, volví mis ojos a Dios" (G.O.C de W., 1935: 53.). Esta declaración, y otras recuperadas de las pocas cartas de su autoría a las que se puede acceder, están lejos de presentar a una joven sin inhibiciones y portadora de un *savoir faire* mundano. Ella eligió retratarse como una persona poco alegre, melancólica y temerosa. En los años en los que su vida como dama diplomática se desplegó, entre las referencias a la "señora Wilde", "Madame Wilde", "la esposa del ministro de la Argentina", cada tanto despuntaba su primer nombre acompañado por el apellido de su marido. Este rasgo se consolidó desde el momento de su viudez. Su trayectoria es en la actualidad apenas conocida y, cada tanto, se escribe una nota de prensa, en pleno siglo XXI, sobre presuntos amores prohibidos y clandestinos. En estas piezas se la caracteriza con los mismos prejuicios y estigmas que en su época.[113]

112 *Nuevo Mundo*, 27/02/1913.

113 Por ejemplo: Pignatelli, Adrián, "El amor clandestino de Julio Argentino Roca con Guillermina de Oliveira Cézar, la esposa de su mejor amigo", en *Infobae*, 01/01/2020.

Ángela Oliveira Cézar. De "respetabilísima matrona" a candidata al Premio Nobel de la Paz

Carmen Peers apuntaba sobre las hermanas Oliveira Cézar aquí estudiadas: "tanto mi abuela Ángela, como su hermana Guillermina […] eran mujeres, como tantas que uno encuentra en la Historia o en la Literatura, en franco desacuerdo con el país que les tocó vivir. No se conformaban con existir dentro de los límites estrechos de su casa, su familia, sus relaciones. Les interesaba el vasto mundo, sus avatares bélicos o sociales, la política internacional, las nuevas ideas que surgían y los posibles métodos de aplicación" (Peers, 1976: 11).

Esta descripción, atravesada por el tono de proximidad de la autora con las mujeres a la que se refiere –nieta de Ángela y sobrina nieta de Guillermina–, ofrece algunas pistas para pensar sus trayectorias. En el caso de Ángela, su perfil se diferencia por varios motivos del de su hermana. Era mayor que la última y estaba casada con Pascual Costa, lo que la acercaba a un entramado de relaciones de familias argentinas en el que los apellidos Roca, Wilde, Terry, Costa, Funes, Paz y otros, se entrelazaban y estaban sostenidos por amistades cercanas, casamientos y parentesco (Losada, 2008). En su mundo primaban las sociabilidades de hombres y, desde muy temprano, supo manejarse con soltura entre ellos. No dudaba en interpelar de manera directa a mandatarios, figuras del catolicismo y el pacifismo, ministros plenipotenciarios y hombres de letras a la hora de concretar sus proyectos.

A diferencia de Eduarda Mansilla y Guillermina Oliveira Cézar, su trayectoria no se forjó en los circuitos internacionales del servicio exterior. No fue esposa de un secretario de legación, un comisionado especial, un cónsul o un enviado oficial. Su perfil no respondió, por lo tanto, al de las *partners* diplomáticas. De hecho, hasta comienzos del siglo XX su vida pública estuvo ligada a formas del compromiso social que respondían a un marco local y a circuitos bastante usuales para la época: se consideraba una mujer católica y formaba parte de la Congregación de Madres Cristianas del Colegio Lacordaire de la orden de los Dominicos, en Buenos Aires (Lionetti, 2001; Mead, 2001).

Su destino dio un vuelco a comienzos del siglo XX, luego de la firma del Tratado de Equivalencia Naval, Paz y Amistad –conocido como Pactos de Mayo– de 1902, firmados por José Antonio Terry, por Argentina, y Ramón Antonio Vergara Donoso, por Chile. Con el fallo arbitral de la corona británica, a cargo de Eduardo VII, se pusieron en práctica las nociones vigentes de arbitraje internacional, se resolvió el conflicto limítrofe y se puso coto a las posibilidades de acopio armamentista de ambas naciones (Errázuriz Guilisasti y Carrasco Domínguez, 1968; Letts de Espil, 1972; Sanchís Muñoz, 2010: 171). En ese contexto, Ángela Oliveira Cézar le propuso al presidente Julio A. Roca que una estatua de Cristo, que se encontraba en el Colegio Lacordaire, fuera emplazada como símbolo de fraternidad y paz en el límite cordillerano. Su propuesta apuntaba a darle un corolario de envergadura simbólica al mencionado tratado. Así rememoraba años después su iniciativa: "banquetes, bailes, paseos, todo me parecía pobre y de recuerdo efímero, considerando aquellos pactos de paz, firmados y obtenidos por arbitraje, eran los actos más gloriosos y humanitarios que país puede festejar.

Como tal, deseaba yo verlo conmemorado con un hecho de la misma magnitud" (Asociación Sud-Americana de Paz Universal, 1913: 39).

El monumento del Cristo había sido encargado por el Fray Marcelino Benavente al artista Mateo Alonso, con el objetivo de ser expuesto en el llamado Puente del Inca en Mendoza. La intención era responder al llamado de la Encíclica *Tametsi Futura* (1900), del Papa León XIII, que incitaba a los católicos del mundo a hacer manifiesta la devoción por el Cristo Redentor. La propuesta hecha por Oliveira Cézar al presidente resignificaba el contenido original de la estatua y proponía una nueva tendencia en relación con las prácticas vigentes en el emplazamiento de monumentos latinoamericanos. En general, en el marco de las tensiones diplomáticas o de reforzamiento identitario en cada país, se apostaba por exaltar las simbologías patrias, "nacionalizar" a figuras de las independencias o dar cuenta de las glorias militares del pasado (Sevilla y Sevilla, 2004; Martínez Baeza, 2004). Ante la iniciativa, Roca le respondió entusiasta: "la idea de la estatua del Cristo Redentor, para conmemorar la paz definitiva con Chile, me parece muy cristiana, muy patriótica y muy digna de aplauso".[114] Luego de recibir este apoyo, se sucedieron citas para que delegados chilenos y el presidente argentino conocieran la efigie. Ante un clima de opinión positivo de representantes de ambas naciones frente al proyecto, Oliveira Cézar recibió otra carta del mandatario en la que le hacía saber el beneplácito de José A. Terry, firmante de los Pactos de Mayo. Apuntaba al respecto: "está encantado por la inauguración del monumento a Cristo en la línea divisoria de los Andes, con la asistencia de los presidentes de ambas Repúblicas y la Asociación de Señoras autoras de la obra".[115]

Los episodios de preparación e inauguración del Cristo fueron cubiertos con atención por la prensa latinoamericana. Curiosos y devotos se acercaban a presenciar los avances de la construcción del pedestal y el montaje.[116] El proyecto llegó a buen destino y la estatua fue ubicada en las alturas cordilleranas. Se inauguró en marzo de 1904 con una extendida cobertura de prensa y revistas de varias naciones. En la ceremonia de inauguración no participaron los presidentes, pero sí enviados diplomáticos, ministros de ambos países y figuras del catolicismo. Estos episodios estuvieron también acompasados por los ritmos de otro hito diplomático: en 1903 se reanudaron las relaciones entre Argentina y la Santa Sede, que habían sido interrumpidas durante la primera presidencia de Roca (Sanchís Muñoz, 2010: 173). A su vez, entre los representantes del catolicismo argentino imperaba el clima marcado por la mencionada Encíclica *Tametsi Futura*. De este modo, una agenda religiosa y una diplomática se superponían.

Desde el comienzo de estos episodios, además, la autoría del emprendimiento y las intenciones de emplazar el monumento se prestaron a lecturas confusas y contradictorias. Por un lado, el hecho de que la figura fuera la de Cristo, la presencia de

114 Carta de Julio Argentino Roca a Ángela Oliveira Cézar, sin datos de ciudad y fecha, reproducida en Peers (1976: 60).

115 Carta de Julio Argentino Roca a Ángela Oliveira Cézar, sin datos de ciudad y fecha, reproducida en Peers (1976: 60).

116 *Caras y Caretas*, 05/03/1904.

hombres del catolicismo en la inauguración, y la pertenencia de la iniciadora de la idea al grupo de madres cristinas, fueron elementos que bastaron para atribuir los méritos a las fuerzas católicas argentinas. En paralelo, como el monumento había sido encargado con otra finalidad por el Fray Marcelino Benavente, en varias ocasiones se atribuía e mérito del emplazamiento cordillerano a él. De este modo, se reconocía al Obispo de Cuyo como responsable, y se nombraba en segundo lugar a la "respetabilísima matrona" Oliveira Cézar, por darle "una significación más amplia, consagrándose como una protesta de amor, de veneración, de gratitud a Cristo, hecha por los dos países chileno y argentino".[117] Su nombre solía diluirse en plurales como "damas distinguidas" o "señoras cristianas". Así y todo, ella recibió de Monseñor Espinosa una bendición del Papa Pío X y una medalla como reconocimiento al emprendimiento de emplazar el Cristo en la cordillera de los Andes. Durante años, en medios de prensa pacifistas cristiano y en algunas publicaciones norteamericanas de distinta índole, se hacía referencia en un lugar protagónico al mencionado Fray Benavente y, casi al pasar, a "Madame de Costa", presidenta de una asociación de mujeres influyentes que se había ocupado de la suscripción para recaudar fondos para que la empresa fuera posible.[118] En el marco de estas dinámicas ambiguas, paulatinamente, Oliveira Cézar comenzó a expresar su incomodidad frente al hecho de quedar relegada dentro de rótulos colectivos, o cuando su iniciativa era atribuida a terceros. De este modo, aunque Roca había augurado para ella un liderazgo indiscutido de la empresa al señalar: "la felicito a Ud. por sus triunfos del Cristo Redentor y conquistar ministros, arzobispos, obispos y prelados distinguidos los que sin duda se han de encontrar bien y contentos en su compañía", tuvo que batallar para que se reconocieran sus méritos.

Luego de la inauguración, Oliveira Cézar recibió mensajes de congratulación de distintas figuras de la vida política latinoamericana y europea. Entre las felicitaciones recibidas de parte de argentinos se destacaron las de Bartolomé Mitre, Bernardo de Irigoyen, Julio A. Roca, Joaquín V. González, David Peña, Carlos María Ocantos, Belisario Roldán, Carlos Guido y Spano y Manuel Ugarte. Desde Chile enviaron sus mensajes Emilia Herrera, Ramón Antonio Vergara Donoso, Augusto Orrego Lucco, Rafael Ewards y Anselmo Hevia Riquelme. Desde Bolivia le llegó un mensaje de Emilio Fernández, y desde Uruguay envió sus respetos Julio Herrera y Obes. En varias de estas cartas y esquelas se encuentran referencias a la promotora de la iniciativa como mujer y se destaca que cuenta con atributos diferentes a los de los hombres para intervenir en temas internacionales. Por ejemplo, Carlos María Ocantos, señalaba: "la doctrina del arbitraje que, a pesar de crueles desengaños, recibió siempre ferviente culto en nuestra patria, necesitaba encarnar en un corazón de mujer para adquirir más robusta y fecunda vida" (testimonio reproducido en Asociación Sud-Americana de Paz Universal, 1913: 100). Este tipo de apreciaciones se reiteró, aunque con otras entonaciones, en felicitaciones y esquelas de varios obispos, vicarios y voceros de la iglesia

117 *El Tiempo Ilustrado*, 22/05/1904.

118 *L'Universel, Organe du Mouvement Pacifique Chrétien*, París, año 8, n.º 7, 1906*; The Advocate of Peace*, 01/04/1905.

católica. En la que escribió Modesto Becco, por ejemplo, de la orden de los dominicos, se destacaba: "vos, señora, pertenecéis a esas mujeres legendarias del suelo argentino porque abrigáis en el santuario del alma el culto por todo lo que puede hacer grande y feliz a la patria" (testimonio reproducido en Asociación Sud-Americana de Paz Universal, 1913: 101). Entre los reconocimientos recibidos más allá de América Latina, Oliveira Cézar otorgó especial importancia al de Andrew Carnegie, que en varios discursos públicos propuso tomar la lección del Cristo de los Andes y replicarla en el mundo (Patterson, 1970). Hizo varias menciones al emprendimiento en su visita a las obras de construcción del Palacio de la Paz de La Haya, y en algunos eventos panamericanos, en los que describía el acontecimiento como una acción pacifista ejemplar.[119]

Mientras el nombre y la acción de Oliveira Cézar ganaban reconocimiento en circuitos internacionales, en la correspondencia privada se hacía saber que ese protagonismo le resultaba incómodo al firmante del acuerdo con Chile, y luego ministro de Relaciones Exteriores, José A. Terry. El presidente de la nación, Julio A. Roca le señalaba a su marido, Pascual Costa: "dígale a Angelita que [...] Terry, como autor de la paz con Chile, le ha tenido siempre mala voluntad a la iniciadora del Monumento a la paz en los Andes, creyendo, sin duda, que esta paz le hacía daño o le quitaba brillo a la suya".[120] Claramente, este era un mensaje que, atravesado por la ironía de comparar un tratado de definición de límites con el emplazamiento de un monumento, interpelaba al marido para que aplacara los ánimos de su esposa y la llamara a la discreción. En varias situaciones se replicaron las mismas dinámicas. Por ejemplo, en una ocasión, Terry puso reticencias a la hora de colocar una placa de dos mujeres en acción de confraternidad, unidas por un abrazo abierto, señalando que una de ellas (que representaba a Argentina) tenía el rostro de Ángela y que no le parecía apropiado en términos diplomáticos (Peers, 1976: 69). Otras tensiones similares afloraron en los años posteriores.

Además de estos roces, varios malentendidos se generaron en torno al Cristo, su iniciadora y figuras del gobierno argentino. Como ella misma narraba, en ocasiones, frente a pedidos de miniaturas de gobernantes de distintas latitudes, ante la falta de respuesta oficial, cubrió los gastos para hacer réplicas en oro y plata, o placas de metal, y pagó los envíos por su cuenta. Sin embargo, por las dinámicas diplomáticas, en las que los encargados de negocios y ciertos cónsules oficiaban de emisarios para entregar presentes y correspondencia frente a los introductores de embajadores, se generaron situaciones confusas en las que el presidente Roca recibía agradecimientos y salutaciones por supuestos obsequios diplomáticos que no habían sido oficialmente enviados (Asociación Sud-Americana de Paz Universal, 1913: 35).

Pese a ser llamada a la discreción, a las ambigüedades para reconocer su papel en el emprendimiento y a las tensiones con hombres de gobierno, Oliveira Cézar consideró que el emplazamiento del Cristo había sido el puntapié inicial de su trayectoria pública. Luego de la inauguración, propulsó el proyecto de construir un convento con

119 *The Evening Star*, 11/05/1908; *The Washington Herald*, 12/05/1908; *The Washington Herald*, 27/03/1910.

120 Carta de Julio A. Roca a Pascual Costa, París, 27/06/1906, reproducida en Peers (1976: 88).

refugio a los pies del mismo, inspirándose en San Bernardo de los Alpes, y comenzó a hacer sus primeras incursiones en los ámbitos internacionales antibeligerantes. De este modo, aunque el proyecto y el emplazamiento del Cristo de los Andes se había solapado con intenciones de figuras del catolicismo argentino, ella diseñó una agenda de intereses que la separaron de las jerarquías eclesiásticas y la acercaron, paulatinamente, a las causas de la confraternidad americana y del pacifismo. Las peregrinaciones al Cristo, por ejemplo, dejaron de tener connotaciones religiosas y comenzaron a organizarse como "patrióticas excursiones" que rememoraban las epopeyas de San Martín y proponían revitalizar la hermandad de las naciones sudamericanas. Ella misma se encargaba de enviar gacetillas, información, fotografías y notas de su autoría que narraban las dinámicas de su proyecto a medios de prensa internacionales. En ocasiones, conseguía ser mencionada al pasar en notas breves; en otras, artículos de varias páginas con su firma o su fotografía con autógrafo se publicaron en revistas que daban a conocer los detalles de la iniciativa del Cristo de los Andes.[121]

Fue en 1907 cuando, con estas experiencias en su haber, Oliveira Cézar devino una figura comprometida con la causa del pacifismo. Ese año fundó en Buenos Aires la Asociación Sud-Americana de Paz Universal. En el acta inaugural se recuperaba su discurso, en el que había declarado que los tiempos exigían dar a conocer los contenidos al pacifismo y propiciar sociabilidades para discutir al respecto en todo el mundo considerado civilizado. Entre los firmantes del documento fundacional se listaron los siguientes nombres: Julio A. Roca, Luis Sáenz Peña, Benito Villanueva, Luis M. Drago, Norberto Quirno Acosta, Joaquín V. González, Emilio Mitre, y figuras del catolicismo local como el Arzobispo de Buenos Aires, Mariano Antonio Espinosa, y el Obispo de Cuyo, Marcelino Benavente (Asociación Sud-Americana de Paz Universa, 1910: 6).

En el "Acta Constitutiva" de la asociación, redactada en diciembre de 1908, se hace mención explícita a Oliveira Cézar como iniciadora y fundadora, y como artífice de los antecedentes que justifican la constitución y los estatutos de la asociación. En las reuniones de la asociación hubo intervenciones de algunas figuras del catolicismo, como Monseñor Luis Duprat, pero la voz principal fue siempre la suya, y para argumentar acerca de la necesidad de crear la asociación, señalaba: "la vida, la libertad, la aspiración a la felicidad son derechos inalienables no sujetos a ningún gobierno y muy superior a todos ellos […] la Paz, disciplina de vida, supone el sacrificio de los instintos salvajes y el reconocimiento de los principios de amor […] la guerra no es elemento esencial de nuestro sistema social, siendo como el duelo y la esclavitud, restos de la antigua barbarie" (Asociación Sud-Americana de Paz Universal, 1910: 20.)

En los estatutos se nota un tono cada vez más alejado del catolicismo y asociado al vocabulario del pacifismo laico de comienzos del siglo XX. Temas como el arbitraje internacional, la necesidad de crear un congreso permanente para la paz entre naciones con delegaciones en Sudamérica y de difundir ideas antibélicas, surcaron sus páginas. En cuanto a las acciones, la asociación se proponía la publicación de fo-

121 Oleveira (sic) Cézar de Costa, Ángela, "The Christ of the Andes", en *The Independent*, vol. LIX, n.º 2966, 05/10/1905, pp. 804-808.

lletos, una agenda de conferencias, el lanzamiento de un órgano de difusión de novedades, la conformación de distintas comisiones y la creación de una bandera insignia. Los medios de prensa y algunas revistas destacaron la iniciativa como pionera en su tipo en América del Sur. Como puede verse en la siguiente imagen, *La Ilustración Sud-Americana* señalaba: "está en la aspiración de todo argentino proceder como los países más civilizados; y por eso al anunciarse la idea de una Asociación Sud-Americana de Paz Universal ha encontrado tan simpática acogida, figurando en ellas las primeras personalidades del país y las matronas más distinguidas de nuestra sociedad".[122] La descripción era acertada, entre quienes apoyaron el emprendimiento había numerosas señoras de la alta sociedad, unidas en matrimonio con figuras de la vida política argentina, como Josefa de Figueroa Alcorta, Delfina Mitre de Drago, Clorinda de Avellaneda, Carmen Avellaneda de Goyena, Esther Anchorena de Paz, Teresa de Urién, entre otras. Se hacía referencia, a su vez, a adhesiones categorizadas bajo los rótulos: "Del Clero", "Del Comercio", "Estados Unidos del Brasil", "Chile", "Estados Unidos de Norteamérica", "República de Bolivia", "Guatemala", "Paraguay", "Perú", "Uruguay". En cada una de estas secciones se puede rastrear un elenco de nombres de figuras políticas e intelectuales variopinto. Para reunir a este elenco, Oliveira Cézar, nombrada iniciadora y presidenta vitalicia de la asociación, se encargó de escribir esquelas personales con el membrete "Presidenta de la Asociación Sud-Americana de Paz Universal", con el objetivo de convocar a hombres y mujeres de distintas latitudes.[123] La asociación se constituyó con personería jurídica en 1909 y, un año después, quedó asentada en el registro nacional de asociaciones (Asociación Sud-Americana de Paz Universal, 1910: 38).

Pese a la oficialización y a las acciones emprendidas, la entidad y los objetivos de la fundadora fueron puestos en cuestión por sus allegados. Julio A. Roca le escribía: "mucho me alegro que mi firma le haya servido de señuelo para conseguir importantes adhesiones, que me dice, en su proyecto 'Sociedad Argentina de Paz'".[124] En otra carta, acusando recibo de un diploma de presidente honorario de la agrupación, comentaba: "veo efectivamente que Ud. con su fe y perseverancia está haciendo verdaderos "milagros" […] La obra es grande ¡Pacificar el mundo!".[125] Su cuñado, Eduardo Wilde, ponía en entredicho su vocación pacifista: "la felicito por su afición a la paz, pero creo que su Ud. no hubiera hecho trepar a los cerros, por su influencia y admirable tenacidad, a ese pobre Cristo que no hacía nada en la llanura, la paz y la guerra le serían indiferentes".[126] Estas reacciones pueden quizás atribuirse al hecho de que,

122 *La Ilustración Sud-Americana*, 30/12/1908.

123 Puede verse, por ejemplo: Archivo Rubén Darío, Universidad Complutense, Documentos personales, Carpeta 8, Signatura: 654. Disponible en http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc1r868

124 Carta de Julio A. Roca a Ángela Oliveira Cézar, sin datos de ciudad y fecha, reproducida en Peers (1976: 100).

125 Carta de Julio A. Roca a Ángela Oliveira Cézar, Buenos Aires, 23/12/1908, reproducida en Peers (1976: 98 y 99).

126 Carta de Eduardo Wilde a Ángela Oliveira Cézar, Bruselas, 08/05/1905, reproducida en Peers (1976: 86).

para los contactos próximos, Oliveira Cézar transgredía las conductas esperables de una mujer. Su nieta caracterizaba su entorno con las siguientes palabras: "en la época que le tocó vivir las ideas y aspiraciones de bien público que podía tener una mujer se expresaban por amables sugerencias a los hombres del poder, en salones o entrevistas, y por obras de caridad, ejercidas siempre en instituciones religiosas" (Peers, 1969: 37). Ella distaba de ser una anfitriona de tertulias, una animadora de eventos de caridad o una mujer cristiana que se movía estrictamente dentro de los marcos esperables.

Con una agenda definida, más allá de las ironías y las vacilaciones de sus allegados, la asociación y su fundadora recibieron atención extendida en medios de prensa y en los circuitos del pacifismo latinoamericanos y europeos. En un periódico en Quito, por ejemplo, se señalaba que la presidenta de la asociación era la adalid de la confraternidad por sus acciones ligados al Cristo de los Andes, su accionar y su tesón habían bastado para mostrar lo inconducente que resultaba que naciones hermanas se enfrentaran.[127] En Madrid se destacaba su figura como un ejemplo del pacifismo.[128] En París se celebraban las acciones de la distinguida fundadora equiparándolas con los éxitos de la diplomacia oficial.[129]

Mientras estos y otros reconocimientos se sumaban, Oliveira Cézar manifestó en su entorno la intención de que sus proyectos e iniciativas fueran apoyadas por el gobierno para que pudieran proyectarse en el escenario internacional. Por ejemplo, aspiró a que en la II Conferencia Internacional de la Paz de La Haya de 1907 se publicitaran sus emprendimientos. Con este objetivo, interpeló a su cuñado, designado en Bruselas, como ya se ha señalado, para solicitarle que mediara por ella y le comentaba el interés que su accionar había generado en Estados Unidos. Wilde, le respondió: "No valen mucho los entusiasmos de Norteamérica; allí se entusiasman por todo […] No sé quién será representante argentino en La Haya […] De todos modos, lo que hagan o que no hagan alusión a su Cristo en el Congreso es exactamente lo mismo. Todo lo que se hace en los Congresos no pasa de palabra".[130] Roca, por su parte, le había señalado a su marido que no comprendía las intenciones de "Angelita" de que "en todos los congresos la mencionen como iniciadora del monumento de la paz levantado en las cumbres más altas del mundo".[131] Con estos juicios poco alentadores en circulación, las pretensiones de la presidenta de la asociación quedaron truncas. La delegación oficial argentina en la mencionada conferencia estuvo compuesta por Roque Sáenz Peña, Luis María Drago y Carlos Rodríguez Larreta. Oliveira Cézar no consiguió que la mencionaran, pero se hizo referencia al Cristo de los Andes. En uno de los informes de discursos pronunciados, firmado por Sáenz Peña y Rodríguez Larreta, se indicaba: "aquella tierra (Argentina) es generosa y es fértil para madurar el germen de todas las

127 *El Tiempo*, 12/01/1909.

128 *La Lectura. Revista de Ciencias y de Artes*, Madrid, n.º 113, octubre de 1910, p. 87.

129 *La Revue Diplomatique*, 26/09/1909.

130 Carta de Eduardo Wilde a Ángela Oliveira Cézar, Bruselas, 08/05/1905, reproducida en Peers (1976: 86).

131 Carta de Julio A. Roca a Pascual Costa, París, 27/06/1906, reproducida en Peers (1976: 88).

buenas semillas. Nosotros los recibiremos con el corazón abierto y les haremos ver que tenemos también nuestros altares allá en la más alta plataforma de la cordillera de los Andes, donde hemos tallado con Chile, la imagen del Cristo Redentor inspirando la concordia de los hombres y de los pueblos".[132]

Ángela Oliveira Cézar

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA 877

Buenos Aires.—Las Damas de la Comisión Directiva de la Asociación Sud-Americana de Paz Universal reunidas en el Arzobispado

Asociación Sud-Americana de Paz Universal

La paz universal es tal vez la más importante de las cuestiones que hoy se debaten en el mundo civilizado. En los Imperios, en los Reinos y en las Repúblicas, todos los jefes de estado se honran en contribuir é interponer su influencia para llegar al arbitraje internacional. Está en la aspiración de todo argentino proceder como los países más civilizados; y por eso al anunciarse la idea de fundar una Asociación Sud-Americana de Paz Universal ha encontrado tan simpática acogida, figurando en ella las primeras personalidades del país y las matronas más distinguidas de nuestra sociedad.

Ideas de alto vuelo encierra la que inspira á esta asociación y creemos que el gobierno debe ser el encargado de realizarlas. Ella encuentra que la cumbre de los Andes es el punto más adecuado para realizarlas, dejando allí recuerdo imperecedero de nuestras grandes glorias nacionales para festejar el centenario.

En la cumbre de los Andes se alza ya la imagen del mismo Dios como garantía de concordia y confraternidad. Después de haber rendido culto al Dios de Paz, debemos homenaje al Gran Libertador! ¡En las más altas cimas debe escribirse el nombre de San Martín!

El corazón de una mujer ha sabido realizar el presagio del poeta: debemos secundarla. En los proyectos que ella tiene al fundar la Asociación Sud-Americana de Paz Universal, está la erección de una ermita-refugio en la cumbre que en cada piedra lleve grabado el nombre de uno de los próceres de la independencia. ¿Por qué no ha de levantarse en vez de una pequeña ermita, un templo, en cuyas columnas de granito se esculpieran esos nombres y sobre el pórtico el de nuestro Gran Capitán?

Así deben escribirse las páginas más gloriosas de nuestra historia; que en otros países como la Francia, constituyen sus mayores glorias al recordar el paso de Napoleón en los Alpes.

Hagamos saber al que lo ignore el prodigio realizado en este continente, yendo San Martín con nuestro ejército, sin más recursos que el patriotismo, á dar la libertad á otras naciones; y se complementará la obra de confraternidad, cuyo testimonio ha sabido una dama argentina hacer inmortalizar en bronce, rindiendo culto á Dios y tributo á nuestra grandeza nacional.

***

Para terminar estas líneas, diremos que por lo que á nosotros periodísticamente respecta, adherimos con sincero y efusivo entusiasmo á la noble y fecunda idea que informa é inspira á la Asociación Sud-Americana de Paz Universal. Con ello, cumplimos con un deber de civilización á la vez que satisfacemos un anhelo del corazón. Porque, en verdad, nada de más hermoso, nada de más edificante que ver á la mujer, instrumento de belleza y de bondad en la tierra, poner al servicio de un ideal de paz humana el amable y prestigioso concurso de sus seducciones y de sus encantos. Dijérase la Gracia acariciando á la Armonía.....

Por otra parte, es ya hora de que el arbitraje deje de ser una fórmula verbal para traducirse en un principio de derecho positivo. Bien está, por causas de insalvable animalidad, que la bestia pelee y riña por motivos de voracidad ó de emulamiento; pero no está bien que el hombre, ser consciente, sujeto perfectible, se lance airado al pugilato carnicero por simples razones de interés temporal. Una hora de discusión crea más que un año de guerra. La pelea es el argumento animal del músculo; la controversia es la deliberación serena y luminosa del cerebro. Vivamos cerebralmente.

SEÑORA OLIVEIRA CÉSAR DE COSTA
Presidenta de la Asociación Sud-Americana de Paz Universal

Fuente: *La Ilustración Sud-Americana. Revista Ilustrada de las Repúblicas Sudamericanas*, Buenos Aires, 30/12/1908

132 *La República Argentina en la Segunda Conferencia Internacional de la Paz*. Haya, 1907, Buenos Aires, Imprenta y Litografía A. Pech, 1908, p. 60.

Dos años después de este congreso, las acciones de Oliveira Cézar dejaron de circunscribirse a entornos y contactos locales y comenzaron a contar con el apoyo de entidades de distintas geografías. Por ejemplo fue invitada, con gastos cubiertos, al Second National Peace Congress, realizado en Chicago en mayo de 1909, para participar en sus actividades (Asociación Sud-Americana de Paz Universal, 1913: 28). No concurrió, pero envió un discurso para que se leyera en el evento. El orador a cargo dio cuenta de su llamamiento a los pacifistas del mundo, denominados "generosos utopistas", y leyó a viva voz el texto enviado que se cerraba con las siguientes palabras: "Desde estas regiones lejanas nos sumamos a su honorable congreso y en nombre de todos los miembros saludamos y aplaudimos a todos los pacifistas que se unirán allí por tan humanitarias y grandes ideas y elevando en alto nuestro blanco estandarte de paz. Saludamos con un ¡Hurra! inmenso, que llegará a América del Norte y resonará con sus ecos en las montañas de los Andes, trayendo buenas nuevas de los triunfos y conquistas que se han adquirido para el bien de la humanidad" (American Peace Congress, 1909: 86).

En lugar de apersonarse en Estados Unidos, concretó un viaje a Europa que había postergado en varias ocasiones. Apenas llegó a España, y dada la atención recibida por su hermana y su cuñado, los diarios cubrieron su arribo. Se anunciaba la llegada de "dos distinguidas damas argentinas: la señora doña Ángela de Oliveira Cézar de Costa, hermana de la señora de Wilde, y su hija", y se señalaba que el objetivo del viaje era ir a Suiza para obtener el apoyo Padres de San Bernardo para el convento y el refugio proyectado como continuación de la obra del Cristo de los Andes.[133] Pese a que este tipo de anuncios hacían referencia a una misión acotada, el viaje europeo abrió una serie de oportunidades para Oliveira Cézar, que ella supo capitalizar. En sus recuerdos, así rememoraba esta torsión: "a principios del mes de junio, realicé un viaje a La Haya con el objetivo de solicitar que la reproducción del Cristo de los Andes fuera colocada en el palacio de la Paz […] fui invitada oficialmente, pudiendo concurrir a todas las ceremonias, como persona adicta a la Legación Argentina, en compañía del ministro argentino, Dr. Enrique Moreno y su señora. Asistí también a las recepciones particulares, que en estos días tenían lugar en La Haya, y pude conocer a la mayor parte de los ministros y altas personalidades del país. Según me decían, yo les recordaba la amistad y simpatía que conservaban por mi hermana, la señora de Wilde" (Asociación Sud-Americana de Paz Universal, 1913: 63).

Abierta esta posibilidad de circular por un mundo de diplomáticos y pacifistas de distintos países, decidió oficiar como propagandista de sus emprendimientos. Al percatarse de que la mayor parte de figuras ligadas al proyecto del Palacio de la Paz no conocían el monumento del Cristo, entregó una cantidad de fotografías, folletos y referencias sobre el mismo. También un libro publicado en francés sobre los antecedentes de la asociación que presidía, titulado *Origine et fondation de l'Association Sud-Américaine de Paix Universelle* (1910). Según ella misma narra, estas acciones

133 *El Imparcial*, 23/04/1909.

dieron impulso a la idea de emplazar una réplica del Cristo en un sitio de honor del edificio. Dada la respuesta positiva de los responsables del palacio, llegó el momento de solicitar apoyo oficial en Argentina. Así define Oliveira Cézar esta coyuntura: "confiando en la lógica, creí que el gobierno argentino apoyaría y hasta festejaría esa positiva tramitación de la diplomacia femenina […] creo que a nadie puede ocultarse la trascendencia del obsequio, y así espero, sin comentarios al respecto, encontrar una diplomática cogida cuando llegue el momento" (Asociación Sud-Americana de Paz Universal, 1913: 64). Una revista católica norteamericana, por su parte, dio cuenta de sus incansables gestiones en La Haya dando por descontado que el gobierno argentino, sin dudarlo, apoyaría la iniciativa de la réplica.[134]

Sin embargo, pese a las expectativas de Oliveira Cézar y a los buenos augurios de los cronistas que cubrieron sus pasos, recibió respuestas ambiguas. Confesaba, más tarde, que le ofrecieron apoyar su iniciativa con un monto insuficiente para cubrir los gastos de la réplica del monumento, encargada a un artista belga (Asociación Sud-Americana de Paz Universal, 1913: 66). Finalmente, y luego de numerosas reuniones, cartas y visitas realizadas en persona, la presidenta de la Asociación Sud-Americana de Paz Universal logró que se firmara un decreto presidencial en el que se señaló la imperiosa necesidad de apoyar la realización de la réplica del Cristo para obsequiarla. Una vez conseguido el apoyo pertinente, Oliveira Cézar se presentó como una voz clave en la articulación del ideario pacifista de la región y describió en estas palabras su logro: "América del Sud, como la Cenicientilla de la fábula, no estaba invitada a formar parte de la fiesta de Palacio […] América es ahora poseedora del Príncipe de la Paz, y tomará un puesto de honor" (Asociación Sud-Americana de Paz Universal, 1913: 66).

En el viaje europeo iniciado en 1909, también asistió al Congreso de la Paz realizado en Bélgica, donde pudo conocer a distintas figuras del pacifismo. Así recuerda su participación: "desde el principio noté curiosidad, siendo la primera vez que me encontraba en un centro, donde más o menos se conocían todos los representantes. Deseaban oír la voz de la nueva congresista [...] Yo, como la mayor parte de las señoras que viven en Sud América entregadas a los deberes del hogar y la familia, no poseía seguramente el don de la palabra, y en aquel momento me sentí muy inferior a mis correligionarias" (Asociación Sud-Americana de Paz Universal, 1913: 70). Pese al dejo de modestia de estas impresiones, en el marco del evento fue nombrada miembro de la Comisión Permanente de la Oficina Internacional de la Paz de Berna, y asumió el rol de vocera de Argentina y de la región. Estos logros, como ella misma señala, fueron alcanzados "sin tener mayores recursos ni apoyo oficial", aunque su intención era sostener el "buen nombre de la nación" y logar un reconocimiento en el mapa del pacifismo mundial para los países de América del Sur (Asociación Sud-Americana de Paz Universal, 1913: 71).

134 *America. A Catholic Review of the week*, Nueva York, vol. 2, oct., 1909, p. 37.

Este rol de embajadora de la paz y la confraternidad sudamericana fue reconocido por algunos de sus contemporáneos, que propusieron trazar una línea de continuidad histórica que uniera a los héroes de las independencias americanas con Ángela Oliveira Cézar dado su compromiso con la hermandad entre países. En ese contexto, se pueden leer sentencias como la siguiente: "hagamos saber al que lo ignore el prodigio realizado en este continente, yendo San Martín con nuestro ejército, sin más recursos que el patriotismo, a dar la libertad a otras naciones; y se complementará la obra de confraternidad, cuyo testimonio ha sabido una dama argentina inmortalizar en bronce, rindiendo culto a Dios y tributo a nuestra grandeza nacional".[135]

La intención de la entidad presidida por Oliveira Cézar, de articular acciones pacifistas y afianzar la confraternidad en América Latina se puso en acción en el marco de los centenarios de las rupturas de los lazos coloniales de Argentina y Chile, en eventos internacionales de distinta índole, como los Congresos Internacionales de Americanistas y los encuentros por la paz, y en momentos de tensión, como cuando se profundizaron las discusiones limítrofes entre Ecuador y Perú en 1910. En cada una de estas ocasiones, desde la asociación, ella elevó numerosos telegramas a mandatarios, ministros plenipotenciarios, referentes pacifistas y hombres y mujeres de letras con llamamientos al compromiso con la fraternidad. En la misma dirección, en el contexto de las celebraciones del Centenario argentino, la asociación propulsó acciones que recordaba así su fundadora: "pudiera pensarse que nuestra participación haya sido muy limitada en la celebración del Centenario, pues no hemos hecho congresos, levantado estatuas, ni pronunciados discursos. No fuimos, sin embargo, indiferentes y con espíritu de patriotismo, y casi en silencio, llevamos muy allá un acto elocuentísimo de pacifismo y confraternidad e la iglesia Catedra de esta ciudad. El día glorioso del Centenario, 25 de mayo de 1910, ante el Gobierno Argentino, la Infanta Isabel de España, el Excmo. señor Arzobispo, embajadores, ministros, el foro, la milicia y el clero, desplegamos por primera vez, después de su bendición en la cumbre, la bandera blanca, insignia de nuestra Asociación, y emblema de paz en Sud-América" (Asociación Sud-Americana de Paz Universal, 1913: 240).

La imagen retórica que ponía en sintonía los emprendimientos de Oliveira Cézar con las proezas de los libertadores de América Latina a la hora de evaluar sus propósitos encontró su simbolismo en la bandera mencionada en la cita anterior. La misma lucía el lema "Paz a todas las naciones", y contaba "con sol de oro y escarapela con los colores de las banderas de todas las naciones del continente americano" (Asociación Sud-Americana de Paz Universal, 1913: 202). Las escarapelas y sus colores sintetizaban lo que para ella significaba la fraternidad entre naciones. En notas enviadas a los presidentes de Uruguay, Brasil, Bolivia, Ecuador, Chile, Paraguay, Perú y Venezuela, expresaba que, en tanto iniciadora "del primer monumento de paz internacional del mundo en Sud América", era su objetivo "ensanchar la aspiración universal de paz y que, elevándonos a las esferas del ideal moderno, nos represente en el universo como

135 *La Ilustración Sud-Americana*, 30/12/1908.

un arcoíris luminoso bajo el cual viven y progresan las naciones de este continente" (Asociación Sud-Americana de Paz Universal, 1913: 216).

Mientras algunos de sus allegados miraban con cierta distancia sus acciones, Oliveira Cézar supo posicionarse de manera efectiva en los entramados del pacifismo internacional. En esta dirección, el momento cúlmine de su trayectoria tuvo lugar en 1911, cuando fue nominada al Premio Nobel de la Paz. Debe haber sido un honor para ella verse en esa situación. Cinco años antes, el galardón había sido otorgado a la Baronesa Betha von Suttner, una figura que la había inspirado por ser una "distinguida escritora que con solo su libro *Abajo las Armas* se ha hecho célebre en el mundo" (Asociación Sud-Americana de Paz Universal, 1913: 37). Su postulación fue presentada por Carlos Rodríguez Larreta con el objetivo de premiar sus esfuerzos por poner fin al conflicto entre Argentina y Chile. La candidatura fue apoyada por profesores de la Universidad de Buenos Aires, miembros del parlamento argentino y el ministro plenipotenciario argentino en funciones en España, su cuñado, Eduardo Wilde (Norderval, 2021). Esta postulación favoreció una pertenencia más articulada en los circuitos del pacifismo. Su nombre comenzó a estar vinculado, por ejemplo, a comisiones de asociaciones por la paz coordinadas por figuras como Henri Lafontaine –Premio Nobel de la Paz, 1913– , Émile Arnaud –había presidido la Liga de la Paz y la Libertad–, Fredrik Bajer –Premio Nobel de la Paz, 1908–, y la mencionada Bertha von Suttner –Premio Nobel de la Paz, 1905– (Fried, 1913: 289). Para 1912, ella y la asociación fueron mencionadas como referencia latinoamericana en un volumen que daba cuenta de los movimientos y asociaciones por la paz de Estados Unidos y mapeaba otras existentes en el continente (Moritzen, 1912: 404).

Un año después, Oliveira Cézar estuvo presente en el Palacio de la Paz de La Haya para la inauguración de la réplica del Cristo por la que había bregado. Esta fue colocada en una escalera central y su promotora fue miembro de la representación oficial argentina en el evento (Aalberts y Stolk, 2020).[136] En esta ocasión, su nombre y sus iniciativas se entrelazaron armónicamente, sin roces ni malos entendidos, con las intenciones del gobierno argentino. Sobre la ceremonia, señalaba un cronista: "el 28 de agosto se inauguró el Palacio de la Paz, construido a expensas del multimillonario Carnegie. En su hall se ha levantado una estatua en bronce de Cristo Redentor, que es reproducción del Cristo de los Andes […] Es ofrenda de los delegados de la Liga Sudamericana de la Paz en El Haya y del Gobierno argentino" (sic).[137]

El mismo año de la inauguración del Cristo de La Haya, recibió una condecoración papal por la "realización de obras piadosas".[138] En sintonía con estos eventos, se publicó el libro *El Cristo de los Andes*, publicado en partes en años anteriores. En

136 La presencia de Ángela Oliveira Cézar en el evento fue constatada por la autora por medio del acceso a una fotografía solicitada a la institución involucrada. Los datos de la misma son los siguientes: Inauguration of the statue Christ of the Andes donated by Argentina, Peace Palace 1913. Photo: unknown, Collection Carnegie Foundation, Peace Palace, Carnegie Stichting-Vredespaleis, Art Collection and Archives.

137 *Razón y Fe*, Madrid, año, XIII, tomo XXXVII, septiembre-diciembre de 1913, p. 272.

138 *Caras y Caretas*, 21/03/1914.

1910, coincidiendo con el viaje europeo, había sido publicado en francés.[139] Se trata de una cuidadosa compilación de textos realizada por la propia Oliveira Cézar. Entre los escritos que abren el volumen, se presenta una sección titulada: "El movimiento pacifista en la República Argentina. La acción femenina", y se repasa la historia del Cristo de los Andes, descripto como "Primer Monumento de la Paz Internacional". A su vez, se recopilan autógrafos recibidos por la presidenta de la asociación, notas de prensa de distintas capitales del mundo y otros documentos. En el volumen se enlaza la suerte del monumento cordillerano, clave para pensar las relaciones y la confraternidad entre naciones sudamericanas, con la historia general de los logros del pacifismo sintetizados en la obra del Palacio de la Paz de la Haya. El libro está recorrido por la tensión que acompañó la trayectoria pública de Oliveira Cézar. Por un lado, se hace referencia a figuras, congresos y logros del pacifismo laico y se compilan cartas que evidencian los contactos y reconocimientos de entidades como el International Peace Bureau y la Office of The American Peace Society. Por otro, se hace presente la cooperación de la Iglesia católica en los emprendimientos de paz continentales.

Los reconocimientos continuaron. En 1914, en un informe sobre las relaciones culturales e intelectuales entre Estados Unidos y el resto del continente, el encargado de la Dotación de Carnegie para la Paz Internacional, Harry Bard comentaba: "de acuerdo con las instrucciones especiales del Sr. Presidente, Dr. Nicholas Murray Butler, Director Interino de la División de Intercambio y Educación, visité en Buenos Aires al Sr. Dr. Luis M. Drago, al Sr. Emilio Frers, Presidente del Museo Social Argentino, a la Sra. Da. Ángela de Oliveira Cézar de Costa, Presidenta de la Asociación Sud-Americana de Paz Universal […] y llevé a estas distinguidas personas los correspondientes mensajes que para ellas me fueron confiados" (Bard, 1914: 10 y 11). Además de estas formalidades, el enviado dedicó unos párrafos a comentar que, en conversaciones con la presidenta, ella había manifestado su intención de continuar apostando por el desarrollo de la asociación y que necesitaba fondos con el objetivo de construir un edificio que costaba 300.000 pesos oro. Aunque no obtuvo los fondos, a partir de la publicación de este informe los circuitos del panamericanismo se ocuparon de promocionar la labor de Oliveira Cézar en varias ocasiones. Durante décadas se editaron folletos e investigaciones sobre el Cristo de los Andes y sus pormenores, realizados por uno de los bibliotecarios de la Unión Panamericana, Charles E. Babcock (1938). En los años sesenta, desde la imprenta de la Unión Panamericana, se dio a conocer un pequeño libro que narraba la historia del Cristo y la contextualizaba en la historia de las relaciones entre naciones y el arbitraje internacional.[140]

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, Oliveira Cézar se propuso redactar un manifiesto firmado por altas personalidades del continente americano. Una vez más, su iniciativa fue minimizada por el expresidente Roca. En una carta de 1914, le escribía: "me negué a firmar la nota […] por creerla inútil ¿Qué caso nos van a hacer

139 *Origine et fondation de l'Association Sud-Américaine de Paix Universelle* (1910).

140 Pan American Union, *Christ of the Andes*, Washington, D.C., Pan American Union, 1967.

a unos cuantos firmantes argentinos ante el incendio colosal de la Europa, que más parece un castigo de Dios que otra cosa? Los buenos propósitos pacíficos debemos guardarlos en nuestro pecho […] Lo que tiene que hacer Ud. es cubrir de luto la estatua del Cristo de los Andes. Confíe en mi discreción y amistad y no tema que ponga en ridículo sus nobles y pacíficos anhelos".[141]

No es sencillo reconstruir la trayectoria de Oliveira Cézar durante los años de la contienda. A diferencia de su hermana, no parece haber encontrado un espacio para poner en acción sus ideas. Llegaba la hora del ocaso de una trayectoria que, a la luz del movimiento pacifista desatado en el contexto beligerante, parecía anticuado y carente de la politización que los tiempos demandaban (Patterson, 2008; Gottlieb y Johnson, 2020). Los esfuerzos de distintas agrupaciones de mujeres por la paz proliferaron y definieron nuevas agendas que, ahora sí, estaban disociadas de las modulaciones del pacifismo católico y sus derivas (Blasco Lisa y Magalló Portolés, 2020; Roach Pierson, 2019). Estas corrientes hacían ver a figuras como Oliveira Cézar como parte del pasado.

Roca había augurado, a comienzos del siglo XX, que el emplazamiento del Cristo sería el zenit de la trayectoria de "Angelita", como gustaba llamarla, y le había escrito: "esta empresa cristiana y patriótica debe bastarle para llenar su vida".[142] Pero el cálculo del presidente fue errado. Ese episodio ofició, en realidad, como un lanzamiento de su carrera pública y transnacional como figura del pacifismo sudamericano. La fraternidad entre Chile y Argentina, escenificada en la inauguración de la estatua, le hizo ganar un lugar, al menos retórico, en el panteón de los héroes de las independencias. También le garantizó el respeto de otra mujer "pacificadora de América", tratada en la segunda parte de este libro, Emilia Herrera. Y, convertida en una figura del pacifismo, fue candidateada al Premio Nobel de la Paz. De este modo, aunque sus intereses y sus acciones en el plano de lo que llamó "diplomacia femenina" fueron incomprendidas por parte de su círculo íntimo, sus iniciativas cosecharon reconocimientos.

Pese a sus esfuerzos por devenir una voz del pacifismo laico de América del Sur, fueron las proyecciones del Cristo las que marcaron su legado: durante décadas, las asociaciones de mujeres católicas, como la Young Women's Christian Association, convirtieron a Oliveira Cézar en un modelo a seguir.[143] El Cristo, a treinta años de su emplazamiento, seguía siendo mencionado como el monumento de paz más importante del continente americano.[144] Entre las décadas de 1920 y 1940 se publicaron varios artículos sobre la estatua y su rol simbólico en el marco de las relaciones entre naciones (Allen, 1930; Call, 1935; Fetter, 1932; Lobingier, 1930; Tourneur, 1928).

141 Carta de Julio A. Roca a Ángela Oliveira Cézar, sin datos de ciudad, 12/07/1914, reproducida en Peers (1976: 112).

142 Carta de Julio A. Roca a Ángela Oliveira Cézar, sin datos de ciudad, 23/10/1903, reproducida en Peers (1976: 61).

143 Véase, por ejemplo, Young Women's Christian Association (1919), *The Christ of the Andes*, Washington, National Board of the Young Womens Christian Association of the United States.

144 "Christ of the Andes. Symbol of Peace", en *Bulletin of The Pan American Union*, vol. 81, issue 2, 02/1947, pp. 99-100.

Además de inspirar poemas, sonetos y otras piezas, el Redentor de los Andes tuvo una sinfonía dedicada y otras piezas musicales, como la oda "Black Christ of de Andes", considerada un himno jazz asociado a la causa de los Derechos Civiles en Estados Unidos (Murchison, 2002). En la actualidad, en numerosas fotografías que circulan en las redes sociales, puede verse a turistas que posan debajo del Cristo de los Andes y en las escalinatas del Palacio de Paz de La Haya, donde se emplazó su réplica.

El nombre de Ángela Oliveira Cézar no corrió igual suerte. No aparece en las obras de referencia de las últimas décadas sobre el movimiento pacifista internacional ligado al accionar de mujeres. Y en un libro reciente de crónica histórica, es presentada una semblanza sobre su persona atravesada por juicios peyorativos sobre su pertenencia social y su religión. Se señalan erróneamente los datos de su candidatura al Premio Nobel y se enumeran sus iniciativas con sentencias como "envalentonada la señora". En el mismo texto es criticada, además, por lucir una joya ostentosa en el marco de la inauguración del Cristo de La Haya (Balmaceda, 2015). Sería deseable que la mirada de los hombres de su círculo íntimo, ya entrado el siglo XXI, estuvieran menos vigentes y que su nombre y su accionar generaran interés por motivos menos banales y prejuiciosos.

Consideraciones finales

Los itinerarios de Eduarda Mansilla, Guillermina Oliveira Cézar y Ángela Oliveira Cézar, ligados a la vida diplomática y a los circuitos propiciados por las relaciones entre naciones, permiten revisar y analizar algunos perfiles que eran reconocibles en las décadas de despliegue de sus trayectorias. A cada uno de ellos, sus itinerarios sumaron particularidades y torsiones.

La expresión "dama diplomática" que, en la época, como han mostrado las referencias de Mansilla, era descriptiva, fue recientemente propuesta como categoría analítica para estudiar la formalización de ciertas tareas y modales que las acompañantes de miembros del servicio exterior debían ejercer, aunque no estuvieran pautadas protocolarmente. Un modo de ser *partner* era requerido y valorado en los ámbitos del servicio exterior (Wood, 2015). En el caso de las experiencias de Guillermina Oliveira Cézar y Eduarda Mansilla, ese rótulo tuvo un doble sentido. Por un lado, les proveyó encuadres sociales, acceso a ciertos privilegios y relaciones con figuras aristocráticas europeas. Por otro, acotó los márgenes de maniobra de esas mujeres y las compelió a responder a ciertos estereotipos: sus roles como consortes estaban definidos por sus maridos, y no por su propio accionar; debían ser amables, tener dotes de anfitrionas y ser mujeres cosmopolitas (Mori, 2015).

La categoría "esposa del embajador", propuesta para el análisis de las formas de comunicación y de las sociabilidades animadas por las consortes de delegados oficiales de gobierno hace varias décadas, continúa siendo sugerente para pensar algunas facetas de las trayectorias aquí estudiadas (Hochschild, 1969). Es útil, por ejemplo, para concebir elementos *a priori* quizá banales o superfluos (el encanto, los modales y la belleza) como herramientas que aceitaban las habilidades sociales necesarias en

los circuitos internacionales. Estos atributos podían ser de utilidad, en ocasiones, para propulsar las carreras de los maridos (Wood, 2007).

Ahora bien, en los casos aquí tratados, se ha sugerido que tales cualidades fueron fundamentales, a la vez, para garantizar el éxito de estas mujeres en tanto mediadoras culturales entre sus tierras natales y otras geografías. Mansilla propuso la expresión "no sé qué" sudamericano para referirse a Madame Lisboa y a Mercedes de San Martín. Este atributo, que superponía belleza, carisma y modales apropiados, parece haber sido operativizado en más de una ocasión por ella misma y por Guillermina Oliveira Cézar, quienes fueron reconocidas en ámbitos norteamericanos y europeos como "dignas representantes" y embajadoras de sus países. De hecho, sus contemporáneos las describieron como arquetipos de mujeres del nuevo mundo y representantes del *spanish type*. Estas cualidades les ofrecieron la posibilidad de integrarse en ámbitos de sociabilidad pautados por cánones aristocráticos, como las cortes y los salones europeos, así como el saber para relacionarse con autoridades de repúblicas nuevas, como aquellas de la que provenían, o Estados Unidos y México. A causa de todo ello, oficiaron, en más de un sentido, como figuras intermediarias entre los nuevos servicios exteriores de países de América Latina y la "cultura diplomática aristocrática" del viejo continente (Sluga y James, 2016). Los casamientos de una hija y, más tarde, de un hijo en el caso de Eduarda Mansilla con figuras de la nobleza europea, y de una descendiente de Ángela Oliveira Cézar con un barón, muestran hasta qué punto esos roles de intermediarias podían impactar en la trama de vínculos parentales establecidos entre familias americanas y de Europa. Por su parte, cada una de estas mujeres cultivó una serie de relaciones y estableció contactos con figuras públicas de distintas latitudes que les ofrecieron un plus en relación a sus contemporáneas argentinas. Como puede verse en los tres casos, construyeron una agenda nutrida que pudieron sostener en sus estadías en otras latitudes y activar al final de sus obligaciones oficiales o al regresar a su país de origen.

Ángela Oliveira Cézar, en cambio, no fue una dama diplomática. Su trayectoria pública tuvo rasgos de autonomía por no estar asociada a la de su esposo. Fue retratada inicialmente dentro de denominaciones colectivas, como "matronas respetables", "distinguidas señoras" o "mujeres cristianas". Estas caracterizaciones se atenuaron solo cuando comenzó a cosechar reconocimientos desde geografías diferentes a las de su tierra natal. Los mismos le valieron comparaciones con Emilia Herrera, estudiada en la segunda parte de este libro, pero también la equiparación con los héroes de las independencias americanas. Aunque su accionar estuvo entreverado con el de acciones propulsadas o superpuestas con las del catolicismo argentino, y aunque ella misma se definió en su discurso público como una señora abocada al hogar y la familia, se reconoció como parte de un colectivo que nada tenía que ver con esas dimensiones, al punto de identificarse con sus "correligionarias" en los entramados del pacifismo transnacional. Es decir, en pocos años devino una embajadora de la paz y se integró en los circuitos de quienes consideró pares, que a su vez la trataron como tal. Estas formas de relación nunca habían sido habilitadas, o aprobadas, por los hombres de su entorno. En esta dirección, su trayectoria conduce a visualizar espacios de acción y

circuitos de la vida diplomática diferentes al de las esposas y damas. Algunos especialistas han sugerido la expresión "diplomacia ciudadana" para referirse a las acciones promovidas por agentes de la sociedad civil que generaron un impacto en decisiones o coyunturas de controversia diplomática (Patterson, 2008). La iniciativa que condujo al emplazamiento del Cristo de los Andes y el proyecto asociacionista que promovió y organizó se pueden inscribir en estas coordenadas. Ella misma caracterizó sus acciones como "diplomacia femenina", para dar cuenta de que las mujeres podían aportar formas de articular relaciones entre países diferentes a las provistas por los espacios estatales de los servicios exteriores.

A la hora de evaluar las performances de las hermanas Oliveira Cézar, por otra parte, puede ser útil, si se considera de manera flexible, la expresión "embajadora no oficial", planteada para dar cuenta del rol de mujeres que cumplieron con tareas ligadas al servicio cultural de sus países, pero que no siempre contaron con reconocimiento gubernamental explícito. Asimismo, sus iniciativas pueden ser enmarcadas en la noción de "diplomacia cultural no estatal" (Biltekin, 2020). Para el caso de Ángela, esta noción permite revisar las tensiones generadas entre ella y algunos hombres del gobierno argentino. También para analizar la falta de sintonía entre sus emprendimientos y los apoyos oficiales, así como las brechas entre reconocimientos recibidos por figuras europeas y norteamericanas y la displicencia del entorno local. Las décadas finales del itinerario de Guillermina, asociadas a su compromiso social y ritmadas por su autorepresentación como articuladora entre mujeres españolas y argentinas, dan cuenta de un fenómeno similar. En ambos casos, las iniciativas que llevaron adelante terminaron siendo "oficializadas" por reparticiones estatales, pese a no haber surgido desde las mismas.

Junto a las expresiones no oficiales de mediación diplomática, las trayectorias estudiadas son reveladoras para analizar las particularidades de los servicios exteriores latinoamericanos en las décadas finales del siglo XIX. Los matrimonios García-Mansilla y Wilde-Oliveira Cézar, por ejemplo, muestran qué posibilidades podían tener los enviados de una nueva nación para encajar en las formas de cultura diplomática de otros territorios con protocolos aristocráticos desplegados en cortes, pero también en los marcos norteamericanos. En ocasiones, se percibe una integración acabada: Eduarda Mansilla podía conversar con Eugenia de Montijo, con damas de la aristocracia italiana y con Alexandre Dumas, también convivir con Felipe de Orleans en tertulias; Guillermina Oliveira Cézar podía entablar vínculos con princesas y baronesas, y ser anfitriona de una celebración para recibir a la Infanta Isabel. En otras circunstancias, en cambio, se generaban tensiones, cristalizadas en anécdotas que sugieren desencuentros entre formas diferentes de recorrer las tramas diplomáticas: la actitud de Mansilla en la casa de un hombre de Estado estadounidense a la hora de referirse al hijo de Solano López fue duramente retratada por la prensa, por ejemplo.

Un segundo nivel de consideraciones se desprende de la descripción del tipo de agrupación que propongo llamar "familia diplomática". Ha quedado varias veces en evidencia el peso ganado por el reconocimiento de conjuntos de personas unidas por vínculos que no necesariamente eran de parentesco, sino también de afinidad y cerca-

nía, propiciadas por la convivencia en circuitos y experiencias en ámbitos del servicio exterior. En el caso de Mansilla, se pueden ver varias características y ramificaciones de esta noción: ella misma provenía de un grupo familiar que era reconocido en otros espacios, como quedó expuesto en la introducción a la corte de Napoleón III. Su marido, Manuel García Aguirre, provenía de una familia que había ejercicio responsabilidades estatales para diferentes gobiernos. Por lo menos dos de sus hijos realizaron carreras ligadas al servicio exterior. Lucio V. Mansilla, su hermano, fue designado Ministro Plenipotenciario en Berlín como representante frente a Alemania, Austria-Hungría (cargo que había ocupado anteriormente su eposo) y Rusia, a fines del siglo XIX, y bregó porque se nombrara a uno de sus sobrinos como secretario de legación (Bruno, 2022). A su vez, los García-Mansilla conformaron con los Balcarce-San Martín un grupo reconocido de diplomáticos argentinos en ciudades europeas. Guillermina Oliveira Cézar, por su parte, a los pocos años de contraer matrimonio con Eduardo Wilde y al formar parte de la vida diplomática, contó con la presencia de sus hermanos, Filiberto y Luis, en algunos destinos diplomáticos, y recibió a su hermana Ángela en Madrid, cuando ella realizaba un circuito europeo ligado a los ámbitos del pacifismo. Luego del fallecimiento de Wilde, realizó varios viajes a Europa con sus sobrinas, en los que recorrió circuitos habilitados por las relaciones y el pasado diplomático: cenas, encuentros, paseos y acceso a ciertos ámbitos dan cuenta de ello. Ángela Oliveira Cézar, acostumbrada a tratar con figuras de la política argentina, encontró una recepción cálida y amistosa cuando comenzó su accionar de dimensiones regionales y, luego, de proyección internacional, en espacios por los que habían circulado sus hermanos, Guillermina, Filiberto y Luis, y su cuñado, Wilde.

Algunas de estas consideraciones permiten preguntar en qué medida nociones que en ocasiones son utilizadas de manera descriptiva, como privado, íntimo, doméstico, público, profesional, familiar, pueden operar como limitaciones para dar cuenta de fenómenos de la vida diplomática. Algunos especialistas han sugerido, en este sentido, la necesidad de revisar estos términos y no considerarlos como compartimentos estancos a la hora de analizar relaciones y espacios de los servicios exteriores (Dean, 2012; Loriol, 2016; McEnaney, 2021). Las referencias a las familias diplomáticas que se han podido relevar aquí muestran que las barreras entre las mencionadas dimensiones no eran rígidas. Piénsese en la confesión de un secretario a Mansilla, en el asedio que la misma recibió por parte de una reportera, y en su enfrentamiento con un hombre de Estado norteamericano por diferencias de criterio sobre un visitante y sus repercusiones; en las caminatas en Ostende y en las calles de Barcelona de Guillermina con figuras de la nobleza y esposas de representantes diplomáticos; en el "nosotros" propuesto por Wilde que incluía al matrimonio y una especie de asistente personal llamado Batista; en las remembranzas melancólicas de Daniel García Mansilla como hijo de diplomáticos, y en el tono apesadumbrado de las pocas cartas que se conocen de Guillermina Oliveira Cézar.

A la vez, expresiones como "cofradía", utilizada por Wilde para referirse a un círculo de diplomáticos, "fashionable group", propuesta por un cronista, y la definición de la legación como un grupo "donde se acogen lejos de su *home* los hijos del mismo

suelo", ofrecida por Eduarda Mansilla, dan cuenta de entramados de relaciones habilitados por los ámbitos provistos por la diplomacia. En otros casos, se encuentran referencias a la "comunidad hispanoparlante" que habitaba en alguna capital europea, la cual oficiaba también como una trama de contención y de afinidades. Quedan todavía por investigar, en caso de que las fuentes lo permitan, por qué otras figuras habitaban los espacios provistos para las legaciones. Son mencionados en algunas crónicas, por ejemplo, secretarios de distinto rango, mayordomos, cocheros y otras figuras de personal doméstico, pero también confidentes, amigos, viajeros de paso y parientes que formaban parte de esas familias diplomáticas. Cada uno de estos perfiles, seguramente, aportará nuevas dimensiones para analizar experiencias.

Un tercer grupo de reflexiones finales que interesa presentar aquí, se vincula con los archivos y la disponibilidad de fuentes. En general, en los fondos de documentación diplomática del siglo XIX, las mujeres aparecen mencionadas con referencias borrosas y resbaladizas. Las correspondencias disponibles, leídas desde hoy, generan impacto cuando se registra el recortadísimo espacio que tenían las alusiones a ellas en esquelas y cartas: saludos de cortesía a hijas y esposas, referencias a la belleza y a la contextura física mencionadas al pasar, agradecimientos por envíos de dulces o frutas, retratos de mujeres enviados por hombres con un saludo y una firma, surcan constantemente los intercambios. Los nombres propios, a su vez, como se ha señalado, son referidos con expresiones en diminutivo, iniciales, apodos reconocidos solamente por los miembros de una trama de parientes. Este hecho contrasta con la atención que estas mujeres recibían en tanto figuras públicas y representantes de sus naciones. En un contexto en el que no era frecuente que se mencionara en la prensa, por ejemplo, a esposas de presidentes de América Latina y en el que las giras de los mandatarios no eran tan usuales, las mujeres de la diplomacia oficiaban prácticamente como "primeras damas".

Frente a esta tensión entre la poca visibilidad en las fuentes oficiales y la sobreexposición en los medios de prensa, se convierte en una tarea obligada estudiar los avatares de la vida de diferentes hombres de la diplomacia para lograr rastrear huellas sobre las figuras que estaban a su lado y que de hecho enriquecieron las experiencias diplomáticas en distintas legaciones. En los casos de Eduarda Mansilla y Guillermina Oliveira Cézar fue, en parte, la posibilidad de tener información sobre las trayectorias de sus maridos lo que permitió reconstruir el entramado de relaciones en el que se movieron. A su vez, en los tres casos analizados, fueron los libros escritos por sus descendientes los que, en tanto remembranzas, permiten encontrar indicios para avanzar en la reconstrucción de eventos o tramos de una trayectoria. Aquí aparece otra vez la noción de familia diplomática, con otros matices, vinculados a las tradiciones. En el caso de Mansilla, las memorias de su hijo Daniel García Mansilla dan pistas o indicaciones para encuadrar la vida diplomática de sus padres, que él, de alguna manera, heredó. Para las Oliveira Cézar, son las referencias y las cartas reproducidas en los libros de Carmen Peers, que circuló por varios de los circuitos internacionales que ellas habían transitado, las que permiten comenzar a encontrar las postas que organizaron sus itinerarios.

De alguna manera, los descendientes de estas figuras asumieron que era necesario componer un archivo de las experiencias diseminadas de las mujeres de la vida diplomática. En consecuencia, junto con la prensa periódica, constituyen las principales fuentes de datos e información a consultar. Respecto de la prensa, vale aclarar que es, sobre todo, en las secciones de noticias sociales de diarios y revistas donde se encuentran semblanzas y sugerencias, apenas esbozadas en los archivos, sobre los arquetipos diplomáticos femeninos y sus atributos. En los medios periodísticos, las mujeres de la diplomacia recibían atención por sus características físicas, las vestimentas, el buen gusto y las habilidades sociales. En suma, las trayectorias de estas mujeres deben reconstruirse por medio de menciones tangenciales, salutaciones, memorias familiares y consideraciones sobre su apariencia y sus modales. Solo un trabajo de sistematización de largo aliento y de revisión de registros muy diferentes entre sí puede dar cuenta de sus roles como articuladoras de relaciones, negociadoras, trasmisoras de información o habilitadoras de influencias.

En la intersección entre las referencias dispersas en las fuentes y la sensación constante de que los nombres propios se escapan, se pueden ofrecer algunas consideraciones sobre lo que puede denominarse "identidad autoral" de las mujeres de la vida diplomática. Eduarda Mansilla recibió el mote de "escritora diplomática" de manera casi descriptiva, pero merece resaltarse que la expresión anticipa las caracterizaciones que, con connotaciones menos optimistas, propuso, un siglo después, David Viñas, para postular que el aburrimiento y los tiempos muertos empujaban a los actores del servicio exterior a escribir sin preocupaciones y sin pasiones (Viñas, 1998). En algunos aportes de las últimas décadas –propuestos para otras geografías y cronologías–, se sugirió estudiar las marcas de autoría intelectual generadas en ámbitos diplomáticos y pensarlas en el marco de los ritmos y los espacios del servicio exterior (Bassnet, 2011). Estas claves son interesantes para analizar casos como el de Mansilla y el de Carmen Bascuñán, analizada en la segunda parte de este libro. Mientras que Mansilla intentó consolidar su nombre como autora en sus experiencias diplomáticas, Carmen Bascuñán no tuvo esa chance y su escritura quedó, posiblemente, entreverada y subsumida en las obras de su marido.

Los casos de Guillermina y Ángela Oliveira Cézar son distintos, dado que no escribieron ficciones y artículos periodísticos a lo largo de sus carreras con proyección internacional. Sin embargo, ambas compartieron una forma de presentar sus escritos que también colaboró en el proceso de desdibujamiento de sus nombres. La primera publicó un libro en 1935 que reúne materiales como conferencias, charas y folletos, además de reproducir documentos sobre la misión oficial que recibió del Estado argentino. En su portada, la referencia autoral que se encuentra es, como se señaló, G.O.C de W. Su hermana, por su parte, es claramente la autora de todos los materiales referidos a la Asociación Sud-Americana de Paz Universal, pero en las portadas de los sucesivos folletos y libros publicados no figura su nombre. Todo este material se imprimió con la asociación como responsable de autoría. En todos los casos, es visible una intención de recopilar, sistematizar y dar cuenta de experiencias, acciones e

ideas propias sostenidas a lo largo del tiempo. Pero, por algún motivo, estas mujeres eligieron no poner en primer plano sus nombres.

La operación de dar testimonio de su trayectoria está presente en los *Recuerdos de viaje* de Mansilla, en cuya portada se lee una cita de Bermúdez de Castro (a quien había dedicado *Pablo, o la vida en las Pampas*), "recordar es vivir", y su nombre compuesto: Eduarda Mansilla de García. Quizás después de años de ser conocidas públicamente como Eduarda de García, Guillermina de Wilde y Ángela de Costa, ser referidas en la prensa como Madame García, Madame Wilde y Señora Costa o de ser familiarmente tratadas como Eduardita, Guima y Angelita, el imperativo de la identidad de la firma y el nombre propio no era para ellas una prioridad. En todo caso, es un desafío que se debe afrontar a la hora de relevar los materiales para poder dar cuenta de cada trayectoria. Como han mostrado algunos especialistas, las autorrepresentaciones propuestas al calor de las miradas de los otros en los espacios de intermediación diplomática, atravesó la experiencia personal de muchas mujeres en el largo plazo (Bartlett, 2005).

En un sentido complementario, pese a que las fuentes pueden ser parcas, es un desafío captar, al menos para la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX, los estados de ánimo, como el hastío, la soledad, la inestabilidad económica o las sensaciones de aislamiento y destierro, que atravesaron en algunos momentos a las figuras analizadas. Pero vale la pena el intento, ya que dan cuenta de las tensiones generadas entre las "vidrieras" en las que se exponían estas mujeres, acompasadas, en apariencia, por el ocio, el lujo, el glamour y el entretenimiento, y sus propias evaluaciones sobre los costos y las tribulaciones generadas por las experiencias diplomáticas.

Agradezco al personal de los siguientes repositorios e instituciones: The New York Public Library, Carnegie Foundation/Peace Palace, Österreichisches Staatsarchiv, Università degli Studi di Firenze, Universidad Complutense de Madrid, Biblioteca AECID, Biblioteca Nacional de Chile, Archivo Histórico de Cancillería Argentina, Museo Roca/Instituto de Investigaciones Históricas y Universidad Torcuato Di Tella. Por su parte, agradezco a Giovanna Campani, del Dipartimento di Formazione, Lingue, Intercultura, Letterature e Psicologia, Università degli Studi di Firenze, por brindarme la oportunidad de desarrollar parte de esta investigación en la mencionada casa de estudios. Para desarrollar estos argumentos me he visto beneficiada por los intercambios sostenidos con Leandro Losada, Javier Moreno Luzón, y los miembros del Grupo Interuniversitario de Estudios sobre Diplomacias y Culturas (GIEDyC): Marina Alvarado, Alexandra Pita, Carolina Rodríguez López y Pablo Ortemberg. Gabriela Spector tuvo la generosidad de autorizar que su "Mundo al revés" ilustre la tapa de este libro. Una vez más, como en proyectos anteriores, le agradezco su predisposición y amabilidad. Por último, agradezco también la colaboración para distintas cuestiones ligadas a esta investigación de Lucía Augugliaro, Aldana Ribes, Mariano Corujo, Miguel Ángel Doni y Pía Leal.

Archivos consultados

Archivo Histórico de Cancillería Argentina, Ministerio de Relaciones Exteriores
Archivo Roca, Museo Roca/instituto de Investigaciones Históricas

Bibliografía

AALBERTS, Tanja y STOLK, Sofia
(2020) "The Peace Palace: Building (of) The International Community", en *AJIL Unbound*, vol. 114, pp. 117-122.

ALLEN, Devere
(1930) *The fight for peace*, The Macmillan Company, Nueva York.

ALLOATI, Norma
(2014) "Memoria del viaje a Francia: Experiencias de una viajera argentina del siglo XIX", en *Sociocriticism*, vol. XXIX.

ALVARADO-LARROUCAU, Carlos
(2014) "Eduarda Mansilla y Victor Hugo. Un breve intercambio epistolar marcando los inicios de la literatura francófona de Argentina", en *Cédille Revista de Estudios Franceses,* n.º 10.

ANDERSON, Donovan
(2006) "Franco-German Conversations: Rahel Levin and Sophie von Grotthuß in Dialogue with Germaine de Staël", en *German Studies Review*, vol. 29, n.º 3, Oct., pp. 559-577.

ANDRETTA, Stefano; BÉLY, Lucien; KOLLER, Alexander y POUMARÈDE, Géraud
(2020) Esperienza e diplomazia: saperi, pratiche culturali e azione diplomatica nell'Età moderna (secc. XV-XVIII), Viella, Roma.

ARGUINDEGUI, Pablo
(1972) *Apuntes sobre los Buques de la Armada Argentina*, vol. V, Comisión del Centenario de la Escuela Naval Militar Buenos Aires.

ASOCIACIÓN SUDAMERICANA DE PAZ UNIVERSAL
(1910) *Estatutos de la Asociación Sud Americana de paz universal*, Compañía Sudamericana de billetes de banco, Buenos Aires.
(1913) *El Cristo de los Andes*, Asociación Sudamericana de Paz Universal, Buenos Aires.

BABCOCK, Charles
(1938) "Legend into fact: the Christ of the Andes", en *Bulletin of The Pan American Union*, vol. 4, pp. 200-202.

BAEZA, Martínez
(2004) "A un siglo del Cristo Redentor de los Andes", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, año LXX, n.º 113, pp. 427-441.

BALMACEDA, Daniel
(2015) *Estrellas del pasado*, Penguin Random House, Buenos Aires.

BARD, Henry
(1914) *Relaciones de cultura e intelectuales entre los Estados Unidos y las otras repúblicas de América*, Dotación de Carnegie, Washington.

BARTLETT, Anne Clark
(2005) "Translation, Self-Representation, and Statecraft: Lady Margaret Beaufort and Caxton's Blanchardyn and Eglantine (1489)", en *Essays in Medieval Studies*, vol. 22, Jan., pp. 53-66.

BASSNETT, Madeline
(2011) "All the ceremonies and civilities: The Authorship of Diplomacy in the Memoirs of Ann, Lady Fanshawe", en *The Seventeenth Century*, vol. 26, issue 1, pp. 94-118.

BATLIWALA, Srilatha y BROWN, David
(2006) *Transnational civil society: an introduction*, Kumarian Press, Bloomfield.

BATTICUORE, Graciela
(2005) *La mujer romántica,* Edhasa, Buenos Aires.

BILTEKIN, Nevra
(2020) "Unofficial ambassadors: Swedish women in the United States and the making of non-state cultural diplomacy", en *International Journal of Cultural Policy*, vol. 26, n.º 7, pp. 959-972.

BLASCO LISA, Sandra y MAGALLÓN PORTOLÉS, Carmen –editoras–
(2020) *Feministas por la paz: la liga internacional de mujeres por la paz y la libertad (WILPF) en América latina y España*, Icaria editorial, Barcelona.

BRUNO, Paula
(2011) *Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época, 1860-1910*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
(2013) "Estados Unidos como caleidoscopio. Ensayo sobre las observaciones de viajeros y diplomáticos del fin de siglo", en *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 39, pp. 23-38.
(2018) *Martín García Mérou. Vida intelectual y diplomática en las Américas*, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.

(2022) "El cuerpo diplomático argentino en cuestión: debates y experiencias de la vida diplomática, 1900-1902", en *Revista de Indias*, en proceso de edición.

CAGIAO VILA, Pilar y ELÍAS-CARO, Jorge –compiladores–
(2018) *España como escenario. Política y acción cultural de diplomáticos latinoamericanos (1880-1936)*, Editorial UniMagdalena, Santa Marta.

CALL, Arthur Deerin
(1935) "The Christ of the Andes", en *World Affairs*, vol. 98, n.º 2, pp. 84-66.

CASADO SANCHEZ, María Ángeles y MORENO SECO, Mónica
(2014) "María Cristina de Borbón y María Cristina de Habsburgo: Dos regentes entre los modos aristocráticos y los burgueses", en *Historia y Política*, n.º 31, enero-junio, pp. 113-138.

CHAMBERS, Shara
(2005) "Cartas y salones: mujeres que leen y escriben la nación en la Sudamérica del siglo diecinueve", en *Araucaria: Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*, vol. 7, n.º 13, pp. 77-106.

COMSA, María Teodora *et al.*
(2016) "The French Enlightenment Network", en *Journal of Modern History*, vol. 88, n.º 3, Sept., pp. 495-534.

CRAVERI, Benedetta
(2005a) *Madame du Deffand y su mundo*, Siruela, Madrid.
(2005b) *L'âge de la conversation*, Gallimard, París.
(2015) *Amantes y reinas: el poder de las mujeres*, Siruela, Madrid.

DEAN, Robert
(2012) "The Personal and the Political: Gender and Sexuality in Diplomatic History", en *Diplomatic History*, vol. 36, n.º 4, Sept., pp. 763-767.

DELGADO LLANOS, Almudena y SÁNCHEZ ANDRÉS, Agustín
(2012) *Los nuevos Estados latinoamericanos y su inserción en el contexto internacional, 1821-1903*, Morelia, México.

DERBIZ, Walter
(2009) *La burguesía rioplatense en la segunda mitad del siglo XIX. Familia e individualidad en la vida de Eduarda Mansilla 1834-1892*, Univeridad de Mar del Plata, Mar del Plata.
(2017) *El Servicio diplomático argentino en la construcción del Estado Nacional*, Tesis doctoral, Univeridad de Mar del Plata, Mar del Plata.

DES CARS, Jean
(2008) *Eugénie, la dernière impératrice ou Les larmes de la gloire*, Perrin, París.

DI LISCIA, María Silvia y ÁLVAREZ, Adriana
(2019) "La filantropía en acción: la correspondencia de Guillermina Wilde y el Comité Internacional de la Cruz Roja (1920-1928)", Ponencia presentada en el XIV Jornadas Nacionales de historia de las mujeres, IX congreso iberoamericano de estudios de género, UNMDP, Mar del Plata.

DUMAS, Alexandre
(1850) *Montevideo, ou Une nouvelle Troie*, Imprenta de N. Chaix, París.

ERRÁZURIZ GUILISASTI, Octavio y CARRASCO DOMÍNGUEZ, Germán
(1968) *Historia de las relaciones internacionales de Chile. Las relaciones Chileno-argentinas durante la Presidencia de Riesco, 1901-1906*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.

FETTER, Frank
(1932) "A South American Myth: The Christ of the Andes Inscription", en *The Hispanic American Historical Review*, vol. 12, n.º 1, pp. 87-92.

FRIED, Alfred
(1913) *Handbuch der friedensbewegung*, Friedens-Warte, Berlín.

G.O.C de W.
(1935) *Lecturas familiares y acción* social, S/D, Buenos Aires.

GARCÍA MANSILLA, Daniel
(1950) *Visto, oído y recordado: apuntes de un diplomático argentino*, Editorial G. Kraft, Buenos Aires.

GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos
(2018) "Una corte entre dos siglos: de María Cristina de Habsburgo a Alfonso XIII", en SÁNCHEZ, Raquel y SAN NARCISO, David, *La cuestión de palacio. Corte y cortesanos en la España contemporánea,* Comares, Granada, pp. 301-324.

GOODMAN, Joyce
(2012) "Women and international intellectual cooperation", en *Paedagógica Histórica*, vol. 48, n.º 3, pp. 357-368.

GOTTLIEB, Julie y JOHNSON, Gaynor
(2020) "Gendering Peace in Europe", en *Diplomacy & Statecraft*, vol. 31, n.º 4, pp. 601-608.

GUIDOTTI, Marina
(2017) "Eduarda Mansilla, periodismo y exaltación del ser nacional", en *Signos Universitarios,* n.º 53.

HOCHSCHILD, Arlie
(1969) "The Role of the Ambassador's Wife: An Exploratory Study", en *Journal of Marriage and Family*, vol. 31, n° 1, Feb., pp. 73- 87.

KALE, Steven
(2006) *French Salons: high society and political sociability from the Old Regime to the Revolution of 1848*, Hopkins, Baltimore.

LAVRIN, Asunción
(2005) *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile, y Uruguay: 1890-1940*, Centro de investigaciones Diego Barros Araña, Santiago de Chile.

LETTS DE ESPIL, Courtney
(1972) *La segunda presidencia de Roca vista por los diplomáticos norteamericanos*, Paidós, Buenos Aires.

LIONETTI, Lucía
(2001) "Ciudadanas útiles para la patria. La Educación de las 'hijas del pueblo' en Argentina (1884-1916)", en *The Americas*, vol. 58, n.º 2, pp. 221-60.

LOBINGIER, Elizabeth Erwin
(1930) *Educating for peace*, The Pilgrim Press, Boston y Chicago.

LOJO, María Rosa
(2007) "Eduarda Mansilla: la traducción rebelde", en *Feminaria Literaria,* n.º 19.

LORIOL, Marc
(2016) "Le travail diplomatique et l'intime", en *Socio,* vol. 7, pp. 45-64.

LOSADA, Leandro
(2008) *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque. Sociabilidad, estilos de vida e identidades*, Siglo XXI Iberoamericana, Buenos Aires.

LUNA, Félix
(1989) *Soy Roca*, Sudamericana, Buenos Aires.

MANSILLA DE GARCÍA, Eduarda
(1881) *La marquesa de Altamira*, Imprenta de la Universidad, Buenos Aires.
(1885) *Un amor*, Imprenta de *El Diario*, Buenos Aires.
(2015) *Escritos periodísticos completos (1860-1892)*, Corregidor, Buenos Aires.

MATTO DE TURNER, Clorinda
(1910) *Boreales, miniaturas y porcelanas*, Imprenta de J. A. Alsina, Buenos Aires.

MCENANEY, Laura
(2021) "Personal, Political, and International: A reflection on Diplomacy and Methodology", en Diplomatic History, vol. 36, n.º 4, pp. 769-772.

MCKENZIE, Beatrice
(2011) "The Power of International Positioning: The National Woman's Party, International Law and Diplomacy, 1928-34", en *Gender & History*, vol. 23, n.º 1, Apr., pp. 130-146.

MEAD, Karen
(2001) "Gender, Welfare and the Catholic Church in Argentina: Conferencias de Señoras de San Vicente de Paul", en *The Americas*, vol. 58, n.º 1, pp. 91-119.

MISERES, Vanesa
(2017) *Mujeres en tránsito. Viaje, identidad y escritura en Sudamérica (1830-1910)*, University of North Carolina, Department of Romance Studies, Chapel Hill.

MOLINA, Hebe Beatriz
(2013) "Escritoras ante el escándalo de la novela naturalista", en *Cuadernos del Sur.*

MORENO LUZÓN, Javier
(2010) "Reconquistar América para regenerar España. Nacionalismo español y Centenario de las independencias en 1910-1911", en *Historia Mexicana*, vol. 60, n.º 1, pp. 561-564.

MORI, Jennifer
(2013) *The Culture of Diplomacy: Britain in Europe, 1750-1830*, University Press, Manchester.
(2015) "How Women Make Diplomacy: The British Embassy in Paris, 1815-1841", en *Journal of Women's History*, vol. 27, n.º 4, pp. 137-159.

MORITZEN, Julius
(1912) *The peace movement of America*, G.P. Putnam's sons, Londres.

MÖSSLANG, Markus y TORSTEN, Riotte –editores–
(2008) *The Diplomat's World: A Cultural History of Diplomacy, 1815-1914*, Oxford University Press, Londres.

MURCHISON, Gayle
(2002) "Mary Lou Williams's Hymn 'Black Christ of the Andes (St. Martin de Porres):' Vatican II, Civil Rights, and Jazz as Sacred Music", en *The Musical Quarterly*, vol. 86, n.º 4, pp. 591-629.

NERVO, Amado
(1921) "El Dr. Wilde. La ironía sentimental", en *Obras completas*, Tomo XXI, Biblioteca Nueva, Madrid.

NORDERVAL, Ingunn
(2021) *Women and the Nobel Peace Prize*, Dignity Press, Lake Oswego.

NÉSPOLO, Maria Jimena
(2013) "Eduarda Mansilla: modernidad y moda", en *Oltreoceano*, vol. 8, n.º 12, pp. 65-79.

PAN AMERICAN UNION
(1967) *Christ of the Andes*, Pan American Union, Washington D.C.

PARKER, William Belmont
(1967) *Argentines of Today*, vol.1, Kraus Reprint, Nueva York.

PATTERSON, David
(1970) "Andrew Carnegie's Quest for World Peace", en *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 114, n.º 5, pp. 371-83.
(2008) *The Search for Negotiated Peace: Women's Activism and Citizen Diplomacy in World War I*. Routledge, Londres.

PEERS DE PERKINS, Carmen
(1969) *Éramos jóvenes el siglo y yo*, Jorge Álvarez, Buenos Aires.
(1976) *Crónicas del joven siglo. Cartas de Roca y Wilde*, Plus Ultra, Buenos Aires.

PEPPER, Charles
(1900) *Every Day Life in Washington whit pen and camera*, The Christian Herald, Nueva York.

ROACH PIERSON, Ruth –editora–
(2019) *Women and Peace: Theoretical, Historical and Practical Perspectives*, Routledge, Londres.

SABBATINI, Renzo y VOLPINI, Paola –editores–
(2011) *Sulla diplomazia in età moderna: politica, economia, religione*, Franco Angeli, Milán.

SANCHÍS MUÑOZ, José
(2010) *Historia diplomática argentina*, Eudeba, Buenos Aires.

SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel
(2019) *Señoras fuera de casa: mujeres del XIX: la conquista del espacio público,* Catarata, Madrid.

SCATENA FRANCO, Stella Maris
(2008) "Uma dama argentina em terras yankees: Os *Recuerdos de viaje* de Eduarda Mansilla", en *Revista Estudios Feministas*.

SEVILLA, Fabián y SEVILLA, Ariel
(2004) "Cien años de paz. El Redentor de los Andes", en *Todo es Historia*, n.º 440, pp. 48-60.

SLUGA, Glenda y JAMES, Carolyn –editoras–
(2016) *Women, diplomacy and international politics since 1500*, Routledge, Londres.

SOLVEIRA, Beatriz
(1997) *La evolución del servicio exterior argentino entre 1852 y 1930*, Centro de Estudios Históricos, Córdoba.

SUÁREZ ARGÜELLO, Ana Rosa y SÁNCHEZ ANDRÉS, Agustín –coordinadores–
(2017) *A la sombra de la diplomacia. Actores informales en las relaciones internacionales de México, siglos XIX y XX*, Universidad Nacional de San Nicolás de Hidalgo, Ciudad de México.

SZURMUK, Mónica
(2001) *Women in Argentina: Early Travel Narratives,* University Press of Florida, Florida.
(2014) "Geometries de la memoire. Les recits de voyage d'Eduarda Mansilla", en *Sociocriticism,* vol. XXIX, pp. 335-345.

TORRE, Claudia
(1995) "Eduarda Mansilla (1838-1892): viaje y escritura. La frivolidad como estrategia", en *Revista interamericana de bibliografía*, vol. XLV, n.º 3.

TOURNEUR, N.
(1928) "The Christ of the Andes", en *The Irish Monthly*, vol. 56, n.º 664, pp. 554-557.

VIÑAS, David
(1998) *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA*, Sudamericana, Buenos Aires.

WILDE, Eduardo
(1899) *Por mares, por tierras*, Jacobo Peuser, Buenos Aires.

WOOD, Molly
(2007) "'Commanding Beauty' and 'Gentle Charm': American Women and Gender in the Early Twentieth-Century Foreign Service", en *Diplomatic History*, vol. 31, n.º 3, pp. 505-530.
(2015) "Wives, Clerks, and 'Lady Diplomats': The Gendered Politics of Diplomacy and Representation in the U.S. Foreign Service, 1900-1940", en *European journal of American studies*, vol. 10, n.º 1.

YOUNG WOMEN'S CHRISTIAN ASSOCIATIONS
(1919) *The Christ of the Andes*, Washington, National Board of the Young Womens Christian Associations of the United States, Washington D.C.

SEGUNDA PARTE

Carmen Bascuñán, Emilia Herrera y Amanda Labarca
Entre vínculos familiares, mediaciones y responsabilidades internacionales

Marina Alvarado

Introducción

El siglo XIX fue un período atravesado por enfrentamientos bélicos en América Latina. A partir de las luchas independentistas y durante los posteriores procesos de organización política local, las batallas y/o escaramuzas se sucedieron debido a los intereses cruzados de grupos que esperaban acceder a las primeras magistraturas de las jóvenes repúblicas. Mientras la ansiada estabilidad nacional estaba lejos de concretarse, una de las grandes preocupaciones de los denominados "patriotas letrados" (Myers, 2008) era alcanzar la independencia de manera efectiva. Ello implicaba dos asuntos fundamentales: por un lado, establecer instituciones que les aseguraran la gobernanza local a los territorios; por otro, persuadir a los nóveles ciudadanos respecto de los beneficios que significaba habitar en países independientes. Sin dudas, fue esta segunda tarea la que mayores dificultades arrastró, pues no solo había desconfianza respecto de la organización política, social y religiosa de las ya excolonias hispanas, sino también de las transformaciones que ello implicaría en los modos de relacionarse, pues los títulos nobiliarios de los aristócratas locales dejarían de tener la validez de la que gozaban siendo miembros del orden virreinal.

La prensa fue una herramienta para difundir discursos sobre las nuevas normas de las excolonias. Para el caso chileno, en términos generales, es posible reconocer un primer momento de la prensa: "el periódico como órgano ideológico", cuyos propósitos eran atacar el pasado colonial exponiendo los defectos que el continente había heredado de la monarquía española. Luego, en los bordes de la segunda mitad del siglo XIX, la prensa mutó en una auténtica "trinchera de resistencia" (Alvarado, 2015). Hacia 1840 no bastaba con decir que cada país era independiente, sino que era necesario desplegar acciones y sentar posiciones sobre conflictos intra y transfronterizos que demostraran esta nueva realidad. Fue entonces que la institucionalización de las relaciones exteriores pasó a tener un capítulo propio dentro de la administración estatal, al punto de que Mario Barros afirma que en Chile, el nacimiento de la política internacional se habría producido en 1841.

Si bien antes de esa fecha ya era costumbre enviar comisiones a otros países para negociar sobre diferentes asuntos, la contingencia internacional volvió necesaria la especialización de estas actividades (Barros, 1970). La preocupación por los acontecimientos de la región no fue la única motivación de los países para organizarse en lo concerniente a las relaciones exteriores. El paso que seguía en el plan de ruta de los intelectuales decimonónicos era cimentar el progreso. En el plano simbólico, se planteó la necesidad de poner en acción la diplomacia y organizar el servicio exterior. Pero también se activaron formas de "diplomacia cultural no estatal" que surgieron por iniciativa de distintos actores que colaboraron en la articulación de vínculos y en la creación de imágenes sobre cada país en relación con los otros (Biltekin, 2020).

En las historias oficiales sobre las instituciones estatales, las mujeres fueron históricamente sujetos poco atendidos. Para dar cuenta de la diversidad de trayectorias que se dibujaban en la vida diplomática, se analizan aquí los perfiles de Carmen Bascuñán Valledor (1833-1911), Emilia Herrera y Martínez (1824-1916) y Amanda Labarca (1886-1975). Debido a los posicionamientos, las acciones desplegadas y a los respectivos contextos que estas tres mujeres desarrollaron, se vuelve necesario ampliar los puntos de comprensión de las maneras de hacer política internacional y de estudiar misiones o legaciones. Propongo, con este objetivo, utilizar las nociones de "intradiplomacia" y "oficio diplomático", que permiten relevar las actividades de estas mujeres subrayando las dinámicas y repercusiones que tuvieron sus participaciones en cuestiones públicas. El primer término apunta a las estrategias de socialización, legitimación y construcción de redes personales e individuales. Mientras que el segundo se refiere a las asignaciones adecuadas para ser desempeñadas por las mujeres consortes de quienes encabezaban las misiones diplomáticas, como, por ejemplo, organizar bailes y cenas; distribuir habitaciones en las residencias oficiales para recibir invitados; entretener a la familia acompañante de la visita diplomática; o escribir cartas cuyo contenido estaba estrechamente ligado al mundo de los afectos. La intradiplomacia, como aquí se comprende, fue desempeñada por las mujeres en el espacio de lo privado, idóneo para su *habitus* género-sexual (Bourdieu, 2005). No obstante, desde allí impulsaron la transformación, a mediano y/o largo plazo, de campos específicos de la sociedad como el literario, el artístico, el educativo y el diplomático.

Carmen Bascuñán Valledor. De modelo de Monvoisin a *ghost writer*

En 1843 arribó a Chile el pintor francés Raymond de Monvoisin, luego de un breve recorrido por otros países americanos, entre ellos Argentina, donde alcanzó reconocimiento debido al retrato que pintó de Juan Manuel de Rosas. A su llegada a Santiago causó gran revuelo, debido al inquieto ambiente intelectual, social y cultural que se vivía por aquellos días, que se resume en el vivo interés por lo nuevo (Goldgel, 2012). Dentro del horizonte de novedades se ubicó el artista plástico, quien al poco tiempo montó la primera exposición en el país, lo cual animó a las familias de la aristocracia local a hacerse retratar. Gracias a que diversas personalidades de la sociedad nacional fueron inmortalizadas por el pintor, actualmente es posible tener una imagen de per-

sonajes que, prácticamente, pasaron desapercibidos o, más bien, desapercibidas del conocimiento público. En este sentido, es sugerente que uno de los retratos del pintor francés lleve como título la siguiente generalización: "Joven chilena o Retrato de una dama chilena". Mejor fortuna en relación con su identidad tuvo el retrato de Carmen Bascuñán Valledor, realizado en 1852.

Probablemente el nombre de Bascuñán resulte desconocido, no así el de Alberto Blest Gana, su marido, quien ha sido internacionalmente valorado tanto por su rol como novelista como por la rica carrera diplomática que desarrolló a lo largo de su vida adulta. A partir de 1855 inició su vida en la diplomacia, justo un año después de contraer matrimonio con Carmen, quien vivió junto a él y toda su nueva familia este proceso. El denominado "padre de la novela chilena", por obras como *Martín Rivas*, *Mariluán*, *Los Trasplantados*, entre otras, fue educado bajo los principios liberales, cuestión que no es de extrañar pues su padre, Guillermo Cunningham Blest, era un migrante irlandés y su madre, María de la Luz Gana, era hija de un migrante español. Coherente con las influencias familiares, su formación se concentró en el Instituto Nacional –establecimiento cuyo propósito fundacional era la educación laica– y luego en la Escuela Militar.

Carmen Bascuñán fue hija de Manuel Ramón Bascuñán Salas y Lucrecia Valledor Pinto. Su padre fue un abogado y agricultor que además se desempeñó como diputado del Partido Liberal en representación de la ciudad de Linares desde 1846 a 1849. Desarrolló sus estudios de abogacía en el Instituto Nacional. Además, fue nombrado juez de hecho por la Municipalidad de Santiago para ser jurado de imprenta en 1847. Finalmente, fue diputado por la ciudad de Lautaro entre los años 1852 y 1855. A la ya robusta trayectoria del padre, se suma la del bisabuelo, Manuel de Salas, importante líder de la causa independentista americana y educacionista que, en palabras de Amanda Labarca, "fue el revolucionario mayor de su época en este período colonial". Tanto así que "en cuanto pedagogo, campeó en la minoría entonces y en los primeros años de la República […] La Academia de San Luis pasó en los albores de la Independencia a formar una de las bases del Instituto Nacional" (Labarca, 1939:72). Este exponente de la educación republicana, influyente en toda América Latina por haber fundado el primer colegio vocacional y no escolástico, y por lograr que el mismo se mantuviera en pie pese al disgusto de las autoridades de la época, marcó la pauta de su progenie. Respecto de la madre de Carmen, Lucrecia, fue hija de un migrante español y sobrina del presidente Francisco Antonio Pinto Díaz, miembro del Partido Liberal.

De acuerdo con las influencias y convicciones idiosincráticas de las familias de Carmen y su marido, resultaría injusto remitirla a un sitial pasivo o de musa; pero también sería exagerado presuponer que su educación fue transgresora o que tuvo una notoria presencia en el espacio público. Prueba de lo anterior es la escasa información que actualmente existe sobre ella, pese a los acelerados cambios que tuvieron lugar en relación con el acceso de las mujeres a espacios otrora exclusivamente masculinos, entrada la segunda mitad de 1800.

Dentro del proceso de modernización que se desató en América Latina durante la última mitad del siglo XIX y principios de XX, los Estados llevaron a cabo una serie

de medidas que acompañaron las transformaciones en el espacio social y cultural. Las políticas estatales tuvieron un impacto significativo en la vida de la población y particularmente en la de las mujeres; en este sentido, el desarrollo de una educación femenina laica fue una de las medidas que tuvo fuertes repercusiones, ya que permitió la expansión de la educación de mujeres de distintos sectores sociales. Por otra parte, el mundo laboral se abrió para ellas gracias a las transformaciones económicas propiciadas por el crecimiento del país. Con ello, nuevos campos laborales cambiaron las opciones de vida de muchas mujeres, tanto de las que ya formaban parte del mundo del trabajo como de las que se integraron en las nuevas funciones de la ciudad moderna (Agliati y Montero, 2006).

Estos procesos modificaron los roles y acciones femeninas al interior de las familias y en la sociedad. En el caso chileno, el Decreto Amunátegui –dictado en 1877–, cuyo nombre honra a Miguel Luis Amunátegui, su impulsor, permitió la educación primaria y secundaria gratuita para mujeres en establecimientos creados por el Estado, y su posterior ingreso a la universidad. A partir de la legislación establecida por Amunátegui, se fundaron numerosos establecimientos destinados a la educación femenina, observándose, a partir de 1891 (Hutchison, 2006), la proliferación de liceos para mujeres tanto en Santiago como en otras ciudades del país, los que se hicieron comunes ya en la primera década del siglo XX.

Con este impulso, se inició un nuevo ámbito de desarrollo femenino: la profesionalización de las mujeres de la debutante clase media chilena. Con la graduación de las dos primeras médicas de Chile y de Latinoamérica en 1887, Eloísa Díaz Insunsa y Ernestina Pérez Barahona, se desató un proceso que se hizo sistemático a partir de los años veinte. Tanto las universidades como el Instituto Pedagógico recibieron un número creciente de estudiantes mujeres, que eligieron sobre todo las carreras de profesoras, enfermeras y secretarias, ámbitos que simbólicamente guardan el rol femenino aceptado socialmente, y que permitían mantener la "decencia", ya que no traicionaban el ideal de feminidad. A través de ellas la maternidad se proyectó a nivel social, situando a las mujeres en lo que en la época se consideraba un campo apropiado a su género.

Por otra parte, los patrones de empleo femenino se alteraron, haciéndose evidente una diversificación de actividades; las posibilidades de profesionalización abrieron las puertas del magisterio, el aparato de salud pública y el comercio formal. Sin embargo, esta incorporación al mundo laboral no dejó de ser tensa (Frohmann y Valdés, 1993): las mujeres rurales cambiaron una economía de subsistencia en el campo por el trabajo informal urbano, en tanto las mujeres de la clase trabajadora urbana debieron optar por los trabajos peor pagados en las industrias, y las nuevas profesionales se vieron afectadas por la discriminación social en el ejercicio de sus labores.

Las mujeres de elite asumieron diversas tareas en el mundo público, realizadas, además, desde distintos marcos ideológicos, lo que permite visualizarlas como sujetos heterogéneos. En general, hacia mediados del siglo XIX, las mujeres de la alta sociedad se encontraban cercanas a los valores tradicionales. Ellas daban vida al "ideal de domesticidad", definido como un marco conductual que debían seguir las mujeres de

la época, asociado al gobierno del hogar, a desarrollar el modelo de la buena madre, a mantener el orden familiar y ser compañeras de sus maridos (Vicuña, 2001). Esta búsqueda instaló unas formas simbólicas que constituyeron las bases de una estructura social jerárquica, legitimada por discursos que justificaban la subordinación social de las mujeres.

Estas jerarquías se reproducían en los ámbitos diplomáticos. Refiriéndose a la experiencia de Alberto Blest Gana, marido de Carmen Bascuñán, Fernando Reyes Matta destaca que las misiones diplomáticas y las expresiones literarias conformaban parte de un todo para los escritores, debido a los intercambios culturales que las estancias en el extranjero propiciaban, y que de uno u otro modo fueron incorporadas en sus producciones escritas. Apunta al respecto: "Joven, aun militar, vive en París enviado a perfeccionarse, entre 1847 y 1851. Pero aquel es un periodo especialmente convulso y de debates, son los tiempos de la II República, de las protestas en la Comuna de París y de la crisis que llevará a Napoleón III al trono. Vive todo aquello mientras se entrega a fondo a la lectura de Balzac. Cuando regresa a Chile decide que lo suyo es la novela, pero con un enfoque muy concreto: inspirado en el naturalismo, quiere mostrar la realidad tal como es, con las costumbres que la gente vive en la calle. Es el costumbrismo, salpicado de giros chilenos en el lenguaje, lo que creía Blest Gana convertía este estilo en el medio más adecuado para difundir la literatura entre el pueblo. Su gran impacto popular llega en 1862 cuando se publica *Martín Rivas*" (Reyes Matta, 2011:13).

Mientras este es el perfil que se recorta de las experiencias diplomáticas de Blest Gana, a la hora de referirse a la suerte de Carmen Bascuñán, Hernán Poblete Varas da cuenta del ideal de domesticidad de época en el que ella fue encuadrada, y de los roles no reconocidos que ejerció: "Pocas oportunidades tendremos […] de encontrarnos con doña Carmen Bascuñán de Blest. Bueno es, por esto, evocarla aquí antes de que su silenciosa figura se nos pierda en el bosque de la producción novelesca a que tan fielmente contribuyó. Fue compañera del escritor durante cincuenta y siete años, y no solo en la categoría de esposa abnegada y buena madre sino en la de secretaria, consejera y confidente. Las obras de Blest Gana fueron escritas, en parte muy importante, por su mano bajo el dictado del novelista" (Poblete Varas, 1999: 12).

Lejos de asumir que Bascuñán fue "soporte de", esta afirmación insinúa la posibilidad de leer la obra narrativa de Blest Gana como producto del diálogo y los acuerdos entre su esposa y él, cuestión que desde la perspectiva de los estudios literarios enriquecería la crítica a su producción. Tanto las novelas como los ensayos y crónicas del chileno, abordan con especial detalle temas de índole social –bailes, encuentros sociales, costumbres, comportamientos públicos y privados de los/as ciudadanos/as–, y psicológicos de los personajes femeninos, en quienes subraya su fuerza y determinación. Tómese como ejemplo paradigmático a Leonor, coprotagonista de *Martín Rivas*, cuyo papel encierra la alegoría de la ruptura de las tradiciones del pasado y/o conservadoras, frente a la prosperidad y progreso que ofrece la ideología liberal. ¿Por qué no pensar, entonces, que Carmen pudo haber sido clave en la composición de actantes como la antes descrita?

Puede que en el ámbito literario Bascuñán haya operado como una auténtica *ghost writer*. Mientras tanto, es difícil dar con escritos de su autoría. Actualmente se conserva solo un documento firmado por ella: una carta, cuya reproducción puede verse en este libro. La misma es valiosa porque abre una perspectiva de estudio novedosa en lo que concierne al reconocimiento de un rol específico de las mujeres consortes de miembros de legaciones durante la segunda parte del siglo XIX. Dicho rol es señalado por Manuel Alvarado, a propósito de su investigación sobre la colección de arte de la *socialité* chilena y miembro de la legación de los Morla Lynch, Luisa Lynch del Solar: "la familia, debido al trabajo de Carlos Morla V. vivió en Francia, Inglaterra, Austria, Uruguay, Argentina, EE. UU., Japón y Chile, donde desarrollaron diversas labores diplomáticas, en las que Luisa ocupó un lugar central pues ella era la encargada de mantener los vínculos sociales con otras legaciones diplomáticas, es por ello que sus biógrafos señalan [que] […] 'lo acompañó [a Carlos Morla V.] en sus giras por pueblos y cancillerías y le sirvió en muchas ocasiones para iluminar situaciones y despejar nebulosidades. A la distinción a su rango unía la atracción de sus dotes de elegancia y de belleza. La naturaleza la adornó con la pompa de sus galas y ella lució esa pompa y esas galas por los más diversos y representativos escenarios de la tierra" (Alvarado, 2019: 7).[1]

Carmen Bascuñán también se desenvolvió en el ámbito de las relaciones sociales casi como si fuera una extensión natural del cargo de Blest Gana, especialmente en aquellas cuestiones vinculadas a los afectos y a la amistad entre familias. La carta de autoría de Bascuñán data del 14 de junio de 1878, y está dirigida a doña Benigna Ortúzar Gandarillas de Covarrubias. Dice: "Mi muy querida Benigna, con un profundo pesar he visto en los diarios la terrible desgracia que ustedes han experimentado con la pérdida de su hijo mayor. Ninguna clase de consuelo creo es posible pretender dar para un dolor como el de usted, pero he querido escribirle para manifestarle el gran aprecio que tenía por su hijo, y lo mucho de corazón que lo siento, y también asegurar a usted lo que habría deseado estar a su lado para acompañarla en esos tristes momentos. Su última carta me había hecho esperar que Alvarito recuperase la salud, mas ya que Dios no ha querido que sea así, espero que su gran misericordia les dé a usted fuerzas suficientes para soportar tan durísimo golpe. La colonia chilena en París ha estado también de duelo en la pérdida en este tiempo de cuatro de sus miembros. A la inesperada muerte de la Anita Peña sucedió a poco después la de la Mercedes y Tocornal; últimamente la señora Vega; nuestro amigo el poeta Manuel Antonio Tocornal que dejó de existir hace 6 días. Todo esto agregado a las malas noticias que vienen de Chile,[2] ha sido causa que en el ánimo entristecido hayamos recibido con mucha frialdad la Exposición y sus fiestas. De estas no le hablo porque no estará su espíritu para ocuparse de esas cosas, a más los diarios les darán ahí amplios detalles de todo lo que pasa en París actualmente. Reciba mil recuerdos afectuosos de mi

1 El extracto entre comillas corresponde a la cita tomada por Alvarado del *Diccionario histórico, biográfico y bibliográfico de Chile* de Virgilio Figueroa (1931), puntualmente de la entrada "Luis Alfredo Lynch de Gormaz", desde la página 130.

2 Chile estaba *ad portas* del conflicto con Perú y Bolivia, conocido como Guerra del Pacífico de 1879.

marido, cariños de los niños. […] Para usted un fuerte abrazo de su decidida amiga. Carmen B. de Blest".[3]

Benigna Gandarillas era la esposa de Álvaro Covarrubias Ortúzar, abogado y reconocido político adepto al Partido Liberal, lo que lo llevó a ocupar cargos tales como la secretaría de la Cámara de Diputados, un escaño en la Cámara Baja, además de desempeñarse como senador y ministro del Interior y de Relaciones Exteriores en 1864. Alcanzó gran notoriedad por su intervención en 1867 en el Conflicto de Chile con España, lo cual impulsó su nombramiento para cumplir funciones en Europa, continente que la familia Covarrubias Gandarillas recorrió en 1873, para luego permanecer por un período mayor en Alemania.

Durante la travesía internacional de los Blest Gana-Bascuñán y los Covarrubias-Gandarillas, especialmente a partir de 1867, las mujeres entablaron una amistad propiciada tanto por la coincidencia geográfica de sus destinos como por la cercanía y afinidad entre sus maridos. Mario Barros explica que Manuel Antonio Tocornal –mencionado en la carta de Carmen–, Álvaro Covarrubias, Alberto Blest Gana y Carlos Morla Vicuña –esposo de Luisa Lynch–, representan a la "'generación del 65', caracterizada por hacerse fuerte el concepto de la 'diplomacia profesional'. Este año [1867] se incorporan al ministerio una cantidad de nombres que ya no van a abandonar la casaca diplomática de por vida" (Barros, 1970: 204).

Al igual que los varones, estas mujeres tomaron con suma responsabilidad las misiones, pese a no ostentar títulos formales. Tácitamente les fueron asignadas y reconocidas responsabilidades propias como "damas de la diplomacia" (Mori, 2015), tales como la organización de bailes y reuniones en salones. En estas actividades propias del oficio diplomático encontramos a Carmen, por supuesto, gracias a los testimonios de otras mujeres de la época: "En aquel tiempo se recibía con frecuencia en los hogares y allí se reunían señoras y caballeros a conversar sobre lo que a cada cual le agradaba. Había tertulias políticas, como la de don Domingo Fernández Concha y la de los Amunátegui; tertulias literarias, como la de don José Victorino Lastarria; otras sociales, como la de Barros Arana, Alberto Blest Gana, Marcial González y algunas otras que conocí. Las políticas y literarias eran de caballeros solamente, pero las tres últimas las frecuenté por las relaciones de familia y de amistad que me ligaban. En ellas traté a los Matta, los Gallo, los Amunátegui, los Blest Gana, Sotomayor Valdés, Vicuña Mackenna, don Victorino Lastarria, don Domingo Santa María, Ambrosio Montt, Vergara Albano y algunos extranjeros ilustres como Domeyko, Phillippi, M. Gay, Courcelle Seneuill, Sarmiento y Mitre que brillaban por su inteligencia y su cultura" (Barros, 1942: 168).

El relato de Martina Barros, conocida como la primera intelectual chilena del siglo XIX, omite el nombre de las damas que estaban presentes en las tertulias que comenta, pero es posible inferir quiénes formaban parte de la concurrencia. Muy probablemente allí estaba Bascuñán, pues estaba su marido. Lo mismo sucedía en aquellas ocasiones

3 Biblioteca Nacional de Chile, Sala Medina, Carta de Carmen Bascuñán Valledor a Doña Benigna de Covarrubias, París, 14/06/1878.

en las que las tertulias eran en la residencia de los Blest Gana-Bascuñán: "Las señoras también recibían en sus casas y sabían elegir sus tertulios, no para tomar té o jugar bridge, sino para cambiar ideas y comentar las cosas del día. Estas reuniones estimulaban al hombre para lucir sus facultades y a la mujer la inducían a nutrirse de la cultura necesaria para no desmerecer en el concepto de sus tertulios y para mantener el interés en sus recepciones. […] Varias damas de nuestra Sociedad abrían sus salones constantemente para recibir lo más selecto de nuestro mundo social, y entre éstas la que conocí más íntimamente y frecuenté mucho su salón, fue mi inolvidable amiga Laura Cazotte de Antúnez" (Barros, 1942: 169)

Estas *salonières*, cuya inspiración fueron las principales autoras de la literatura francesa como Madame de Staël (Chambers, 2005), habrían pretendido "llenar el lugar de la *publicista americana*, cuya tarea principal e[ra] fomentar la ilustración de la mujer y su rol social en una nación joven" (Batticuore, 2005: 135). En este contexto, podríamos interpretar que el hecho de posar ante Monvoisin respondió a un gesto de reconocimiento y respaldo al artista galo, quien la retrató en una actitud frontal de medio cuerpo con un gesto circunspecto. Esta y otras prácticas similares de la época, como cuando Luisa Lynch de Morla –esposa del diplomático Carlos Morla– posó para Augusto Rodin, demuestran que los vínculos culturales e intereses de ciertas mujeres pesaban en distintos contextos, como cuando oficiaban de auténticas mecenas con el fin de amparar a quienes consideraban buenos artistas y colaborar en la construcción y/o renovación de los relatos estéticos de sus respectivas naciones.

Las apariciones del nombre de Carmen Bascuñán en la prensa fueron contadas y, como se podrá advertir, el mismo fue inscrito en secciones que limitaban entre la vida social y la política. Ejemplo de la primera perspectiva es el periódico parisino *La Vedette*,[4] que la destacó a propósito del primer bautizo realizado en la Basílica de Lourdes del primogénito del Barón y la Baronesa de Batz. Esta última era la hija de Carmen y Alberto, por lo que ella fue escogida como madrina de su pequeño nieto.

La prensa norteamericana de la época, por su parte, acentuó ambos lineamientos en sus crónicas, haciéndose eco de los eventos que convocaban a personeros de diferentes gobiernos, en los que el glamour era uno de sus principales ingredientes (Dyhouse, 2010). Tal es el caso de la columna "Entretenimiento de diplomáticos. La primera de las recepciones oficiales en La Casa Blanca", donde puede leerse: "El Presidente y la Señora Cleveland brindaron una brillante recepción en la Mansión del Ejecutivo, la noche anterior en honor a los cuerpos diplomáticos. Esta sesión es siempre la más interesante de las relaciones oficiales, el atuendo extranjero de los representantes de otros países, prestan el elemento pintoresco a los trajes de la corte,uy fuertemente contrastado con los sobrios trajes de los hombres de allí. A las 9 horas, la recepción comenzó, el recinto de en frente de la Casa Blanca fue coronado con una multitud que aclamaba, las calles por cuadras fueron bloqueadas por hermosos vehículos […] [La lista de invitados consideraba a] El ministro chileno y Madame (sic) Gana [Carmen

4 *La Vedette. Politique, Social et Litteraire*, 27/10/1894. Las traducciones de las citas en otros idiomas fueron realizadas por la autora.

Bascuñán Valledor], la señorita Gana y el Señor Don Víctor Eastman, secretario de la legación chilena. Continuamente expresaron su pesar general quienes saludaron a los miembros de la legación chilena ante la probabilidad de su salida".[5]

Los Blest Gana-Bascuñán eran apreciados en Estados Unidos, y no se escatimaban reconocimientos especiales a la labor de Alberto y los miembros de la legación que lo acompañaba. Desde el comienzo, su perfil fue destacado por la prensa: "Entre los pasajeros arribados a Nueva York en el vapor proveniente desde Aspinwall, está el Señor don Alberto Blest Gana, ministro chileno en Washington. […] Don Alberto es conocido en Chile y en Sud América como un escritor brillante. Su producción, en forma de novelas, ha tenido una amplia circulación en las vecinas repúblicas hispano-americanas".[6] Años después, cuando el matrimonio regresó a Washington, el retorno a la ciudad fue celebrado por considerársele a Blest Gana "el mejor diplomático de Chile y poseedor de un gran magnetismo personal".[7] Puede que el aprecio hacia el novelista fuera, en parte, responsabilidad de Bascuñán, sobre quien es posible inferir que era una digna invitada y una excelente anfitriona: "El ministro chileno y Madame Gana con un vestido Pingat de satén rosa con lentejuelas plateadas y superpuesto con exquisito lazo. Las joyas de Madame Gana eran un collar de diamantes individuales con un enorme colgante de solitario y una tiara de diamantes. […] El Ministro Chileno y Madame Gana ofrecerán una cena el 25 de enero".[8]

Esta es la crónica social de otro de los encuentros sostenidos entre las legaciones en Washington con el gobernante y la esposa del país anfitrión. El acento de la columna está puesto en las mujeres que asistieron por haber aportaron lujo a la cena, siendo detallado el atuendo de cada una de ellas tal y como se hizo con Bascuñán. Si bien la atención que concitaban las invitadas se basaba en un asunto superfluo como el lujo y la moda, es importante señalar que el despliegue de opulencia hacia fines del XIX, podría ser interpretado como el deseo de mostrarse o de salir de estas mujeres, que a través de la sofisticación "supieron apoderarse de los espacios que se les dejaba o se les confiaba, y desarrollar su influencia hasta las puertas mismas del poder" (Perrot, 1993: 155). La crónica social, en definitiva, fue el género discursivo que posibilitó desde una doble perspectiva la "salida" de ellas fuera de la casa; por un lado, porque buena parte de estos textos eran producidos por mujeres en su rudo intento por ser consideradas escritoras; por otro lado, porque les otorgaron voz y cuerpo a damas como Carmen Bascuñán, a quien poco y nada conoceríamos de no ser por este tipo de contenidos. Otro ejemplo de esto es la descripción de las vacaciones de la familia: "El Ministro chileno y Madame Gana, con su familia, se han ido a pasar la temporada a Greenbrier White Sulphur Springs, donde Madame Gana es una de las mujeres más guapas".[9]

---

5 *The Morning Times*, 10/01/18968.

6 *The New York Herald*, 26/01/1867.

7 *The Evening Star*, 15/04/1892.

8 *The Morning Times*, 17/01/1896.

9 *The Washington Times*, 02/08/1895.

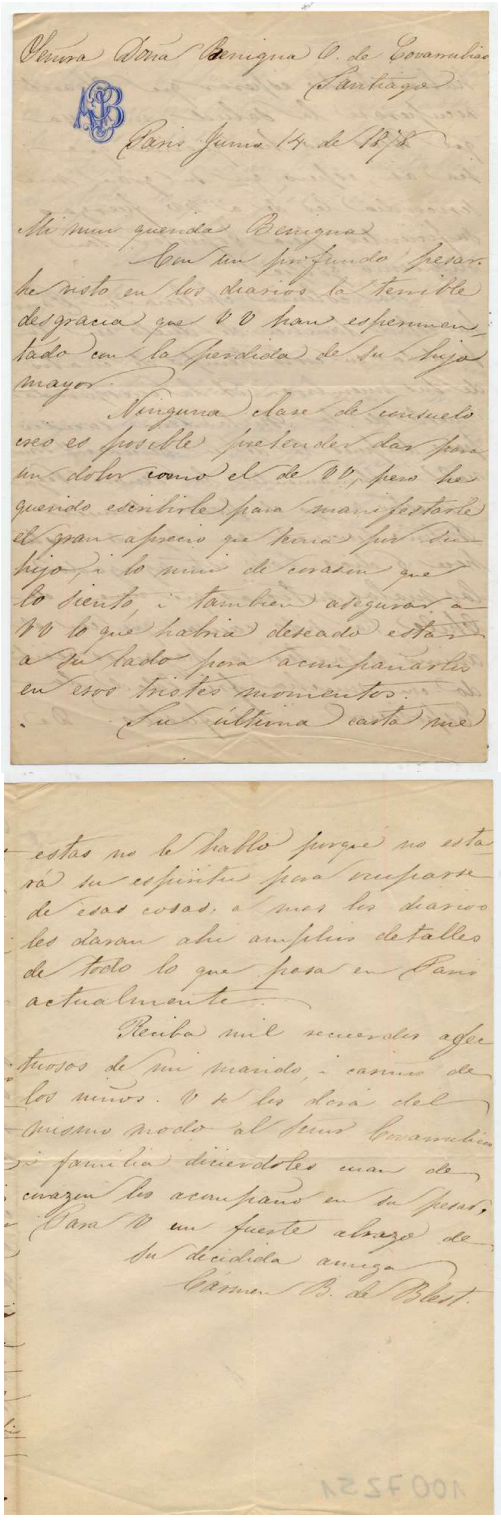
En 1901, el nombre de Bascuñán volvió a aparecer en la prensa a propósito de la publicación del listado de miembros de las distintas legaciones que tomarían parte en la II Conferencia Panamericana que se realizó en Ciudad de México.[10] Años más tarde, se la menciones en los tabloides pero en la sección necrológica, ya que el periódico parisino *Le Gaulois* dedicó un par de párrafos a su deceso: "Las exequias de la Señora de Blest-Gana, de soltera Carmen Bascuñán, fueron celebrados a las diez de la mañana, en la iglesia San Pedro de Chaillot. […] El funeral estuvo dirigido por Alberto de Blest- Gana, antiguo ministro plenipotenciario de Chile en Francia, comandante de la Legión de Honor, esposo de la difunta; Willy de Blest-Gana su hijo; el barón de Batz, su yerno; Henri Marino y Manaud de Batz, sus pequeños hijos. Sobre los asistentes: M.G. de Piza, ministro de Brasil y la Sra. De Piza; Marques de Peralta, ministro de Costa Rica, y la marquesa de Peralta; M. Concha, ministro de Colombia: el Señor Guillaume Gérard, Amunátegui, cónsul de Chile; la señora y la señorita Carmen de Cazotte, el señor Henri de Cazotte, general y la señora Mansilla; General Alberto E. Gormas".[11] Entre los asistentes al funeral figuran varios de los nombres que aparecen en los testimonios reseñados, dando cuenta tanto de la importancia de Blest Gana en el espacio diplomático francés, como del circuito del cual el matrimonio formaba parte.

Carmen Bascuñán vivió junto a su esposo y sus tres hijos en Washington, Londres y París, donde se instalaron desde 1867. Sin duda, los sitios que conoció y las reuniones sociales de las que participó o bien organizó, las relaciones familiares y amicales que articuló y otras acciones, deben haber sido motivo de cartas como la dedicada a doña Benigna. En este sentido, se sabe que se vinculó con Luisa Lynch de Morla y su familia, ya que a su regreso a París luego del deceso de Carlos Morla, fueron los Blest Gana-Bascuñán quienes los acogieron. Cada uno de estos destinos y las amistades trabadas con figuras de la diplomacia como Benigna Covarrubias, sugieren que, a lo largo de su vida, Bascuñán fue parte constitutiva de los circuitos internacionales propiciados por el servicio exterior.

10 *The New-York Tribune*, 09/10/1901.

11 *Le Gaulois*, 15/08/1911.

Carta de Carmen Bascuñán a Benigna Covarrubias, París 14 de junio de 1878
Colección Biblioteca Nacional de Chile



Fuente: Bascuñan Valledor, Carmen. [Carta] 1878 Junio 14, Paris [a] Doña Benigna de Covarrubias: [manuscrito] Carmen B. de Blest. Sala Medina. Disponible en Biblioteca Nacional Digital de Chile http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/632/w3-article-153197

Emilia Herrera y Martínez. De hija de Chile a "madre de los argentinos"

Gabriela Mistral recibió una carta fechada el 12 de septiembre de 1943, firmada con el nombre Carmen.[12] "Querida Gabriela: leo con tanto cariño sus cartas, porque entre líneas recibo la lección. He leído en la Nación del domingo un hermoso artículo sobre el 'Copigüe', yo que he aprendido a querer con tan íntimo cariño a Chile me regocijo con sus cosas típicas. Estoy releyendo artículos sobre Sarmiento y me encontré con una transcripción de un párrafo que ud. (sic) escribió sobre éste, no bien conocido aún argentino […] Como yo la he proclamado ya mi maestra, le voy a pedir otra lección: quisiera escribir algo sobre la amistad de Sarmiento y Doña Emilia Herrera de Toro ¿No conoce alguna publicación chilena al respecto? Tuvo esta señora también una influencia notable, por su amistad con Mitre; en el tratado chileno-argentino de marzo de 1902 […]".[13]

Tras la serie de preguntas formuladas por Carmen a Mistral, el mensaje concluye con la afectuosa invitación a San Juan, Argentina, lugar de residencia de la primera. Como suele ocurrir en los procesos de investigación, cuyo corpus de análisis pertenece a los géneros referenciales o íntimos como los diarios de vida, las biografías y las cartas, es recurrente que los/as lectores/as no obtengamos las respuestas y quedemos atrapados/as en la incertidumbre de las réplicas que dichos mensajes personales sugieren (Arfuch, 2002). Lamentablemente, esto sucede con la carta citada, ya que se desconoce si la poeta que, por esos años, estaba en Petrópolis, Brasil, cumpliendo tareas consulares, como se puede ver en la tercera parte de este libro, emitió algún comentario. Este bache, no obstante, no resta en absoluto relevancia a la información allí contenida, debido a la mención de otra chilena que tuvo un rol destacado en las relaciones entre países americanos: Emilia Herrera.

Emilia Herrera y Martínez, al igual que Carmen Bascuñán Valledor, fue retratada por el artista Raymond de Monvoisin en 1843, gracias a lo cual se cuenta con un archivo visual que narra tanto su apariencia como la posición que ocupó en la sociedad chilena de la época, considerando que el pintor fue un *must* entre los miembros de la aristocracia citadina. De allí que no resulte desconcertante que haya conocido a personajes europeos y latinoamericanos del siglo XIX. Los padres de Emilia Herrera, Rafael Herrera Rojas y Mercedes Martínez, eran descendientes de familias fundadoras de Chile desde la época de la colonia. Reconocidos patriotas se cuentan entre sus integrantes, como Paula Jaraquemada, abuela de Herrera y quien, según se desprende de sus misivas y acciones, habría sido la gran responsable de inculcarle un carácter comprometido con los valores cívicos.

Sobre la educación recibida por Herrera, se sabe que una vez alcanzados los 12 años de edad continuó su educación en las Monjas Claras, institución religiosa dedicada a instruir a las niñas de los estratos acomodados de la sociedad en materias como el bordado, la costura, la música y la pintura. Si bien no era el propósito formativo de es-

12 Según la información bibliográfica aportada por la Biblioteca Nacional de Chile, sitio donde se encuentra este manuscrito, no se cuenta con más información respecto de la autora de la carta.

13 Biblioteca Nacional de Chile, Sala Medina, Carta de Carmen a Gabriela Mistral, San Juan, Argentina, 12/11/1943.

tas instituciones educativas para señoritas fomentar la retórica o la escritura, ciertamente la lectura de obras piadosas y/o instructivas beneficiaron ampliamente el desarrollo de dichas habilidades en Herrera. El marco de enseñanza consideraba que "los talentos del 'sexo amable' debían ejercitarse; ellas debían aprender religión, lectura, escritura y los demás menesteres de una matrona cuyo estado debe prepararlas para la patria. La educación de las mujeres era también política" (Serrano *et. al*, 2012: 69-70). Junto con el desarrollo de consideradas adecuadas para las mujeres, se esperaba que las damas estuvieran ampliamente preparadas para educar a los próximos gobernantes de la nación.

En 1840, a los dieciséis años de edad, Herrera contrajo matrimonio con Domingo José de Toro y Guzmán, quien tenía aproximadamente veinte años más que ella. Era miembro de una familia de amplia tradición en Chile. Su abuelo había sido Mateo de Toro y Zambrano, líder de la Primera Junta de Gobierno en 1810. De Toro y Zambrano, y su respectiva descendencia, encarnaron el nuevo tipo de ciudadano aristocrático que se replicó en otras latitudes del continente americano, debido a los proyectos independentistas que cada nación estaba forjando. Sin dudas la historia familiar fue clave para Domingo José, quien incluso pasó una temporada en Londres junto al General San Martín con el propósito de empaparse de los progresos del país europeo, a fin de transmitirlos luego en América. El espíritu patriótico que movilizaba a sujetos como de Toro, consideraba a las nacientes repúblicas como parte de un proyecto continental más complejo también conocido como americanismo.

Coincidentemente, los abuelos del nuevo matrimonio de Toro-Herrera fueron claves para las trayectorias políticas y personales de ambos. A partir de 1838, bajo el gobierno de Joaquín Prieto –su primer período presidencial fue entre 1831 y 1836, y el segundo entre 1836 y 1841–, comenzaron a llegar a Chile figuras nacidas en territorio argentino en busca de refugio. Entre ellos Gregorio Gómez, Martín Zapata, Domingo Faustino Sarmiento, Félix Frías, Demetrio Rodríguez Peña, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Gabriel Ocampo, y otros. Impulsados por el desenlace de la Batalla del Rodeo del Medio, en 1841, los opositores a Juan Manuel de Rosas, entre los que se contaban estas figuras, fueron desterrados.

Si bien el exilio de los argentinos estuvo marcado por la amargura que les provocaban las condiciones de su país de origen, en Chile encontraron un espacio estimulante para el desarrollo de sus respectivos proyectos políticos, sociales y culturales, los que materializaron a través de la prensa (Alvarado, 2015). La institucionalización de nuevos modelos educativos, las propuestas sobre las estrategias adecuadas para fundar una producción literaria nacional, la incorporación de perspectivas novedosas sobre la lengua como instrumento de consolidación para las naciones americanas, las estrategias para civilizar a las nacientes repúblicas, y los centros urbanos y sociales extranjeros, tanto europeos como norteamericano, que debían ser observados como modelos dignos de imitar, fueron problemas de época en los cuales las figuras exiliadas se involucraron.

Emilia Herrera

La popular fotografía de la señora de Toro en compañía de Sarmiento, á quien ella asiló en su casa hospitalaria, conjuntamente con Bartolomé Mitre, Juan Carlos Gómez, Tejedor, etcétera

Retrato y firma autógrafa que por nuestro intermedio, remite al ministro de marina, señor Sáenz Valiente

Ultima fotografía de doña Emilia, con su hijo señor Santiago de Toro Herrera

Fuente: *Caras y Caretas*, 15/10/1910

Los intelectuales chilenos no quedaron indiferentes ante las propuestas de los nuevos avecindados, con quienes en gran medida compartían el ideario: "Con aquel año [1842] se había iniciado, bajo tan favorables auspicios, un movimiento intelectual desconocido hasta entonces, y contribuían a provocarlo y a dirigirlo los americanos ilustrados que, huyendo de tiranías y de luchas desastrosas, había hallado entre nosotros un asilo amistoso. Dos periódicos literarios, en la forma de las revistas europeas y nutridos de artículos serios, originales o traducidos, fundan aquellos emigrados en Valparaíso. […] Uno de aquellos era la *Revista de Valparaíso*, fundada en febrero de 1842 por Vicente Fidel López, con el auxilio de las producciones de Gutiérrez y Alberdi […]" (Lastarria, 1878: 102-103).

La articulación y conexión política y social de los argentinos y los chilenos fue rápida, también la participación de los primeros en polémicas con agentes connotados del incipiente ámbito intelectual local y su injerencia en temas clave como la fundación de la Escuela Normal de Preceptores, institución que cambiaría el curso de la educación de niñas y niños en Chile. La estadía en Chile de estas figuras estuvo marcada por las redes de afecto, amistad y camaradería. En las mismas, Emilia Herrera fue una figura clave, como se evidencia en el contacto mantenido en el largo plazo con Sarmiento y Mitre. De acuerdo con Teresa Pereira Larraín: "Doña Emilia no pudo estar ajena al sentimiento de hospitalidad y así fue como para muchos de estos emigrados constituyó un segundo hogar el de la familia de Toro- Herrera. Lazos de parentesco […] la unían con la nación argentina; su hermana [se] había casado con Mariano de Sarratea y posteriormente su hija [se] casaría con Jacinto Rodríguez Peña. La afición política y el sentimiento americanista fue incubándose en el espíritu de doña Emilia. Su amistad con esta selección de antiguos intelectuales, trovadores de la libertad, fue sin duda influyente en su adhesión a las filas del liberalismo y la simiente de su futura acción pacificadora en las relaciones chilenos-argentinas (sic)" (Pereira Larraín, 1963: 29).

Hacienda "del Águila" era el nombre de la casa del matrimonio De Toro-Herrera, ubicada en Paine, comuna rural cercana a la capital chilena. De acuerdo a crónicas de la época rescatadas por la ya citada Pereira, en dicha locación Mitre habría redactado su historia sobre San Martín, Sarmiento ensayado su *Facundo*, Alberdi sus *Bases* y Gutiérrez varios de sus poemas. El carácter de Emilia Hererra y su empatía con este grupo de intelectuales argentinos, bien podría considerarse parte del legado de Paula Jaraquemada, quien en plenas guerras independentistas actuó decididamente en favor de los ejércitos patriotas: "El desastre de Cancha Rayada nos hace conocer a otra heroína digna del recuerdo de la historia nacional; Paula Jaraquemada de Martínez, se nos presenta como el tipo de la mujer fuerte i patriota. Auxilió a San Martín cuando pasó con su tropa por la hacienda que poseía en Paine ['Del Águila'], le dio alimentos, víveres, gran número de inquilinos los puso bajo sus órdenes i estas tropas tuvieron su cuartel jeneral en las casas de su fundo: de esta manera cooperó a la batalla de Maipú con la cual terminó el trinfo de nuestra causa" (Martínez, 1911: 9).

No deja de ser motivo para una novela que, con casi veinte años de diferencia, se repitiera la historia de dos mujeres otorgando asilo a quienes consideraban defensores de causas justas. No obstante la similitud, la diferencia entre los sucesos recae, fun-

damentalmente, en los efectos políticos que tuvo en años posteriores una acción tan adecuada para una dama de alta sociedad como predisponer su hogar para recibir a los foráneos. Herrera devino en articuladora de relaciones que, forjadas en los años del exilio de argentinos, se mantuvo en el largo plazo e intervino con decisión en asuntos asociados a las tensiones entre Argentina y Chile. Finalizada la experiencia rosista, los contertulios habituales de la casa de Emilia Herrera regresaron a su país de origen para ocupar importantes cargos, desde la primera magistratura de la nación hasta rectorías y encargos de redacción de la Constitución. Pese a ello, mantuvieron contacto con los anfitriones chilenos que los habían recibido en sus años de exilio.

Pablo Lacoste no duda en afirmar que las relaciones diplomáticas entre Chile y Argentina, que históricamente han sido complejas pues han estado teñidas por un manto de desconfianza, obligó a ambos países a desarrollar estrategias particulares en lo que a relaciones exteriores competía (Lacoste, 2002). Chile, en 1843, guiado por una política expansionista, fundó el Fuerte Bulnes al sur del país, lo cual le permitió apropiarse territorios que originalmente no le pertenecían. La toma de posesión efectiva del Estrecho de Magallanes crispó los ánimos con el gobierno argentino. En este contexto, Emilia Herrera tuvo una especial participación, ya que durante los años que duraron las asperezas entre estos países limítrofes, puso la cuota de cordura en las reuniones de representantes de ambas naciones que mantenían en su propia casa. Según explica Pereira, una vez logrados los acuerdos en este espacio privado, valorado por haberse prestado como refugio para resolver asuntos diplomáticos, Herrera se contactó con Manuel Montt para que aprobara el Tratado Fierro-Sarratea. A dicha solicitud, Montt, que cumplía funciones de senador, contestó: "No tengo motivo para reservar mi voto de aprobación al Tratado […] en cuanto a darle publicidad, a mí esto me parece del todo indiferente, pues ello no le da ni le quita nada al tratado" (citado en Pereira Larraín, 1963: 48). La respuesta del senador muestra que, pese a que Herrera no contaba con títulos ni cargos públicos formalizados, sí tenía un capital social y relacional como para lograr que un expresidente escuchara su sugerencia y accediera a su petición.

Por estos y otros episodios, puede considerarse que Herrera fue una agente relevante en la construcción de la intradiplomacia, así como del ejercicio del oficio, pues, no conforme con lograr los votos para la firma del mencionado tratado, continuó comprometida con la causa de la paz entre Chile y Argentina. En 1881, por ejemplo, intercambió mensajes con Roque Sáenz Peña con estos fines. María Sáenz Quesada, en su libro dedicado a subrayar las vías de las que se valió el político para construir una democracia moderna en el país, destaca que en la historia del legista no hay presencia de mujeres identificables dentro de su proceso de formación ideológica, salvo una única excepción: Emilia Herrera. Entre las cartas por ella firmadas que se conocen, se cuenta la siguiente, escrita al calor de las negociaciones de los Pactos de Mayo: "Apreciado amigo. Le parecerá extraño a usted recibir una carta mía después de tantos años que no lo he hecho, pero hoy creo que ha llegado el caso de recordarle su promesa, que me hizo cuando usted estuvo prisionero en Chile después de la guerra del Perú. Me decía usted en una carta escrita desde San Bernardo: 'Señora siento mucho haber tomado las armas contra su país, pero no tenía el gusto de conocerla; ahora

le prometo a usted no volver jamás, a hacer nada contra Chile'. Hoy no ha tomado usted las armas –porque no hay guerra– pero ha tomado la palabra para hacerla, más que con el fusil al brazo. Yo reclamo de usted el cumplimiento de su promesa. […] Cuento con el cariño que usted me manifestó cuando tuve el gusto de conocerlo […] Lo abraza su amiga".[14]

La oposición de Sáenz Peña a los mencionados acuerdos estimuló a Herrera a recordarle a su amigo lo que ella había hecho por él, por lo cual, apelando a la memoria, los afectos y, sobre todo, a la confianza establecida, le solicitó que, aunque no lo convenciera el arreglo que se estaba proponiendo, considerara su petición. Es decir, sin traicionar el rol discreto y compuesto de una dama de su tiempo, Herrera echó mano a sus habilidades de mediadora para intervenir en discusiones políticas. Prueba de ello es la misiva que siguió a la antes citada: "Me hizo reír lo que me dice en la suya de la mala fe de mis paisanos y que procuran la guerra contra ustedes. Lo mismo dicen aquí los que han hecho oposición a los pactos de ustedes, y veo es enfermedad de los contrarios al gobierno. Así no me tomó de nuevo su modo de pensar, porque lucho y peleo con los que piensan de ustedes igual cosa, y sea como sea, ya se acabó la cuestión y usted ve cómo han subido los bonos en Londres, y es la mejor prueba de lo bueno de este arreglo. No sea pesimista, ayude a que su país cumpla con todo y por acá haremos lo mismo y verá lo bien que saldrá todo".[15]

El estilo de enunciación cercano y familiar utilizado por Herrera muestra su carácter de mediadora, que combinaba prudencia y persuasión a la hora de comunicarse con los agentes del campo de la política y las relaciones internacionales de su época. Estos gestos de intradiplomacia fueron subrayados por ella misma en una carta que le envió a Agustina Rosende, esposa del exministro de Relaciones Exteriores de la República Argentina, Estanislao Zeballos, décadas después de los Pactos de Mayo: "Creo como usted que la mujer debe propender por todos los medios que le sean posibles a realizar el verdadero ideal de la paz y con su ejemplo y consejo obtener de los hombres todo en ese sentido, porque por el cariño se puede alcanzar mucho. La misión de la mujer es la de la caridad y bondad para hacer por esos medios lo que el talento y el saber no pueden alcanzar muchas veces […]".[16] La cercanía también es correspondida por sus interlocutores varones, quienes tuvieron un trato acorde a los vínculos que ella proponía entablar. Ejemplo de esto es la carta enviada por el presidente chileno Manuel Montt a la matriarca, en cuyo encabezado se lee: "Comadre y amiga de mi mayor aprecio".[17]

---

14 Carta de Emilia Herrera de Toro a Roque Sáenz Peña, Santiago, 16/06/1902, reproducida en Sáenz Quesada (2014: 201).

15 Carta de Emilia Herrera de Toro a Roque Sáenz Peña, Santiago, 21/08,1902, reproducida en Sáenz Quesada (2014: 201).

16 Carta de Emilia Herrera de Toro a Agustina Rosende de Zeballos, Águila, 20/01/1901, reproducida en Carlos Castro Ruiz (1925), "Correspondencia privada de doña Emilia Herrera de Toro", en *Revista Chilena*, año VIII, n.º LXXII, pp. 82-100.

17 Carta de Manuel Montt a Emilia Herrera de Toro, Lima, 04/01/1865, reproducida en Carlos Castro Ruiz (1925), "Correspondencia privada de doña Emilia Herrera de Toro", en *Revista Chilena*, año VIII, n.º LXXII, pp. 82- 100.

Sus atributos fueron reconocidos por diferentes figuras de la vida política argentina que, indefectiblemente, cuando viajaban a Chile la visitaban y subrayaban en sus crónicas su rol como mediadora y pacificadora. Eduardo Wilde y Guillermina Oliveira Cézar, como se analizó en la primera parte del libro, realizaron varias travesías antes de comenzar su vida diplomática, y fueron unos de tantos que cumplieron con el ritual de encontrase con Herrera. En sus memorias de viaje, así la caracterizaba Wilde: "Doña Emilia Herrera de Toro tan conocida y querida por los argentinos y no menos por los chilenos, sienta sus reales, como sabes, durante el verano, en Águila, su precioso fundo a hora y cuarto nominal por tren, de Santiago. Si yo hubiera de hacer una calificación de las personas importantes de Chile, colocaría a la señora Emilia Herrera entre los hombres de Estado […] Doña Emilia conoce a los hombres más conspicuos de la América latina, que han estado en Santiago y aun a los que no han venido jamás a Chile. Ha tenido a muchos argentinos en su casa: Sarmiento le ha dejado una infinidad de retratos tomados en Águila, donde ha pasado largas temporadas. Mitre, López, Irigoyen, Sáenz Peña y muchos otros personajes argentinos, han mantenido o mantienen correspondencia con ella" (Wilde, 1899: 101 y 102).

Las relaciones y los gestos de intervención y negociación consolidaron la cercanía de Herrera con mandatarios y figuras políticas. Sus acciones, quizás, tuvieron igual o mayor impacto que las de los agentes formales de la diplomacia. No en vano, Wilde la consideró, con el tono desafortunado de la época para reconocer su labor, "un hombre de Estado". Con los años, devino una referente en numerosos episodios de búsqueda del entendimiento entre Argentina y Chile. Cuando Ángela Oliveira Cézar, estudiada en la primera parte del libro, bregó para el emplazamiento del Cristo de los Andes, ella le envió una esquela que la presentaba como "Madre de los argentinos". Estas acciones permiten considerarla una "publicista americana" (Batticuore, 2005) que se vinculó con otras mujeres que compartían la causa de la confraternidad. En la carta enviada por la chilena a la Argentina, se lee: "El Obispo señor Ángel Jara, me envió por encargo de usted las vistas del Cristo que se ha colocado en la Cordillera por iniciativa de usted. Este acto de ambos pueblos ha afirmado la paz eternamente, porque jamás se atrevería ninguno de los a cometer un crimen semejante buscando pretexto para pelear. Tanto mi país como el de usted sabrán agradecerle su feliz idea eternamente".[18]

Ese vínculo, recordado en varias ocasiones, asumió fuerza simbólica cuando se le envió desde Argentina a Hererra una carta con un trozo de madera del suelo del salón donde se había firmado la independencia argentina en julio. En la misma se lee lo siguiente: "A la Distinguida Señora Emilia Herrera de Toro, Hacienda 'del Águila' […] En el local ocupado por la administración de Correos y Telégrafos en el cual como joya histórica la conserva en el Salón donde fue jurada la Independencia Argentina el 9 de julio de 1816, y en ocasión de verificarse en el (sic) una compostura, recoje (sic) un trozo de enmaderado del sector, el cual divide en varios pedazos, distribuyo en mis relaciones y otras personas notables del país, como religiosos […] Para constatar la procedencia

18 Esquela fechada el 18/04/1904, reproducida en Asociación Sud-Americana de Paz Universal (1913: 86).

del […] pedazo de madera, firma la presente en unión de varios Señores que conformavan (sic) la verdad de lo dicho".[19] Herrera recibió a lo largo de los años diversos obsequios personales, como retratos de Bartolomé Mitre y otros, que le agradecían el recibimiento y la amistad. Estos reconocimientos se resumen en la frase que engalana la antigua entrada de la casona de Herrera: "En este solar se alzaba la hospitalaria mansión de Doña Emilia Herrera y Águila de Toro. 19 de abril de 1824-2 de agosto de 1916. Tradicional hogar de argentinos y chilenos".[20] Según el testimonio de los descendientes de Herrera, una de las alas de la casona era reconocida como "el sector de los argentinos".

La prensa también destacó el rol de Herrera como mediadora de las relaciones de amistad entre Chile y Argentina. En un número de la revista argentina *Caras y Caretas* de 1910, publicado en el contexto de la celebración de los Centenarios de Chile y Argentina, se encuentra un extenso reportaje a Emilia Herrera, acompañado de fotografías que la retratan con miembros de su familia. La entrevista se cierra con las siguientes consideraciones: "Hace poco, cuando la señora de Toro cumplió 86 años de edad, celebráronse en su honor interesantes fiestas populares. Tuvieron lugar en el fundo 'del Águila', riquísima posesión en la cual ella impera como reina caritativa y todopoderosa […] Ella recibió tan gratos homenajes rodeada de una corte de hijos, de nietos y biznietos, en número que pasaba de cien […] Doña Emilia Herrera de Toro, no obstante ser chilena, es argentina. Nuestro país la ha conquistado. La ha conquistado con las armas de su corazón. Es el primer caso de un pueblo americano que, sin guerra y sin sangre conquista una mujer".[21]

A diferencia de Carmen Bascuñán, quien desplegó sus habilidades sociales y comunicacionales a través del desarrollo de vínculos personales y afectivos con miembros de otras misiones o legaciones internacionales, Emilia Herrera ingresó directamente a la arena política de forma incisiva y con una agenda que iba en línea con los problemas acuciantes del país. A través del uso de formas discursivas que en la época se consideraban propias de la sabiduría femenina, tales como el secreto, la anécdota íntima y el manejo de los afectos, Herrera tejió subrepticiamente acuerdos que repercutieron en contextos de enfrentamiento y tensión entre Argentina y Chile. En el contexto de la firma de los Pactos de Mayo, se la reconoció en una moneda celebratoria de oro de 20 pesos que cuenta con su retrato en el reverso.[22]

Para los contemporáneos devino una referente de la confraternidad americana, y así lo dejó asentado Martha Salotti en el soneto que le dedicó, titulado "A la Señora Doña Emilia Herrera de Toro": "Hermano de mi patria en ideales. / Hay otro pueblo de brillante historia. / Que tiene por testigos de su gloria. / Los Andes con sus picos colosales. / Nacida en esa tierra generosa / Y arrullada por bellas tradiciones / Fue

19 Colección Museo del Carmen, Documento manuscrito enviado a la distinguida señora Emilia Herrera de Toro, verificando procedencia de trozo de madera del salón donde fue jurada la independencia argentina del 9 de julio de 1816, 14/01/1897.

20 Colección Particular de La Hacienda del Águila.

21 "Doña Emilia Herrera de Toro", por Juan Soiza Reilly, en *Caras y Caretas*, 15/10/1910.

22 *Catalogue of the Peltzer collection of American Coins* (1927), Glendining & Co., Londres, p. 32.

creciendo al calor de bendiciones. / Una mujer que a la virtud endiosa. / Su techo hospitalario fue el abrigo / De ilustres argentinos desterrados / Que hallaron a su lado un suelo amigo. / Y en nombre de esos nobles expatriados / Hoy canto su bondad y la bendigo / Rendida ante sus restos venerados.[23]

Quedaba así plasmado su compromiso sostenido para garantizar la paz entre dos países vecinos. Las fuentes en las que es posible encontrar directamente la pluma de Emilia Herrera, bautizada como "madre de los argentinos" son esquivas, pero presentan indicios que dan cuenta de en qué medida sus acciones repercutieron en las relaciones entre naciones.

Amanda Labarca. De profesora universitaria a embajadora educativa y funcionaria

Amanda Labarca, cuyo nombre de nacimiento es Amanda Pinto Sepúlveda, nació en un hogar de clase media. Su padre era comerciante y su madre profesora, hija del educador Darío Salas (Stuven, 2019: 11). La idiosincrasia de este entorno fue clave para la educación de Labarca, quien culminó sus estudios de secundaria en la escuela de Isabel Le Brun de Pinochet, otra mujer fundamental para el proceso de integración de las mujeres en el sistema educativo nacional. La educación escolar en Chile estaba exclusivamente en manos de la Iglesia hasta buena parte del siglo XIX. Le Brun, junto a Antonia Tarragó, impulsaron la secularización, enfocadas especialmente en darles acceso a la instrucción a las jóvenes de la época. El trabajo de ambas educadoras permitió que hacia fines de la centuria las mujeres pudiesen acceder a la universidad (Muena Zamorano, 2020).

En 1902, Labarca rindió los exámenes para obtener la Licenciatura en Humanidades, lo cual le permitió ingresar al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile para estudiar Licenciatura en Castellano, grado que obtuvo en 1905. Posteriormente, ingresó a trabajar como profesora y secretaria del Santiago College, donde conoció a su marido, Guillermo Labarca Huberston. Pero su formación académica no se detuvo allí, ya que prosiguió sus estudios en las universidades de Columbia –en 1910 viajó a Estados Unidos para ingresar al Teachers College de la Universidad de Columbia, en Nueva York– y La Sorbonne París, en 1912. Estas experiencias nutrieron su repertorio literario y en 1915 publicó la novela *Tierras extrañas*. Ese mismo año, Labarca formó el "Círculo de Lectura", agrupación no institucional para señoras de tendencia liberal, cuyo fin era fomentar la educación para las mujeres (Eltit, 1994). En este espacio se consagró la figura de mujer contestaria que, años después, investigadores como Bernardo Subercaseaux (2004) destacarían para ejemplificar los cambios y transformaciones que vivió Chile en los años siguientes a la celebración del Centenario de 1910.

23 *Plus Ultra*, año 1, n.º 8, 1916.

La trayectoria de Labarca experimentó cuatro hitos de suma relevancia. En 1922 fue nombrada profesora extraordinaria de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, convirtiéndose en la primera docente del país y de América Latina en lograr una cátedra universitaria. Entre los años 1927 y 1931 fue la jefa de la Dirección General de Educación Secundaria del Ministerio de Educación de Chile. Tambioén fue delegada en la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1946 durante el gobierno de Gabriel González Videla, período en el cual se aprobó la ley de sufragio femenino en Chile. Y en 1948 fue jefa de la División de la Sección de la Condición Jurídica y Social de la Mujer de la Organización de las Naciones Unidas, cargo que hoy ostenta la expresidenta Michelle Bachelet en dicho organismo internacional. La presencia de Labarca en los lugares señalados ha llevado a considerarla como parte importante de la historia diplomática del país, o lisa y llanamente como embajadora. En estas páginas ahondaremos en lo acontecido entre los años 1936 y 1938, y en su primera etapa en la Organización de Naciones Unidas.

Labarca fue invitada por el gobierno colombiano a Bogotá en 1936. Según detalla un informe: "durante su permanencia en Bogotá la señora Labarca dictó seis conferencias en el Teatro Municipal, con numerosa asistencia, especialmente de educadores, en las cuales estudió diversos aspectos del problema educativo tanto en Chile cuando en algunos países de Europa y Estados Unidos y México. La última conferencia de la señora Labarca fue hecha ante un público que llenaba completamente el Teatro y al terminar se la hizo objeto de verdadera ovación, reflejo del interés y de la simpatía que supo despertar. Los elementos directivos de algunos establecimientos educacionales invitaron a la señora Labarca a conocer su organización y su desarrollo y fue también objeto de especiales atenciones de parte de elementos de la sociedad. Acompañé a la señora Labarca a algunas de sus visitas, entre ellas a la Escuela de Chile, donde se tenía preparado un programa de honor de ella y de nuestro país. La visita de la señora Labarca ha sido altamente beneficiosa para un mayor acercamiento intelectual entre Colombia y Chile y para despertar más interés en la corriente estudiantil y profesional hacia Chile. Los cursos de verano en nuestra universidad, viajes de maestros y de estudiantes, han sido objeto de atención preferente debido a las informaciones y datos proporcionados por la señora Labarca".[24]

La presencia y participación de Labarca en las instancias reseñadas tuvo efecto en las relaciones bilaterales de los países involucrados, según da cuenta la misiva del 18 de diciembre de 1936: "Cuando la señora Amanda Labarca Huberston estuvo en Bogotá, a principios de septiembre, el Rector de la Universidad, señor Durena Camacho, le manifestó en una visita a que la acompañé, el vivo interés que había despertado la oferta de Chile y que tan pronto se les notificara oficialmente, ellos procederían a designar los becados. Agregó que aprovecharían la oportunidad para enviar, por cuenta de

24 Archivo General Histórico Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, Fondo Histórico, Documento Oficial Número 489/96, Partida de la Señora Amanda Labarca, Bogotá, 07/09/1936.

la Universidad, un lote de diez estudiantes".[25] Las acciones emprendidas por Labarca y sus resultados van en línea con lo explicado por Camila Rojas y Rosario Olivares, quienes señalan que la intelectual "pensó una educación que permitiera a las y los estudiantes vivir, subsistir, convivir, crear y creer. Sus aportes se forjaron con la convicción de que la educación es una herramienta transformadora" (Rojas y Olivares, 2019: 173). Pese a que con recurrencia se ha hecho referencia a la labor docente y universitaria de la gestora feminista, poco se ha dicho de ella como educadora diplomática.

Ante este vacío o sitio de sombra en el que ha quedado esta conjunción de acciones, parece pertinente recurrir a Patti McGill Peterson, quien ha pormenorizado la relación entre estos aspectos, explicando que dentro del espacio de la diplomacia o "arte de las relaciones internacionales", es distinguible la "diplomacia pública", sintagma que abarca las acciones de una amplia gama de actores y actividades destinadas a promover las relaciones favorables entre Estados. Ahora bien, dentro de esta es factible pormenorizar al llamado "poder blando" en todo lo relativo a la educación y a los intercambios e influencias nacionales que por medio de la esfera social se pueden emprender. McGill explica: "el poder blando depende de la fuerza de las ideas y la cultura para influenciar la amistad y disposición de otros" (McGill Peterson, 2014: 2). Visto esto, puede sostenerse que Labarca estableció una red intelectual y diplomática que consolidó lazos formativos y universitarios.

De acuerdo con otro documento oficial, la visita de la diplomática incluyó, además de las nombradas conferencias, la donación de bibliografía chilena. El listado de lo donado enumera: "un mapa de Chile¸ dos Historias de Chile, por Amunátegui; dos Literaturas de Chile por Samuel Lillo; dos imágenes de Chile, por Alberto Cabero; dos Recuerdos Literarios, por José Victorino Lastarria; una Historia de Chile por L. Pérez; una Geografía de Chile, por L. Pérez; un libro de lectura en tres tomos por M. Guzmán Maturana".[26] Este obsequio nos permite mirar qué tipo de discurso nacional deseaba transmitir el país a través del intercambio cultural. A pesar de estar en la tercera década del siglo XX, casi pisando los talones de la cuarta, hay bastante distancia de la producción literaria e historiográfica contemporánea, siendo el discurso del XIX predominante y los textos sobre la construcción discursiva de una república bajo la ilusión del progreso y la modernización los imperantes en el corpus obsequiado.

Amanda Labarca marcó un nuevo modo de ser para las mujeres de la época, demostrándose, a través de ella, que los valores de la sociedad se encontraban en pleno proceso de transformación gracias a la incorporación de nuevos sectores en el abanico social. Esta etapa de "reafirmación de lo nacional" (Subercaseaux, 2004), no respondía solo a una cuestión local, sino que parecía un clima compartido en el Cono Sur. En la conocida columna de la "Dama Duende", seudónimo de Mercedes Moreno, de *Caras y Caretas* de Buenos Aires, se puede leer: "Ocioso sería querer sustraernos al

25 Archivo General Histórico MRECIyC, Fondo Histórico, Documento Oficial Número 727/143, "Becas ofrecidas a Colombia para la Escuela de Verano", Bogotá, 18/12/1916.

26 Archivo General Histórico MRECIyC, Fondo Histórico, Documento Sección Informaciones Número 7390, "Remite libros para Escuela Chile", Santiago de Chile, 22/08/1936.

ambiente del momento; todo lo absorbe la política. La evolución de nuestras costumbres sociales impone hoy a la mujer –me refiero como es lógico a la que no acepta ya la vida parasitaria– un vivo interés por las actividades políticas; son tantos y tan complejos los problemas que nos afectan, que éstos deberán imponer, tarde o temprano, la intervención de la mujer en la legislación de nuestra patria, puesto que impera en ciertos y muy calificados círculos femeninos, una aspiración constante: el mejoramiento de la sociedad que se transforma insensiblemente obligándonos a ponernos a tono con sus múltiples exigencias".[27]

En este texto, cuyo eje argumental se centra en la necesidad de permitir el acceso a las mujeres de la época a lugares clave para la organización de los países latinoamericanos, la figura de Labarca es central: "La anunciada visita de una feminista ilustre en el continente americano, cuya llegada a tierras del Plata constituye nota de singular interés en los círculos intelectuales de la Argentina, doña Amanda Labarca Hubertson, me sugiere el deseo de consignar en esta página, que debe reflejar aspectos tan diversos de las actividades femeninas […] Generosa propulsora del mejoramiento social en la nación hermana, me es dado asegurar que doña Amanda Pinto de Labarca Hubertson, trae a la Argentina la representación espiritual de la mujer chilena, por los afamados y brillantes prestigios de su vida literaria y los de su acción educadora. Su acervo espiritual, la sagacidad de sus observaciones, nos auguran nuevas y fecundas enseñanzas. En estos días, lo repito, resulta poco menos que imposible, substraemos al ambiente del momento: la política. Considero por lo tanto muy oportuno anotar algunas de las observaciones de la eminente publicista: En todos los pueblos en que las mujeres tienen alguna injerencia directa en la cosa pública han hecho siempre una labor de mejoramiento material y moral parecida".[28]

El espiritualismo al cual alude la "Dama Duende", responde a una de las líneas de pensamiento en la que las mujeres de la época se situaron, sobre todo en lo relativo a su producción literaria, siendo la teosofía, el espiritismo y el esoterismo algunas de las orientaciones con las que comúnmente comulgaron las escritoras de la época. Recientemente, Manuel Romo (2017) ha explicado que la inclinación hacia actividades de dicho orden, fue la antesala de la creciente participación de las mujeres en la Masonería, ya fuera como miembros de esta o bien como familiares directas de algún iniciado en alguna de las logias. En el caso de Labarca, se presupone su cercanía con dicha institución debido a que su marido era miembro de la misma, a su activa militancia en el partido Radical y a la cercanía que tuvo con el presidente Pedro Aguirre Cerda, reconocido masón que pasó a la historia gracias a su lema: "Gobernar es educar". Estos datos subrayan aún más el carácter de librepensadora de la educadora, a la vez que permite ubicarla en el centro de un circuito de redes único dentro del campo.

Labarca y la también escritora, profesora y diplomática Gabriela Mistral, abordada en la tercera parte del libro, experimentaron en su vínculo tensiones y distancias. Cada

27 *Caras y Caretas*, 18/09/1937.

28 *Caras y Caretas*, 18/09/1937.

una diseñó estrategias y posicionamientos dentro del campo intelectual, literario y educativo del país en los circuitos internacionales que muestran un abanico de posibilidades que se abría en esos años para las mujeres en el plano transnacional. En 1948, Labarca envió una carta a Consuelo Saleva, joven puertoriqueña que por esos días se desempeñaba como secretaria de Gabriela Mistral. En el documento se lee lo siguiente: "Recibí su atenta carta del 22 de septiembre en la que anuncia que la señorita Mistral ha resuelto ayudar a nuestra obra de difusión de la labor de nuestra sección en las Naciones Unidas, escribiendo un artículo que tocaría los dos temas que le sugerimos en nuestra carta del 17 de agosto. Le ruego le agradezca a la señorita Mistral la colaboración que nos anuncia y le diga de mi parte que su artículo servirá dos propósitos, pues le daremos curso en el boletín de nuestra sección, y también nos serviremos de él para citar las opiniones de su autora en nuestros programas de radio".[29]

Labarca escribía desde Nueva York a Mistral en su calidad de jefa de la Sección de la Condición Jurídica y Social de la Mujer de la Organización de las Naciones Unidas. La poeta, por su parte, había iniciado su vida diplomática en 1932, siendo la primera mujer chilena en ser nombrada cónsul, y recibía la misiva en California, donde residía desde 1946 debido a su nombramiento como Cónsul de Chile en Los Ángeles. El tenor del mensaje reseñado refiere a un asunto que les competía e interpelaba tanto por sus posiciones como por ser mujeres, pues la "colaboración" a la cual la jefa de Sección aludía, correspondía al posteriormente célebre "Llamado por el Niño": "Este es un día de unidad y además de reconciliación de nosotros en el Niño. Nuestras discusiones partidistas hacen hoy un paro; huelgan, sobran. Porque muchas cosas podemos discutir menos este gran bochorno que se llama el Niño desnudo y hambriento. El nos pidió y él pide sin más alegato que su pobre cuerpo que nos declara el sustento a medias, el cuarto insalubre, el mal vivir. Por primera vez vamos a dar para una criatura sin raza expresa, sin patria declarada, chiquito de cualquier parte del mundo: sudamericano, chino, italiano, polaco, judío, etcétera. Y sabremos, con sorpresa de nosotros mismos, que, a pesar de los nacionalismos rabiosos, el concepto de la humanidad como el cuerpo indivisible de Cristo, está latente a mitad de nuestro espíritu, y que este 'llamado' lo hace subir a flor de pecho. Muchas de las cosas que hemos menester tienen espera: el Niño, no. […] Las 'Naciones Unidas' son más que una Asamblea, y una hechura política: ellas son la yema de la conciencia universal. […] Todos fuimos niños y dar hoy será traer a los ojos de la propia infancia".[30]

29 Biblioteca Nacional de Chile, Sala Medina, Carta de Amanda Labarca a Consuelo Saleva, Nueva York, 27/09/1948.

30 Biblioteca Nacional de Chile, Archivo del Escritor, Colección Gabriela Mistral, "Llamado por el Niño", 1948.

Amanda Labarca

Chile y sus hombres:

Amanda Labarca

(Amanda Pinto)

A LOS 85 años de edad, doña Amanda Labarca es aún una mujer llena de vitalidad. Dispone de poquísimo tiempo para distraerlo en actividades comunes. La gran educadora trabaja sin cesar y su espíritu se mantiene como el de una joven.

A los 18 años unió su vida a la de Guillermo Labarca Hubertsen y adoptó los apellidos de su esposo, quien además alcanzó notoriedad en el campo de las letras.

Fue siempre una mujer "rebelde". En la época en que al sexo femenino no se le asignaba otro papel que el de ser esposa y madre, Amanda siguió una carrera universitaria. A los 15 años de edad tenía el título de bachiller en sus manos. A los 18, era profesora del Estado.

El Gobierno de Chile en reconocimiento a los méritos del matrimonio Labarca, les otorgó una beca para seguir estudios universitarios en los Estados Unidos. Asistieron durante un tiempo a la Universidad de Columbia en Nueva York, donde destacaron por sus trabajos y rendimientos.

La cantidad de premios y condecoraciones recibidos por la señora Labarca forman una lista interminable. Algunos de ellos son Orden al Mérito de Ecuador; Medalla de Vasco Núñez de Balboa de Panamá; Medalla de Carlos Manuel de Céspedes de Cuba y otros premios nacionales.

La concepción educacional de Amanda ha sido considerada por algunos como revolucionaria. Ha ocupado muchísimos cargos en el Ministerio de Educación, destacando siempre su moderna concepción sobre lo que debe ser una educación científica.

Aparte de sus labores como educadora es una gran escritora. Su obra es extensísima y ha recibido elogios en todo el mundo.

Entre las más importantes podemos mencionar "Impresiones de la juventud" (1909); "Actividades femeninas en los Estados Unidos" y "En tierras extrañas" (1914); "La escuela secundaria en USA" (1919); "La lámpara maravillosa" (1922); "Nuevas orientaciones de la enseñanza" (1927); "A dónde va la mujer" (1934); "Bases de una política educacional" (1943); "Feminismo contemporáneo" (1947); "Chile" (1946); "Realidades y problemas de nuestra enseñanza" (1953).

Por su valiosa labor en el campo educacional, de las letras y movimientos feministas, ha sido invitada a dictar conferencias a varios países de América y Europa y se podría pensar que la señora Labarca es una de las figuras chilenas de mayor renombre en el extranjero.

Actualmente vive en Santiago. Escribe dicta conferencias y es presidenta de varias organizaciones femeninas. Recientemente se le rindió un merecido homenaje a su larga y fructífera labor por el Consejo de Organizaciones Femeninas de Chile, organismo que la designó Presidenta Honoraria.

Amanda Labarca, una gran educadora, escritora y mujer.

Fuente: *La Tercera*, Santiago de Chile, 27/10/1971, Suplemento Cultura.

Diversos medios de prensa y revisiones históricas sobre la presencia internacional que tuvo Mistral en cuestiones vinculadas al bien común y la justicia social, señalan de forma indistinta que la poeta fue contactada por la Organización de Naciones Unidas para realizar un llamado que sensibilizara a la comunidad mundial en favor de la colecta para los niños pobres organizada por la UNICEF. Sin embargo, según se ha mostrado, fue Amanda Labarca quien directamente contactó a su compatriota, cuestión que subraya la importancia de las redes de cooperación entre mujeres, en tanto estrategia clave para hacer uso de espacios públicos de máxima relevancia.

A pesar de la consideración de Labarca hacia Mistral, y la preocupación de esta por contar con ella para el Boletín Oficial de la Organización de Naciones Unidas, entre ambas mujeres no existía un vínculo de amistad. El trato que tenían se remitía únicamente a asuntos profesionales. La poeta nortina expresaba en una carta a Palma Guillén las causas del distanciamiento de Labarca: "Ay hijita, el rencor literario parece ser el peor de todos, es decir, el rencor de los que tienen un oficio en el cual puede mucho la valorización o desvalorización. Pero, aun así, jamás entenderé que un hombre joven tenga un rencor de viejo […] No conocen la indiferencia; no hay sino el amor o el odio, y el odio perseguidor, el de las Amandas Labarcas […]".[31]

31 Carta de Gabriela Mistral a Palma Guillén, 06/12/1942, reproducida en Zegers Blanchet, Pedro Pablo (2011), edición, selección y prólogo, *Hijita querida. Cartas de Palma Guillén a Gabriela Mistral*, Pehuén, Santiago de Chile, pp. 288-290.

Según Soledad Falabella (2019), la animadversión entre las dos intelectuales tendría que ver con diferencias de clase. Labarca provenía, como se señaló, de una familia de las capas medias de la capital del país. Luego de su matrimonio con Guillermo Labarca Huberston, tomó los tintes propios de las clases medias acomodadas. A esto se sumó su título universitario y los estudios que realizó en el extranjero. Mistral, por su parte, era hija de una familia campesina en provincia, sin posesiones materiales, autodidacta y sin título universitario, descontando el título honorífico concedido por la Universidad de Chile para que se pudiera jubilar. El distanciamiento también ha sido interpretado por la falta de interés que habría demostrado la condecorada con el Nobel de Literatura hacia los movimientos feministas, en los que Labarca tuvo una destacada participación. Pese a lo anterior, Falabella subraya que los roces se habrían generado por diferencias de clase.

Contar con dos mujeres ocupando cargos relevantes en una de las principales potencias del mundo occidental posterior a la Segunda Guerra Mundial, sin dudas, era signo del cambio de los tiempos en lo referente a los espacios y responsabilidades que podían asumir en este nuevo contexto las mujeres. A pesar de la excepcionalidad que representan ambas chilenas, puntualmente, para la reconstrucción del proceso del posicionamiento de las mujeres en espacios públicos, sería reduccionista interpretar de igual modo los casos de Labarca y Mistral, debido a las diferencias de sus trayectorias personales, intelectuales y profesionales. También sería erróneo considerarlas pioneras en materia de gestión de asuntos internacionales, pues si bien contaron con una vitrina bastante más favorable que las mujeres que desplegaron sus trayectorias en las décadas anteriores, también pusieron en acción habilidades para vincularse en materias sociales, culturales y políticas más allá de las fronteras de los países de origen. El cambio se detecta en los cargos oficiales, las designaciones y los salarios que ahora era posible obtener y ostentar.

En suma, a Labarca podría considerársela, hasta cierto punto, heredera de un tipo específico de *habitus* (Bourdieu, 2005) de mujer pública, el cual habría comenzado a incubarse a mediados de siglo XIX. Las características de este tipo de figura ponen en evidencia el peso del capital relacional de mujeres que se beneficiaron de sus vínculos personales –abuelos, padres, esposos, hermanos e hijos–, ciertas características de su educación –alfabetización, lectura de obras instructivas, lenguas clásicas, entre los principales–, y posicionamientos sociales. Con estos rasgos en su haber, logró desarrollar estrategias específicas que le permitieron desplegarse en ámbitos internacionales. Así y todo, como puede verse en el recorte de diario reproducido en este libro, a la hora de evaluar su trayectoria en la década de 1970, no se encontró un rótulo que se ajustara a su perfil y se le dedicó una semblanza en una columna llamada “Chile y sus hombres”.

Consideraciones finales

Las relaciones internacionales de Chile han sido abordadas, en general, en el marco de los estudios históricos y de historia del derecho. En estos relatos, el accionar de varones y, en menor medida, el de mujeres en la vida diplomática, suele circunscribirse a acontecimientos ligados a conflictos bélicos, firma de tratados multilaterales,

visitas de personalidades extranjeras al país, construcción de políticas nacionales e internacionales, establecimiento de redes intelectuales, entre otros. En lo que respecta a aspectos literarios y culturales, se han estudiado a figuras del siglo XX, como Pablo Neruda, Gabriela Mistral y Amanda Labarca, pero esto no ha significado necesariamente la apertura de una línea de estudios que dé cuenta de los alcances e implicancias que tuvieron las actividades internacionales de dichos autores/as para el desarrollo de las letras o bien de esferas aledañas, como la educativa. Aquí se ha propuesto prestar atención a trayectorias que revelan esas y otras dinámicas.

Como se señala en el estudio preliminar de este libro, no se cuenta en la actualidad con un campo de estudios consolidado ligado al rol de las mujeres latinoamericanas en la diplomacia. Los trabajos disponibles sobre Chile suelen centrarse en Mistral como un caso aislado y excepcional, sin tener conocimiento sobre antecedentes de mujeres chilenas en la diplomacia. Persiste, por tanto, cierto vacío en lo que respecta al estudio de las trayectorias de mujeres chilenas involucradas directamente en labores diplomáticas en el siglo XIX y hasta la Segunda Guerra Mundial. En este sentido, aquí se ha procurado mostrar itinerarios de mujeres como Carmen Bascuñán y Emilia Herrera que, sin ser nombradas con el fin de realizar labores diplomáticas, ganaron espacio en ese terreno.

En el caso de Bascuñán, se registra que respondió al perfil de dama diplomática y, en su carácter de esposa de un representante oficial de Chile, contó con capital social y relacional para moverse en distintos espacios diplomáticos. La ruta documental que direccionó a la figura de Bascuñán necesitó de un ejercicio que se inició en el relevamiento de las misiones internacionales de su marido. Debido a que las mujeres realizaban los traslados diplomáticos con sus familias junto con los representantes del país, fue posible encontrar ciertas referencias que permiten considerarla una dama diplomática y asimilar su rol al de figuras tratadas en la primera parte del libro, como Eduarda Mansilla y Guillermina Oliveira Cézar. Se detectaron dinámicas de sociabilidad puestas en acción en tertulias, salones y organización de eventos como recepciones para personalidades extranjeras, que responden a lo que denomino oficio diplomático.

En el caso de Herrera, se puede ver cómo impulsó iniciativas valiosas para acoger a exiliados en territorio chileno y garantizar la paz entre Chile y Argentina. Con este objetivo, fue mediadora entre distintos hombres de la política y obtuvo resultados diplomáticamente valiosos. Su acción no se desarrolló en otros territorios, pero sí implicó relaciones entre países. En este sentido, puede considerarse como una agente de la "diplomacia cultural no estatal" que colaboró con la resolución de ciertas disputas diplomáticas y devino una mediadora entre su tierra natal y el país vecino (Biltekin, 2020). Su perfil puede ser, en este punto, puesto en diálogo con el tramo inicial de la trayectoria de Ángela Oliveira Cézar, analizado en la primera parte del libro. Reconocida como una mujer con influencia, ganó el reconocimiento de hombres públicos latinoamericanos. En su caso, por lo tanto, fueron los testimonios, las cartas, los retratos y la prensa las principales fuentes para captar en qué medida fue considerada por sus contemporáneos, y se desplegó según los ritmos de lo que denomino intradiplomacia.

El caso de Amanda Labarca responde a otro perfil, de carácter profesional, lo que la acerca más a figuras como Concha Romero, estudiada en la tercera parte del libro.

Es recordada como profesora, feminista y fundadora de organizaciones en favor de los derechos de las mujeres. Se revisó aquí su misión como invitada por la Subsecretaría de Educación de Colombia, donde además de obtener reconocimiento operó como mediadora, entregando libros de autores y autoras chilenos/as a bibliotecas del país. Posteriormente, fue la primera mujer nombrada Jefa de la División de la Sección de la Condición Jurídica y Social de la Mujer de la Organización de las Naciones Unidas en Nueva York, en 1948. Sin duda, desde este cargo encabezó acciones destinadas a consolidar la diplomacia cultural chilena y, junto con sus convicciones, fue su capacidad para entablar redes de relaciones las que garantizaron el éxito de sus gestiones. Dado que ocupó cargos oficiales y se desempeñó en un organismo de proyección transnacional, se pudo consultar documentación de las administraciones nacionales e internacionales. Se puede ver, en el seguimiento de su trayectoria, otras implicancias de la intradiplomacia, dado que, a partir de su accionar, sus relaciones y las posibilidades habilitadas por los cargos, devino una referente en los ámbitos culturales y educativos.

Agradezco a Carla Miranda, encargada del área de Mediación del Museo del Carmen de Maipú, quien amablemente facilitó valioso material documental sobre Emilia Herrera Martínez. También don Alfonso Avendaño Philips de la Hacienda del Águila, y a Manuel Alvarado Cornejo, Investigador de Colecciones del Museo Nacional de Bellas Artes, por los datos clave y la bibliografía sugeridos. Reconozco además la generosa ayuda de Victoria Muñoz Tamayo, bibliotecaria encargada del fondo Eugenio Pereira Salas de la Universidad de Chile. Agradezco también a la historiadora del Archivo General Histórico del MRECIyC, Camila García Silva, por su incomparable colaboración en la búsqueda de cartas y partidas oficiales. Finalmente, agradezco a mis queridas compañeras de ruta, Paula y Alexandra: generosas, sabias, honestas.

Archivos consultados

Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, Fondo Histórico
Biblioteca Nacional de Chile, Sala Medina
Biblioteca Nacional de Chile, Archivo del Escritor

Bibliografía

AGLIATI, Carola y MONTERO, Claudia
(2006) *Tesis bicentenario 2004*, Comisión Bicentenario, Santiago de Chile.

ALVARADO, Manuel
(2019) *Coleccionismo y feminismo de élite durante la belle époque chilena: aproximaciones a la figura de Luisa Lynch del Solar y a su labor como coleccionista de arte japonés*, Tesis de Maestría en Teoría e Historia del Arte. Universidad de Chile, Santiago de Chile.

ALVARADO, Marina
(2015) *Revistas culturales chilenas del siglo XIX (1842- 1894): Historia de un proceso discontinuo*, Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez, Santiago de Chile.

ALVARADO, Marina
(2015) "Las revistas del siglo XIX como agentes del exilio: el caso de Camilo Henríquez y algunos argentinos del 37", en *Revista de Humanidades*, n.º 31, enero-junio, pp. 197-218.

ARFUCH, Leonor
(2002) *El espacio biográfico: dilemas de la subjetividad contemporánea*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

BARROS, Mario
(1970) *Historia Diplomática de Chile, 1541- 1939*, Ediciones Ariel, Barcelona.

BARROS, Martina
(1942) *Recuerdos de mi vida*, Orbe, Santiago de Chile.

BATTICUORE, Graciela
(2005) *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870,* Edhasa, Buenos Aires.

BILTEKIN, Nevra
(2020) "Unofficial ambassadors: Swedish women in the United States and the -king of non-state cultural diplomacy", en *International Journal of Cultural Policy*, vol. 26, n.º 7, pp. 959-972.

BOURDIEU, Pierre
(2005) *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Anagrama, Barcelona.

BRITO, Alejandra
(1999) *La construcción histórica de las identidades de género en la sociedad popular chilena (1900-1930)*. Cuarto Propio y Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, Santiago de Chile.

CHAMBERS, Shara
(2005) "Cartas y salones: mujeres que leen y escriben la nación en la Sudamérica del siglo diecinueve", en *Araucaria: Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*, vol. 7, n.º 13, pp. 77-106.

DYHOUSE, Carol
(2010) *Glamour. Mujeres, historia y feminismo*, Claridad, Buenos Aires.

ELTIT, Diamela
(1994) *Crónica del sufragio femenino en Chile,* SERNAM, Santiago de Chile.

FALABELLA, Soledad
(2019) "Un 'tour mágico' por la vida y el pensamiento de Gabriela Mistral". En https://palabrapublica.uchile.cl/2019/06/17/obra-mistral-gabriela/

FERNÁNDEZ LARRAÍN, Sergio –compilador–
(1991) *Epistolario Alberto Blest Gana 1856- 1903*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

FROHMANN, Alicia y VALDÉS, Teresa
(1993) *Democracy in the Country and in the Home. The Women's Movement in Chile*, Documento de Trabajo Flacso-Programa Chile, Serie Estudios Sociales, n.º 55, Santiago de Chile.

GOLDGEL, Víctor
(2012) *Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*, Siglo XXI, Buenos Aires.

HUTCHINSON, Elizabeth
(2006) *Labores propias de su sexo: Género, política y trabajo en Chile urbano 1900- 1930*, Lom, Santiago de Chile.

LABARCA, Amanda
(1939) *Historia de la Enseñanza en Chile,* Imprenta Universitaria, Santiago de Chile.

LACOSTE, Pablo
(2002) "La guerra de los mapas entre Argentina y Chile: Una mirada desde Chile", en *Historia*, n.º 35, pp. 211-249.

LASTARRIA, José Victorino
(1878) *Recuerdos Literarios*, Imprenta de la República de Jacinto Núñez, Santiago de Chile.

LAVRIN, Asunción
(2005) *Mujeres, feminismo y cambio social en Argentina, Chile y Uruguay 1890-1940*, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago de Chile.

MARTÍNEZ, María Eujenia
(1911) *Mujeres Célebres de Chile*, Imprenta Santiago, Santiago de Chile.

MCGILL PETERSON, Patti
(2014) "Diplomacia y educación: un panorama mundial en constante cambio", en *The Boston College Center for International Higher Education*, n.º 75, primavera, pp. 2-3.

MISTRAL, Gabriela
(1848) *Llamado por el niño [manuscrito]*, Biblioteca Nacional de Chile.

MORI, Jennifer
(2015) "How Women Make Diplomacy: The British Embassy in Paris, 1815-1841", en *Journal of Women's History*, vol. 27, n.º 4, Winter, pp. 137-159.

MUENA, Zamorano Priscilla
(2020) *Los albores del ingreso de la mujer a la universidad: reflexiones en torno a la educación femenina en Chile durante el Siglo XIX,* Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso.

MYERS, Jorge
(2008) "El letrado patriota: los hombres de letras hispanoamericanos en la encrucijada del colapso del imperio español en América", en Carlos Altamirano, *Historia Intelectual I*, Katz editores, Madrid, pp. 121-144.

PEREIRA LARRAÍN, Teresa
(1963) *Doña Emilia Herrera de Toro*, Profesorado de Historia, Geografía y Educación Cívica, Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile.

PERROT, Michelle
(1993) "Salir", en DUBY, Georges; PERROT, Michelle –directores–, *Historia de las mujeres. El siglo XIX . Cuerpo, trabajo y modernidad*, Taurus, Madrid.

PITA, Alexandra
(2014) *Educar para la paz. México y la cooperación intelectual internacional, 1922-1948*, Universidad de Colima, México DF.

POBLETE VARAS, Hernán
(1999) "Prólogo. Alberto Blest Gana. Un comentario de su vida y de su obra", en BLEST GANA, Alberto, *El Ideal de un Calavera*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile.

REYES Matta, Fernando
(2011) "Literatura, Diplomacia y Globalización", en *Diplomacia*, n.º 124, pp. 9-16.

ROJAS VALDERRAMA, Camila y OLIVERA SAAVEDRA, Rosario
(2019) "Volver a Amanda Labarca. Ineludible y vigente", en ABATE CRUCES Jenifer –editora– *Amanda Labarca. Una antología feminista*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

ROMO, Manuel
(2017) *Historia de la mujer en la masonería chilena*, Editorial DHIYO, Santiago de Chile.

SERRANO, Sol *et al.*
(2012) *Historia Del La Educación En Chile: (1810-2010)*, Taurus, Santiago de Chile.

SOIZA REILLY, Juan José
(1910) "Doña Emilia Herrera de Toro", en *Caras y Caretas*, n.º 628, 15/10, pp. 98-103.

STUVEN, Ana María
(2019) *Amanda Labarca*, Hueders, Santiago de Chile.

SUBERCASEAUX, Bernardo
(2004) *Historia de las Ideas y de la Cultura en Chile. El centenario y las vanguardias. Tomo III*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

SÁENZ QUESADA, María
(2014) *Roque Sáenz Peña: el presidente que forjó la democracia moderna,* Sudamericana, Buenos Aires.

VICUÑA, Manuel
(2001) *La Belle époque chilena: alta sociedad y mujeres de élite en el cambio de siglo*, Editorial Sudamericana, Santiago de Chile.

WILDE, Eduardo
(1899) *Por mares, por tierras*, Jacobo Peuser, Buenos Aires.

ZANELLI LÓPEZ, Luisa
(1917) *Mujeres chilenas de letras*, Imprenta Universitaria, Santiago de Chile.

ZEGERS BLANCHET, Pedro Pablo
(2011) *Hijita querida. Cartas de Palma Guillén a Gabriela Mistral*, Pehuén, Santiago de Chile.

TERCERA PARTE

Gabriela Mistral, Palma Guillén y Concha Romero
Entre amistades, redes intelectuales y organismos de cooperación

Alexandra Pita

Introducción

La Primera Guerra Mundial propició transformaciones en los ámbitos de la diplomacia, dominada tradicionalmente por hombres. Las mujeres comenzaron a ser designadas en nuevos cargos y funciones. Esta apertura corrió de manera paralela a una ampliación de la presencia de mujeres en la esfera pública, expresada en movimientos internacionales con demandas de ampliación de derechos civiles (Aggestam y Town, 2018: 9-10). Paulatinamente, las mujeres ganaron presencia en organismo internacionales, como el Comité Internacional de Cooperación Intelectual, dependiente de la Sociedad de Naciones. Entre 1922 y 1939 ingresaron, entre los más de cincuenta miembros, a la entidad cinco mujeres: Maria Curie-Sklodowska, Kristine Bonnevie, Elena Gleditsch, Cecilia de Tormay, Victoria Ocampo. Se incluyó también a otras mujeres como expertas en comités consultivos: Cezaria Baudouin de Courtenay Ehrenkreutz Jędrzejewiczowa, Hélène Vacaresco, Laura Dreyfus-Barney, Margaret Corbett Ashby y Winnifred Kydd. Estas mujeres mediaron entre el organismo internacional, las universidades y las organizaciones nacionales e internacionales femeninas (Goodman, 2012: 362-365).

Otra señal de cambio fue el nombramiento de una primera embajadora, la rusa Alexandra Kollontai, quien ocupó el cargo desde 1922 en Noruega. En 1926 fue trasladada México y, entre 1930 y 1945, se desempeñó en Suecia. En el continente americano algunos países comenzaron a incorporar mujeres. Brasil abrió desde 1918 la posibilidad de que ingresaran al servicio exterior, aunque fue recién en 1934 que se nombró como cónsul de Liverpool a Zorayma de Almeida Rodrigues. Estados Unidos designó como vicecónsules a Frances Elizabeth Willard, Nelle Stogsdall y Constance Ray Harvey, y como primera embajadora a Ruth Bryan Owen. Chile, por su parte, nombró como vicecónsules a Olga de la Barra Bordalí y a Inés Ortúzar Bulnes en Reino Unido (Ortiz Peralta, 2017).

En este clima propicio para el ingreso de las mujeres a la vida de la diplomacia y de los organismos internacionales se desplegaron las trayectorias aquí estudiadas. Se centra la atención en Gabriela Mistral (1889-1957), Palma Guillén Sánchez (1898-1975) y Concha Romero (1900-1987). Sobre la primera, en tanto escritora, se han producido numerosos trabajos. La segunda fue la primera mexicana en ocupar un cargo diplomático. La tercera es prácticamente desconocida, aunque tuvo un papel destacad en la Unión Panamericana. Coincidieron en distintas ocasiones entre las décadas de 1920 y 1950, tejieron una amistad y se acompañaron personal y profesionalmente. De etas dinámicas da cuenta una nutrida correspondencia, accesible en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional de Chile. Vinculadas a estas mujeres orbitaron otras de distintas latitudes, como Victoria Ocampo, Doris Dana, Consuelo Saleva, Margot Arce, Martha Salotti y Gilda Péndola Gianollo. Todas ellas se relacionaron de una u otra forma, principalmente, con Mistral.

La correspondencia consultada habilita a una aproximación de historia cultural de las relaciones internacionales. A diferencia de otro tipo de documentos oficiales, las cartas revelan entramados internacionales y permiten detectar redes de y entre diplomáticas y expertas. Se pretende, de este modo, dar cuenta de una dimensión menos institucional de estas trayectorias y más atenta a las experiencias de estas tres mujeres.

Concha Romero. Una mediadora cultural en Nueva York

Concha Romero nació en 1900 en Ciudad Guerrero, localidad de la serranía de Chihuahua. Allí realizó sus primeros estudios, pero en 1916 se mudó a Estados Unidos "con el fin de salvarse de los movimientos revolucionarios". Ese año fue especialmente difícil para algunos pobladores por la incursión punitiva que realizó Estados Unidos en el norte de México para capturar a Pancho Villa. Los sucesos de la Revolución Mexicana acompasaron su adolescencia.[1]

En Estados Unidos cursó estudios preparatorios en el Pomona Collage, de California, y, tras graduarse, se mudó a Nueva York en 1920 para continuar su formación sobre América Latina en la Universidad de Columbia. Allí conoció a Earle K., periodista chileno, con quien contrajo matrimonio. James se dedicó, años después, a la crítica de la literatura hispanoamericana en el *New York Times* y devino un difusor de la literatura en español para el público estadounidense (Beigel, 2006: 227). Por la correspondencia sostenida entre James y otros intelectuales, como el peruano José Carlos Mariátegui, puede sostenerse que Concha fue una mediadora cultural que conectó a varias figuras de la vida cultural de América Latina.

Cuando Concha Romero se casó tuvo algunos inconvenientes. La ley mexicana vigente señalaba que cualquier mujer que se casara con un extranjero perdía su nacionalidad y adquiría la de su esposo. No contenta con esta legislación escribió en 1928 a Genaro Estrada, Secretario de Relaciones Exteriores de México, quien le respondió que esa ley no era automática para las esposas de chilenos. Pese a haberse aclarado el

1 *La Prensa*, 23/04/1938.

tema, Concha tuvo problemas para tramitar su pasaporte mexicano y su documentación personal. Cuando salió de México, siendo una jovencita, no se necesitaba tal documento, por lo que pudo cruzar la frontera solo con una tarjeta de identificación. Tampoco portaba acta de nacimiento porque se quemó cuando los revolucionarios tomaron su ciudad en 1910. Lo único que le quedaba para demostrar que era mexicana era presentar testigos que la conocían desde que era una niña.[2] Por tanto, puede presumirse que su nombre era Concepción, pero dado que no se han encontrado documentos oficiales y que ella siempre firmaba como Concha, no es posible constatar el dato.

Puede que su interés por mantener la nacionalidad no solo se debiera a una cuestión de identidad y de reivindicación femenina, sino también a que, durante la década de 1920, mientras estudiaba en la Universidad de Columbia, fue comisionada por la Secretaría de Educación Pública de México en los Estados Unidos para realizar labores de intercambio universitario entre ambos países. Para facilitar sus labores, esa secretaría notificó a la de Relaciones Exteriores el status de Concha a fin de que se avisara a embajadas y consulados para que prestaran ayuda en su misión. Se notificó también que, en la partida del presupuesto, de donde provenía su salario, figuraría como la de una estudiante con pensión por una cuestión administrativa la embajada de Washington, el cónsul de México en Nuevo Orleans, el de San Francisco y el de Texas, manifestando estar enterados para ayudar a la "señora" Concha Romero de James como "comisionada especial del ministerio".[3]

La mexicana se dedicó a realizar actividades de difusión cultural de este país principalmente para los estudiantes de la Universidad de Columbia. Organizó veladas para que los estudiantes americanos conocieran a sus "vecinos del sur" a través de muestras de arte y conferencias.[4] Además, apoyó actividades de cooperación binacional y entre otras cosas fue el enlace para obtener informes y concretar la participación en el VII Curso de Verano de la Universidad Nacional de México, que se realizaba desde 1921. Dichos cursos buscaban ser un "laboratorio" en el que profesores y estudiantes de Estados Unidos, que tuvieran interés en ir estudiar español a México, intercambiaran experiencias con sus pares mexicanos a fin de generar una "camaradería internacional".[5]

Al poco tiempo, Romero amplió su ámbito de acción, convirtiéndose en una mediadora de las actividades culturales e intelectuales entre Estados Unidos y América Latina. Integró el comité del grupo hispanoamericano de la Casa Internacional, ubicada en Riverside Drive esquina calle 124 de Nueva York. Dicho comité organizó una serie de conferencias y reuniones teniendo como oradores a intelectuales destacados, como el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre. Para escucharlo se reunió un público

2 Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, NC 1852-31, Carta de Concha Romero a Genaro Estrada, 18/04/1928 y de Genaro Estrada a Concha Romero, 30/04/1928.

3 Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, II/524.3 (s-7) /2 .NC 2815-8. Oficios varios del 10 de septiembre al 30 de noviembre de 1925.

4 *La Prensa*, 27/11/1925.

5 *La Prensa*, 13/04/1927.

numeroso compuesto por periodistas, diplomáticos, hombres de negocios y obreros, entre otros miembros de la "colectividad hispana" de Nueva York.[6]

En 1922 se dedicó también a difundir las actividades de los movimientos de mujeres a través de una serie de artículos de prensa publicados en la revista neoyorkina *La Nueva Democracia*, dirigida por el misionero protestante Samuel Guy Inman. El director la presentó como mexicana y conocedora de la realidad social de su tiempo. El primer artículo, correspondiente al mes de enero, versó sobre los avances de las organizaciones feministas que surgían en Estados Unidos y sus conexiones con movimientos similares en América Latina. En especial se dedicó a cubrir el despliegue de la Young Woman's Christian Association (Threlkeld, 2013: 96-98),[7] una organización que, como se señaló en la primera parte del libro, difundió la acción de Ángela Oliveira Cézar.

La repercusión de su escrito fue positiva y, a partir de ese artículo, coordinó una página temática "La mujer en acción", la cual apareció mensualmente durante todo el año. Todas las contribuciones allí publicadas trataban sobre sociedades de mujeres, sus proyectos, demandas y consignas. Especial atención se dio al Congreso Panamericano de Mujeres celebrado en Baltimore en 1922, donde se reunieron numerosas delegaciones de todo el continente americano. El evento, que tuvo el apoyo del Departamento de Estado norteamericano, propiciaba un acercamiento interamericano a través de agrupaciones femeninas, entre las que destacó la de México, no solo por ser la más numerosa sino porque realizó una verdadera campaña en pro del panamericanismo, de la política de su país y de la Liga de Mujeres Votantes. Romero no participó como delegada de México, pero siguió con detenimiento el encuentro. La delegación estuvo integrada por Eulalia Guzmán, Aurora Herrera de Nobregas, Luz Vera, Julia Nava de Ruisánchez y Elena Torres. Las mexicanas tuvieron un largo viaje, visitaron varias ciudades y en algunos puntos concretaron encuentros con mujeres de distintas comunidades. Su rol de propagandistas fue comprendido y capitalizado por el presidente de México Álvaro Obregón, quien para encontrar un acercamiento con el país vecino pidió a la comitiva mexicana que llevara una bandera de seda confeccionada por mujeres mexicanas, que sería mostrada a lo largo del viaje como insignia y presentada en el Congreso Panamericano de Mujeres. Posteriormente, fue entregada como presente y expuesta en el Hall de la Independencia en la ciudad de Filadelfia. El gesto fue correspondido cuando una organización de mujeres de esta ciudad dio a la delegación mexicana una bandera de su país, a fin de que fuera entregada a la esposa del presidente (Threlkeld, 2013: 54-56).

6 *La Prensa*, 05/11/1927 y 10/11/1927.

7 *La Nueva Democracia*, 01/05/1922.

Concha Romero

Fuente: *School Arts*, vol. 41, Issue 8, abril, 1942

En el seguimiento que Romero realizó de la conferencia de Baltimore, también se ocupó de explicar cómo, a partir de este evento, se formó la Asociación Pan Americana para el adelanto de la Mujeres –Pan American Association for the Advancement of Women– la cual desde sus oficinas en Washington buscaría la emancipación intelectual, económica y política de la mujer. La asociación promovía en general la educación de las mujeres, para lo cual buscaba asegurar su derecho a estudiar, a controlar sus propiedades y salarios en el caso de estar casadas, y a compartir la custodia de sus hijos. Estas mujeres educadas ejercerían influencia en la opinión pública a favor de la causa del sufragio femenino. Podrían también promover la confraternidad entre los países americanos a fin de mantener la paz en el continente (Threlkeld, 2013: 70-71).[8]

El último artículo escrito por Romero al cerrar el año –con el que se dio fin a la sección que comandaba–, se tituló "La actividad femenina invade la diplomacia". En este texto se dedicó a señalar los méritos de las cuatro mujeres que habían ingresado al servicio diplomático en los últimos meses: Nadejda Stancioff, en Bulgaria, para desempeñar el cargo de Secretaria de la Embajada en Washington; Alexandra Kollontai, como ayudante del jefe de la misión rusa en Noruega; Lucile Atcherson, a quien el presidente Warren G. Harding propuso como secretaria de cuarta clase de embajada; y Maud Miles, nombrada agregada de la embajada de Estados Unidos en Tokio.[9]

En este breve relato se destacan algunos detalles que dan cuenta de un clima. Por ejemplo, se enumeran las dificultades de las mujeres casadas a la hora de mantener su autonomía, negociar sus salarios y encargarse de las tareas domésticas y maternales. Probablemente, Romero se sintió identificada con ese modelo de mujer que se inte-

8 *La Nueva Democracia*, 01/07/1922.

9 *La Nueva Democracia*, 01/12/1922.

graba a algunos circuitos y defendía sus derechos, pero sin desafiar las normas del sistema. Estaba casada, era educada, bilingüe y bicultural. Esto le permitió trazar su camino en la diplomacia cultural sin necesidad de luchar para ingresar al servicio exterior. Como se verá en las próximas páginas, la Unión Panamericana supo capitalizar su gran capacidad como mediadora cultural.

Gabriela Mistral. Una servidora chilena en México

Mientras Concha Romero escribía la sección "La mujer en acción", Lucila Godoy Alcayaga, mejor conocida como Gabriela Mistral, llegaba a México en julio de 1922. La chilena nació en 1889 en Vicuña, una pequeña ciudad semidesértica en la precordillera en el Valle de Elqui. Fue autodidacta: a los 14 años y, pese a no tener un título profesional, comenzó su labor como maestra rural, lo que la llevó a trasladarse a varios pueblos y ciudades, incluyendo la capital del país. Allí, en mayo de 1921, fue nombrada directora de un liceo de niñas. Estas experiencias marcaron su personalidad. Mientras tanto, la lectura de autores extranjeros la alejó del catolicismo y la acercó a la teosofía y al budismo, aunque nunca dejó de ser cristiana. Su recorrido como maestra se combinó con la escritura para periódicos y revistas. Devino Gabriela Mistral en 1914, cuando sus *Sonetos de la muerte* fueron premiados en los Juegos Florales de Santiago (Moraga, 2014: 1184-1186).

Mistral se trasladó a México invitada por José Vasconcelos y comisionada por el gobierno chileno. Durante seis meses se encargaría de estudiar la organización y fundación de bibliotecas en aquel país. Este viaje la acercó a Jaime Torres Bodet, quien había sido secretario particular de Vasconcelos y, poco después, director de las bibliotecas populares de la Secretaría de Educación Pública (Moraga, 2019: 63-64, 66). Torres Bodet fue nombrado por Vasconcelos para recibir a Mistral en el puerto de Veracruz. Junto a él se encontraba otra joven, Palma Guillén Sánchez, quien trabó un vínculo duradero con la escritora chilena. Guillén había nacido en la capital mexicana en 1898, en el seno de una familia que había fomentado su educación. Obtuvo en la Universidad Nacional de México un doctorado por la Escuela Nacional de Altos Estudios. A inicios de 1920 Vasconcelos la invitó a trabajar en la Universidad Nacional, donde él era rector, por lo que viajó a Europa en representación de esta institución para conocer las bibliotecas y así planear cómo reducir el analfabetismo en México. Cuando Vasconcelos renunció a ese cargo para convertirse en el nuevo secretario de Educación Pública, Guillén fue nombrada Inspectora de Escuelas Elementales. Esta labor se interrumpió cuando, a la llegada de Mistral, Vasconcelos le encargó acompañarla a recorrer el país para crear un plan de mejora de la educación en las zonas rurales (Pompa Alcalá, 2019: 149-151).

Años después, Guillén recordó el encuentro en Veracruz. Su primera impresión fue desagradable: Mistral era una mujer muy diferente, no solo por ser mayor que ella. Su manera de vestir, su peinado y sobre todo su mirada, hacían sentir a Palma que eran dos personas completamente lejanas. Poco sabía de Mistral en ese momento: que había escrito algunos sonetos, tenía ideas pedagógicas y de compromiso social, y

conjugaba sus dotes de maestra y poetisa. La "misión" de acompañar a la chilena en la gira por el interior de México fue difícil al principio. Se trataba de dos perfiles muy diferentes: Guillén contaba con estudios y sus referencias intelectuales eran europea, Mistral era autodidacta y reivindicaba a los autores latinoamericanos. Pese a estas aparentes diferencias, poco a poco trabaron una sólida amistad, y Guillén consideró a Mistral parte de su familia (Guillén, 1988).

Al cabo de cumplirse los seis meses pautados por el gobierno chileno, Mistral escribió una carta a su amigo y compatriota, Pedro Aguirre Cerda, que ya la había ayudado en varias ocasiones. En 1918, cuando era ministro de Educación, la había nombrado directora del Liceo en Punta Arenas (Moraga, 2014: 1187). Conocía su reputación como escritora y como maestra y trató de mantenerla en el sistema educativo chileno, para que no emigrara a Argentina. Aguirre estuvo siempre dispuesto a resolver los problemas que Mistral enfrentó en su desempeño como diplomática, e intercedió ante el poder político en su nombre en reiteradas ocasiones. También fue su apoderado para resolver asuntos legales y financieros (Tagle, 2002).

Mistral le explicó a su amigo que le resultaba imposible regresar y que era menester permanecer en México, donde la habían tratado con máximo respeto. Su tiempo en ese país se distribuía entre la redacción de un libro de lectura, la organización de escuelas rurales y la planeación para un congreso de maestros misioneros. Tenía planes para el futuro: viajar a Costa Rica y a Nueva York para dictar unas conferencias. Calculaba que este periplo le llevaría dos años más en México. Sabía que a otros profesores, como Enrique Molina, se le había dado comisiones más extensas. Subrayaba que ella nunca había solicitado del gobierno nada extraordinario y que pedía esta extensión con una convicción: "tengo la certidumbre de que le sirvo (a Chile) tanto o más fuera que dentro del país. No hay una nación sudamericana que haga menos por su propaganda en el exterior. No le importa, o cree que esa propaganda solo pueden hacerla los ministros plenipotenciarios y los cónsules, que hacen vida fácil y no divulgan jamás las cosas del país. Yo creo que puedo hacer lo que ellos no han hecho, por los dos medios únicos de propaganda efectiva: las escuelas y la prensa. Así, pues, mi conciencia me dice que yo no falto a Chile con permanecer lejos algunos años".[10]

Apuntaba que, si las autoridades chilenas aceptaban la prórroga, ella seguiría cobrando su sueldo como directora de escuela rural; si, en cambio, se la negaban, debería jubilarse de inmediato. Prefería renunciar a no atender la generosidad con la que la había tratado el gobierno de México.[11] La prórroga fue concedida y Mistral se quedó en México en 1923 y buena parte del año siguiente viajando de pueblo en pueblo con Palma Guillén. En este tiempo, y tras firmar un contrato con el gobierno mexicano, siguió colaborando con Vasconcelos para desarrollar la educación rural.[12] El contrato estipulaba que se quedaría dos años más en el país para realizar conferencias a maes-

10 BNCH-AE, Carta de Lucila Godoy a Pedro Aguirre Cerda, México, 01/01/1923.

11 BNCH-AE, Carta de Lucila Godoy a Pedro Aguirre Cerda, México, 01/01/1923.

12 BNCH-AE, Contrato entre la SEP México y Gabriela Mistral, México, 13/12/1923.

tros –al menos seis por año–, escribir textos de lectura "de carácter literario" para escuelas primarias y superiores para niños, y uno especial para la escuela-hogar que llevaba su nombre. Para solventar esto, se le otorgó un sueldo diario de 25 pesos y mil dólares. Vasconcelos y Mistral compartían los ideales de un proyecto utópico, civilizador, que pusiera en valor el pasado de los pueblos originarios sin perder la impronta de la herencia cultural española. Compartieron el inicio del Plan de las Misiones Culturales de Educación para preparar a los profesores de las zonas rurales y soñaron que, como misioneros, podían incidir en un proceso transformador (Moraga, 2014).

Los dos años del contrato no se cumplieron porque hubo contratiempos. Según el recuerdo de Guillén esto inició a raíz de que una escuela fue bautizada Santa María de la Rivera para "niñas pobres" y se colocó una imagen de la santa en el patio. Mistral no compartía la decisión de sumar referencias católicas al ámbito escolar y no quiso estar presente en el acto oficial de inauguración al que asistieron el presidente Álvaro Obregón y Vasconcelos. Algunos medios de la capital tomaron como un desaire que una extranjera viniera a indicar en México qué se debía hacer. Esto entristeció profundamente a la escritora chilena, decidió interrumpir su estancia y regresar cuatro meses antes de lo previsto, en mayo de 1924.[13] Partió con un sentimiento de extranjería que mostraba su dolor, pero también respondió a las críticas, según narra Guillén (1988).

Lo que Guillén no menciona en sus recuerdos es que, además, la postura de Vasconcelos había cambiado radicalmente al renunciar en 1924 a su cargo en la Secretaría para iniciar una campaña política que lo llevaría años después a un autoexilio. Guillén, por su parte, retomó su trabajo como docente ese año y fue invitada por la Federación Internacional de Mujeres Universitarias para organizar e integrar una división que culminó en la Asociación de Universitarias Mexicanas (Pompa Alcalá, 2019: 152). Su camino, empero, sería acompañar a Mistral al extranjero.

Mistral y Guillén. Entre los organismos internacionales europeos y el servicio exterior

Mistral y Guillén dejaron México en mayo de 1924 y se trasladaron a Europa, donde estuvieron seis meses con manutención del gobierno mexicano. A inicios de 1925, la primera regresó a Chile y la segunda a México. Poco después Guillén recibió un cable de Mistral en el que le contaba que el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual (IICI) le había ofrecido un puesto que aceptaría si ella viajaba para trabajar a su lado en esta nueva etapa (Alba, 1957: 92). Como le explicó el director del Instituto, Julian Luchaire, a Mistral, se esperaba que asumiera como jefa de la sección de Relaciones Literarias del IICI. Contaba con su competencia y con que tendría "la colaboración moral de la civilización americana de lengua española".[14] Como explicó años después a su amiga, la argentina Victoria Ocampo, esta invitación, al igual que la que

13 Otras fuentes dicen que se fue de México en abril (Quezada, 2013: 21).

14 BNCH-AE, Carta de Julien Luchaire a Gabriela Mistral, París, 13/10/1925.

pocos años antes había recibido de México, llegó en un momento crucial. Necesitaba salir de su país por enfrentar problemas con la masonería (Horan y Meyer, 2003: 236).

Viajó a París en enero de 1926. Guillén la acompañó y pronto encontró un espacio en un proyecto bibliográfico que pretendía dar cuenta de la cultura hispanoamericana. Para sufragarlo, Mistral escribió a su amigo Pedro Aguirre Cerda y le solicitó que rectificara su jubilación y aumentara el monto de la misma para asegurarse una vejez tranquila. Otra justificación para esta petición era que ese aumento serviría para pagar sus gastos en París, dado que el salario del IICI, de 4 mil francos mensuales, cubría los gastos de personas en las que confiaba y le serían indispensables para desarrollar su labor: organizar la bibliografía hispana. Este equipo estaba conformado por Díez Canedo –a cargo de las ediciones en español–, Marcelle Auclair –a cargo de las ediciones en francés– y Palma Guillén. Mistral se encargaría del trabajo de literatura infantil y femenina, así como de las propuestas de "formación del sentido pacifista" para los niños. La necesidad de formar este equipo se justificó de la siguiente manera: "mi empleo es de una enorme labor, sobre todo múltiple, que no podré realizar sola […] no es, pues, codicia, es decoro de hacer un trabajo estimable, digno de la Liga". A cambio, Mistral se comprometía a regresar a Chile en dos años para trabajar en una escuela rural o granja con una sola condición: que los programas no fueran impuestos por personas con ideas opuestas a las suyas.[15]

En París, Mistral supo que el chileno Edwards Bello había dejado vacante su puesto de delegado por Chile del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual. Por lo que pidió a su amigo Pedro Aguirre que intercediera por ella para que la nombraran y de ese modo "evitarme el nuevo bochorno de no representar ahí en mi propia oficina a mi tierra". Esto ayudaría también a solucionar sus problemas económicos, porque solo tenía el salario del instituto y lo que recibía por sus artículos de prensa.[16] El remplazo se dio en 1927 y fue nombrada delegada ante el IICI, por lo que prosiguió e intensificó su labor en París (Quezada, 2013: 22). Desde entonces se involucró también en el Comité de Artes y Letras que dirigía Paul Valery, quien propició un matiz al eurocentrismo dominante aprobando que se publicara una Colección Iberoamericana. Ese proyecto se extendió por más de una década y en él Mistral trabajó de cerca con su amigo, el mexicano Alfonso Reyes, para promover la publicación en francés de una docena de libros clásicos de la literatura latinoamericana. Con ello se esperaba mostrar en la escena internacional el grado de cultura que se había alcanzado en la región. Esta colección tomó fuerza en la década de 1930, cuando Mistral se encontraba en Madrid, por lo que en varias ocasiones se le hizo difícil asistir a las reuniones, nombrando como suplente a Palma Guillén. Mistral siguió involucrada, interviniendo en temas polémicos, como la selección de autores, textos, traductores y los requerimien-

15 BNCH-AE, Carta de Lucila Godoy a Pedro Aguirre Cerda, La Serena, 07/12/1925. El asunto de la jubilación se había planteado a Aguirre desde principios de 1923 y fue una constante entre sus cartas hasta fines de 1925, cuando al parecer se formalizó (Tagle, 2002: 327).

16 BNCH-AE, Carta de Lucila Godoy a Pedro Aguirre, Fontainbleu, 23/12/1926.

tos de financiamiento a los gobiernos. Pese a las numerosas dificultades económicas, la colección publicó finalmente doce volúmenes (Pita González, 2019).

Poco después se nombró a Mistral miembro del Consejo de Administración del Instituto Internacional de Cine Educativo, que se creó en 1928 en Roma a instancias del gobierno de Benito Mussolini y con el apoyo de la Sociedad de Naciones. El objetivo de la entidad era incluir al cine como un medio para el estudio científico y la enseñanza universitaria y contrarrestar el efecto de propaganda política que influía en los jóvenes. El instituto funcionaría como un centro de información sobre problemas que aquejaban al cine, permitiendo el intercambio y la difusión de films que de algún modo fueran educativos y compartieran el espíritu de cooperación internacional (Pita González, 2014: 50-52). El objetivo de incorporar a Mistral era constituir un comité pro cinematografía hispanoamericana a fin de interesar a los gobiernos para que apoyaran económicamente la realización de películas educativas (Herrera, 2008: 252-254).

Guillén, por su parte, consiguió que el gobierno mexicano la nombrara su representante en el mismo instituto, cargo que duró aproximadamente dos años, entre 1930 y 1932 (Pompa Alcalá, 2019: 152). Vivieron en Provenza, Francia, con Yin Yin, sobrino de Mistral al que criaron entre las dos, compartiendo legalmente la responsabilidad, en carácter de hijo adoptivo (López Pérez, 2019: 158-161). Viajaban frecuentemente a París, a Ginebra y a Roma para asistir a reuniones de trabajo. Se mudaron varias veces, siempre intentando vivir en pueblitos de Francia y luego de Italia (Alba, 1957: 92).

A fines de 1929 el gobierno de Chile suspendió por seis meses la pensión de maestra que recibía Mistral, y ese mismo año murió su madre. Guillén se trasladó a Suiza con Yin Yin y Mistral al norte de Italia, donde vivió precariamente hasta ser rescatada por el diplomático chileno Carlos Errázuriz y su esposa, Carmela Echenique. Ese año, ante su frágil situación económica, la chilena viajó a Estados Unidos para dar cursos y conferencias. Estuvo en el país por casi dos años, mientras escribió para numerosos periódicos y revistas de todo el continente, a fin de tener medios para subsistir. Desde ese país visitó América Latina: en 1931 fue a Puerto Rico, Santo Domingo, Cuba, Panamá, El Salvador, Costa Rica y Guatemala (Horan y Meyer, 2003: 320-321). En Guatemala le escribió a Pedro Aguirre contándole de sus pesares económicos, y este le contestó que estaba gestionando una compensación efectiva del gobierno. Una vez más, su compatriota logró asistirla y se extendió su nombramiento. Le hizo saber, además, que contaba con él y su esposa para ayudarla y acompañarla.[17]

En estas condiciones, Mistral regresó a Europa en 1932. Recogió a Yin Yin y se trasladó a Nápoles para asumir como cónsul particular de Elecciones de Chile, cargo diplomático que había sido otorgado por el presidente (Wilkins, 2015: 115-116; Quezada, 2013: 22). No pudo ejercer esta función porque el gobierno italiano no aceptó sus credenciales argumentando que no se aceptaba a mujeres en esos cargos. Un amigo de Mistral supo que, en realidad, le negaban el reconocimiento porque sospechaban que era socialista. Esto le generó nuevos problemas económicos. Partió a Puerto Rico

17 BNCH-AE, Carta de Pedro Aguirre a Lucila Godoy, Santiago, 12/05/1932.

y Estados Unidos, pues no quería aceptar la ayuda de Guillén. Pidió a su amigo Pedro Aguirre ayuda para que Chile la nombrara en cualquier otro consulado.[18]

La necesidad de Mistral de buscar constantemente ingresos a través del oficio de escritora, de conferencista y maestra, dan cuenta de una vida alejada del glamour asociado a la diplomacia. Quizás las mujeres que se aventuraron en esta travesía no gozaban de una situación estable. Lo mismo aplica para el caso de Guillén: primero participó con roles informales como colaboradora de Mistral en las instancias de cooperación de París y Roma. En ambos casos se constata, además, el peso de los vínculos personales con figuras públicas masculinas de los países de origen a la hora de obtener nombramientos. Ante las dificultades, Guillén regresó a México en 1932 para retomar sus clases como maestra en la Escuela Nacional Preparatoria, pero renunció poco después al tener problemas con el alumnado. Posteriormente fue nombrada jefe del Departamento de Enseñanza Secundaria. Renunció en 1934 y regresó a Europa (Pompa Alcalá, 2019: 152).

En 1933 Mistral estuvo seis meses en Puerto Rico, donde impartió dos cursos de Literatura Hispanoamericana en la universidad. En años anteriores había mantenido correspondencia con Andreu de Aguilar, miembro de la Junta de Síndicos de la Universidad de Puerto Rico, y había realizado una visita formal en 1931. Ese año, por indicación de Pedro Albizu Campos, recorrió la isla junto a Inés María Mendoza, viaje al que le dedicó el texto "Elogio de las Antillas" (Morales, 2010: 73). Durante su estadía se relacionó con otros intelectuales de la "Generación del Treinta". Conoció a Margot Arce y a Consuelo Saleva, quienes luego la acompañaron en diversos destinos. Su estancia culminó con una conferencia cuando le otorgaron el Doctorado Honoris Causa y la declararon "hija adoptiva" de ese país (Morales, 2010: 73).

En julio de 1933, tras ser nombrada cónsul en Madrid y Mistral viajó a Europa. El cargo era honorario, por lo que subsistió enviando escritos a varios periódicos y revistas del continente americano. Se instaló en un piso de la avenida Menéndez Pelayo, cerca del Retiro, pero la vida en esa ciudad era costosa, y sus vínculos se limitaban a un pequeño grupo de personas. El círculo de García Lorca, Miguel Hernández, Alberti y otros reconocidos escritores se reunían con frecuencia con Pablo Neruda, pero no con Mistral. Frecuentaba ocasionalmente a "las mujeres del Lyceum Club Femenino, Carmen Conde, su marido, Antonio Olivier Belmás, Consuelo Bergés, Concha Zardoya, Benjamín Jarnés, el canciller de la embajada y también poeta Luis Enrique Délano, Guillermo de Torre, Clemencia Miró y Victoria Kent" (Caballé, 1993: 234). El trabajo del consulado era arduo y la situación política y social se tornaba intensa. Mistral se quejó ante su amigo Pedro Aguirre: "no tengo tiempo ni para escribir cartas". Le pidió que negociara con Relaciones Exteriores de Chile un enroque con Pablo Neruda, quien trabajaba de cónsul en Barcelona, pero vivía en Madrid.[19] La solicitud no tuvo respuesta.

18 BNCH-AE, Carta de Gabriela Mistral a Pedro Aguirre, Cavi di Lavagna, Génova, 03/11/1932.

19 BNCH-AE, Carta de Gabriela Mistral a Pedro Aguirre, Madrid, 12/10/1934.

A fines de 1934, Guillén había sido nombrada Enviada Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México en Colombia, puesto importante en su carrera diplomática. Preocupada por la situación de Mistral en España, envió un telegrama a Pedro Aguirre para decirle que quería llevarla a Colombia, pero que ella se negaba porque esperaba de Chile un nombramiento mejor. Tremenda desilusión se llevó cuando vio la lista de los nuevos nombramientos: recaían sobre apellidos ilustres que, desde su perspectiva, seguían marcado el ritmo de la vida pública chilena. Mistral recibió otra mala noticia: se le suspendía la jubilación, por lo que tuvo que aceptar la orientación económica de Guillén mientras lograba trasladarse a algún pueblo de España o a Portugal donde los alquileres fueran más baratos.[20]

Antes de su partida, Palma y Mistral aceptaron la invitación del gobierno de Portugal para unirse a la visita de un grupo de intelectuales en las navidades de 1934. Entre los miembros del grupo estaban el español Miguel de Unamuno, el belga Maurice Maeterlinck y el alsaciano Ernst-Robert Curtius. El viaje fue importante para la chilena, que dedicó dos "recados" para expresar sus impresiones sobre la estadía. Su atracción por este país le sirvió para olvidar sus pesares en Madrid. Encontró allí refugio, y regresó poco después de vacaciones a un balneario en Estoril en junio de 1935 (Horan, 2009b: 16-18).

Mistral se mudó a las afueras de Madrid, pero mantuvo el anhelo de trasladarse a Portugal y conseguir una promoción laboral. Para ayudarla, catorce intelectuales europeos enviaron un telegrama al presidente de Chile para solicitarle que se la ascendiera como cónsul de carrera. Mientras tanto, Neruda, como cónsul general de Chile en Barcelona, solicitaba a sus superiores se reanudara el pago de jubilación a su compatriota. La propuesta tuvo éxito y en 1935 Mistral fue nombrada como cónsul de segunda clase de manera vitalicia con goce de sueldo (Wilkins, 2015: 120). En tono irónico, comentó Mistral: "a los 46 años de edad, es decir, después de una vida entera dada, de cerca o de lejos, a la cultura del país, tengo un cargo de cónsul de segunda clase" (citado en Quezada, 2013: 25).

Poco después la situación de Mistral cambió drásticamente. Se publicó una carta privada que había enviado a Armando Donoso, en la que presentaba a los españoles de una manera dura y crítica. La publicación de la misiva generó una reacción inmediata entre los miembros de la colectividad española en Chile. Pronto recibió un oficio fechado el 11 de octubre de 1935, en el cual se le exigía abandonara el país en un plazo no mayor a 48 horas para trasladarse a Lisboa como cónsul de segunda clase. Como aclaraba el oficio, no tendría una oficina consular, sino que se dedicaría a hacer propaganda para el país (Wilkins, 2015: 121; Horan, 2009a: 404-407; Caballé, 1993: 240-241). Mistral dejó España con dolor y resentimiento.

Desde su estadía en Madrid, Mistral escribió varios "recados", ensayos en los que se explayaba como escritora, expresaba sus convicciones, recomendaciones y críticas. Tenían tono biográfico y se referían a pensadores, artistas y maestros que admiraba.

20 BNCH-AE, Carta de Gabriela Mistral a Pedro Aguirre, Madrid, 17/02/1934.

Eran diferentes a los artículos breves que enviaba a diarios y revistas para subsistir (De Arrigotia, 1989: 281). En una coyuntura en la que Guillén, en Colombia, enfrentó algunos problemas con los opositores del gobierno, Mistral le dedicó "Recado sobre la primera diplomática hispano-americana: Palma Guillén", publicado en *El Tiempo* de Bogotá, para darle su respaldo.[21] El texto daba cuenta del lugar de nacimiento de Guillén, de su carrera y de lo que Mistral denominó "patriotismo y feminismo". Describía los paisajes mexicanos en los que habían nacido hombres y mujeres prominentes, como su amiga, a quien presentaba como una "niña prodigio". También dio cuenta de su carrera educativa, de la cercanía con Vasconcelos y de su rol en la educación mexicana. La exaltación proseguía al representarla como una patriota ejemplar, no solo en el plano de las ideas sino en el de las acciones. En este punto, se permitió relatar un pasaje de su vida cotidiana y destacar que en cada una de sus casas –en Italia, Francia, España– su amiga se encargaba de mantener vivas las costumbres mexicanas. Por último, reivindicó su feminismo en tanto "mujer de forja nueva y de peligrosos fuegos", su compromiso con el sufragio y con la "formación moral de las mujeres para sus responsabilidades políticas".[22]

El período que se extendió de 1932 a 1935 fue ambivalente en las trayectorias de Mistral y Guillén. Por un lado, estuvo atravesado por desencuentros y penurias económicas, pero ambas lograron nombramientos oficiales en los servicios exteriores de sus países. Las designaciones no significaron un cambio en sus finanzas, pero les permitieron formar parte de círculos de la vida diplomática reconocidos oficialmente. Mistral se instaló en Portugal en noviembre de 1935, donde tuvo una vida tranquila junto a Yin Yin y dos asistentes editoriales y secretarias, las puertorriqueñas Margot Arce y Consuelo Saleva. Desde su nuevo destino, le escribió al presidente mexicano Lázaro Cárdenas para felicitarlo por sus reformas sociales en el plano educativo y le solicitó que trasladara a Palma Guillén a Europa porque, dadas sus experiencias en el viejo continente, podría ser valiosa para la difusión de los "valores mexicanos". Antes de enviar la carta se enteró de que el presidente había trasladado a Guillén a Dinamarca, por lo que modificó la misiva para aplaudir y agradecer la decisión. Estaba segura de que, en los países nórdicos, donde la mujer se había liberado, Guillén podría hacer una "labor realista y sana" en nombre mexicano y sus intereses y en los "de la mujer de nuestra raza en general".[23]

Durante su estancia en Portugal, entre noviembre de 1935 y mayo de 1937, Mistral escribió bastante y se rodeó de escritores y artistas. Al estallar la Guerra Civil en España, se involucró para ayudar a algunos españoles a exiliarse junto con los mexicanos Alfonso Reyes –embajador de México en Argentina–, Daniel y Emma Cosío Villegas –que estaban en Lisboa–, Pedro de Alba –a la sazón en el consulado del sur de Francia– y Palma Guillén, desde Dinamarca. El presidente de México había dado

21 BNCH-AE, "Palma Guillén, ministro de México en Colombia. Especial para el tiempo", S.F.

22 DE BNCH-AE, "Palma Guillén, ministro de México en Colombia. Especial para el tiempo", S.F.

23 BNCH-AE, Carta de Gabriela Mistral a Lázaro Cárdenas, Lisboa, 23/06/1936.

instrucciones para trasladar a intelectuales que estuvieran en peligro, por lo que cada uno de ellos ayudó, de una u otra manera, a gestionar el traslado de Madrid a México o a Buenos Aires. Por esta actividad, Mistral y Cosío Villegas fueron vigilados por el gobierno de Salazar.

Otra amistad relevante en esta red de solidaridad fue la argentina Victoria Ocampo. Con ella gestionó una operación para trasladar a la hermana de Ramiro de Maeztu –quien las había presentado en Madrid en 1934– y a la artista Maruja Mallo. Ambas se dirigieron a Buenos Aires, vía Portugal, donde estuvieron en casa de Mistral por un tiempo. También ayudó a liberar a Tomás Navarro Tomás, director de la Biblioteca Nacional, para lo cual solicitó la ayuda de personas con las que tenía diferencias o estaba distanciada, como Amanda Labarca (Horan, 2009a: 418-421, Horan, 2009 b: 26).

La vigilancia no preocupó a Mistral, pero sí las diferencias que tuvo con el encargado de negocios de Chile en Lisboa, Carlos Azócar, quien no le había permitido dar conferencias ni escribir para periódicos locales. Con estas restricciones, Mistral se limitó a publicar para algunos periódicos del continente americano. Buscando mayor libertad, solicitó ser trasladada a Oporto como cónsul, pero Azócar decidió no avalarla argumentando que el gobierno no aceptaría a una mujer en dicho puesto. La información resultó falsa. Mistral preguntó a varios amigos europeos y supo que el país no tenía ningún problema con su nombramiento. Le ofrecieron, en cambio, trasladarse a Guatemala como cónsul general y encargada de negocios. En estas circunstancias, le escribió a su amigo Pedro Aguirre destacando que no tenía mayores ambiciones y que solo necesitaba los nombramientos para no tener que subsistir con el envío constante de textos breves a periódicos y revistas. Aceptó ir a Guatemala sin mayor entusiasmo, porque Portugal había significado un "reparo y refugio al aire tremendo de eso que llaman diplomacia". Antes del traslado, empero, pedía que se averiguara si con su sueldo podría vivir y sostener el consulado en aquel país (Mistral, 1977: 203-205). El traslado naufragó y ella permaneció más tiempo en Lisboa, pero decidió mantener una gira proyectada por América, donde pensaba visitar Perú, Colombia, Brasil, Venezuela y tal vez, Estados Unidos. Advirtió a su amigo Aguirre que lo mejor sería que nombraran a un "hombre propagandista" ya que ella era "una mujer que no alcanza a ser una modesta sufragista". Le comentó también otra preocupación: la nueva reglamentación obligaba a los cónsules a regresar a su país después de cuatro años en el extranjero, pero ella no quería hacerlo porque la prensa chilena la había atacado fuertemente a raíz del escándalo de Madrid. Pidió que al menos dejaran pasar otro año para que hubiera más calma (Mistral, 1977: 209).

Sin embargo, sus días en Lisboa estaban contados, porque había personas interesadas en que no estuviera en ese país.[24] Su partida no fue tan sencilla, intercedieron sus amigos mexicanos interesados en retenerla en Europa, no solo por la amistad que cultivaban, sino por su participación en la red de apoyo para los exiliados. Mistral logró postergar un par de meses el comienzo de su gira en Brasil al ser nombrada miembro

24 Al parecer el ministro de Hacienda de Chile, Gustavo Ross, necesitaba a alguien que facilitara los negocios de salitre en Portugal, así como la venta de armas que estaba enviando a Franco. Ross buscaba acceder a la presidencia de su país, lo que era apoyado por los empresarios del cobre y el salitre. Las negociaciones entre Franco y Ross implicaban que se tenía que ingresar por Portugal, pero Mistral dejó en claro que "no trabajaría por ellos" (Horan, 2009b: 28-30).

del Comité de Letras y Artes, dependiente de del IICI, en 1936.[25] Se despidió de Lisboa en mayo de 1937, cuando viajó junto a Daniel y Emma Cosío Villegas a París. Prosiguió viaje con la segunda hacia Copenhague para visitar a su sobrino, que estaba con Guillén en esta ciudad. Luego regresó a París para participar de varios eventos del IICI (Horan y Meyer, 2003: 425, 427; Horan 2009b: 34).

Si se repasan las experiencias hasta aquí narradas, se plantea una aparente contradicción: Mistral se presentó, una y otra vez, en la correspondencia como una mujer sin ambiciones. Pero negoció en varias ocasiones para obtener cargos y mejorar sus condiciones salariales. Consideró la diplomacia como un espacio con un "aire tremendo", contrario a la paz y serenidad que buscaba para su vida, pero una y otra vez solicitó y ocupó cargos oficiales del servicio exterior. Entre estas tensiones transcurrieron estos años en los que, a la vez, se desempeñaba como escritora, embajadora cultural y diplomática. Su vida estuvo signada por cambios de ciudad, mudanzas y distanciamiento de sus seres queridos. Así y todo, no le restó tiempo y compromiso a las redes de solidaridad con los intelectuales exiliados.

Mistral, Ocampo y Romero. Entre la amistad y los organismos internacionales

El viaje de Mistral a Brasil se concretó en 1937, y permaneció allí seis meses. Luego viajó a Montevideo, donde se quedó un mes, y desde allí a Argentina y Chile. Antes de embarcar, la sacudió la noticia del arribo a México de quinientos niños españoles exiliados. Escribió a su amiga Victoria Ocampo, para proponerle que la editorial Sur publicara un libro suyo para donar el dinero de su venta a estos niños. Ocampo aceptó y en agradecimiento, Mistral promovió la revista y editorial en el tour que realizó visitando varios países del continente. Mientras estaba en Chile obtuvo la presidencia su entrañable amigo Pedro Aguirre Cerda, lo que le permitió aspirar a ser nombrada cónsul de Niza, Francia, para estar más cerca de Guillén y ocuparse de las actividades de cooperación intelectual (Horan, 2009b: 36-37).

Se estableció un tiempo en Buenos Aires en la casa de Ocampo. Existía entre ellas poca diferencia de edad, pero numerosas distancias en cuanto a la formación y el estatus económico. Ocampo provenía de una familia con una vida holgada. Contaba con una educación cosmopolita: aprendió varios idiomas, viajó en reiteradas ocasiones a Europa y gozó de una independencia económica que le permitió utilizar su fortuna familiar en el emprendimiento editorial de *Sur*. Compartieron, empero, su amor por la poesía y su interés por crear puentes entre el viejo y el nuevo mundo. Ambas se reconocieron como americanas, como criollas y como viajeras, por lo que compartieron un sentido de identidad y entablaron una amistad basada en afinidades (Horan y Meyer, 2003).

La correspondencia entre ambas había iniciado años antes, en 1926, cuando Mistral se encontraba, de camino a París, en Buenos Aires. Ocampo le envió flores a su hotel, atención que retribuyó Mistral años después cuando se enteró de que la argentina estaba en París, por lo que la invitó a visitarla en el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual. Con ese envío, la chilena le comentaba que estaba aburrida

25 BNCH-AE, Carta de Gabriela Mistral a Paul Valery, Lisboa 01/09/ 1936 y Carta de Gabriela Mistral a Montenach, Lisboa, 19/09/1936.

con tanto papeleo y que la admiraba desde hacía años. También que ese año en Madrid, con su común amiga, María de Maeztu, la habían recordado. Años más tarde se conocieron en persona en en la capital española.[26]

Poco después, durante la residencia en Portugal de Mistral, coordinaron las acciones que permitieron que María de Maeztu y Maruja Mallo salieran de España. En septiembre de 1936 intercambiaron cartas a razón del XIV Congreso de los PEN Clubs que se desarrollaban en Buenos Aires, importante evento que reunió a un buen número de intelectuales europeos y americanos (Manzoni, 2005: 10). Aprovechando que en él se encontrarían representantes europeos de cooperación intelectual, Mistral le aconsejó a Ocampo acercarse a la esposa del presidente del IICI de París, George Duhamel, y a otros funcionarios como Dominique Braga (Horan y Meyer, 2003: 40-42).

La estadía de Mistral en la casa de Victoria, en Mar del Plata, finalizó porque debía regresar a París para las reuniones del Comité de Artes y Letras presidido por Paul Valery. Posteriormente, regresó a América Latina para participar en actos oficiales y homenajes, visitando Chile por segunda ocasión desde su partida en 1922. A los pocos meses de asumir como presidente su amigo Pedro Aguirre Cerda, este la nombró, en agosto de 1939, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante los gobiernos de América Central, cargo que Mistral agradeció, pero no aceptó, aduciendo cuestiones de salud (Quezada, 2013: 28). Se dirigió a Perú para dictar algunas conferencias. Luego se dirigió a Cuba y a Estados Unidos, donde a inicios de 1939 dictó una serie de conferencias como invitada de la Unión Panamericana. La persona encargada de atenderla fue la mexicana Concha Romero, quien para fines de la década de 1930 había realizado una próspera carrera en la mencionada entidad. Había ingresado en 1933 en la División de Cooperación Intelectual, creada en 1929, como un enlace entre los países del continente americano y con el objetivo de aminorar las numerosas tensiones políticas en la región. El papel de esta división fue crucial porque vinculaba, por una parte, la relación entre los países americanos y, por otra, intermediaba entre ellos y distintas instancias europeas (Dumond, 2012).

Concha Romero asumió primero como subjefe de la mencionada división. Ascendió a jefa en 1935 y ocupó el cargo por largo tiempo.[27] Operativizó su red de contactos para promover a artistas e intelectuales de América Latina en el país del Norte. Su incorporación y la de otro mexicano, Pedro de Alba –como subdirector de la Unión–, fue parte de una estrategia para posicionar a México en la Unión Panamericana (Carrillo Reveles, 2019: 284 y 289). Esta incorporación fue armónica porque la postura de Concha coincidía con la del director de la Unión, Leo S. Rowe, quien durante su larga gestión (1920-1946) promovió una cooperación intelectual entre las Américas, bajo el

26 Algunos autores señalan que el encuentro fue en diciembre de 1934 (Horan y Meyer, 2003: 6) y otros lo datan en 1930 (Goic, 2010: 3).

27 Según su obituario ocupó este cargo hasta 1952, pero por las cartas con Gabriela Mistral y Alfonso Reyes se sabe que fue obligada a renunciar en 1950. Véase *The Washington Post*, 08/02/1987; y las siguientes cartas: Capilla Alfonsina, Carta de Concha Romero a Alfonso Reyes, Washington, 06/06/1950; BNCH-AE, Carta de Concha Romero James a Gabriela Mistral, París, 06/03/1951.

argumento de que sus países compartían objetivos regionales como la paz y la solidaridad hemisférica. Esta "idea imperial" era, según han argumentado algunos especialistas, una nueva forma de consolidar la hegemonía de Estados Unidos (Salvatore, 2007).

Bajo la gestión de la división, Romero tejió una red de relaciones con numerosos colegas de América Latina, entre los que se destacaron Alfonso Reyes, Mariano Picón Salas y Gabriela Mistral. También con líderes de movimientos feministas y activistas de la paz internacional. Para ello se dedicó a crear una base de datos, con casi cinco mil fichas de contactos que pensaba que servirían como enlaces culturales entre países de América Latina. Incluía a escritores, educadores, estudiantes, directores de museos, científicos, agentes editoriales y periodistas. Seguramente a varios los contactó para que publicaran algunos de los emprendimientos editoriales que encabezó, como *Educational Trends in Latin America*, *Lectura para Maestros* –en español y portugués–, *Correo* y *Puntos de Vista*. Para Romero, fomentar la cooperación intelectual americana era de vital importancia para superar los nacionalismos provincialistas a través del conocimiento de las otras culturas hermanas (Pita González, 2014). Por todo esto no es extraño que, para 1938, la presentaran como "una de las mexicanas que ha conquistado una posición relevante en el extranjero […] quien desdobla los tesoros de su fervor femenino y material hacia todas las vertientes de la verdadera solidaridad americana".[28]

En sus memorias, la argentina María Rosa Olivier recordaba a Concha Romero como una mujer "de irresistible simpatía, regordeta, risueña y rápida, unos anteojos de lentes gruesos achicaban los ojos vivaces de esta mexicana con esponjosa melena gris y tez muy clara" (citado en Fox, 2013: 8-9). Oliver también recordaba su aptitud para la diplomacia al organizar reuniones en su casa para tratar asuntos políticos delicados que debían ser resueltos de manera urgente. Como anfitriona, siempre mostraba serenidad y evitaba las discordias. Las actividades culturales que fomentó desde la Unión Panamericana intentaban generar espacios de diálogo e intercambio (Cramer y Prutsch, 2012: 18-19; Fox, 2013: 48-53).[29]

Una vez que Romero recibió a Mistral en Washington en 1939, participó en varias actividades. La Unión Panamericana fue sede de una reunión organizada por la embajada de Chile para escuchar a la "ilustre viajera que en sus vacaciones consulares hace de embajadora intelectual".[30] Allí Mistral leyó su trabajo sobre geografía humana de Chile y tras cuarenta minutos de lectura, habló sobre dos poesías suyas, "Osorno" y "Salto del Laja". La noche anterior, se había reunido en una librería para conversar con señoras aficionadas a la poesía que deseaban conocerla. Al terminar les dijo a todos: "vámonos a casa de Concha", que estaba al lado de la librería. Otro encuentro tuvo lugar en el estudio de su amigo mexicano Pedro de Alba, quien había dejado su

28 *La Prensa*, 29/10/1938; *La Nueva Democracia*, 01/10/1938.

29 Olivier trabajó en Washington como consultora de la Oficina de Asuntos Inter Americanos, dirigid por Nelson Rockefeller, entre 1940 y 1946, para aumentar el intercambio hemisférico y contrarrestar la influencia del fascismo en América Latina (Fox, 2013: 52-53).

30 *Correo de la Oficina de Cooperación Intelectual*, n.º 15-22, p. 8.

cargo en Europa para asumir como subdirector de la Unión Panamericana desde 1936, donde un círculo íntimo de amigos la escuchó.[31]

Al terminar su estadía Mistral regresó a Europa, junto con Victoria Ocampo y Consuelo Saleva, para hacerse cargo del consulado en Niza. Desde allí viajó a París para participar en las actividades de Cooperación intelectual. El IICI y sus dinámicas habían sido objeto de intercambios con Ocampo anteriormente, y se convirtió en un tema central en mayo de 1939 cuando la argentina fue designada miembro del Comité Internacional de Cooperación Intelectual con sede en Ginebra. Al enterarse, Mistral le escribió una larga carta para darle opiniones sobre el instituto y el comité. Sobre los altos funcionarios de estas entidades le brindó un diagnóstico claro y directo: "el hombre santo en este Instituto de Babel conocido como la Sociedad de Naciones es Bonnet. Braga es un político, hombre con motivos ulteriores, yo creo. No soy capaz de hablar con él por más de un cuarto de hora. Ellos me contaron que Reynolds va a reemplazar a Montenach (en la presidencia del Comité de Cooperación Intelectual). Él es un conde, muy piadoso, refinado e insípido" (Horan y Meyer, 2003: 96).

Señalándole la tensión que existía entre las jerarquías al interior de los ámbitos de cooperación intelectual, Mistral le aclaró a Ocampo que el comité al que había sido convocada estaba por encima del instituto, y más aun del área de Letras y Artes, donde ella se desempeñaba. Remataba señalando que ninguno de estos espacios había hecho algo por América Latina y que ella, con la colección iberoamericana, se había preocupado por esto, pero que había tenido que enfrentar problemas serios de financiamiento y otras trabas. Ocampo, tras ser nombrada, recibió duras críticas del secretario del Comité Argentino de Cooperación Intelectual, Antonio Aita. Ante las tensiones, Mistral le recordó su absoluta lealtad y le pidió que le avisara si había algo que pudiera hacer para limpiar su nombre. Le aconsejó que no renunciara, porque eso sería darle una satisfacción a Aita. Comparó su situación la suya propia con el Comité Chileno de Cooperación Intelectual, aunque reconoció que existían grandes diferencias entre Aita y Doña Amanda Labarca, presidenta del Comité: el primero solo escribía y firmaba cartas, mientras que Amanda "trabaja como una mula, porque ella está sola, pero ambos son criollos locales". Recurrió a Unamuno para recordarle que en esas personas "la fuerza de la envidia es tan grande como el instinto de preservación". Al parecer los rumores contra Victoria prosiguieron, por lo que dos meses después Mistral le escribió de nuevo para incentivarla a dar unas lecturas en París y Londres, con lo que, a su juicio, "realmente cerraría la boca de los que nunca hacen bien aquí". Para asegurar el éxito de estas lecturas, le pidió que se contactara con el profesor Entwistle en Oxford, quien podía ayudar en la organización (citas textuales en Horan y Meyer, 2003: 96-99).

Pese a que este período fue de grandes desenlaces acompasados por el inicio la Segunda Guerra Mundial, Mistral, Palma y Ocampo lograron reencontrarse en más de una ocasión en Europa gracias a su vinculación con distintos niveles de las entidades de cooperación intelectual. A nivel regional, por su parte, Romero se destacó como mediadora cultural, lo que da algunos indicios sobre su capacidad personal y sobre

31 *El Mercurio*, 02/06/1939.

los ritmos de la diplomacia cultural y sus ámbitos, que parecían más accesible para la participación de mujeres que la diplomacia estatal formal.

Mistral y Romero. Mujeres de la diplomacia cultural interamericana

París fue invadida por los alemanes en 1940, por lo que el IICI dejó de operar hasta 1945. Se propuso crear un centro similar en La Habana mientras durase la guerra, pero la iniciativa no prosperó (Pita González, 2021). Ante el avance de la guerra, Guillén solicitó regresar a México en 1939, y fue autorizada un año después, pero el viaje se concretó en 1942, porque antes se le encargó instalar una oficina consular en la ciudad suiza de Berna. En México sirvió como Consejera de Relaciones Exteriores, pero en 1943 se trasladó a Cuba, donde residió por algún tiempo (Pompa Alcalá, 2019: 155; Huck, 1999: 163; Adame, 2017: 102-103).

Mistral accedió trasladarse a Brasil en 1940, en compañía de su secretaria Consuelo Saleva y de su sobrino Yin Yin. Se instaló primero en el Consulado de Niterói, y al año siguiente a Petrópolis, donde residió hasta 1945. Los primeros años fueron tranquilos porque pudo dedicarse a escribir, pero los últimos fueron caóticos. Mistral entristeció profundamente debido a la trágica muerte de su amigo Stefan Zweig, quien se suicidó junto a su familia en 1942; apenas un año después se quitó la vida su sobrino Yin Yin. Esto hizo que se aislara más de la vida diplomática. Al excusarse con el embajador de Chile en Brasil por no haber asistido a una invitación que le hizo, le comentó que estaba sola –Consuelo Saleva se había retirado para curarse de una anemia perniciosa y luego decidió aceptar un trabajo en la embajada americana– y le aclaró que ella no era como los demás funcionarios de la diplomacia pues era un "un ser bastante solitario", que había sabido mantenerse en ese ambiente "por puro acatamiento de sus obligaciones". Por ello, le pedía que la dejaran tranquila y que la excusaran de ciertos eventos.[32]

En 1945 Mistral recibió la noticia de que había sido galardonada con el Premio Nobel de Literatura, por lo que viajó a Suecia. El hecho generó honores y reconocimientos en varios países. En Chile, para festejar el día de la mujer panamericana, la Federación Chilena de Instituciones Femeninas le rindió homenaje como literata e impulsora del panamericanismo (Pernet, 2000: 686). El premio generó nuevas inquietudes y rumores. En una carta confidencial dirigida a Guillén, a Carlos Errazuriz (en Santiago), y a la señora de Góes Monteiro (en Río), ella pidió ayuda para destrabar un asunto delicado antes de su inevitable traslado a Estados Unidos: el rey de Suecia había declarado a un diario que había cobrado la suma de 43 mil dólares, pero ella contaba con la orden del banco por 27 mil dólares. Les recordaba que, desde la muerte de Yin Yin, su memoria tenía "grandes vacíos, espantosos vacíos". Y culpó a Guillén por no haberla acompañado a Suecia a recibir el galardón: "Palma no se sacrificó acompañándome a Europa. Ella misma se ha engañado creyendo que yo puedo viajar sola […] Ojalá esta experiencia tremenda le haga abrir los ojos".[33]

32 BNCH-AE, Carta de Gabriela Mistral a Gabriel González Videla, ¿Petrópolis?, 19/07/¿1946?.

33 BNCH-AE, Carta de Gabriela Mistral a Carlos Errazuriz, Sra. Goes Monteiro y Pama Guillén, s.f.

Luego de estos acontecimientos Mistral viajó a Estados Unidos, mientras Guillén se trasladó a Brasil para vender las propiedades de su amiga en Petrópolis (García-Gorena, 2018:12). El estado emocional de la chilena no era bueno. Mientras estaba en Washington recibió la visita de su amiga Ocampo –que regresaba a Europa invitada por Gran Bretaña a atender los juicios de Nuremberg–, a quien le confió que se comunicaba con el espíritu de Yin Yin (Horan y Mayer, 2003: 326). Poco después fue invitada por la esposa del presidente de Estados Unidos, Eleonor Roosevelt, a dictar una serie de conferencias en el Barnard Collage en Nueva York. Allí conoció a la estudiante Doris Dana, quien le presentó una traducción del alemán que había realizado de la obra de Thomas Mann, al que ambas admiraban. Poco después Mistral se trasladó a Los Ángeles y desde allí a Santa Bárbara como Cónsul de Chile. Guillén la ayudó, a la distancia, a conseguir personal para que pudiera instalarse.[34]

Ya en California, Mistral le escribió a Dana para invitarla a su casa, y tras ese encuentro la joven estadounidense se convirtió en una gran compañía, salvo por algunas ausencias temporarias. Dana era de Nueva York, había nacido en 1920 en el seno de una familia aristocrática, ejerció un tiempo como profesora de la Universidad de Nueva York y elaboró un programa para la Alemania de posguerra (1945). Pero luego de conocer a Mistral su vida se reorganizó en torno a ella y, tras su muerte, devino su albacea (García-Gorena, 2018: 5).

Mientras estaba en California, Mistral retomó el contacto con Romero. Esta le escribió para comentarle sobre su trabajo en la Unión Panamericana y le habló de la pintora brasileña Djanira da Motta Silva, a quien se le había organizado una exposición en Washington; también le comentó la tristeza que la embarga tras la muerte de Leo S. Rowe, director general de la organización a quien había admirado por su labor.[35] En 1948, Romero le comentó a Mistral con entusiasmo los lineamientos de un proyecto que había emprendido para la UNESCO al colaborar con la United Nations Appeal For Children,[36] por lo que viajaba de Washington a Nueva York con frecuencia. El organismo esperaba reunir una gran cantidad de dinero para salvar a 460 millones de niños que estaban en condiciones de alto riesgo. Romero fue convocada para ayudar a formular planes que estimularan a los latinoamericanos a participar de la recaudación, y ella invitó a Mistral a sumarse: "tu voz, siempre dispuesta a levantarse a favor de las buenas causas, no puede faltar en este llamamiento". Estaba segura de que Mistral podría escribir uno de sus "hermosos recados" o "con ese genio que Dios te ha dado, pensar en algo igualmente maravilloso, que se podría trasmitir por radio y difundir al mismo tiempo por la prensa en toda la América Latina".[37]

---

34 BNCH-AE, Carta de Palma Guillén de Nicolau a Gabriel González Videla, México, 30/09/1946.

35 BNCH-AE, Carta de Concha Romero James a Gabriela Mistral, Washington, 30/01/1947.

36 Los únicos datos disponibles sobre este organismo señalan que dependía de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Al parecer se fundó en 1946 igual que el Fondo Internacional de Emergencia de las Naciones Unidas para la Infancia, UNICEF. Ambas parecen haber trabajado de manera cercana, como fondos complementarios, atacando problemas de carácter urgente para dar solución a la deploraba situación en que quedaron millones de niños al terminar la guerra.

37 BNCH-AE, Carta de Concha Romero James a Gabriela Mistral, Nueva York, 22/03/1948.

De regreso en Washington para asumir su trabajo en la Unión Panamericana, Romero le escribió a Mistral para agradecerle el envío de su libro *Tala*, que incluía una "linda dedicatoria". Había pensado que se verían en Caracas, en el seminario regional organizado por la UNESCO sobre los problemas educativos en América Latina. Sin embargo, Mistral no acudió a la reunión y esto disgustó al entorno intelectual comprometido con la organización. La que sí estuvo presente fue Guillén "y juntas, naturalmente, hicimos muy cariñosos recuerdos de nuestra Gabriela".

La carta que Romero envió a Mistral cerraba con un agradecimiento por la mencionada dedicatoria. Mistral le había hecho llegar dos versiones de un poema para ver cuál publicar, y Romero eligió la que se titulaba "Nacimiento de casa de palitos".[38] El poema en cuestión, conocido como "Nacimiento de una casa", fue publicado en *Lagar* (1954). No se modificó la dedicatoria a Concha Romero ni su contenido, que evocaba recuerdos californianos de la casa en la playa de Santa Bárbara.[39] Por lo demás, que esta amistad quedara plasmada en un poema no fue casualidad. Además de los múltiples intercambios de información, consejos y contactos, indispensables para mantenerse en la diplomacia, a Romero y a Mistral las unía la pasión por la literatura, espacio en el que resguardaban una forma de entender la identidad latinoamericana marcada por una sensibilidad compartida.

Los eventos hasta aquí narrados fueron trágicos en más de un sentido. Por una parte, el mundo entero sufría, de una u otra manera, los efectos de la Segunda Guerra Mundial. Por otra, los suicidios de seres queridos condujeron a Mistral a una tristeza profunda. Así y todo, mujeres que se habían conocido en un punto del mundo volvieron a coincidir en otro para emprender proyectos de proyección transnacional. Las redes que tejieron antes del conflicto bélico se mantuvieron y resignificaron permitiéndoles compartir, una y otra vez, proyectos, espacios y ámbitos de intercambio.

Gabriela Mistral y México. Amistades intelectuales y diplomacia

En una carta que Guillén le escribió a Mistral en 1947, intentaba convencerla de que sus amigos mexicanos pensaban que lo mejor para ella era trasladarse a este país para que la rodearan y cuidaran. Se comprometió a averiguar opciones y a hablar con el presidente para concretar el traslado.[40] El año anterior, Emma Cosío también le había escrito para decirle que toda la familia la extrañaba y la tenía muy presente. En la misiva le contaba que sus hijos estaban estudiando, que Daniel trabajaba muchísimo en el Fondo de Cultura Económica y que todos esperaban pronto ir a visitarla. Su recuerdo era compartido por la española Teresa Díez-Canedo, quien llevaba una gran pena por la muerte de su esposo, Enrique, y siempre la recordaba. Sobre otra gran amiga en común, "Palmita" le comentaba que pronto regresaría a México porque Nicolau estaba por llegar y los rumores señalaban que se casarían. Efectivamente, tras su regreso a México

38 BNCH-AE, Carta de Concha Romero James a Gabriela Mistral, Washington, 23/03/1948.

39 Puede leerse en: http://www.gabrielamistral.uchile.cl/poesia/lagar/jugarretas/naccasa.htmll

40 BNCH-AE, carta de Palma Guillén a Gabriela Mistral, México, 24/09/1947.

Guillén se casó, en 1946, con el diplomático catalán Luis Nicolau d'Olwer, a quien había conocido durante su estancia en Ginebra cuando este era representante de España.

Los deseos y los planes de los mexicanos se concretaron y Mistral se instaló en Xalapa, Veracruz, en noviembre de 1948. La acompañaron Doris Dana y Consuelo Saleva, pero no por mucho tiempo. Saleva, después de haber seguido a Mistral en distintos momentos por España, Portugal, Brasil, California y México, se distanció de ella a raíz de un desacuerdo monetario en torno a la casa de Santa Bárbara. Guillén tuvo que intervenir para solucionar legalmente el asunto, acusando a la puertorriqueña de realizar un chantaje sentimental a la chilena.[41]

Dana, por su parte, regresó a Nueva York por temporadas, lo cual generó desilusión y angustia a Mistral. Varias cartas dan muestras de la tristeza, la soledad y la preocupación que sentía por eso (Mistral, 2010 y 2015). Su estado de ánimo decayó y le confesó, con tono apesadumbrado, que su vida le parecía de "inutilidad absoluta" y que ya no tenía voluntad para leer o escribir.[42] Sus amistades mexicanas intentaron mitigar su decaimiento. Muchas personas le escribían, y su círculo cercano, compuesto por Palma Guillén, Alfonso Reyes, Emma y Daniel Cosío Villegas, la visitaba cada vez que podía. Otro mexicano interesado en que Mistral estuviera bien en México fue Jaime Torres Bodet, aquel joven que la había recibido junto con Guillén en 1922 y que ahora acumulaba varios cargos de importancia en la diplomacia y la política. Cuando Mistral llegó a México, le escribió para darle la bienvenida y prometió visitarla.[43]

Tras ser nombrado director general de la UNESCO, Torres escribió para agradecer la opinión que dio de él Mistral en una entrevista que salió publicada en la revista *Mañana*. Esperaba estar a la altura de la nueva responsabilidad, y contar con la ayuda de personalidades como la suya "que pueden (y permítame agregar: deben) hacer mucho por la obra de saneamiento moral que, en el fondo, es el objetivo máximo de la Unesco". Para ello buscaría difundir los ideales a través de "grupos selectos que deben servir de puente entre la Organización y los pueblos mismos", y le pedía que contribuya con cualquier aportación o sugiriéndole ideas al respecto.[44] Las cartas continuaron, al igual que las invitaciones de Torres para que Mistral se involucrara en la UNESCO, pero ella no aceptó el convite (Moraga, 2019: 80-82).

Concha Romero acompañó a Mistral a la distancia, a través de Reyes envió una carta en la que comunicaba que procuraría ir a visitarla el siguiente año, "pues francamente necesito el estímulo y la alegría que siempre se derivan de la conversación con gentes como tú, Alfonso y otros queridos amigos". Aprovechó para enviarle un ejemplar de la revista *Américas*, publicación de divulgación de la Unión Panamerica-

41 BNCH-AE, Carta de Palma Guillén a Consuelo Saleva, México, 16/06/1949.

42 BNCH-AE, Carta de Gabriela Mistral a Doris Dana, Xalapa, 06/05/1949.

43 BNCH-AE, Cartas de Jaime Torres Bodet a Gabriela Mistral, México, 11 y 15/11/1948.

44 BNCH-AE, Carta de Jaime Torres Bodet a Gabriela Mistral, París, 20/12/1948.

na dirigida a un público amplio y heterogéneo, solicitándole que enviara un artículo sobre el tema que ella quisiera.[45]

Pese a este conjunto de voluntades y expresiones de afecto y reconocimiento, la primera Navidad se acercaba y Reyes se preocupaba porque les resultaría imposible viajar a Xalapa. En un intento por disminuir la distancia, el mexicano habló con el encargado del hotel Chulavista de Cuernavaca y este invitó a Mistral a vivir en dicho hotel de manera gratuita para que estuviera más cerca de sus amigos.[46] Mistral no se mudó a Cuernavaca como sugirió Reyes, ni se trasladó temporalmente a México para ser atendida por un cardiólogo, pese a la insistencia de Guillén. Tras el fracaso de estas iniciativas, y preocupada por la soledad en la que estaba, Guillén le escribió a Dana para solicitarle que regresara a México.[47] Mistral también se lo había pedido en diversas cartas, pero la neoyorkina recién regresó a Xalapa a inicios de 1950 y por poco tiempo, por lo que la Guillén y Emma Cosío intentaron viajar para hacerle compañía.

Palma Guillén y Doris Dana en México (entre 1948 y 1950)

Fuente: Archivo del Escritor, Colección Biblioteca Nacional de Chile
http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/623/w3-article-588104

45 BNCH-AE, Carta de Concha Romero James a Gabriela Mistral, Washington, 19/12/1949.

46 BNCH-AE, Carta de Alfonso Reyes a Gabriela Mistral, México, 18/12/1948.

47 BNCH-AE, Carta de Palma Guillén a Doris Dana, Mocambo, 26/12/1949.

Gabriela Mistral y Doris Dana en Italia (1951 o 1952)

Fuente: Archivo del Escritor, Colección Biblioteca Nacional de Chile
http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/623/w3-article-351253

Es innegable que los amigos mexicanos de Mistral le ofrecieron una red de contención y afecto en los años transcurridos entre 1946 y 1950. Mistral era recibida como amiga del país, no como diplomática. Sus vínculos fuertes estuvieron basados en sentimientos de amistad y en intereses comunes que propiciaron proyectos y actividades compartidas. En este sentido, la intervención de Reyes, de Emma y Daniel Cosío Villegas, de Guillén, de Romero y de Torres Bodet no es casual. Todos ellos se encontraban vinculados a emprendimientos culturales importantes y a entidades como El Colegio de México, El Fondo de Cultura Económica, la Unión Panamericana y la UNESCO.

Mistral, Guillén y Romero en el "desierto internacional"

El mexicano Jaime Torres Bodet, tras renunciar a la presidencia de la UNESCO en 1952, describió este período de su vida en el escenario de la diplomacia como "el desierto internacional", y esa fue la expresión con la que tituló sus memorias (Bodet, 1971), plasmando la aridez de un espacio en el que sintió una inmensa soledad y aislamiento. Si esta fue la percepción de un hombre que llegó a altas esferas de la diplomacia internacional en 1948, es posible suponer que no fue distinta la sensación de las

mujeres que ocuparon puestos diplomáticos. Así lo evidencian algunos testimonios aquí recuperados y sus derroteros finales.

El inicio de la década de 1950 generó torsiones en los itinerarios. Romero fue obligada a renunciar a su puesto. La división en la que trabajaba se convirtió en el departamento de Asuntos Culturales de la Organización de Estados Americanos en 1948 y se reorganizaron sus autoridades. El cambio afectó a la mexicana, quien comentó en carta a Alfonso Reyes que después de hacerle muchas "groserías" habían acabado por anular su puesto bajo la justificación de que, al no existir más la Oficina de Cooperación Intelectual, no era necesaria. El verdadero motivo para ella era que el jefe del departamento, Jorge Basadre, sufría de celos profesionales, por lo que a la primera oportunidad había pedido su renuncia. Basadre la acusó de deslealtad a la Unión Panamericana y argumentó para justificar su despido que tenía enemigos personales, que no sabía trabajar en equipo y, por último, que era "demasiado franca".[48] Pese a lo desagradable del proceso, Romero confirmó a sus allegados que no se doblegaba fácilmente y que seguiría trabajando en los proyectos que le interesaban.

Mistral dejó México y pasó brevemente por Estados Unidos para recibir la entrega simbólica de las llaves de Nuevo Orleans y el Premio Serra de las Américas, otorgado por la Academia Norteamericana de Historia Franciscana. En 1951 fue nombrada cónsul y regresó a Italia, residió en Nápoles y por una temporada breve en la localidad Rapallo. Dana la acompañó la mayor parte del tiempo, mientras Guillén le ayudaba a organizar las finanzas ante el deterioro de su salud física y mental.[49] Al saber de su traslado, varias de las mujeres con las que había trabado amistad a lo largo de su trayectoria procuraron visitarla. Romero –ya sin trabajo en la Unión Panamericana y estando una temporada en Europa–, escribió a Mistral para trasmitirle su tristeza y enojo por haber sido separada de su cargo. Se quejaba amargamente de lo sucedido con las siguientes palabras: "qué hipócritas y qué insignificantes desde el punto de vista moral suelen ser algunas personas a quienes más admiran por su inteligencia. Está visto que esta última no basta para redondear la personalidad del individuo".[50] Pese a esto, le daba gran alegría saber que podría visitarla y le pedía respuesta explicándole donde podía encontrarla.

Desde Francia, Victoria Ocampo le escribió a Mistral y comentó que sufría la persecución política en su país, bajo el mandato de Juan Domingo Perón. Le señaló las numerosas dificultades que tenía para publicar la revista *Sur*. Al año siguiente, junto a su hermana Angélica, realizaron una corta visita a Roma para ver a Mistral (Horan y Meyer, 2003: 326). Guillén, por su parte, no tuvo los medios para viajar a Italia, pese a que había intentado conseguir una beca o que el gobierno le diera alguna comisión. Le pidió a Mistral que intercediera frente al presidente de México para solicitarle como "favor personal" que le asignara cualquier función en Italia, para ayudarla durante la

48 CA, Carta de Concha Romero a Alfonso Reyes, Washington, 06/06/1950.

49 BNCH-AE, Carta de Palma Guillén a Doris Dana, México, 24/09/1951.

50 BNCH-AE, Carta de Concha Romero James a Gabriela Mistral, París, 06/03/1951.

ausencia de Dana.[51] En 1952, Guillén fue nombrada agregada cultural en Roma, cargo en el que estuvo por dos años (Huck, 1999: 163). Al asentarse en la ciudad, buscó un departamento que tuviera una habitación para que Mistral se alojara con ella, pero la salud de la chilena desmejoró, por lo que vigiló que estuviera siempre acompañada por Doris Dana y, cuando ella decidió regresar a Estados Unidos en 1952, por Gilda Péndola Gianollo.[52]

Péndola Gianollo era chilena e hija de italianos que habían regresado a su país al terminar la Segunda Guerra. Había sido educada en Valparaíso, y conocía a Mistral a través de sus versos. Cuando se enteró de que viajaba a Rapallo decidió conocerla en persona. En esa ciudad, de donde era originario su padre, ella, que por entonces se dedicaba a pintar, y su hermana Camila, a la sazón secretaria bilingüe, ayudaron a Mistral a encontrar casa. Poco después Péndola fue con Mistral a un congreso de escritores en Venecia y luego a un encuentro con Giovanni Papini. Así se convirtió en su acompañante y la ayudó como secretaria en su trabajo en el consulado de Nápoles. Cuando Dana viajó a Nueva York en 1952, las hermanas Péndola se hicieron cargo de Mistral. En ese entonces, llegó una invitación de Cuba. Péndola y Mistral emprendieron viaje a inicios de 1953. En Cuba Mistral fue recibida con gran alegría por numerosos estudiantes que le rindieron homenaje.

Para volver a Italia era necesario pasar de nuevo por Estados Unidos, y allí se encontraron con Dana. Mistral decidió no regresar a Italia y se quedaron en Estados Unidos (Valdovinos, 2007; 12-14; Péndola, 2019). Allí asumió el cargo de cónsul de Chile en Nueva York, donde participó como delegada en la Asamblea de las Naciones Unidas para discutir la condición jurídica y social de la mujer en 1953. Mientras tanto, tras comentarle en cartas la delicada situación política en su país, Victoria Ocampo fue encarcelada en Buenos Aires. Para lograr su liberación, Mistral escribió un telegrama al presidente Juan Domingo Perón, y diversos intelectuales franceses enviaron cartas de apoyo. Ocampo fue liberada, pero pese a las numerosas invitaciones que le consiguió Mistral para dar conferencias fuera del país, el gobierno le negó el pasaporte (Horan y Meyer, 2003: 327).

Guillén mantuvo contacto desde Roma, donde habían quedado varados ella y su marido. Demoraron el regreso a México por problemas de salud.[53] Una vez que regresaron, Guillén le escribió a Dana para pedirle que ayudara a Martha Salotti –educadora y escritora argentina que había comenzado a intercambiar cartas con Mistral en 1942–, pues había decidido viajar a Nueva York para estar con Mistral pero no contaba con un sueldo del gobierno de su país. Para ese entonces Salotti, que de joven le había dedicado un soneto a Emilia Herrera, había publicado ya su segundo libro, *La Lengua Viva* (1950), elogiado por Mistral no solo por su contenido sino por el afán de su autora por educar a los lectores infantiles. En este libro, afirmó la chilena, el lector

51 BNCH-AE, Carta de Palma Guillén a Doris Dana, México, 06/03/1952.

52 BNCH-AE, Carta de Palma Guillén a Doris Dana, Roma, 24/06/1952.

53 BNCH-AE, Carta de Palma Guillén a Gabriela Mistral, Roma, 09/02/1953.

encontraría "la creación y la técnica" de una "educadora-madre". Mistral lamentaba no haberla encontrado veinte años antes, cuando aún tenía una vocación de maestra que había dejado por una "soledad desesperada".[54]

La preocupación de Guillén se renovó cuando se enteró de que Mistral viajaría a Chile y Dana no quería acompañarla. La inquietaba no solo la estadía en Santiago sino sobre todo en la provincia, donde Mistral requería de una persona que la asistiera en todo momento.[55] Finalmente, Mistral viajó a Chile en 1954 invitada por el gobierno para recibir honores y estuvo acompañada por Doris Dana y Gilda Péndola y permaneció allí por poco más de un mes.

De regreso en Nueva York, coincidieron una vez más con Romero, quien en 1952 había ingresado a la División Hispánica de Biblioteca del Congreso. Ambas mujeres fueron galardonadas por la Universidad de Columbia a fines de 1954. En la ceremonia, Mistral recibió el Doctorado Honoris Causa, mientras que Romero fue distinguida con una medalla especial por ser una graduada de esta universidad y por sus méritos "de educadora continental panamericana".[56] La chilena siguió escribiendo, dio algunas conferencias en universidades de Nueva York y fue invitada a pronunciar un mensaje en la sede de las Naciones Unidas para instar a respetar y preservar los derechos humanos en el mundo en diciembre de 1955. Ese fue el último acto público de su vida diplomática, pues se retiró en 1956. Vivió su última etapa en la casa de su amiga Dana en Roslyn Harbor, Long Island. Tras una enfermedad prolongada murió en enero de 1957. Sus restos fueron velados en la catedral de St. Patrick antes de ser enviados a Chile.

El cambio político en Argentina, tras el golpe de Estado de 1955, le permitió a Ocampo salir del país en diciembre de 1956 y viajar a Estados Unidos para ver a Mistral en el hospital, poco antes de su muerte (Horan y Meyer, 2003: 327). Guillén no pudo viajar, pero mantuvo contacto para acompañarla a la distancia. Se quejó amargamente de no poder estar allí para ser de ayuda. Al ver el número especial que publicó sobre el funeral de Mistral la revista *Life*, Guillén le escribió a Dana para comentarle su tristeza y le pidió que le guardara algún recuerdo de Mistral y que le enviara las cartas que se habían escrito durante años.[57]

Los caminos de Dana, Romero y Guillén continuaron cruzándose, pues las mexicanas ayudaron a la estadounidense, albacea de Mistral, a difundir su legado. Guillén, tras su regreso a México, fue nombrada profesora de la carrera de relaciones internacionales en la Universidad Nacional Autónoma de México y, posteriormente, directora general de Universidades y Escuelas Incorporadas a la Secretaría de Educación Pública. En 1964 regresó a la vida diplomática como cónsul en Milán y representante

54 BNCH-AE, Escrito de Gabriela Mistral "La maestra Martha Salotti", 1949. No es posible determinar cuánto tiempo vivió Salotti en Nueva York.

55 BNCH-AE, Carta de Palma Guillén a Doris Dana, México, 12/08/1954.

56 *La Prensa*, 23/12/1954.

57 BNCH-AE, Carta de Palma Guillén a Doris Dana, México, 01/11 y 04/03/1956. Nota: debería decir de 1957 pues Mistral murió el 10 de enero de ese año.

y consejera de la delegación mexicana ante la UNESCO, actividades que continuó realizando durante los siguientes años hasta su retiro, en 1971 (Huck, 1999: 163). Durante este tiempo, sirvió cada vez que pudo de mediadora para contactar a Dana con personas que admiraban a Mistral y propiciar, así, el reconocimiento de su obra. Ambas quedaron a cargo de las obras literarias de Mistral, por lo que tuvieron que revisar varias veces el tema de los derechos, las cuentas de lo que se recaudaba y solucionar temas de administración de bienes. Siguiendo los deseos de Mistral, Guillén recibió una suma de dinero que usaría solo para emergencias.[58] Otra interesada en fomentar el legado de Mistral fue la puertorriqueña Margot Arce, quien la había acompañado en España y Portugal.

Romero, por su parte, ocupó el cargo en la Biblioteca del Congreso hasta 1963, cuando se convirtió en la asistente cultural de la Embajada Mexicana en Estados Unidos, cargo con el que se retiró en 1970. Mientras fue consejera de la embajada le escribió a Dana para comentarle que tenía una copia de la primera edición de *Lectura para mujeres,* de Mistral, libro que atesoraba. Esperaba que una nueva edición permitiera a otros disfrutar del privilegio de leerla. Tras una serie de mediaciones entre la editorial Porrúa y Dana, esta le pidió a Romero que fuera su "embajadora personal" en México para proceder a la reedición. El proceso no fue sencillo, pero Romero logró gestionarlo y la obra se publicó.[59]

Durante este amplio período de tiempo, que abarca desde 1950 hasta finales de la década de 1960, el vínculo con o por Mistral estrechó lazos entre Guillén, Dana y Romero, quienes buscaron apoyarla en sus últimos años para que pudiera seguir escribiendo y, después de su muerte, se vincularon para difundir sus obras y promocionar su legado.

Consideraciones finales

Como se ha intentado mostrar, la vida diplomática de Romero, Guillén y Mistral en el escenario internacional no fue sencilla, pero todas alcanzaron la autonomía suficiente como para tener una carrera con nombramientos, remuneraciones y, en menor medida, reconocimientos. Para ello fue necesario tejer redes con hombres y mujeres con los que pudieron intercambiar información, contactos, recursos y favores. Es necesario tener en cuenta ciertos aspectos de la vida diplomática de estas mujeres. El primero se vincula con el tipo de cargos que obtuvieron. Mistral pasó de ser representante en Cooperación Intelectual a tener un puesto como cónsul honorario y luego uno vitalicio, pero de segunda categoría. Sus quejas no se referían a la nomenclatura sino a los salarios y a las pesadas funciones administrativas que debía cumplir. Se sentía cómoda dedicándose a la propaganda –plasmada en escritos, conferencias, visitas– pero no al cumplir con el protocolo de la diplomacia ni con las tareas consulares. Lo expresó

58 BNCH-AE, Carta de Editorial Losada a Doris Dana, Buenos Aires, 08/06/ 1960. BNCH-AE, Carta de Doris Dana a Gabriela Mistral, 25/09/1961.

59 BNCH-AE, Cartas de Concha Romero James a Doris Dana, 20/09 y 08/11 1966: Carta de Doris Dana a Concha Romero, 05/11/1966. Carta de la editorial Porrúa a Concha Romero James, 16/11/1966 y Carta de editorial Porrúa a Doris Dana, 28/12/1966.

de muchas formas y en distintos momentos de su carrera y pudo defender su postura gracias a la contención de sus redes de escritores y políticos, como Pedro Aguirre.

Guillén, en cambio, al tener menos prestigio como escritora que la chilena, se inició en Cooperación Internacional pero poco después comenzó su carrera diplomática: fue nombrada responsable de la embajada en Colombia y Dinamarca, para luego ser asesora de la legación mexicana ante Sociedad de Naciones. Más tarde hizo un breve –y aún no estudiado– paso por Cuba, y tiempo después devino asesora en Roma. Más allá de sus indudables habilidades personales, más de una vez fue Mistral la que insistió para que se realizaran nombramientos en momentos atravesados por necesidades económicas o personales. Romero, a su vez, tuvo un cargo relevante durante años, pero siempre circunscrita a la Unión Panamericana. Sus funciones se asociaron de manera exclusiva a la cooperación y el intercambio intelectual. Este entorno le permitió mantener vivo su interés en participar de proyectos culturales que, al mismo tiempo, reforzaban los vínculos con sus pares. Además, en ese ámbito se podía desplegar una diplomacia cultural en la que tanto Romero como Mistral y Guillén parecían sentirse más cómodas y protegidas, quizás porque era un espacio menos conectado con los debates y los cimbronazos de política internacional.

Por último, antes de cerrar este texto con es oportuno abrir la reflexión a futuras investigaciones. El momento en el que estas mujeres se incorporaron a los escenarios internacionales fue un período de ampliación de oportunidades generadas por la proliferación de organismos internacionales. Estas oportunidades, sin embargo, no garantizaban un nivel de vida cómodo. Como se ha señalado, las dificultades económicas fueron compensadas por una red de contención y una serie de favores, gestos y sostenes personales. Es dificultoso ponderar los datos sobre los salarios que recibían por sus cargos diplomáticos Mistral y Guillén, pero por sus cartas parece que no eran suficientes para vivir. Romero, en cambio, nunca se quejó de sufrir dificultades económicas, pero siempre dependió de su trabajo para vivir, por lo que una vez que dejó un cargo buscó otro en poco tiempo.

Por otro lado, varias cartas mencionan la necesidad de cumplir con ciertas pautas de vestimenta y utilizar dinero para comprar ropa nueva y estar a la altura de las expectativas, conscientes de que la vida diplomática, ya sea que fueran acompañantes, cónsules o representantes de cargos menores, requería de una cierta formalidad. Mistral, siempre austera, se preocupaba de que las jóvenes se vistieran correctamente y las aconsejaba. Guillén pidió a Dana, en más de una ocasión, que le comprara algunas prendas especiales en Estados Unidos y se las enviara. Estos indicios suman elementos para pensar el rol de las mujeres en la vida diplomática. Lejos de ser meros detalles anecdóticos, es necesario desarrollar las herramientas adecuadas para avanzar en las investigaciones y ponderar los mandatos y las obligaciones a las que estas figuras debían responder en lo referente a protocolos y códigos estéticos. Como se ha mostrado a lo largo de este libro, las superposiciones entre el mundo de la moda y el de la diplomacia, y el escrutinio constante al que eran sometidas las mujeres en la prensa internacional, no parecen datos menores para entender las experiencias analizadas.

Otro dato es que, a diferencia de lo que sucedía en los casos antes abordados –salvo los de Ángela Oliveira Cézar y Amanda Labarca–, aquí fueron las mujeres las que estaban insertas en el mundo diplomático, y no sus esposos. Como se sabe, Mistral y Dana nunca se casaron; Ocampo se separó de joven, asumiendo que su ambiente social no la juzgaría por ello; Romero y Guillén sí contrajeron matrimonio, pero esto no mejoró su condición económica ni sus posibilidades laborales. Ninguna de ellas, por su parte, tuvo hijos declarados. También es interesante señalar la presencia de otras mujeres, como acompañantes, secretarias, asistentes y figuras que difieren de las esposas, consortes e hijas de diplomáticos revisadas en otras secciones de este volumen. Este hecho permite también dar cuenta de espacios de convivencia entre mujeres que no dependían directamente de la organización de parentesco y respondían a afinidades y amistades.

En Europa, donde el proceso de inclusión de las mujeres se dio antes que en América Latina, el fin de la Primera Guerra Mundial trajo aparejada la incorporación de las mismas a la función pública, como se señaló en la introducción, pero con ciertos límites. Es decir, era posible ser mujer y funcionaria, siempre y cuando se mantuvieran algunos imperativos, como ser solteras o no tener hijos. El matrimonio y la maternidad asociadas al rol de género continuó siendo un impedimento para la carrera diplomática femenina (Dierilkx, 2020:146; McCarthy, 2009: 304). Estas reflexiones remiten a la esfera de la intimidad, pero es necesario tener en cuenta que en la vida diplomática lo personal no queda fuera de lo político. El trabajo requería crear vínculos de amistad que permitían, a su vez, obtener información pertinente para realizar una gestión adecuada. Por eso, las invitaciones eran un aspecto vital de este mundo relacional. Pensar esto desde una perspectiva de género, nos lleva a buscar una comprensión más profunda de las interacciones entre sistemas culturales. Por lo que estos detalles de tono biográfico, más que distraernos del propósito, nos encaminan a buscar un nuevo tipo de evidencia en los archivos (McEnaney, 2021; Loriol, 2016).

Por último, las singularidades regionales a la hora de evaluar a las mujeres merecen una mención aparte. Hasta el momento, no abundan los estudios de caso que analicen las características de los procesos de incorporación de las mujeres a la vida diplomática entre el período de entreguerras y los inicios de la Guerra Fría. Los estudios comparativos que se publiquen en los próximos años, seguramente, permitirán entender e interpretar mejor no solo cómo fue esa incorporación sino también cuáles fueron las consecuencias y de qué manera fueron experimentados estos procesos por otras mujeres que formaron parte de los servicios exteriores de sus países.

Agradezco a la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia por haber financiado parte de la investigación en la que se basa este trabajo. Para consolidar algunos argumentos, me he visto beneficiada por los comentarios recibidos en el Seminario Internacional “América Latina y la Ginebra internacional de entreguerras, 1919-1946”, realizado en 2018 en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Quiero reconocer la labor del personal a cargo de la Biblioteca Nacional de

Chile, también la de Gregorio Joaquín Lozano Trejo, Director de Historia Diplomática y Publicaciones del Archivo Histórico Diplomático de México. Durante una estancia en la Universidad de Austin, Texas, revisé la Colección Natalie Lee Benson y pude relevar materiales que han enriquecido este trabajo. Por su parte, Itzel Toledo y Carolina Mireles me facilitaron bibliografía sobre Palma Guillén y les agradezco el gesto. Por último, agradezco también a Paula Bruno y Marina Alvarado, dos colegas de las que he aprendido mucho en este proceso. En especial a Paula, expreso mi agradecimiento por la eficaz labor como coordinadora del proyecto. Su profesionalismo hace de este libro una obra especial.

Archivos consultados

Biblioteca Nacional de Chile, Archivo del Escritor (BNCH-AE), Colección Gabriela Mistral

Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México (AHSRE)

Capilla Alfonsina (CA), México

Bibliografía

ADAME, Ángel Gilberto

(2017) *De armas tomar, feministas y luchadoras sociales de la revolución Mexicana*, Aguilar, México.

AGGESTAM, Karin y TOWNS Ann

(2018) "The gender turn in diplomacy: a new research agenda", en *International Feminist Journal of Politics*, vol. 21, n.º 1, pp. 9-28.

ALBA, Víctor

(1957) "La Mistral vista por su amiga y secretaria", en *Anales de la Universidad de Chile*, pp. 91-94.

BEIGEL, Fernanda

(2006) *La epopeya de una generación y una revista. Las redes editorials de José Carlos Mariátegui en América Latina*, Biblos, Buenos Aires.

CABALLÉ, Ana

(1993) "Gabriela Mistral en Madrid", en *Anales de literatura hispanoamericana*, n.º 22, pp. 231-245.

CARRILLO REVELES, Veremundo

(2019) "Las Américas", una historia de novelas. El concurso literario de la Unión Panamericana como instrumento diplomático", en *Revista de Historia de América*, n.º 156, enero junio, pp. 273-319.

CRAMER Gisela y PRUTSCH, Úrsula
(2012) *¡Américas Unidas! Nelson A. Rockefeller's Office of Inter-American Affairs (1940-46)*, Iberoamericana Veuvert, Madrid/Frankfurt.

DE ARRIGOTIA, Luis
(1989) *Pensamiento y forma en la prosa de Gabriela Mistral*. Editorial de la Universidad de Puerto Rico, Puerto Rico

DIERILKX, Marc
(2020) "The Slow Ascent of Women in Dutch Diplomacy: The Case of Maria Witteveen", en *Diplomatica Journal of Diplomacy and Society*, n.º 2, pp. 145-153.

DUMOND, Juliette
(2012) "De la cooperation intellectualle á la diplomatie culturalle. Le parcours du Brésil dans l'e entre-deux guerres", en *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, n.º 99, pp. 217-238.

FOX, Claire F.
(2013) *Making Art Panamerican. Cultural Policy ant the cold war*, University of Minessota Press, Minneapolis.

GARCÍA-GORENA, Velma
(2018) *Gabriela Mistral's Letters to Doris Dana*, Library of Congress, Washington.

GASPARD, Françoise
(2000) "Les femmes dans les relations internationals", en *Politique étrangère*, n.º 3-4, pp. 730-741.

GOIC, Cedomil
(2010) "Recado a Victoria Ocampo, en la Argentina de Gabriela Mistral", en *Estudios Filológicos*, n.º 45, pp. 35-47.

GOODMAN, Joyce
(2012) "Woman and International Intellectual cooperation", en *Pedagógica Histórica*, vol. 48, n.º 3, pp. 357-368.
(2019) "International Women's Organizations and Education", en *Handbook of Historical Studies in Education*, Springer, Netherlands.

GUILLÉN, Palma
(1988) "Gabriela Mistral, 1922-1924", en *Lecturas para mujeres*, Secretaría de Educación Pública, México DF.

HERRERA, Fabián
(2008) "México y el Instituto Internacional de Cinematografía educativa 1927-1937", en *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, n.º 36, jul-dic, pp, 221-259.

HORAN, Elizabeth
(1997) "Santa maestra muerta: body & nation in portraits of Gabriela Mistral", en *Taller de letras*, n.º 25, nov, pp. 21-43.
(2009a) "Cónsul Gabriela Mistral in Portugal, 1935-1937: Un policía en la esquina y dos o tres espías adentro del hotel", en *Historia*, n.º 42, vol. II, julio-diciembre, pp. 401-434.
(2009b) "Una mixtura de calvario y arcadia: la cónsul Gabriela Mistral en Portugal, 1935-1937", en *Anales de Literatura Chilena*, año 10, junio, n.º 11, pp. 13-43.

HORAN, Elizabeth y MEYER, Doris
(2003) *This America of ours. The letters of Gabriela Mistral and Victoria Ocampo*, Texas; University of Texas Press.

HUCK, James D.
(1999) "Palma Guillén: México's female ambassador and the international image of mexico's post-revolucionary gender policy", en *MACLAS: Latin American Essays*, n.º 13, pp. 159-171.

LORIOL, Marc
(2016) "le travail diplomatique et lìntime", en *La nouvelle revue des sciences sociales*, n.º 7, pp. 45-64.

LÓPEZ PÉREZ, Oresta
(2019) "Cartas Sororales entre dos mujeres intelectuales: Palma Guillén y Gabriela Mistral", en *Revista Educación Pública*, vol. 28, n.º 67, pp 151-168.

MANZONI, Celina
(2005) "Buenos Aires 1936. Debate en la república de las letras", en *Hispamérica,* año 34, n.º 100, abril, pp. 3-17.

MCCARTHY, Helen
(2009) "Petticoat Diplomacy: The Admission of Women to the British Forei Service, 1919-1946", en *Twentieth Century British History*, vol. 20, n.º 3, pp. 285-321.

MCENANEY, Laura
(2021) "Personal, Political, and International: A reflection on Diplomacy and M - thodology", en *Diplomatic History*, vol. 36, n.º 4, pp. 769-772.

MISTRAL, Gabriela
(1977) "Mapocho", en *Biblioteca Nacional Santiago*, n.º 24, pp. 174-210.
(2010) *Niña errante. Cartas a Doris Dana*, edición y prólogo de Pedro Pablo Zegers, Lumen, Madrid.
(2015) "I have only you in this world", en *The Massachusetts Review*, tomo 56, n.º 4, winter, pp. 594-617. Traducción del español e introducción por Velma García-Gorena.

MORAGA, Fabio
(2014) "Lo mejor de Chile está en México. IIdeas políticas y labor pedagógica de Gabriela Mistral en México (1922-1924)", en *Historia Mexicana*, vol 63, n.º 251, enero-marzo, pp. 1181-1247.
(2019) "Educación, exilio y diplomacia, Vasconcelos, Mistral, Torres Bodet y la proyección internacional de sus ideas educativas, 1921-1964", en *Revista de Historia de América*, n.º 156, pp. 61-94.

MORALES BOSCIO, Cynthia
(2010) "Puerto Rico en Gabriela Mistral", en *Horizontes*, año LX, n.º 116-117, pp. 73-77.

ORTIZ PERALTA, Rina
(2017) "La embajadora roja: Alexandra Kollantai y México", en *Relaciones Estudios de Historia y Sociedad*, n.º 149, pp. 13-38.

PERNET, Corinne A.
(2000) "Chilean Feminist, the International Women's Movement, and Suffrage, 1915- 1950", en *Pacific Historical Review*, vol. 69, n.º 4.

PITA GONZÁLEZ, Alexandra
(2014) *Educar para la Paz. México y la Cooperación Intelectual Internacional, 1922-1948*, Universidad de Colima, Colima.
(2019) "América en París. Alfonso Reyes, Gabriela Mistral y Jaime Torres Bodet en la colección iberoamericana", en HERRERA, Fabian y WEHRLI, Yannick –coordinadores–, *América Latina y el internacionalismo ginebrino de entreguerras: implicaciones y resonancias*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Michoacán, pp. 241-276.
(2021) "De París a La Habana. El Centro Internacional (Americano) de Cooperación Intelectual", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de Méxic*o, n.º 62, julio-diciembre.

POMPA ALCALÁ, Georgina
(2019) "La labor diplomática de Palma Guillén en Colombia y en Dinamarca (1935-1938)", en *Diacronía*, n.º 21, abril, pp. 147-161.

PÉNDOLA GIANOLLO, Gilda
(1997) "Tuve el privilegio de conocerla", en *El Día*, La Serena, 12/01, p. 1.
(2019) "Mis años con Gabriela Mistral", en *El Mercurio*.

QUEZADA RUIZ, Jaime
(2013) "Gabriela Mistral: peregrinaje consular", en *Diplomacia*, n.º 126, diciembre, pp. 18-63.

SALVATORE, Ricardo
(2007) "Saber hemisférico y disonancias locales. Leo S. Rowe en Argentina, 1906-1919", en SALVATORE, Ricardo –compilador–, *Los lugares del saber. Contextos locales y redes trasnacionales en la formación del conocimiento moderno*, Beatriz Viterbo, Buenos Aires, pp. 327-367.

SERAY, Bárbara
(2019) "Gabriela Mistral y el olvido, hacia una nueva lectura de su poesía", en *Voz y letra: revista de literatura*, Arcos libros.

TAGLE DOMÍNGUEZ, Matías
(2002) "Gabriela Mistral y pedro Aguirre Cerca a través de su correspondencia privada 81919-1941)", en *Historia*, Santiago, vol. 35, pp. 323-408.

THRELKELD, Megan
(2013) *Pan American Woman. U.S. Internationalist and revolutionary Mexico, Philadelphia*, University of Pennsylvania Press.

TORRES BODET, Jaime
(1971) *Memorias. El Desierto Internacional*, Editorial Porrúa, México.

VALDOVINOS, Mario
(2007) "Gilda Péndola, amiga y secretaria de Gabriela: Cómo la vi vivir", en *Cuadernos*, n.º 60, pp. 12-16.

WILKINS, Douglas Barry
(2015) "Gabriela con valija diplomática. La génesis de la vida consular de Gabriela Mistral", *Contextos*, n.º 33, 113-123.

ZEGERS, Pedro Pablo –editor–
(2011) *Hijita querida: cartas de Palma Guillén a Gabriela Mistral*, Pehuén, Santiago de Chile.

LAS AUTORAS

Paula Bruno es Doctora en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Sus líneas de especialidad son: historia intelectual y de los intelectuales, historia cultural de la vida diplomática y estudios biográficos. Ha sido investigadora o profesora visitante en las siguientes casas de estudio: École des Hautes Études en Sciences Sociales, Università degli Studi di Venezia "Ca' Foscari", Università degli Studi di Firenze, Università degli Studi di Verona, Universitat de Barcelona, Universitat de Girona, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Complutense de Madrid, European University Institute, Madrid Institute for Advanced Study, Ibero-Amerikanisches Institut, y otras. Es directora de la Red de Estudios Biográficos de América Latina (REBAL) y del Grupo Interuniversitario de Estudios sobre Diplomacias y Culturas (GIEDyC). Es autora de *Paul Groussac. Un estratega intelectual* (2004), *Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época, 1860-1910* (2011), *Martín García Mérou. Vida intelectual y diplomática en las Américas* (2018), y directora de *Visitas culturales en la Argentina, 1898-1936* (2014) y *Sociabilidades y vida cultural. Buenos Aires, 1860-1930* (2014), entre otras contribuciones.

Alexandra Pita es Doctora en Historia por El Colegio de México. Sus líneas de especialidad son: historia intelectual de América Latina e historia cultural de las relaciones internacionales, con énfasis en el análisis de redes intelectuales y publicaciones periódicas. Ha sido profesora e investigadora visitante en las siguientes casas de estudio: Universidad Pablo de Olavide, Universidad Autónoma de Madrid, Georg Eckert Institut, Freie Universität Berlin, Columbia University, University of Texas, Universidad del Valle, Universidad de Baja California, El Colegio de México, y otras. Es editora de la *Revista de Historia de América* del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH) y directora del Seminario de Historia Intelectual de América Latina (SHIAL, con Carlos Marichal y Aimer Granados). Es autora de *La Unión Latino Americana y el Boletín "Renovación". Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920* (2012), *Educar para la paz: México y la Cooperación Intelectual Internacional, 1922-1948* (2014), y editora de *Pensar el antiimperialismo: ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930* (2012, con Carlos Marichal) y *Redes intelectuales transnacionales en América Latina durante la entreguerra* (2016), entre otras contribuciones.

Marina Alvarado es Doctora en Literatura por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Sus líneas de especialidad son los vínculos entre literatura y prensa en el siglo XIX en Chile, escritura de mujeres de fines del siglo XIX e inicios del XX, y estudios sobre redes literarias y educativas nacionales y transnacionales. Ha sido investigadora visitante en las siguientes casas de estudio: University of California, Aix Marseille Université, Universiteit van Amsterdam, Université de Lorraine, Nancy, France, Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí, University College of London, y otras. Es directora de la revista *Literatura y Lingüística* y coordinadora de la Red Lecturas y Escrituras del Siglo XIX (Red LEXIX, con Claudio Véliz y Marcelo Sanhueza). Es autora de los libros *Revistas culturales chilenas de 1900 a 1920. Legitimadoras del campo literario nacional* (2016); *Revistas culturales chilenas del siglo XIX (1842-1894). Historia de un proceso discontinuo* (2015) y *Teresa Wilms Montt. Estrategias textuales y conflicto de época* (2015), entre otras contribuciones.